





# EL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN

(EGIPTO, LIBRO II)



# EL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN

(EGIPTO, LIBRO II)

JAVIER CORTINES

*Aebius*

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2013 EL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN  
(EGIPTO, LIBRO II).

© Autor: Javier Cortines

© 2013 Editorial: Aebius

C/ Magnolias, 35 bis 28029 Madrid. España

Web: [www.aebius.com](http://www.aebius.com) Tel: +34 913117696

ISBN: 978-84-15402-97-8

Depósito legal: M-29205-2013

Cuadro portada: Eduardo Anievas

Diseño de cubierta: Andrés Sánchez

Cubierta: Amor en llamas. Eduardo Anievas ([eduardoanievas.com](http://eduardoanievas.com))

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Disponible en préstamo, en formato electrónico, en [www.bibliotecavisionnet.com](http://www.bibliotecavisionnet.com)

Disponible en papel y ebook

[www.vnetlibrerias.com](http://www.vnetlibrerias.com)

[www.terrabooks.com](http://www.terrabooks.com)

Pedidos a:

[pedidos@visionnet.es](mailto:pedidos@visionnet.es)

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

[subscripción@visionnet.es](mailto:subscripción@visionnet.es)

En tu lucha contra el resto del mundo, te aconsejo  
que te pongas al lado del resto del mundo.

Franz Kafka





A María José  
que abrió las alas en el Escudo  
para escaparse de la Tierra

A Toño  
que subió a la Montaña  
para ver el vuelo de su espíritu



**Una ciudad es el mundo  
si amamos a uno de sus habitantes**

**Lawrence Durrell**



**PRÓLOGO**  
**EL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN**  
**LIBRO II**  
**(EGIPTO)**

*Y si usted fuera también un robot...*

*¡Amable lector! ¡Prepárese para recibir a un robot que puede cambiar todos sus esquemas mentales!*

*Pero, antes de que ese humanoide le arrastre a un vórtice de insurrección física y metafísica, me veo en la obligación de hacer alguna aclaración, no sólo como "el amigo mexicano" de Javier Cortines, sino también como testigo de la gestación de esta obra que, a mi juicio, supone un fantástico acontecimiento en el mundo de la literatura.*

*El autor, una vez que invita a las musas a que pasen ante sus ojos las vibrantes páginas del libro, le hace un gesto helénico para que le acompañe en su desconcertante viaje existencial y le lleva, al ritmo de los latidos de un corazón fieramente apasionado, a una dimensión épica donde todo puede ocurrir... Y, de hecho, ocurre.*

*Yo, personalmente, he tenido la suerte de contemplar el nacimiento de la trilogía de El Robot que amaba a Platón y estoy en condiciones de revelar que la germinación de la misma en la mente, el corazón y el espíritu del autor, llevó muchísimos años.*

*Cortines ha plasmado en estas páginas tantos años de experiencia y vivencias que, dejándonos arrastrar por la memoria de la vieja escuela clásica, traducimos simplemente así: Sapientia et Doctrina.*

*Hacía tiempo que el autor no publicaba un trabajo de este tipo.*

*Durante lustros su pasión se fue acumulando en su interior, cual volcán que ve como se inundan sus entrañas de lava y que, al alcanzar el punto máximo de incandescencia, concentra una altísima presión e intensidad que, al no poder contener su expansión al exterior, acaba explotando para dar forma a la presente historia que narra la vida de un robot que a veces se nos antoja que encierra en su incesante búsqueda todos los sueños y frustraciones de la humanidad.*

*Ha valido la pena la espera, y tantos años, porque sin duda toda esa pasión concentrada ha dado a luz, a mi humilde entender, a una de las obras que dejará su marca en una geografía sin fronteras.*

*Aquí la magia de las letras se vuelve grafología para dar comienzo a una constante e increíble plasmación de belleza y viajes fascinantes por el misterioso Egipto, donde se enmarca la historia de Cortines que, gracias a la alquimia de su mente creativa y vivaz, transforma en una aventura real la experiencia misma de sus años de buscador de sí mismo y del sentido de la vida.*

*Aquí donde se conjuga el mundo mítico de los dioses, el real de los hombres y el mágico del autor, se encuentra un lugar donde usted será testigo de sucesos que van desde la tragedia hasta la comedia tal cual es el mundo de las deidades y tal cual es el nuestro, el de los mortales.*

*A medida que avance en este canto épico no se sorprenda al establecer una conexión que lo lleve a trasladarse a una historia fantástica contada por los mismos dioses a través de su misma pluma. Desde el principio se verá envuelto en una trama de una extraordinaria gracia sutil en el que transcurrirán sucesos deslumbrantes que encenderán y avivarán todo tipo de sentimientos humanos. En este sentido la obra convierte al lector en un romántico, en un aventurero, en un guerrero de la justicia... Cuando el protagonista de la narración, sea ya usted, entrará en la magia de cada personaje, será cómplice de cada nueva aventura, paseará por cada página donde....*

*Al terminar su lectura comprendí las palabras de Claude Adrien quien decía:*

*"La historia es la novela de los hechos y la novela es la historia de los sentimientos".*

*Asimismo, hoy más que nunca cobran sentido para mí estas palabras de Gustavo Adolfo Bécquer:*

*"El recuerdo que deja un libro es más importante que el libro mismo".*

*En relación a esto, estoy seguro ¡amable lector! de que la grata experiencia que le dejará este libro, cuando termine el viaje con el robot, será inolvidable porque, al conocer a Fritz, tal vez el mundo en el que vive no le parezca ya tan extraño.*

*Agradezco a los dioses por el ingenio y la inspiración que le han concedido a nuestro autor, quien a su vez nos ha permitido conocer esta dimensión del paradisíaco mundo donde se conjuga fantasía y realidad, tragedia y comedia, bien y mal, amor y odio, alegría y llanto... ese mundo a la vez tan real como en el que nos resistimos a vivir y al mismo tiempo tan fantástico*

*como en el que a veces vivimos. Seguramente, Cortines en el andar de su vida haya aprendido una de las lecciones más importantes de la cual hoy hace alarde: compartir lo que nace del corazón con los semejantes... justo como hoy, en esta obra, una vez más, lo ha hecho.*

*Carlos Alfonso Macías<sup>1</sup>*

*Seúl, Enero de 2011*

---

1 D. Carlos Alfonso Macías (1980, San Luis de Potosí, México), se doctoró en Estudios Internacionales por la Universidad Songan de Seúl (Corea) con su espléndida tesis: “Causes of the Mexican Agricultural Crisis alter NAFTA—A Lesson Learned and Alternatives of Solution”. Entre otros premios, ha sido distinguido con el prestigioso: “Excellence in Teaching Award” (Best professor in 2009, Hankuk University of Foreign Studies, Seoul, Korea). En la actualidad combina sus actividades docentes y de investigación con su trabajo en la KBS (Korean Broadcasting System), programas de radio en Onda Corta para oyentes de habla hispana de todo el mundo, y en particular, de España y América Latina.



# I

Viajaba a Egipto con la ilusión de descubrir un mundo nuevo y encontrar las respuestas, con la ayuda de Thot, que no pude hallar entre los sabios griegos. Cuando narré a Platón pocos días antes de partir de El Pireo la historia que me contó Clítia sobre la reconversión del Rey Chatatalipundra al budismo, el filósofo fue lacónico y me dijo una de sus célebres frases: Sólo la muerte ve el final de la guerra. Luego me dio una palmada en la espalda y agregó: ¡Cuidate, que los dioses egipcios te sean propicios! Y se marchó con una sonrisa indescifrable.

Mi corazón latía con fuerza a medida que atravesaba el ponto. La sangre me golpeaba en las sienes y el mar abría su vientre fecundado por la espuma. Había alquilado una embarcación fenicia a la que había puesto el nombre de Anhura y me pasaba largas horas de pie en la proa contemplando el horizonte. De vez en cuando divisaba pequeñas islas de un blanco cegador y hacía señales con la mano como si sus habitantes me estuvieran observando. Después de varias jornadas de viaje apareció, imponente, la isla de Creta, y pude ver sobre un promontorio a mi hermano Talos, el robot de bronce que regaló Zeus a Europa para que protegiera el lugar donde rasgó su velo.

Recalamos en uno de sus puertos y, mientras la tripulación hacía acopio de provisiones, pedí a un guía local que me llevara hacia la fuente de Gortina, en donde había un altar en

honor a Zeus y Europa, pues allí mismo, bajo la sombra de un frondoso bosque de plátanos<sup>2</sup>, el dios abandonó su forma de toro blanco y, tras revelar a la hija de Agenor su identidad, la convirtió en su amante y en Reina de Creta. Producto de sus yuntadas fueron tres hijos: Minos, Sarpedón y Radamantis y un regalo, un juguete, que me traía recuerdos tristísimos: Talos.

Cuando los marinos me llamaron con sus cuernos para que regresara a la embarcación, me dirigí corriendo hacia el promontorio, saltando de roca en roca, como una cabra — luego me enteré de que un pariente de Pan era la divinidad de Mendes—, y me arrodillé a los pies de Talos sin poder evitar unas lágrimas. Luego saqué mi pellejo de vino y llené una copa de oro que deposité, tras inclinarme tres veces, en su pedestal. Cuando alcé mi vista para observarle el rostro, vi que sonrió y, abriendo la boca lentísimamente, dijo: Sigue tu camino, Fritz, soy el hombre más feliz de la Tierra. Mi hicieron para que estuviera siempre enamorado del mar y soy el único ser del mundo que ha colmado todos sus deseos. Me despierto con el canto de las sirenas y me duermo cuando Apolo desparrama su cabellera en el horizonte. Y, en los días en que las olas golpean con fuerza el promontorio, una ninfa oceánica, que sobrepasa en belleza y sabiduría a todas las diosas del cielo y el ponto, se acerca a mí, me toca y, convirtiéndome en un ser vivo, me lleva a un jardín llamado el paraíso donde el amor nunca termina. No llores por mí, tengo muy clara cual es mi misión en la vida: proteger a mi pueblo, vigilar para mostrar, a los que buscan, la dirección correcta, y amar para que los aedos sigan cantando a los dioses y a los hombres. Véte en paz y celebra los momentos de júbilo hasta que tu corazón estalle de alegría.

Primero le di un abrazo, luego la mano y después me despedí cortésmente de él haciendo unas reverencias que había

---

2 Según otras versiones, a la sombra de un ciprés.

aprendido en la corte del Rey Midas. Emocionado por la separación, corrí hacia la embarcación y me recosté sobre unos cojines intentando dejar la mente en blanco. Las nubes pasaban silenciosas y se deshacían en el cielo azul haciéndome perder la noción del tiempo y el espacio. Era como si hubiera tomado el néctar de la mandrágora y me encontrara flotando en la ingravidez. ¡Qué maravilla no pensar! Vaciar el corazón y la mente de miedos y preocupaciones. Dar una tregua a las neuronas para que se descompriman y se abran como esponjas. Dejar que la frente se relaje hasta hacerse traslúcida como la de un extra terrestre que todavía no ha conocido las miserias del hombre. Abandonar la cárcel en la que vivimos, hacer un viaje astral y retornar en picado a la vasija antes de que se desintegre. Hay que vencer los temores y el miedo con el que nacimos para ser libres, desbloquear todas las ruedas<sup>3</sup> y despertar a la serpiente Shakti para que atraviese la flor de los mil lotos tras completar su mística elevación por los canales interiores y se una gozosamente a su esposo Shiva<sup>4</sup>. Esa fusión destruye el ego y nos sumerge en la corriente de luz que va desde el corazón al centro del universo. Abre la puerta que nos desnuda ante el horizonte que da la bienvenida a la mente libre. ¿Estaré delirando? me pregunté mientras el barco avanzaba suavemente dejándose mecer como si fuera una cuna. Había dicho a los remeros que les doblaría el jornal si evitaban las discusiones y me aseguraban un viaje pacífico. Había contratado a un músico de la cofradía de Euterpe para que tocara la flauta y se dejara inspirar por la musa cada vez que tuviera un pensamiento elevado. Y la verdad que funcionó, pues el dinero ejerce un poder hipnótico en la mayoría de los mortales.

---

3 Chakra: En sánscrito, rueda.

4 Según ciertas creencias de India, cuando las energías sutiles del cuerpo se unen en un punto del cerebro— la flor de los mil lotos— tras despertar a la serpiente Kundalini (símbolo de la energía creadora y regeneradora) el individuo alcanza la iluminación o visión total.

A los tres días de dejar Creta, llegamos a uno de los numerosos fondeaderos de El Delta de El Nilo y me despedí de los marinos tras pagarles generosamente. El lugar estaba desierto y sólo había un estrecho sendero de tierra roja con un indicador que decía: Ippeknutu, a sesenta khet<sup>5</sup>. Seguí aquella dirección sin saber si me iba a encontrar con una pirámide, un cocodrilo sagrado, una metrópoli o a la hija del faraón bañándose en una charca. Había leído el cartel sin ninguna dificultad y pronto me di cuenta de que, gracias a mi espíritu proteico, pensaba y daba forma a mis ideas en el lenguaje de los jeroglíficos. Aunque parezca contradictorio, me sentía raro e incómodo con mi nuevo conocimiento pues siempre admiré a la gente que aprende con esfuerzo lenguas extranjeras y se pasa años apuntando en un papiro las expresiones más útiles, por ejemplo: tengo sed, quiero agua.

A medida que avanzaba, la vegetación se hacía más espesa y se respiraba el vapor de los humedales. Pronto percibí la presencia de un ser vivo y me dejé llevar por mi nariz. En un recodo aparté unas plantas acuáticas y sorprendí a una hembra que rápidamente identifiqué con una diosa egipcia. Parecía feliz y relajada, como si hubiera tenido un encuentro con Zeus. Me acerqué y su aspecto me conmovió: su piel blanca con algún puntito negro brillaba como el sol. Movié suavemente su cabeza lunar y me pareció que sus cuernos estaban en perfecta armonía con su testa. Era la representación terrenal de Hathor<sup>6</sup>. Dí varios pasos —cubriéndome de agua hasta

---

5 Un khet equivalía a 52, 29 metros. Sesenta khet sería algo más de tres kilómetros.

6 Hija del dios del Sol, Ra. Encarnación del amor, la alegría y la bondad. Se la representaba como una vaca o una mujer con cuernos o cabeza de vaca. Fue la nodriza de Horus y, posteriormente, su esposa. En las tumbas del Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas aparece como una vaca celeste cuyo cuerpo forma el firmamento, dando cobijo a la Creación, y entre sus cuernos lleva el disco solar, símbolo del alba. Hathor: Hwt—Hr, significa la Casa de Horus. Su jeroglífico es un halcón dentro de una casa.

las rodillas— y la acaricié la frente en un intento de ganarme las simpatías de todas las divinidades del lugar.

Aunque los griegos admiraban la sabiduría y profundidad de los egipcios, despreciaban su costumbre de adorar a los animales, lo que se contaba con sarcasmo e ironía en todas las polis del Mediterráneo. Pero yo no veía ninguna humillación en inclinarme ante una vaca, todo lo contrario: me parecía una forma sana de estar en contacto con la naturaleza. ¿Qué es más lógico postrarse ante una vaca que da leche y queso a toda la humanidad o ante los colosos que levantan los esclavos en los desiertos calcinados? Que cada uno saque sus conclusiones, pero la visión de aquel animal me calmó, fue como un bálsamo para mi alma y me preparó para tener mi primer encuentro con los egipcios. Bueno, con los niños de El Delta, que me acogieron con tanto entusiasmo, pasión y gritos, que comprendí en un instante a los padres que se van a la guerra para huir de las obligaciones domésticas.

Al cabo de un rato, vi otro letrero que decía: Ippeknutu Niwt<sup>7</sup>, a diez khet. Me olvidé de la vaca y aceleré el paso con la misma ansiedad con la que, a las pocas horas de nacer, me dirigí, intentado escapar de mi sombra, hacia El Partenón.

Al principio sonreí al encontrarme con unas higueras que se inclinaban ligeramente ante un pilón de aguas cristalinas donde pardos y negruzcos renacuajos disfrutaban de sus últimas carreras submarinas antes de convertirse en ranas. Luego empecé a escuchar estridentes y asmáticos rebuznos de una camada de onagros que luchaban por ser los primeros en beber del abrevadero. La vaca que anteriormente acaricié —sin ninguna intención de seducirla— me había estado persiguiendo sin que yo me diera cuenta, y sólo me percaté de que la tenía detrás, cuando noté su húmedo morro en mi nuca. Al girar, vi como mi amiga se desmayaba y se desplo-

---

7 Niwt: población o aldea corriente, en contraposición a Hwt, que aludía a un centro de poder real o Dmi, santuario o centro de culto.

maba contra el suelo a causa de la densa polvareda que habían levantado los vigorosos asnos. Me agaché, abrí uno de sus melancólicos ojos y comprobé que su salud era perfecta. No había de qué preocuparse, pronto volvería a casa.

De repente, diez, veinte, tal vez treinta niños, aparecieron con taparrabos entre la nube de polvo dando unos gritos espantosos y corriendo hacia mí como si fuera un regalador de pasteles. Con un entusiasmo<sup>8</sup> sin parangón en el Ática, se agarraron a mi túnica, se subieron sobre mis piernas, comenzaron a palparme el rostro y empezaron a tirarme del pelo para comprobar si mi cabello era natural o una peluca. Cuando estaba a punto de perder los nervios y mis ojos se encendieron como dos brasas incandescentes, la vaca despertó y mugió, los onagros desaparecieron como alma que traga el diablo y los chiquillos, que no dejaban de hacerme preguntas, me llevaron hasta la entrada de la aldea anunciando la llegada de un extranjero de los pueblos del mar.

Allí apareció un señor mayor con un cayado que dirigió una iracunda mirada a mi pueril escolta y dijo con voz grave:

—¡Liberad a ese hombre! ¿No veis que está cansado? Luego les apuntó con el bastón y los pequeños huyeron a sus escondrijos.

— ¡No dejéis que los niños se acerquen a mí!— dije a aquel venerable personaje.

Éste observó mi perfil y me preguntó:

— ¡Peregrino! ¿Qué te ha traído por aquí?

—Nada en especial. No me gustan los viajes organizados y he decidido explorar por mi cuenta Egipto.<sup>9</sup>

---

8 Entusiasmo, palabra griega: estar penetrado por lo divino.

9 En Grecia, los ricos solían hacer viajes turísticos a Egipto. El más común era uno de cinco días de duración. También, al igual que ahora, había aventureros que iban por su propia cuenta.

El hombre, que parecía el jefe de la comunidad, me puso una mano sobre los hombros y sonrió con la confianza de las personas que saben leer hasta los pensamientos más ocultos. Luego empezó a hablarme como si nuestra amistad fuera milenaria, de la época del Rey Escorpión o las grandes pirámides de Giza —cuando los faraones todavía eran dioses—, pero yo no podía concentrarme y no dejaba de mirar alrededor por si aparecía algún monstruito. Para no quedar como un desagradecido urdí contestar a su monólogo de bienvenida con frases cortas —que todos los griegos utilizamos mecánicamente para proteger nuestra mente, por autodefensa—, como: estoy de acuerdo, muy interesante, lógico, muy bien.

—Ippeknutu es un pueblo muy curioso. Es la única población de Egipto que todavía utiliza expresiones del Imperio Antiguo. Aquí viven descendientes de palestinos, sirios, libios, nubios y, claro, cada etnia conserva su religión y tradiciones con la lógica influencia local. Creo que los niños vieron en ti la oportunidad de hacer un sacrificio humano y revivir, por simple amor a las leyendas, los rituales de los Tiempos de la Oscuridad.

Luego hizo una pausa, endureció su expresión y me preguntó: ¿Estarías dispuesto a ser sacrificado al dios de la guerra Reshef y a su esposa Qadesh? <sup>10</sup> A La Sagrada le fascinan los hombres atrevidos y valientes como tú.

— Me parece muy bien, me encantaría— respondí mientras escribaba como dos hombres corpulentos vestidos con un faldellín blanco abrían las puertas de la amurallada Ippetnutu.

---

10 El temido Reshef y la voluptuosa diosa Qadesh (La Sagrada) llegaron del oeste asiático con los habitantes de las tierras del norte que vinieron a Egipto, ya fuera como prisioneros u hombres libres. Los extranjeros siempre traían sus religiones y dioses consigo. La pareja divina a la que hemos hecho referencia nos recuerda a Ares y Afrodita.

Esta vez el patriarca me miró desconcertado, me dio un golpe en la espalda y dijo: ¡Por Amon! ¡No te tomes en serio mis palabras! Ha sido una forma de estudiar tus reflejos y tu capacidad de improvisación. ¡Cálmate, tendrás el recibimiento que merece un griego que ha salido de la caverna!

Observé una veintena de chozas de barro y paja que se extendían al pie de la muralla de adobe y me detuve frente a una rolliza campesina que casi rozaba con sus pechos la pasta de cebada que amasaba en una enorme tinaja.<sup>11</sup> Llevaba una rústica peluca y un collar de cuentas. Sus rasgados ojos rotulados con un oscuro maquillaje me lanzaron una mirada impenetrable, casi calcárea, de ave rapaz, mientras sus bronceados senos oscilaban con el vaivén de la faena. Empezaron a aparecer más personas, la mayoría siervos o esclavos, y se quedaron clavadas, detenidas, como estatuas —al igual que esos relieves de las viñetas hieráticas que describen la función de cada animal, hombre o dios— para ver como cruzaba el umbral de aquellas dos enormes puertas de madera.



Ippeknutu era lo que yo llamaría una aldea global. Había unas setenta viviendas, la mayoría de dos pisos, de las cuales sólo tres o cuatro eran residencias lujosas que tenían hasta cuartos de baño elegantemente decorados con escenas de El Nilo y retretes con sillas de madera de ébano, con abertura en forma de ojo de cerradura, en cuyo fondo había siempre una cesta perfumada con arena limpia. En la zona dedicada al aseo ocupaba un lugar destacado la ducha <sup>12</sup> cuya cebolla,

---

11 Esa era la forma típica de hacer cerveza. Una vez amasada la pasta de cebada se fermentaba en agua en un enorme recipiente. El pan y la cerveza eran los principales alimentos del pueblo llano.

12 En Egipto, la nobleza y los ricos solían disfrutar de ducha en sus casas. Esta tenía el aspecto de un gran colador por donde los esclavos, subidos en taburetes, arrojaban baldes de agua. Los egipcios daban una gran importancia a la limpieza



que imitaba al Ojo de Horus, colgaba del techo, que a veces reproducía la bóveda celeste. Todas las casas, incluso las más humildes, disponían de aire acondicionado<sup>13</sup>. Las ventanas con rejas o contraventanas en la parte inferior estaban a una altura considerable del suelo para mantener fresco el interior. Las terrazas y azoteas, parcialmente cubiertas, creaban un doble ambiente de sol y sombra. En el centro de la aldea se hallaba la Butikke<sup>14</sup>, donde podía adquirirse una gran variedad de cosméticos, collares, pulseras, perfumes, tejidos, tampones, compresas, papiros mágicos para hacer conjuros, pieles de jirafas y hasta enormes gatos del desierto amaestrados que los cazadores utilizaban para recuperar las piezas, tanto peces de El Nilo como aves acuáticas. También había un cartel que decía: Se alquilan esclavos.<sup>15</sup>



Cuando disfrutaba de mi paseo por la aldea con mi anfitrión, volvieron a aparecer los niños y en ese momento deseé profundamente que las ninfas del norte descendieran sobre mí y me pusieran un casco, así hicieron con Perseo, para convertirme en un ser invisible, sueño que albergamos casi todos —y yo en particular—, nada más nacer.

---

del cuerpo y solían ducharse varias veces al día. Esta costumbre la disfrutaba, en particular, la aristocracia (entre un 1 y 2 por ciento del total de la población). Además, en las casas de los poderosos: miembros de la familia real, nomarcas, escribas, médicos, escritores famosos, etc. solía haber estanques en los jardines, donde se daban un buen baño al atardecer. La gente común también se bañaba con frecuencia en El Nilo y sus canales. Debido a las creencias religiosas había que conservar el cuerpo en la mejor condición posible para emprender, a la hora de la muerte, el Gran Viaje al más allá. Hay numerosos papiros que ridiculizan el mal olor de los extranjeros.

13 Se solía hacer una ventana hueca por la que pasaba el aire y corría por toda la vivienda.

14 El vocablo francés “boutique” es una de las pocas palabras de la antigua civilización egipcia que se han incorporado a una lengua moderna.

15 En Egipto los esclavos, además de venderse, se alquilaban.

De repente, se acercó a mí un enano, que me pareció un gigante, me tiró de la manga y me dijo —asustado por mi reacción alérgica—: Tranquilo, no te angusties. Son como cachorros de leones, sólo atacan a los débiles. Tú, aunque no lo parezca, les impones un gran respeto. Disimula, haz como si no les hubieras visto.

Luego el jefe de la aldea, que se presentó como Rempet, susurró unas palabras al oído del nuevo acompañante, fanático adorador de Bes<sup>16</sup>, y éste gritó: ¡El que se acerque al extranjero no volverá a crecer el resto de su vida ni una pulgada más! A continuación, hizo su epifanía una mujer bellísima, que para mi asombro estaba vestida, y dijo: Soy Nefertiti, la esposa de Senet, y besó a su marido, que apenas le llegaba a la cintura, tras inclinarse con devoción.

Las criaturas desaparecieron como por arte de magia y entonces Rempet utilizó un lenguaje casi ofensivo dirigiéndose a mí:

*Los dioses sólo se acercan a los hombres cuando escuchan su música o huelen su perfume ¿Por qué no te das un baño en mi casa y luego nos cuentas qué te ha traído por aquí? Justo acabas de llegar en un momento en el que estábamos preparando una ceremonia en el templo de Hathor para pedir a la diosa que siembre la semilla de la fertilidad en dos jóvenes que se casaron hace tres años y son incapaces de procrear.*

Alcé la vista y vi que todos los habitantes de Ippeknutu se habían quedado de piedra y me miraban con extrema precaución, cual si fuera un recaudador de impuestos. Rápidamente hice una reverencia ante aquel pueblo y exclamé: Mi nombre es Fritz y soy griego. He venido a Egipto a aprender

---

16 El enano Bes era un dios dual. Por una parte, era el representante de las fuerzas destructivas desenterradas a través de la danza, la música y la alegría. Y, por otra, era un símbolo de la procreación y el protector de los recién nacidos. También ayudaba a que las mujeres tuvieran un parto feliz, por lo que era una deidad doméstica muy querida y popular.

y, en señal de amistad, ofrezco este pequeño presente a la diosa Hathor. Me acerqué lentamente hacia una hornacina en la que resaltaba la escultura de una pequeña vaca, a cuyos pies había fruta e incienso, y deposité una moneda de plata<sup>17</sup> de diez dracmas. Senet, que me había seguido, dibujó un jeroglífico en el aire y los aldeanos se replegaron silenciosamente.

Luego Rempet, Senet y Nefertiti me escoltaron sin pronunciar palabra hasta la residencia del jefe de la comunidad y mi corazón volvió a latir con la pureza del que vive en una cándida ignorancia y está dispuesto a creer en casi todo lo que le digan con tal de que le sirvan una buena copa de vino y le den tres palmadas en la espalda.



Cuando el Sol empezó a descender y se preparó para ocultarse en el útero de su madre, Nut, la gente comenzó a hablar en voz baja y luego se hizo un penetrante silencio apenas quebrado por las últimas notas del canto de las cigarras y el lejano bramido de los hipopótamos.

En la sala principal de su mansión, Rempet leyó un pasaje del Libro de los Muertos y luego se arrodilló ante un altar de mármol rojo donde había una encarnada figura humana con cabeza de halcón. Colocó a sus pies doce varillas de incienso en memoria de las doce horas tenebrosas<sup>18</sup> por las que Horus tendría que pasar en su peligroso viaje nocturno, y exclamó:

---

17 Para los egipcios la carne de los dioses era de oro y sus huesos, de plata. Estaban acostumbrados a tener adornos de oro debido a que explotaban desde hacía milenios las ricas minas de Nubia, pero la plata era algo mágico que escaseaba.

18 El día egipcio tenía 24 horas. Doce correspondían al día y las otras doce, a la noche. Cuando el Sol se ocultaba, debía traspasar las doce puertas que marcaban cada hora de la noche antes de volver a abrir por sí mismo el vientre de Nut y renacer en el horizonte.

¡Oh Osiris! ¡Oh Osiris!

No permitas que la despiadada Serpiente Apep<sup>19</sup>

Devore a nuestro padre Horus cuando atravesase las Doce  
Puertas del cuerpo de Nut<sup>20</sup>

¡Oh Osiris! ¡Oh Osiris!

No permitas que las temblorosas almas de los condenados  
Conmuevan con sus lamentos a Ra  
Cuando en su recorrido las saque del letargo  
Con su poderosa luz.

¡Que siga su camino

Y no se detenga a escucharlas!

¡Oh Osiris! ¡Oh Osiris!

Deja que continúe su viaje por el Duat<sup>21</sup> y se funda en tí  
Y vuelva a reafirmar la victoria de la vida sobre la muerte  
Para que los hombres que habitan el mundo  
Podamos celebrar eternamente su regreso

Luego todos, al unísono, incluido yo, repetimos la plegaria varias veces y Rempet encendió las varillas de incienso y observó como el humo se elevaba llevando con él el aliento vital que había impregnado nuestras palabras, llaves de vida que penetrarían en el corazón de los dioses primordiales.

---

19 Apofis para los griegos

20 La diosa Nut, el cielo, se representa en numerosas tumbas con el cuerpo de una mujer que abarca el firmamento.

21 Región a la que descendía el Sol por las noches.

En ese momento, percibí el horror que tiene este pueblo a la oscuridad. A que el Sol deje de transformarse en Amon<sup>22</sup> y abandone la bola que arrastra cuando surge tras la colina primigenia con la forma de Jepri<sup>23</sup>. ¿Ese miedo atávico a la noche es sólo una fobia de los egipcios o es algo más hondo que comparten con el resto de la humanidad? me pregunté mientras caía en la cuenta de que jamás se me había ocurrido pensar que Helios podría ocultarse para siempre causando la extinción del planeta con todo lo que lleva dentro. Para los egipcios estaba muy clara la relación de La Noche con la Muerte, por eso Horus viajaba por el tenebroso ponto celeste hasta encontrarse con el cadáver momificado de Osiris y entraba en El. Entonces el Padre y el Hijo formaban la Unidad y escenificaban el ciclo de la muerte y la resurrección. El Sol moría y, sólo cuando Osiris le abrazaba y le devolvía a la vida, podía proseguir avanzando hacia el crepúsculo y desafiando, ya con más fuerzas, a la malvada Serpiente que se quiso autoproclamar autora de la Creación.<sup>24</sup>

¿Hacía más soportable la vida a los egipcios la idea de negar los golpes del joven Thanatos y pensar que renacerían junto a los dioses y a los hombres puros de corazón? Me imagino que a los faraones, a los escribas y a la plutocracia sí, ya que al desprenderse de las vendas en una estrella soleada podrían seguir disfrutando de la compañía de hetairas vírgenes deseosas de convertirse en mujeres y de esclavos que tuvieron que viajar con la momia en forma de muñecos de barro. Pero ¿Y los otros? Los que son enterrados con miserables taparrabos en el desierto.

---

22 El primero y más importante de los dioses. En esas ocasiones el dios se representaba como un hombre coronado por dos largas plumas. También se le conocía como Amen, palabra que perdura hasta nuestros días para poner punto final a las oraciones.

23 El Sol al amanecer. Se le describe con el jeroglífico del escarabajo.

24 Aquí el autor hace una analogía entre Apep y Orión, la serpiente de la mitología griega que ofendió a Eurínome afirmando ser el creador del universo.



Aquí casi aplasta la omnipresencia del Sol. Me da la impresión de que los egipcios han quedado atrapados en el laberinto de sus dioses y ya no saben en qué barca navegan. Durante miles de años los reyes—guerreros extendieron sus dominios por el sur —que para ellos era el norte— y por Asia. Nadie deseaba penetrar en Occidente<sup>25</sup>, en los países bañados por el frío atlántico porque en aquellas aguas flotaban lunas heladas que auguraban funestos presagios. Los egipcios dicen que con la palabra se creó el mundo. Que las cosas comenzaron a existir cuando recibieron un nombre. Todo aquello que carece de un nombre no ha nacido todavía. ¿Es así o lo inefable ocupa un espacio que todavía no podemos imaginar? ¡Alabado sea Thot! Ese antepasado que tradujo la música en palabras y lanzó los dados al aire con su amigo Prometeo. ¡Ay, la curiosidad, por conocer, sobretodo, lo prohibido! El día que comamos la manzana y descubramos lo que somos, tendremos que aceptar con Sileno, que lo mejor es no haber nacido. Creo que vuelvo a razonar sin ningún tipo de lógica, se nota que he pasado poco tiempo en la Academia. ¿Por qué tendré la manía de encerrarme en mi mismo y hacerme preguntas absurdas para escapar de las redes de los humanos? ¿Por qué no habrá más robots en este mundo para poder llamar las cosas por su nombre?

Cuando estaba absorto en esos pensamientos, Rempet hizo una señal y Senet y Nefertiti me condujeron a un dormitorio de la planta superior de la casa que tenía una claraboya en el techo a través de la cual se podían ver las estrellas.

— ¡Que Amon proteja tus sueños y que Horus te toque el corazón renovándote las ganas de vivir! — me dijeron tras cerrar la puerta con ceremoniosa parsimonia.

---

25 Occidere: matar. Occidente: El territorio de los muertos.

Tras inspeccionar un rato la habitación, caí rendido en la cama. Pronto imaginé que Afrodita me daba un dulce y relajante masaje hasta quedar profundamente dormido. Solía utilizar ese truco cuando alguna situación me alteraba los nervios, pero en esta ocasión no funcionó. En contra de mi voluntad, empecé a dar vueltas en el lecho y, cuando la imagen de la Celeste<sup>26</sup> se diluyó, abrí los ojos, sacándolos casi de sus órbitas, y los clavé en el techo. Me puse a mirar las estrellas en la posición de una momia y de repente sentí que mi cuerpo no me pertenecía, que me tragaba la claraboya y que caía en el abismo hasta ser succionado por Apep. Noté unas gotas de sudor en la frente y me levanté de un salto. Luego volví a andar por la estancia intentando hallar sosiego y, siguiendo un impulso natural, como si una mano me llevara del brazo, me dirigí a una estantería y tomé un voluminoso papiro. Lo empecé a desenrollar con cuidado a la luz de una lámpara y leí: La Creación.

*Al principio sólo existía La Nada en un océano de plasma donde flotaba el germen de la potencialidad no realizada. Él, sin nombre, se creó asimismo en un proceso gradual que le llevó a La Conciencia y, una vez que llegó a ese estado, fraguó el concepto y la idea, y surgió la Unidad. Y así, lo Uno se dividió en la Multiplicidad. De Ella surgió Thot que, al convertirse en su lengua, puso a lo inefable el nombre de Atum<sup>27</sup>. La potencialidad nunca se realiza sin el concepto y el verbo. El Universo es la idea de Atum, la imagen de Atum, el alma de Atum, la música de Atum, el silencio de Atum. Sin ese destello de Atum, no sería posible ninguna manifestación del hombre. Ni el escriba, ni el*

---

26 Otro nombre de Afrodita.

27 Atum: Divinidad creadora de Hermópolis. Los conceptos abstractos de esa cosmogonía, que tiene mucha similitud con las teorías de la física moderna del “Big—Bang”, se representaban al pueblo de forma alegre con parábolas relacionadas con la autofecundación y la masturbación. La mano de Atum sería la primera diosa que le ayudó en su tarea. En la antigua ciudad de Hermópolis había una inscripción que decía: “Cuando yo me creé, comenzó la evolución”.

*arquitecto, ni el escultor, ni el músico, ni el poeta, podrían dar forma a las cosas desde el vacío primordial.*

Cada palabra se explicaba con imágenes borrosas y en una parte del papiro había un dibujo de la Piedra de Saba-cón<sup>28</sup>, estructura cuadrangular de cuyo centro salía una explosión que emitía anillos de luz.

En los márgenes de aquel texto sagrado había numerosas figuras antropomórficas dibujadas con trazos esquemáticos de gran vivacidad. Cinco barritas reproducían el tronco y las extremidades de aquellos seres en cuya parte superior, la que correspondería al cuello, sobresalía una cabeza de forma circular. Cada ente alzaba un azadón y parecía que estaba rompiendo la cáscara del huevo cósmico.

Aquella lectura me sumió en una especie de perplejidad y confusión y por unos instantes sentí que algo en mi corazón latía, a pesar de la distancia, con una cálida nostalgia por estar cerca de Platón quien, con un lenguaje sencillo, te acercaba, sin apenas darte cuenta, al luminoso despertar de la conciencia. Quise olvidar el papiro, pero una semilla de esa inquietante composición ya había penetrado en mi interior y casi no pude pegar ojo en toda la noche. Volví a sudar, dando vueltas en la cama y me pregunté ¿Y si Apep se traga a Horus y no vuelvo a ver en mi vida a Afrodita? Creo que me dormí unos instantes y, cuando me desperté, grité su nombre al tiempo que emití una estrepitosa eyaculación.

Al cabo de un rato, Nefertiti llamó a la puerta con suavidad y me dijo que Rempet me estaba esperando abajo. Noté que la muchacha ya se había lavado y perfumado y aspiré la deliciosa fragancia que manaba de todo su cuerpo y me desenvolvía las ganas de vivir con la intensidad y alegría de los que acaban de descubrir la belleza.

---

28 Grabación en piedra con el relato menfita de la Creación.



Enfrente de un espejo de cinco codos de altura, Rempet se pintaba los ojos y dibujaba en sus contornos dos círculos negros y ovalados que endurecían su expresión.

—¿No te maquillas los ojos? En Egipto todos lo hacemos. El kohl<sup>29</sup> ahuyenta a los mosquitos y protege contra muchos males. Además, ayuda a aumentar la concentración y la memoria— dijo acercándome un delicado pincel.

—Muchas gracias— respondí—. Y a continuación tracé con precisión dos líneas gruesas y oscuras alrededor de mis ojos. Curiosamente me sentía mejor. Era como si me estuviera integrando en aquella sociedad casi desconocida, lo que me producía la placentera sensación de pertenecer a una comunidad.

Me observé en el espejo y vi que la película de mis ojos se había hecho más opaca. El kohl me ayudaba a ocultar mis pensamientos, dándome el poder de un mago, y eso me producía un sentimiento de seguridad, de estar pisando tierra firme.

Luego escruté a Rempet y noté que su mirada crecía hacia adentro como un agujero negro. El día anterior no me había fijado demasiado en los ojos de los egipcios, tal vez por la ceguera que produce el choque cultural, pero ahora, con la mente más serena, me puse a contemplar los rostros de Nefertiti y Senet, y palpé en ellos ese destello de sabiduría que brilla en los pueblos milenarios.

Rempet se vistió como un sacerdote de Amon y me dijo pausadamente: Como te comenté en la víspera, tenemos que celebrar una ceremonia en el templo de Hathor, sigue a Nefertiti que ella te dará la ropa adecuada. Procura ir limpio y no tomes nada que hoy es un día de ayuno.

---

29 El kohl se hacía aplastando una pasta de galena. En Egipto a veces se le daba un reflejo metálico.

Luego se acercó a una especie de jarrón<sup>30</sup> del que salía un chorrito de agua, se inclinó e indicó a la joven: A las siete arro-  
jamos las semillas, Amén.

Por inercia, yo también pronuncié la palabra Amén. A  
continuación, Nefertiti me cogió del hombro, me llevó a una  
estancia contigua y dijo a Senet: La mano debe estar prepa-  
rada para actuar cuando suba la marea.



Cuando la clepsidra egipcia estaba a punto de marcar las  
siete, llegamos al templo de Hathor<sup>31</sup>. Tenía forma rectangu-  
lar y era de piedra blanca. Una estatua de Isis, sosteniendo al  
pequeño Horus en brazos, y otra de Osiris, con su doble cor-  
ona y llevando el cayado del pastor y el mayal del campesino,  
flanqueaban dos puertas azules con dibujos de flores de loto  
y plantas o pájaros de vivos colores. Nefertiti, vestida con una  
falda de lino verde que le llegaba hasta los tobillos, se arro-  
dilló, puso las palmas de las manos sobre el suelo y luego la  
frente sobre ellas. Yo estuve apunto de hacer lo mismo, pero  
me detuve cuando vi a Senet subirse sobre la espalda de su  
esposa, ponerse de pie, manteniendo un equilibrio asombro-  
so, sacar un manojó de llaves y abrir la cerradura, que gimió  
como una hembra en celo, de aquel recinto sagrado.

Con Senet a la cabeza, atravesamos el peristilo, luego  
un patio bordeado por una columnata de intenso y variado  
cromatismo, y por último otro vestibulum con columnas que  
daba a otra puerta donde se encontraba el santuario. Rempet  
quitó el sello de la puerta y corrió una cortina de gasa trans-

---

30 En Egipto los relojes se hacían con un recipiente que tenía 24 agujeros en  
vertical. Cada vez que un chorrito de agua salía por uno de ellos marcaba una hora.

31 Hathor es el nombre griego. En Egipto se la conocía como Hut—Hor, vocablo  
que significa la Casa de Horus. Por la influencia griega, en épocas posteriores fue  
identificada con Afrodita.

parente. Allí estaba el altar de Hut—Hor en el que se erigía la escultura de una hechizante diosa con cuernos de plata que sostenían el disco solar.

Debido a la soledad que se instaló en mi pecho desde mi nacimiento — por la cual no guardo el más mínimo rencor a mis progenitores—, a la entrada principal me había conmovido profundamente la hermosa Isis dando el pecho al bebé Horus con una ternura que derretía el corazón. Había tenido el privilegio de ver las esculturas de aquella tríada sagrada. El Padre, creador y generoso; la Madre, dulce, protectora, y el Niño, paradigma de la bondad en la tierra. ¡Qué lección de humanidad y amor para los griegos! Cuando el pobre Heracles no tenía ni mi edad, fue colocado por Hermes en las mamas de Hera aprovechando que ésta estaba durmiendo —pues sólo con su leche alcanzaría la inmortalidad—, y cuando el bebé no hacía más que tomar su desayuno <sup>32</sup>, la diosa se despertó, vio al engendro fabricado por su marido con Alcmene y lo arrojó con furia contra el firmamento para que se estrelara la cabeza contra algún asteroide, y sin darse cuenta, con el chorro que salió de sus pezones creó la Vía Láctea, al igual que hizo Hathor, pero sólo por amor a la fecundación, cuando plantó la galaxia<sup>33</sup> con espuma del océano primigenio.

Cerré los ojos, penetré cautelosamente en el sanctum sanctorum, y luego los abrí con asombro y fascinación. Cerca del altar había tres hermosas mujeres con el cuerpo teñido de azul y sus vaginas tatuadas con triángulos de puntos fluorescentes. Estaban completamente desnudas y hacían libaciones. Sus pezones y sus labios estaban pintados de rojo y el kohl de sus ojos emitía destellos dorados y plateados. Eran ágiles, de torso felino, y se movían como si tuvieran estampidas por latidos. Desde una de las dos puertas gemelas del

---

32 La leche de las lactantes se utilizó en Europa como medicina hasta el siglo XIV. Se cree que esa tradición vino, como otras muchas cosas, de Egipto.

33 Galaxia: Fluido de leche.

fondo apareció la pareja estéril y las sacerdotisas de Hathor se quitaron sus diademas, única prenda que llevaban, dejando caer en cascada su larga, brillante y deslumbrante cabellera. Yo, que no entendía nada de lo que estaba pasando, me quedé perplejo y seguí la escena como un babuino drogado con hongos alucinógenos.

De la otra puerta salió Rempet, con las vestiduras de Osiris, y Nefertiti con Senet en brazos y un pecho al descubierto. Los jóvenes que habían venido a pedir la bendición de Hathor sólo llevaban un taparrabos blanco y apenas parpadeaban, parecía que se habían quedado sin respiración.

El hombre se llamaba Queopet y la mujer Tueris y se habían sentado de cuclillas frente a frente. La pareja encendió 42 velas<sup>34</sup> y, en ese momento, Rempet depositó un pétalo de rosa roja sobre la corona del pecho desnudo de Nefertiti. A continuación, Senet empezó a succionar el pezón de su esposa haciendo gestos de recién nacido. A la llama de los cuarenta y dos cirios, las tres hijas de Hathor empezaron a cantar y a tocar sus sistros<sup>35</sup> agitando sus muñecas con un frenesí desconcertante. Al principio, yo no sabía cómo actuar y estuve a punto de acercarme a Rempet para que me dijera qué es lo que tenía que hacer pues me encontraba incómodo como espectador de relleno. Durante varios at<sup>36</sup> quise convertirme en una persona<sup>37</sup> y moverme conociendo de antemano el guión para no parecer un imbécil. Pero nada, nadie me miraba, nadie me hablaba, nadie me hacía un gesto. Tenía que callarme y observar, quedarme mudo y escuchar. Y así lo hice.

---

34 Número de dioses que asistían como tribunal en el Juicio Final. Cada dios equivalía a un señor de los 42 nomos en los que estuvo dividido Egipto en la antigüedad.

35 Sistro: Instrumento musical de la antigüedad egipcia. Tenía forma de herradura o aro atravesado por varillas, que se tocaba agitándolo con la mano.

36 At: Instante

37 Persona, palabra que viene del latín “persona” y ésta del etrusco “phersu” y ésta del griego Prosopón: Máscara que los actores se ponen en el teatro.

Automáticamente me puse a seguir las evoluciones de las llamas de las velas que danzaban contorneándose con sus flamígeros ojos de plumas de faisán. Luego, decidí tragarme mi afán de ser protagonista de historias ajenas y me convertí en una esponja dispuesto a absorberlo todo con el corazón abierto y el alma en vuelo.

Al librarme inconscientemente de todo tipo de responsabilidad, empecé a relajarme y noté como poco a poco los cientos de músculos de mi cuerpo empezaban a desactivarse provocándome una sensación de placer y bienestar que no conocía desde que mi padre me sopló en la cabeza.

Sin poder evitarlo me concentré en los serpenteantes cuerpos de las tres adoradoras de Hathor, cuyos movimientos sugerían, sin ningún pudor, el acto de la creación. Daba la impresión de que estaban masturbando a Atum después de lograr que el pene del dios entrara en fase itifálica con la música de sus sistros, cuyas ondas de alguna manera penetraban, haciendo una caja de resonancia, al final de la columna vertebral, donde duerme la kundalini. Observé con creciente curiosidad a aquellas trillizas azuladas y me fascinaron las sacudidas de sus guedejas que golpeaban sus caderas como una lluvia de estrellas en los negros caballos de la noche. Era un hombre culto, casi un escriba, pero no pude evitar el pronunciar la palabra Amén cuando me di cuenta de que volvía a tener el bálano humedecido.

Ví como Queopet y Tueris se quitaron sus tangas, empezaron a jugar apasionadamente con sus excitadas narices, cual pequeñas trompas entrelazadas de elefantitos, y avanzaron, pulgada a pulgada, como dos amantes que acaban de descubrir el despertar de la sexualidad. Luego se fundieron en un fogoso abrazo de incandescente lava convergente que sólo creía posible en Shiva y Shakti cuando se encuentran en la prodigiosa flor de los mil lotos. Era como si el Sol entrara en

la Luna y ardieran las dos estrellas en sucesivas explosiones de amor y gozo.

Cuando Queopet y Tueris hicieron el coito nasal<sup>38</sup> más largo que he visto en mi vida, las sacerdotisas agitaron a un ritmo sobrecogedor sus sistros y entonaron una canción acompañada de una música que no procedía de este mundo. Estaba escuchando el sonido primigenio o, mejor dicho, las notas de la sinfonía que quedaban de él.

A medida que los rostros de Tueris y Queopet ardían como brasas, las sacerdotisas encendían lámparas cuya llama perforaba, cual serpiente de fuego, los ojos y la médula espinal. Luego, cuando un fulgor estelar llenó la estancia, una de ellas se sacó el corazón y lo depositó en las manos de Hathor.

En ese momento, Rempet se acercó a Senet, le pidió que levantase la cabeza y le colocó en el cuello El Collar de las Moscas de Oro<sup>39</sup>. Ese honor sólo se otorgaba a los grandes militares que habían realizado proezas extraordinarias en el campo de batalla. ¿Estaría con ese ritual reconociendo Rempet—Osiris la valentía y las artes guerreras del Niño Horus que no descansó hasta derrotar al fratricida de Seth? Cuando Senet recibió el collar que lo convertía en héroe de los dioses, en el Hijo del Padre, la tríada de curvas azuladas se colocó en línea vertical y representó a una diosa de India con seis brazos que empezó a ejecutar una maravillosa danza cuyos movimientos activaban los centros de energía de los cuerpos físicos y astrales.

En ese instante, Tueris se tumbó sobre una estera cubierta de rosas blancas y rojas y, con una agilidad increíble, adoptó la postura del escorpión.

---

38 Muchos egipcios consideraban una costumbre bárbara besarse en la boca, en cambio, sentían un gran placer frotándose la nariz.

39 La condecoración se conocía con el nombre de “Las Moscas del Valor”. Era un símbolo militar de gran valentía. Tanto el collar como las moscas eran de oro puro.

Queopet vio con asombro como su órgano viril se elevaba como un pez alado y buscaba desesperadamente la húmeda casa de su amor, cuyas paredes habían empezado a gotear su resbaladiza e inflamadora savia al tiempo que la asediada vulva y sus sabios labios abrían la mariposa dejando al descubierto la enrojecida y agrietada entrada del sicalíptico volcán.

Cuando Queopet se agarraba como un adolescente a su endurecido y palpitante miembro y se disponía a penetrar a su amante, se escuchó el tronar de un sistro más poderoso que los demás y todos nos quedamos como petrificados.

Ante esa señal, Senet dejó el pecho de Nefertiti, bajó luciendo sus tres moscas de oro, y, mirando fijamente al joven, le dijo:

— ¡Calma, relájate! Deja que los dioses intervengan con la música.

Luego cogió con sus manos de orfebre<sup>40</sup> el pene del futuro engendrador y, tras escrutar el orificio vaginal de la mujer escorpión, lo introdujo en su centro, en la misma diana, al tiempo que se le iluminaba el rostro como si estuviera agitando un fuelle frente a las fraguas de Hefesto.

Los amantes estuvieron copulando casi media unut<sup>41</sup>. Daban unos alaridos tan espantosos que yo no sabía si debía acercarme a ellos para tapparles la boca o llamar a un médico. Cuando llegaron a un orgasmo múltiple al ritmo de los sistros yo, debo confesarlo, tuve mi segunda eyaculación precoz. Luego se hizo un silencio mortuorio. Les dejamos descansar un tiempo, como aconseja el sentido común, y ambos se quedaron dormidos.

---

40 En Egipto, los enanos, considerados un misterio divino, solían dedicarse a la orfebrería. Ellos daba forma al oro, la carne de los dioses, y a la plata, sus huesos. Eran respetados y muchas veces temidos.

41 Unut: hora

Al cabo de un rato, Senet lanzó contra el suelo tres bolos<sup>42</sup> que al romperse despidieron una espesa niebla que envolvió los cuerpos de las sacerdotisas de Hathor. Rápidamente, la que se había sacado el corazón recuperó su músculo cardíaco, tras hacer una reverencia a la diosa, y se lo volvió a colocar en el pecho. Después, las tres se alejaron aprovechando los últimos velos de la neblina y desaparecieron sin dejar rastro.

En ese momento, Rempet avanzó solemnemente hacia el altar de Hathor y limpió el cuerpo de la diosa con ungüentos. Después, la vistió con ropa de color blanco y la roció con perfume mientras Nefertiti colocaba a sus pies vino, frutos secos y manzanas. Luego, el sacerdote hizo un gesto y todos abandonamos el santuario caminando hacia atrás, para no dar la espalda a la divinidad. Rempet borró con un cepillo rojo nuestras pisadas y las suyas, a medida que retrocedía, y, tras atravesar el umbral, volvió a sellar la puerta para que Hathor pudiera descansar. A continuación, emprendimos el camino a la inversa siguiendo a Rempet. Primero, atravesamos el vestíbulo con columnas, luego el patio rectangular y después la salida con sus dibujos de flores de loto, espigas, higos y panes.

Rempet trazó en el aire un jeroglífico que decía: el extranjero. A esa orden, Senet aceleró el paso y, con una delicadeza y educación exquisitas, me rogó que me arrodillase.

—¿Por qué?— le pregunté sorprendido.

— Porque te crees inmortal y dudas que los demás lo seamos. Porque piensas que ser discípulo de Platón te convierte automáticamente en un hombre superior. Porque, aunque no lo digas, estás acostumbrado a mentir desde que naciste.

No sé por qué, pero le obedecí como un muñeco, como un robot, y repetí los movimientos que había hecho a la en-

---

42 Bolos, palabra de origen griego que significa bola o terrón.



trada Nefertiti. Puse mis manos sobre la tierra y, encima de ellas, mi cabeza. Primero me pisó Rempet y clavó su cayado entre mis vértebras; luego noté el alegre peso de Queopet y Tueris entrelazados; después sentí los encantadores pies de Nefertiti sobre mi espalda. El último en subir fue Senet, quien anduvo orgullosamente sobre mi grupa como si yo fuera un prisionero de guerra.

Cuando vi que se alejaban las alargadas sombras de la comitiva, me levanté y volví a recordar mis orígenes, repitiendo la frase que me dijo Afrodita para dotarme de identidad: tu nombre es Fritz y eres griego.

Con el descaro de los olímpicos, corrí hacia el grupo y agarré de un hombro a Nefertiti. Ésta se asustó y dio un grito. Luego, al ver que era su sustituto, entreabrió los labios para pedirme perdón y yo, que no tengo más ley que la que me dicta el corazón, alcé su barbilla y la besé en la boca.

Rempet arqueó las cejas. Parecía que deseaba fulminarme con la mirada. Senet, en cambio, actuó como un dios generoso, sin apenas inmutarse, y me dijo: Si quieres, quédate con ella, a mí me sobra todo lo que a ti te falta.

Luego, miró a Nefertiti y sentenció: Si te gusta el bárbaro, vete con él.

Acto seguido, se dirigió a mí con estas palabras: ¡Griego, no me has robado nada. Con nada viniste a Egipto y con nada te marcharás!

Vi que Rempet clavaba su cayado en la tierra como si fuera ajeno a las cosas de este mundo y reanudó el paso. Queopet y Tueris ardían y corrían como dos ciervos enamorados. Nefertiti no salía de su asombro y, tras permanecer unos instantes aturdida, me asió de la cintura y me dijo: Esta mañana me bañé con agua perfumada pensando en ti.

Yo me recreé con su visión y, sintiendo los ojos de Senet en la nuca, la dije: ¡Oh, bellísima Nefertiti! Me encanta que me asgas de esta manera y, sin poder reprimirme, volví a besarla.

Pero no acuñéis la idea ¡Queridos mortales e inmortales! que hice lo que hice en un arrebato de soberbia e inmadurez. Actué así por instinto de supervivencia, para proclamar por encima de todas las cosas la victoria del amor. ¿Sabíais que hay personas que jamás albergan ese sentimiento? Que sólo persiguen el éxito, las escaleras de oro y el poder. Que mienten, incluso, para parecerse a los seres humanos. Seguro que los conocéis: Su mirada es aguileña, sus manos y sus pies, prensiles y afilados. Siempre están ocupados. No les importa matar, aunque no lo confiesen, para conseguir sus objetivos y la admiración de la tribu. Rebufan frases célebres de memoria y fingien, para provocar envidia, que son felices. Pueden ir al mando de un ejército de cien mil hombres que desprecian o dominan las rutas comerciales del planeta. Sonríen pocas veces, te miran de arriba abajo si no eres de su clan y siempre están cerca o bajo la sombra del faraón. Nunca se enternecen ante el débil ni ante el vencido que se arrastra de rodillas. El mundo les abre todas las puertas y cultivan con elegancia la oratoria. Les gustan los carros veloces y no se detienen cuando alguien se interpone en su camino.

Rempet separó con su cayado unas flores de loto que flotaban en los vientres de El Nilo y salieron a la superficie unas enormes burbujas dando la impresión de que Poseidón estaba a punto de aparecer con su tridente. Se abrió la piel del río y una hipopótamo que acababa de tener un hijo bajo el agua, emergió con su criatura bramando y mirando con desconfianza a su alrededor. Nefertiti observó aquel nacimiento como si fuera una señal del cielo y su frente se iluminó poniendo alas al alma que avanzaba en sus cristalinos ojos.

En un cruce de caminos, se apostaron varios criados de Senet con un palanquín y éste se reclinó en su vehículo, nos señaló a mí y a Nefertiti con el índice y, cuando estaba a punto de pronunciar una maldición, soltó una sonora carcajada y desapareció entre el ramaje con su escolta de esclavos nubios.

El jefe de la comunidad, el sacerdote de Amon, El Escondido, El Oculto, El Increado, El que no ha dejado ninguna imagen de sí mismo, me dijo:

—Podéis quedaros esta noche en mi casa. Mañana, debéis partir. No quiero ver si tendrá o no algún efecto sobre vosotros la magia negra de Senet cuando emprenda al amanecer el Ritual de las Vasijas Rojas.

Nefertiti cogió mi mano y la observó con creciente asombro, como quien ve por primera vez el mar, intentado leer las azarosas líneas del destino. Luego me miró a los ojos y dijo:

—No pareces humano. ¿Guardas algún secreto inconfesable? Cuando me besaste, me robaste el corazón y me dejaste sin fuerza de voluntad. Para mí es mucho más importante un beso que la unión de los cuerpos. La palabra, que es la voz del alma y el corazón, se hace muda cuando se detiene en los labios y arde ante la llamada del amor.

Como no contestaba, repitió sonriendo las palabras que la dije hace poco: Me encanta que me asgas así y, como queriéndome enseñar algo nuevo, tocó varias veces mi nariz con la punta de la suya.

Al llegar a la aldea era la hora de almorzar y en las tabernas de la plaza, en la que abundaban palmeras inclinadas de sombras verdes, la gente tomaba jarras de cerveza y pan recién sacado del horno con pescado. Los niños, atravesados por las espigas de la curiosidad, se acercaron a mi lado al ver que Nefertiti me cogía de la cintura como si fuera suyo, de-

jando claro, por la forma con que lo hacía, que ya me había casado con ella. Alcé a uno de los pequeños con mis brazos y le hice cosquillas pronunciando un conjuro mágico al tiempo que sus compañeros batían las palmas y reían a placer.

Queopet y Tueris parecían nerviosos y esperaban la bendición de Rempet para que el cielo echara la última semilla, la invisible, pero como éste estaba ausente, huido de sí mismo, ocupé el vacío que había dejado con la ayuda de mi hermosa Nefertiti y entregué a los amantes una moneda de plata de diez dracmas que tuvo en ellos un efecto milagroso, algo parecido a una intervención divina. Al verles complacidos, les hice un gesto que aprendí en los templos de Afrodita y les deseé que la lluvia que había empapado el vientre de la joven diera los frutos deseados cual fecunda crecida de El Nilo.

Rempet abrió la puerta de su mansión, aspiró profundamente y dijo:

—Poneos cómodos, estáis en vuestra casa. Tengo un excelente vino de Creta que sólo saco en situaciones especiales ¿Os apetece una copa?

Yo, que estaba convencido de que no dormía bien porque a mis neuronas les faltaba su dosis de oinujo, me emocioné al escuchar la palabra vino y acepté humildemente que el sacerdote de Amon nos sirviera ese prometedor caldo que revivía mis mejores recuerdos en mi mesa del Odiseus.

Nefertiti, que parecía encantadoramente renacida, cual la Celeste entre la espuma, me abrazó con una espontaneidad infantil, al igual que hacen las vírgenes que acaban de descubrir el amor, y dijo:

— Si mi marido bebe, yo también.

Rempet bajó a la bodega y no tardó en aparecer con una polvorienta botella a la que quitó el lacrado para dejar que el espíritu de la uva respirara y oliéramos su aroma. Luego

derramó un poco de vino al suelo, como si estuviera haciendo una libación, y nos llenó las copas, cuyos bordes me parecieron sensuales y rojos, como las bocas de las diosas. El sacerdote dio un primer sorbo y nos lanzó una mirada paternal.

—Tienes suerte, griego— dijo—, si Senet se hubiera afechado a Nefertiti, ahora serías pasto de chacales, buitres y cocodrilos. En el momento en el que la repudió, la dejó libre, pero ¡cuidado! no bajes el escudo porque os ha echado una maldición y buscará vuestra aniquilación total en esta vida y en la otra. Vi como su mirada destilaba odio e invocaba a espíritus oscuros para destruir vuestra alma. Ese hombre, nunca regala nada. No es que ame lo que tiene, sino que odia lo que no puede poseer.

Luego hizo una pausa y añadió:

—Su ruin comportamiento no me ha impresionado, soy lo suficientemente viejo como para no poner resistencia a lo inevitable. En Egipto todas las mujeres son reencarnación de Isis y, si una hija de El Nilo, decide emprender el vuelo hacia otro puerto es porque Amon ha puesto alas en su corazón porque desea liberarla. Esto no es Grecia —subrayó— haciendo un estudiado giro con su copa. Aquí no realizamos rituales complicados para que una boda reciba el beneplácito de Afrodita. Si una mujer desea compartir la vida con un hombre, lo único que tiene que hacer es entrar en su casa. Las ceremonias de tu país, me parecen primitivas. ¿Qué es eso de negociar la unión de la pareja como si fuera un tratado comercial? ¿Qué es eso de que la novia tenga que cortarse el cabello en el altar de Filomedea? ¿Para qué ese sacrificio? Invocáis a Hermes para que consagre el acto y luego celebráis un desmedido banquete, creo que lo llamáis “anakalipteria”, donde os entregáis a todo tipo de excesos. ¿Es verdad que cuando todos los invitados están ebrios, suben a la pareja en un carro tirado por asnos y hacen libaciones para ahuyentar a los malos espíritus? Lo único que me gusta de esas ceremo-

nias es la víspera, cuando la novia se baña desnuda en un río o en una fuente sagrada para purificarse de su primera menstruación.

Yo estaba un poco enfadado por las alusiones a Afrodita, pues aunque la mujer griega se corta el cabello en su altar<sup>43</sup> y la regala su cinturón<sup>44</sup>, el mensaje era mucho más profundo. A ninguna mujer del mundo le gusta entregarse a un hombre sin pensar que realiza un acto sagrado. Y eso es una verdad inexplicable que ocurre en todas las culturas.

Estuve a punto de discutir con Rempet, pero el hecho de ser su huésped hizo que me contuviera la lengua.

Como vio que no replicaba, dio un vuelco a su conversación y me preguntó:

— ¿Qué te pareció la ceremonia de Hathor?

Miré a Nefertiti y al notar que estaba como levitando y no hacía más que estudiar mis expresiones, respondí:

— Yo acabo de llegar a Egipto y soy la persona menos indicada del mundo para opinar de rituales tan antiguos como la humanidad.

— ¡Ay! ¡Cómo os escondéis los griegos! ¿Quién dijo esa arrogante frase de: Sólo sé que no sé nada?

— Sócrates— respondí haciendo un gran esfuerzo para no arrojar la copa contra la pared y marcharme de aquella casa que por momentos me parecía tan sofocante como un sarcófago.

Rempet sirvió más vino y describió la ceremonia con sólo tres palabras que pronunció como si tuviera ruedas en la lengua:

---

43 De esa forma se despedía de su juventud.

44 Ritual con la que las novias ofrecía a Afrodita su virginidad.

— Un tétrico teatro.

Yo, que en ese instante percibí como se me movían las orejas, repetí, como un eco, su sentencia:

— ¿Un tétrico teatro?

Rempet, que ya empezaba a mostrar los efectos del vino, intentó articular un discurso, pero no podía. En lugar de hablar, empezó a mirarme fijamente a los ojos como si yo fuera capaz de leerle el pensamiento y sonrió, sosteniéndose con dificultades de pie, como el que realiza una hazaña imaginaria.

Me asusté y pronto se apoderó de mí un amargo sentimiento de culpabilidad. ¿Había dicho algo fuera de lugar? ¿Era tan estúpido que no sabía tener una conversación agradable con mi anfitrión? ¿Por qué me detuve en esa aldea y no seguí mi camino hasta el corazón de Egipto?

El sacerdote se descomprimió, produciéndome un gran alivio, se limpió el khol que empezaba a correrse en torno a sus ojos, y habló:

—No sé por qué, pero me das una confianza que pocas veces he sentido en mi vida con otras personas. Llevo haciendo los mismos ritos desde que era un joven impúber y nunca, salvo raras excepciones, he llevado la paz a mi corazón. ¿Qué daría yo por creer en los dioses? ¿Qué daría yo por creer en un juicio final en el que los buenos y justos son llevados al Campo de los Juncos y logran la inmortalidad en su comunión con Osiris? ¿Qué daría yo por creer en mis maestros y en las sabias sentencias de los antepasados? ¿Qué daría yo por encontrar a Maat en este mundo o en el otro? ¿Qué daría yo por abrir mi pecho ante Amon, El innombrable, y navegar en la barca del descanso eterno? O, simplemente, por haber visto en la Tierra un reflejo de la justicia. Sí, un tétrico teatro, todo es un tétrico teatro. Lo único que existe en esta vida es

el nacimiento, la derrota y la muerte. Y no hay redención, ni resurrección. Eso no es más que filosofía para paralíticos.

Poco a poco vi que entre los dos había una gran distancia, como la que separa la tierra del cielo, y volví a acordarme de Platón que sólo bebía vino para celebrar los momentos dichosos de la vida. Acaricé mi copa, miré a Nefertiti que apoyaba dulcemente su cabeza contra mi hombro y, recurriendo a mi instinto salvador, quise inventar un truco para escaparme y dar un paseo por la aldea.

—¿No te parece que sería agradable respirar el aire fresco de la noche antes de ir a dormir?— pregunté a Rempet esperando que cayera en mi trampa y me dejara sólo con mi amada.

Mi anfitrión salió momentáneamente de su estado de sopor y siguió con su monólogo:

— Veo que no sabes hacer preguntas. Pensaba que los griegos además de erigir esculturas a los dioses, al igual que nosotros, podrían venir a Oriente con un mensaje renovador, vivificador, pero me da la impresión de que también estáis intentando inventar un sueño para sobrevivir. Si la arcilla con la que se pone orden al caos no es la sabiduría, el ciclo acabará produciendo horror. Peor aún, nos aplastará.

Esta vez miró a Nefertiti y continuó:

— He estado toda mi vida haciendo ofrendas a los dioses porque tengo miedo a los hombres. Y, les tengo miedo, porque les conozco.

Ahora levantó la voz y me dijo:

— Abre bien los oídos. Toda la vida he hecho lo mismo por una profunda convicción que un día me llevó a preguntarme ¿Sería mejor el mundo sin Amon, sin Zeus? ¿Sería mejor esta tierra si el hombre no creyese en la justicia de Maat, en un juicio final en el que se compensará a los buenos y a los justos?



¿Sería mejor el planeta sin la noción del bien y del mal? ¿Sin la creencia en algo superior que dé sentido y rumbo a la vida? Tras pensar mucho tiempo en ello, llegué a la conclusión de que un mundo sin dioses, sin estrellas polares, sería un infierno de esclavos gobernado por tiranos. Es tan pequeña mi fe en los hombres que un día me desperté iluminado y me dije a mismo: Aunque no exista ni Amon ni el Campo de los Juncos, hay que vivir como si existieran. Esa es mi filosofía y, además, hago ofrendas a los dioses porque a veces dudo de todo lo que pienso y me arrepiento por haber traicionado y ofendido al demiurgo universal. Hay días en los que me horrorizan mis ideas y caigo de rodillas en el suelo y pido perdón al Innombrable porque veo con toda claridad que me está mirando. Entonces me invade una gran felicidad y me doy cuenta de que sólo he tenido una pesadilla. De que los antepasados tenían razón al buscar entre las estrellas. De que El Nilo transcurre, igual que nosotros, porque existen unas fuentes sagradas. Como verás, soy un ser que duda y, como decimos los egipcios: la duda mata.

Al final Rempet se desnudó y ya no sabía lo que decía. El gran sacerdote no era más que otro náufrago que nunca entendió por qué nacemos, por qué envejecemos y por qué morimos. Tal vez con la claridad del día, cuando la razón se vuelva a fundir con la inteligencia y el peligro nos obligue a pensar y a combatir, el caos ya no sea más que grietas de la noche y la mente recupere su ascensión hacia la luz y sea capaz de enamorarse de esa diosa de rosados dedos que teje con su música el palpitar universal de la armonía.

Pero algo me decía que el enigma estaba en el vuelo de las aves que obligan al alma a levantarse. Recordé como sabías las palabras del filósofo: el hombre es un ser dual que se mueve entre el submundo de los animales y el paraíso de los dioses.<sup>45</sup> Inmediatamente me vino a la cabeza un dibujo que

---

45 Alusión a una frase del escritor argentino Ernesto Sábato.

había visto en el papiro de La Creación y retuve en la retina la imagen del Bai<sup>46</sup>. Intuí que, dijera lo que dijera el hombre, algún día acabaría surcando el universo en busca de la partícula oceánica<sup>47</sup>.

Inesperadamente Rempet nos pidió permiso para retirarse y se fue a hacer ofrendas al templo de Amon.<sup>48</sup>

Cuando el sacerdote se marchó, me quedé agotado, sin ganas de pensar. Luego mi mente se vació y me llevó, como una ola inmaterial, hacia la cálida y bellísima Nefertiti<sup>49</sup> que se había dormido sobre mi pecho sin ningún temor a la vida y a la muerte.



A la mañana siguiente todo el pueblo se agolpaba alrededor de Senet. Éste y sus esclavos nubios habían iniciado la ceremonia de las Vasijas Rojas al son de una estruendosa música y danzas macabras. El ex marido de Nefertiti se había pasado toda la noche grabando grotescas inscripciones en recipientes de barro donde había dibujado con colores chillones mi imagen y la de mi esposa. Había colocado todas las vasijas cerca un pozo en el que había intercalado figuras de ídolos tenebrosos. De la boca de Senet salía baba cuando acariciaba las pesadas piedras de granito que llevaban grabadas el doble conjuro de la muerte.<sup>50</sup> Al parecer, no sólo me

---

46 En las tumbas egipcias solía representarse al alma del difunto volando en forma de Bai, un ser con cuerpo de pájaro y cabeza con los rasgos del muerto que emprendía el viaje al más allá en busca de la inmortalidad.

47 Referencia al Universo como Océano Acuoso.

48 Los sacerdotes egipcios hacían ofrendas a su dios principal, en cada nomo había uno distinto, tres veces al día. Al amanecer, para dar gracias por la salida del Sol, al medio día, cuando Horus estaba en su esplendor, y al atardecer, para despedirse de Ra y pedir por su regreso.

49 Nefertiti: La Belleza ha llegado.

50 En esta vida y en la otra. Esa era una práctica común en Egipto. Esa ceremonia, descrita en Los Textos de las Pirámides y en Los Textos de los Sarcófagos, estaba

había cogido odio a mí, sino también a todos los griegos y, al lado de nuestros nombres, había puesto cántaros con perfiles de soberanos de los pueblos del mar<sup>51</sup>. Entre ellos resaltaba con tonos muy vivos el de un muchacho que, según rumores llegados a la aldea, se había colocado la corona de rey y había dicho que él o sus descendientes conquistarían el mundo, incluyendo Egipto. Su nombre era Filipo de Macedonia<sup>52</sup>.

Senet calculó bien la distancia y se preparó para lanzar los proyectiles. Nefertiti y yo observábamos todos sus movimientos desde la azotea de la residencia de Rempet, quien ya había empezado a maquillarse los ojos para soportar a Ra.

Nuestro enemigo se agachó, cual deformada reproducción del discóbolo de Mirón, agarró un pedrusco y lo arrojó, lanzando un grito estridente, contra una de las redomas que se hizo añicos. Luego, siguió disparando como un poseso y destruyó, con una rabia animal, decenas de vasijas dejando el suelo cubierto de lunas rotas. Después empezó a sudar y a reírse, pero su alegría le duró poco tiempo. Uno de sus esclavos le dijo que uno de los cántaros, a pesar de que había recibido varias pedradas, seguía intacto. Senet se enfureció y fue a comprobarlo con sus propios ojos. Observó al superviviente con fricción y soltó una carcajada. ¿Qué dices? ¡Está agrietado por todos lados! Era el de Filipo que, por arte de magia, se mantenía de pie. Sin pensarlo dos veces, lo golpeó con sus puños, y el recipiente, como todos los demás, quedó pulverizado.

Nefertiti y yo no sabíamos lo que estaba pasando, pero Senet parecía encontrarse al borde de la locura. Dentro del cántaro había hallado otro más pequeño que no había reci-

---

destinada a destruir a los enemigos.

51 Grecia

52 En esos rituales, solían ponerse también los nombres de potenciales reyes enemigos. El grupo de monarcas que se deseaba destruir se conocía, no se sabe con toda seguridad por qué, como Los Nueve Arcos.

do ningún rasguño y su visión, le trastornaba. El trabajo del alfarero era frágil y delicado, y, al comprobar que su pobre estructura no podría resistir ni el roce de una mosca, se creció, elevó la mano, la comprimó convirtiéndola en una bola de granito, y lo aporreó varias veces con todas sus fuerzas.

Un at después dio un grito espantoso presa de un dolor insoportable. Movía, retorciéndose, su puño ensangrentado al tiempo que maldecía la profecía. Cuando logró calmarse un poco, miró la inscripción que había en aquel funesto objeto y leyó, abismándose en la perplejidad: Aléxandros<sup>53</sup>.

---

53 Alejandro Magno.

## II

Salimos de Ippeknutu al mediodía con la idea de pasar la noche en una famosa posada, El Cocodrilo Encantado, donde me dijeron que había pernoctado Heródoto, antes de embarcar hacia El Pireo, tras hacer una última incursión infructuosa en Ghiza. Cuentan que el Padre de la Historia no encontró restos de la Esfinge<sup>54</sup> a pesar de que los nativos le juraron por todos los dioses que era real, aunque podría estar enterrada bajo la arena, y que tenía cuerpo de león y la cabeza del faraón Quefrén.<sup>55</sup> La leyenda dice que debajo de la pata derecha de la Esfinge hay unas inscripciones de una gran civilización que desapareció y que ese es el único vestigio que prueba su existencia. Me imagino que ese mito no es más que una pequeña parte de las cosas que nunca llegaremos a saber de esta desconcertante cultura. Los poderosos, con su obsesión de ensalzar a Horus, se esfuerzan para que los templos y las pirámides, levantados con colosales piedras de granito, sean un reflejo de la eternidad. En la otra orilla, la gente sencilla construye sus casas con ladrillos de adobe para

---

54 Se cree que la palabra “esfinge”, de origen griego, deriva del antiguo egipcio “shesep—anj “imagen viva”.

55 Al parecer, cuando Heródoto visitó la llanura de Guiza, la Esfinge se encontraba sepultada bajo la arena. Estuvo oculta en diferentes épocas, lo que explica que el historiador griego no la mencionara en sus obras. Tutmosis IV (1412—1402 a.C) cuenta que antes de subir al trono soñó que se convertiría en faraón si desenterraba y restauraba su imagen.

no dejar testimonio del paso de los pueblos que no son más, según sus creencias, que polvo del desierto.

Yo, debo confesarlo, tengo más curiosidad por la vida que por la muerte, y por eso me siento más a gusto en una taberna que en la tumba de un faraón, y, en ese sentido, me parezco a los humanos, a ese noventa y nueve por ciento de la población egipcia que carece de interés antropológico para los escribas y arquitectos, pero que celebra con cerveza y cantos las crecidas de El Nilo, y hace bromas —cuando nadie les ve— de las masturbaciones de Atúm y de los sacerdotes que buscan un hueco, aunque sea de remeros, en la barca solar.

Nefertiti era astuta, pícara y valiente. Cuando subimos en pardos y rocosos camellos<sup>56</sup> con dirección a Mendes, no paraba de sonreír con una provocativa malicia e incluso me obligaba a galopar sobre las incómodas gibas para comprobar mi sentido del equilibrio y demostrarme que era capaz de emular a los nómadas del desierto. El hecho de perder de vista a Senet la había devuelto el brillo a los ojos y ya había vuelto a danzar, tras el letargo que produce la resignación, su rutilante diosa interior. Su nueva mirada me transmitía pensamientos alegres que fluían en cascada, cual corriente fresca y cristalina, con las pulsaciones de su recién estrenado corazón.

—¡Estaba muerta, Fritz!— dijo sin preámbulos—. No sabes lo que se siente cuando se vive mil años embalsamada en un sarcófago y de repente te quitas las vendas y ves enfrente de ti al hombre con el que habías soñado toda la vida. Desde que entré en casa de Senet, pensando que era un mago que había alcanzado la sabiduría, parecía que me habían drogado y, sin darme cuenta, empecé a formar parte de los personajes del tétrico teatro. Yo, que desde niña había compartido mis sueños con mi prima y había jurado que sólo me entregaría a

---

56 El camello, procedente de Asia Central, fue introducido en Egipto en el siglo VII a.C.

un hombre por amor, acabé siendo una sombra de un ideal y compartiendo cama con un enano. Cuando mi pariente desapareció tras encabezar una revuelta que nadie entendió, arrojé polvo sobre mi cabello, entré en el recinto sagrado de Amon y sorprendí a Senet, fuera de sí, intentando convertir un obelisco en oro con una varilla. En ese momento comprendí por qué Egipto estaba muriéndose y por qué mi alma gemela había empezado a proclamar que el faraón no era un dios. Aunque se mueva, dijo un día antes de que pusieran precio a su cabeza, no es más que una momia mal enterrada. ¿Por qué desaparecen los verdaderos dioses y diosas sin que Isis derrame una lágrima y sin que El Nilo se tiña de rojo? ¿Por qué Anubis sigue de perfil y no nos mira de frente a la cara? ¿Tiene miedo de que nos demos cuenta de lo importante que es la vida? ¡Qué invento más repugnante es la muerte! ¡Qué parca más tenebrosa en manos de encumbrados sacerdotes y escribas! Fritz, yo no tengo miedo a nada, sólo, como soy humana, me duele separarme de lo que amo. ¡Ojalá que algún día logren cristalizar sus ideales y los jóvenes sigan deseando lo imposible!

Otra vez Nefertiti me sorprendía. Era diferente a todas las mujeres que había conocido desde que fui depositado en la rodante tierra. A ella la podía tomar de forma natural, sin hacer ningún esfuerzo. Entraba en mi alma como un pájaro invisible que abre sus alas prometeicas en el centro del corazón y lo conquista con la dulzura de Eros, el que deposita la ambrosía en el inequívoco instinto de los mortales.

—A lo mejor la encontramos en el camino. La fortuna nos depara muchas sorpresas— aseveré convencido de que todo es posible en esta vida.

—Lo dudo. Dicen que su embarcación fue hundida y que ahora debe estar yaciendo en el fondo del mar. A lo mejor ya se la han comido los peces o se ha transformado en una ninfa marina que ha sido recogida por las hijas de Nereo. Una

vez me dijo que quería vivir en el mar e ir nadando hasta el horizonte para ver de cerca la cara del sol. ¿Sabes cómo es el jeroglífico del horizonte?

Yo, que sentía un hormiguelo en lo más profundo de mi ser y estaba a punto de llorar, me limité a responder que no moviendo la cabeza.

—Mira— continuó—, si observas la Esfinge de Quefrén desde el ángulo donde solía hacer ofrendas Tutmosis IV, verás sólo una cabeza y dos pirámides: esa es la figura con la que representamos el jeroglífico del Horizonte.

Mi camello miró hacia el infinito y, tras cerrar herméticamente los ojos, se puso a evacuar con sonoros gases. Luego nos echó una rápida ojeada a Nefer y a mí, y siguió andando con una elegancia desconcertante como si fuera consciente del celo que tenían los dioses egipcios a los animales.

Nefertiti sonrió, me acarició suavemente la mejilla y me preguntó:

—¿Has oído hablar de Anhura? Así llamaban a mi prima, aunque su verdadero nombre era Meskhonit<sup>57</sup>, lo que tiene mucho sentido porque jamás dejó de ser niña.

En ese momento se me humedecieron los ojos y vi el horizonte envuelto en un océano crepuscular en el que sobresalían los enormes cuernos de un carnero sosteniendo un sol que sangraba grumosas cerezas, como el ojo del cíclope de nadie que cegó Odiseo, destructor de Troya.

—Mi amiga Afrodita la ha convertido en diosa y ha subido al Olimpo a lomos de Pegaso. Debes saber que fue rescatada por El Jeroglífico quien la llevó en brazos hacia el altar de Filomedea<sup>58</sup> en Chipre.

---

57 Meskhonit: Diosa que velaba junto a las cunas de los niños.

58 Otro de los nombres de Afrodita.



Luego la conté cómo llegó Anhura al Jardín de Posidonias y los camellos se arrodillaron, fingiendo que se rompían sus patas, frente a la puerta de El Cocodrilo Encantado. Allí Nefertiti me pidió que la abrazase con fuerza y, mientras ocultaba su rostro en mi pecho, le acaricié su guedeja hasta que sus sollozos se apagaron entre mis vivos latidos y abrió los ojos cual sirena que se asoma a la superficie del estanque para volver a contemplar a su único amor.

Corrimos la cortina mosquitera de la entrada y pasamos al comedor de la posada donde unos pescadores jugaban a los dados y tomaban cerveza con miel. Del techo colgaba un pequeño cocodrilo momificado que, cada vez que se paraba, el dueño lo empujaba con un palo haciendo que el reptil empezase a oscilar reproduciendo una sombra monstruosa en la pared. A Nefertiti pareció divertirse aquel lagarto de escamas abiertas y empezó a sonreír cuando el animal de hocico oblongo casi atrapa un moscardón con su verdosa mandíbula salpicada de manchas rojizas. Habían puesto un ungüento pegajoso en su superficie que atraía a todo tipo de insectos, por lo que los mosquitos, de largos y finos pies, seguían temiendo a aquel vástago de Sebet.

Nos sentamos en una mesa y se acercó el tabernero con un faldellín blanco sobre el que sobresalía una enorme panza. ¿Qué desean tomar? Nos preguntó mientras vigilaba si el cocodrilo se había detenido.

— Una jarra de vino, granadas y un plato de higos con queso. Las cimbias<sup>59</sup> de Lilith las traes cuando terminemos la cena. ¿Algo más, Fritz?

— Si es posible, unas velas rojas— dije al posadero que había empezado a tocarse un lóbulo de la oreja con la misma fruición con la que los fenicios manosean y acarician las monedas.

---

59 Cimbias: copa pequeña. Se está refiriendo a una bebida parecida al oinujo.

Cuando se marchó, Nefertiti llamó a unas sirvientas y las ordenó que subieran nuestras cosas a nuestra habitación y se encargaran de los camellos.

Al cabo de poco tiempo, el hombre regresó con dos magníficas velas —que dijo estaban hechas con cera y esperma de cocodrilo— y encendió sus pabilos de algodón con una llama que pareció sacar de la palma de la mano. Luego apareció un esclavo con una jarra de vino y un plato de barro con sabrosos higos abiertos por la mitad y trozos de queso de oveja con forma de estrellas, palmeras y llaves de la vida.

Ella comió con avidez y yo bebí saboreando los aromas de un vino que invitaba al encuentro con Dionisio y a la reconciliación con el mundo. Cuando Nefer —apócope que comencé a intercambiar con su nombre—, se llevaba la copa a los labios, éstos tomaban el color de las moras recién arrancadas del zarzal. ¡Tenía tantas cosas que decirla en ese at prodigioso en el que ella parecía una mariposa y yo estaba dispuesto a todo por no perderla! Experimentaba un placer tan intenso sintiéndola tan cerca de mí corazón que por unos instantes me olvidé del destino y del tiempo asesino y quise compartir con ella el jardín del Edén. Empecé a razonar como un adolescente y enseguida me imaginé viviendo con ella en un oasis o recostados bajo la sombra datilera de los palmerales. Cuando estaba a punto de coger su mano de rosados dedos, el tabernero se acercó con una jarrita de cerámica y dos cimbias de cristal de aspecto tan frágil que seguro se hubieran roto si no tuvieran un baño dorado en sus bordes.

—Fritz, ahora somos libres— me dijo mientras alzaba su cimbra y la chocaba contra la mía que, al sentir el suave enjón, dejaba escapar los inflamadores vapores del brujo <sup>60</sup>.

—Sí Nefertiti, vamos a iniciar una nueva etapa en algún lugar de Egipto, tal vez en un oasis donde broten jardines de

---

60 El “brujo”: pieles (hollejo), pepitas y racimos.

almendros y cerezos y haya estanques cristalinos con flores de loto. Allí construiremos una casa uniendo el barro de la tierra y la luz del cielo y tendremos hijos que nazcan con alas de futuro y sin miedo.

Mi mujer abrió un higo, mojó la punta en la cimbria y se lo llevó a la boca. Luego me miró y se salió de este mundo, así la paloma atraviesa las nubes y se posa en una estrella. Ya no se acordaba de Senet, el escriba que se había autoproclamado shamán de oscuras divinidades y obligaba a la gente a arrojarse ante las sagradas puertas de los templos. El engendro que desafiaba al destino mofándose de Némesis. ¡Ay! ese muñeco con poder era otra réplica del hijo de Agrio, Tersites, quien arrancó, en un ataque de maligna perversidad, los ojos del cadáver de Penthesilea, la Reina de las Amazonas, desatando la cólera de Aquiles, matador de hombres. Hay una leyenda persa que dice que fue un monarca impotente, grande como un gorila, quien, al no poder poseer a una ninfa, prohibió el sexo en todo su imperio bajo pena de muerte e inventó la palabra pecado para que los hombres y las mujeres, nacidos libres, partieran en la barca sin conocer el amor. Cuando vio a su amada abrazada en un lecho de rosas a un hermoso joven, destrozó a este último la cabeza con una enorme piedra, y gritó a todos sus súbditos que había matado al diablo. Así institucionalizó la lapidación, costumbre que todavía siguen practicando los pueblos bárbaros que adoran a las diosas en la sombra y se masturban en las cavernas donde nunca llega la voz del Innombrable.

Cuando ya habíamos tomado unas veinte cimbrias de Lith, contemplé como la luna se colaba entre las celosías de la taberna y bañaba con una nívea luz los párpados y las mejillas de mi esposa y amante. Sus ojos de mirada viva, como los de Afrodita, lanzaban destellos de una inteligencia fuera de lo común.

Dos muchachos, posiblemente griegos, nos habían estado observando desde que entramos. Uno de ellos, aparentemente ebrio, se puso a declamar un epitalamio de Safo con versos que ensalzaban los peligros del amor y terminaban en un canto a Dafne, la ninfa que para no caer en los brazos de Apolo se transformó en un árbol de laurel.

Mi esposa miró al aedo y alzó una cimbria para brindar en su honor. Luego me hizo un gesto con la mano para que la ayudara a levantarse y dijo: espero que me asgas con la delicadeza que requiere una recién casada. En ese momento me di cuenta de que había tomado más de lo aconsejable y que no estaba acostumbrada a pasarse con la lava del oinujo, abrasadora de gargantas y entrañas de marinos. La ayudé a ponerse en pie y pronto recuperó el equilibrio como si nunca hubiera abandonado su centro de gravedad. Mientras subíamos las escaleras que daban a nuestra habitación, ella me envolvió con sus alas la cintura —al igual que hacen las reinas egipcias con los faraones— y entramos en nuestra alcoba. Allí, Nefer se desnudó sin ningún pudor, se dejó caer entre mis brazos y se quedó profundamente dormida.

Cuando mi diosa se deslizaba en el azulado estanque de sus sueños, me deleité con la contemplación de su rostro y me sentí feliz. La acaricé el pelo, repartí su larga cabellera entre la almohada y cerré los ojos para navegar entre las estrellas que esa mujer acababa de encender en mi firmamento.



A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue vestirse sus preciosos y menudos pies con sus sandalias de hojas de palma<sup>61</sup>. Luego se duchó y se frotó con polvo de alabastro y sal

---

61 Las sandalias del antiguo Egipto se hacían con hojas de palma, juncos, papiros o esparto. También las había de cuero para los ricos. En los restos hallados hasta

roja del Bajo Egipto y me pidió que le restregase la espalda. A continuación se quitó el unguento con calderos de agua y su humedad me inundó de frescor. Contemplé como se aseaba y me sentí como un espía cuando sacó de una bolsa un desodorante que se fabricaba con trementina, incienso y mirra en la perfumería de Ippeknutu con el que se aromó su fragante cuerpo que parecía recién esculpido en un jardín. Cuando terminó el ritual y comprobó que el sol aquel día apretaba, se puso en la cara unas semillas de fenugreek<sup>62</sup> pues quería evitar a toda costa que la salieran pecas.

La verdad es que la exquisita esencia que manaba todo su ser hacía imperceptible el efluvio de la alholva y me encantaba respirar el mismo aire que ella. Otra cosa eran los camellos que, tras beberse más de cinco heqat<sup>63</sup> de agua, enseñaron sus amarillentos dientes ignorando los principios más elementales de la estética.

Nefer se subió al rumiante que permanecía arrodillado en la posición de la Esfinge y yo me monté en el mío que parecía una escultura de piedra arenisca. Al doblar un recodo, vimos un cipo con una inscripción que decía: Mendes, a Siete Ríos<sup>64</sup>.

El camino era de tierra y con frecuencia nos cruzábamos con apergaminados campesinos que no dejaban de arrear con chasquidos y golpes de vara a los omnipresentes asnos que rebuznaban por doquier, en una especie de huelga no autorizada, con sus cuévanos repletos de leña, botijos, arena, sal, azúcar y todo tipo de mercancías. Aquí y allá mujeres de piel tostada llevaban cántaros de agua sobre sus cabezas. En un lugar vimos a unos chiquillos que se bañaban desnudos

---

ahora no se han encontrado talleres artesanos que se dedicaran a su fabricación por lo que se supone que las mujeres se encargaban de esa labor en el propio hogar.

62 Fenugreek: Alholva. Planta de flores pequeñas y blancas que despide un olor algo desagradable.

63 Un Heqat: 4,8 litros.

64 Un Río equivalía a unos 20.000 codos reales, es decir unos 10,5 kms.

en las charcas y escuchamos el contagioso regocijo de unas niñas que les arrojaban piedras escondidas entre los matorrales. El día era espléndido y los camellos, hinchados de soberbia, empezaron a andar con su elegancia aristocrática y a mirar a todo el mundo por encima del hombro.

Mi mujer solía cambiar de postura en la grupa del camello y se erguía cual princesa persa con su cabello envuelto en un turbante de color blanco para protegerse del sol. A veces se acercaba a mi lado y, con una elasticidad acrobática, me daba un beso y volvía a tomar las riendas como si soltase y volviera a controlar los flujos del destino. Tenía un cuerpo de formas perfectas y hacía los gestos de una divinidad que acostumbra a transformarse en lo que desea, pues esa es una de las propiedades alquímicas de la belleza cuando rebasa los límites de la imaginación. Sus pies, moldeados para sostener una naturaleza incorpórea, permanecían suspendidos en el aire como si nunca hubieran tocado el suelo.

Al cabo de varias unut<sup>65</sup> de viaje nos detuvimos en una granja para descansar y vimos un heteróclito edificio rectangular que yo creí erróneamente vacío. Los camellos, que son los animales que mejor se arrodillan del mundo, se sentaron en dos tiempos —dando la impresión de que se tambaleaban e iban a caerse a un lado— y luego, haciendo uso de su excelente conocimiento de anatomía, se acomodaron sobre sus propias patas tras replegarlas sin excesiva pasión.

Nefér y yo entramos en aquella hacienda y descendimos por unas escaleras que terminaban en una planta baja. Por numerosas claraboyas se colaban rayos de luz que caían sobre un suelo totalmente cubierto de arena. Nos acostamos en un rincón para echar una cabezada y, cuando nos habíamos empezado a relajar, apareció un hombre robusto esgri-

---

65 Unut: Una hora.

miendo un palo y enviscando a dos cancerberos. Sin duda nos había confundido con unos ladrones.

Al ver acercarse a las bestias, Nefer dio un grito y el campesino se calmó. Rápidamente concluyó que éramos inofensivos y ordenó a los perros que se sentaran. Luego empezó a titubear y preguntó: ¿Queréis comprar algo? Hoy estoy de buen humor y quiero vender a mis clientes los mejores productos al mejor precio.

Nefer, ya más tranquila, sonrió y le dijo: Vamos a Mendes y queremos descansar un poco. El viaje en camello es agotador y aquí a la sombra se está de maravilla. ¿Podías traernos un poco de pan y queso? ¡Ah! Si tienes algo de mosto fresco, te lo agradeceríamos como si fuera agua del cielo.

El campesino nos miró de arriba abajo y, tras comprobar que no teníamos pinta ni de ladrones ni mendigos, respondió: esperad un poco.

Luego entró un muchacho, que parecía su hijo, y avanzó lentamente hacia nosotros sin quitar la vista sobre Nefer. Cuando estaba a pocos pasos, se puso a tartamudear dirigiéndose a mi amante:

— Puedes quitarte el turbante. Aquí se está fresquito y el sol sólo llega donde tenemos los huevos.

Mi mujer le obedeció con naturalidad y se soltó el pelo desenredándolo con los dedos. Luego el joven sopló sobre un pequeño montículo rodeado por un círculo y dijo:

— Todavía es pronto. Aún queda un día para que salgan los polluelos.

Después señaló con el índice la extensión de arena de la nave y nos explicó hablando por los codos y recuperado el habla normal que en aquella incubadora había enterrados cerca de mil huevos y que era mucho más productivo calentarlos

así que dejárselos a las gallinas, ya que a veces las aves de rapilla se comías a las crías.

De repente, cinco o seis polluelos aparecieron entre la arena y el chico dio un salto de alegría:

—¡Papá, papá! ¡Ven, ven! —exclamó—, ¡Los peregrinos nos han traído buena suerte!

Luego metió a los recién nacidos en una extraña bola de cristal —llena hasta el centro de paja caliente—, y la puso debajo de una gran claraboya que absorbía, como cucharadas de miel, los filtrados rayos del sol del mediodía.

Su padre vino caminando con lentitud, miró a su hijo y le dijo:

— Bien hecho, aprendes rápido. Me siento orgulloso de ti.

A continuación, nos puso en el suelo una cesta con panecillos y queso y colocó a su lado una botella de barro con mosto fresco. Mientras observaba nuestra reacción nos habló así: Mendes es una ciudad impresionante. Nunca he estado en ella pero he oído hablar que nada tiene que envidiar a la antigua Menfis. Luego se extendió en algunos detalles para demostrarnos que era un hombre que no vivía aislado del resto del mundo y que se interesaba por las cosas que ocurrían en la capital.

Nefer le sugirió que se sentara con nosotros para tomar algo, pero el campesino contestó que estaba muy ocupado y que él nunca descansaba hasta que Horus iniciaba su viaje a través de las doce horas tenebrosas. Después, se marchó remarcando que éramos sus invitados.

Allí, en ese lugar humilde, nos sentíamos en el paraíso, pues todo invitaba a un plácido descanso. Abrazados nos dormimos un rato y, cuando estaba sumido en un profundo sueño, apareció una gallina que empezó a darme picotazos en la nariz. Me acordé del cangrejo de El Pireo y, cogiéndola



con controlada agresividad, la lancé al aire donde, haciendo un movimiento rarísimo, puso un huevo en vuelo que cayó sobre mi cabeza.

Nefer no paraba de reír y acabó contagiándome, por lo que lancé las primeras carcajadas de mi vida.

Tras despedirnos de nuestros anfitriones, volvimos a los camellos que me imagino desconocían la teoría sobre el origen de las especies según la cual todos los seres de la Creación tenemos algo en común.

Ahora la temperatura era más fresca y me parecía que viajábamos de Oriente a Occidente. ¿Fue sólo un pensamiento casual o acaso mi nariz captaba cosas que pasan desapercibidas para el resto de los mortales?

Nefer me invitó a echar una carrera y yo, que no quise ganar por amor al prójimo una medalla en los Juegos Olímpicos, no era el tipo de personas que sortea, aunque implique un peligro mortal, un reto de su amada.

Los camellos empezaron a trotar y sentí que mi “culus”, ora en el aire, ora en la joroba, pasaba del rojo al agraz blanco malva. Ella, en cambio, se acopló al renqueante ritmo de su rumiante y me pareció que galopaba como una adorable amazona hija de manantiales y palmeras de larga y verde cabellera.

Rozamos otro mojón que decía:

— Mendes, a Seis Ríos.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, vislumbramos en la lejanía tres bellas siluetas que se movían como diosas. Los camellos se estremecieron y aflojaron la carrera como si se hallaran de repente al borde de la laguna Estigia. Nefer golpeó con su varilla la grupa de su montura, pero ésta caminaba lentamente clavando sus pezuñas en el suelo. ¿Habéis visto avanzar a alguien cuando quiere retroceder? ¿Habéis visto beber a al-

guien de las aguas del río Mnemósine cuando quiere saciar su sed en el Leteo?

—No es bueno desafiar al destino, querida Nefertiti— la dije—. Deja que los rumiantes sigan su paso pues en estas tierras son más sabios que nosotros.

La encantadora Nefer se limitó a cerrar los ojos y a imponer un retráctil ritmo a su quejumbroso artiodáctilo que parecía haber entrado en tierras pantanosas.

Ahora se veía con más claridad a las tres mujeres. Llevaban la cabeza y el cuerpo cubierto con andrajos y ya no me parecieron diosas, sino espejos del horror que reflejan las llagas de la belleza cuando se descompone el alma que la sostiene.

Cuando estábamos a varios codos<sup>66</sup> de distancia, nos dimos cuenta de que despedían un olor pestilente, como si sus entrañas fueran pasto de gusanos, y quise evitarlas presintiendo que iba a encontrarme con un espectáculo desagradable. Nefer permaneció en silencio y con una expresión enigmática en el rostro, cual Perséfone, la de pavorosa mirada.

De repente, me avergoncé de mi actitud —deplorable en cualquier amador de Prometeo— y obligué a mi camello a que se comportara como un auténtico hombre, anteponiendo la razón por encima de todas las cosas, pues sabido es que esa es la única forma de dar con la rectitud que convierte en llanuras las montañas.

Ordené a mi montura que se parara y Nefer hizo lo mismo. Nos acercamos a aquel trío y una de ellas, la más alta, exclamó: ¡No os aproximéis! ¡Marchad! ¡Somos la encarnación del mal y con nosotras viaja la muerte!

---

66 Los egipcios utilizaban como unidad de medida el codo.

Sentí un hormigueo en el corazón y las dije, con una firmeza que me sorprendió: Yo sé donde está el mal y se encuentra muy lejos de aquí.

La que habló al principio, alzó su trémula frente y gritó: ¡Somos leprosas! ¡Alejáos! ¡Somos leprosas!

Y, al escuchar su lamento de horror, no me horroricé. Ni tampoco quise apartarme cuando se descubrió las vendas y me enseñó un rostro devastado por una erupción de tubérculos, manchas amarillas y úlceras que abrían garras de pus hasta sus senos.

*Fue entonces cuando me vino a la mente la imagen del joven Siddharta saltando los muros de palacio para descubrir cómo era el mundo. Su padre Suddodana, Rey de los Sakyas<sup>67</sup>, y su madre Mahayana, le habían prohibido salir a la calle para que no conociera las desgracias y miserias de los seres humanos y viviese toda la vida en un limbo celestial rodeado de bellas princesas, música, sabios y poetas aduladores de palabra fácil y florecida. Era fuerte y hermoso y vencía a todos sus adversarios en las luchas cuerpo a cuerpo que se organizaban para entretener y divertir a la corte. Sin embargo, el muchacho ansiaba ver a la gente común, hablar con ella y comprobar por si mismo si el exterior era tan despreciable como le habían dicho. Un día, cuando sus padres pensaban que estaba divirtiéndose con las cortesanas y su joven esposa Yasodhara, Siddharta Gautama saltó las murallas de palacio y se perdió entre las calles de Kapilavastu<sup>68</sup>. Iba distraído y todo le fascinaba, incluso hacía bromas a sus súbditos y se reía hasta de las cosas más insulsas. Entonces en una esquina vio a una chiquilla de apenas doce años dando a luz en un estercolero y escuchó el desgarrador llanto de un bebé envuelto en sangre. Su alegría le abandonó y empezó a andar pensativo por lugares donde se hacinaban, en medio de un hedor insoportable, los miserables. Observó a un*

---

67 El territorio del Reino de los Sakyas se encuentra en la actual Nepal.

68 La capital del Reino, llamada “La Mansión Amarilla”, donde nació Buda.

*decrépito anciano que clavaba a duras penas su bastón en el suelo de los vencidos. Torció por otro camino y se chocó con un hombre que sufría una enfermedad espantosa y era llevado en una camilla a un claro de bosque donde una bandada de buitres esperaba la hora del festín. Luego, cuando el sol partió hacia Occidente, se encontró con un grupo de personas que prendía fuego a una pira fúnebre, donde un cuerpo se consumía en llamas en un indescriptible ambiente de desolación. Por último, vio a un asceta, sentado en la posición del loto, con una radiante sonrisa que enseguida identificó con la luz.*

*Fue así como el Príncipe Siddharta descubrió las Cinco Verdades: El Nacimiento es Dolor, La Enfermedad es Dolor, La Vejez es Dolor y la Muerte es Dolor. Y, es posible la Superación del Dolor, logrando, a través de un esfuerzo interior, el Desapego que lo Produce.*

*Cuando Gautama abandonó palacio para buscar la Vía de la Liberación pasó por duras pruebas hasta lograr la iluminación. Un día su lucha se vio compensada y, cuando cayó sobre su rostro una lluvia de flores de las ramas del árbol en el que meditaba, llegó a la conclusión de que el deseo de poseer las cosas que aparentemente producen felicidad, es lo que destruye al hombre y le sumerge en el infierno. Luego dijo a sus discípulos que, una vez vencidas las tentaciones del mundo, es esencial, para ser feliz: el Pensamiento Correcto, la Palabra Correcta y la Obra Correcta. Así de sencilla era su filosofía. Y, por encima de sus enseñanzas, insistió a sus amigos en que lo anterior de nada servía, si no practicamos el amor y la compasión hacia el prójimo.*

*Siddharta nunca se presentó como un profeta o un enviado. Incluso hay muchos conocedores de su obra que piensan que era ateo o, por lo menos, que sus creencias nada tienen que ver con lo que proclamaron sus seguidores a su muerte. El era un*

*Buda<sup>69</sup>, un hombre que buscaba la felicidad para sus semejantes en la Tierra y jamás prometió un paraíso en el más allá porque para El, el Más Allá siempre está muy cerca.*

*Como ocurre siempre, cuando exhaló su último suspiro, sus discípulos convirtieron sus palabras en religión y abrieron miles de templos en todo el mundo donde predicaron cosas que El nunca dijo y aceptaron regalos en su nombre para cubrir sus estatuas y sus casas de oro. Y así, El Príncipe que despreció las riquezas y el poder por amor y compasión, fue colocado en un paraíso inalcanzable que iba en contra de todas sus doctrinas.*

Acerca de los antiguos,  
todo lo que se sabe es  
que existían.

Los sucesores fueron amados  
y alabados  
y los siguientes  
fueron temidos.

Los que vinieron después,  
Aborrecidos.<sup>70</sup>

Ahora recuerdo las palabras de mi amiga, Raji Tamaraninda, hermosa bailarina de India que conocí en Atenas: De todas las depresiones que he visto —pérdida de la esperanza,

---

69 Buda: Ser Iluminado

70 Lao—Tse (Siglo VI a.C.)

ilusiones y sueños— la peor es la causada por la pobreza. Es verdad, pero también es patético el hundimiento provocado por la enfermedad en el hielo astral de la soledad. Estos castigos, de los hombres y los dioses, son la madre de todas las lepras que causan la muerte prematura del corazón y la razón.

Cuando regresé de mi ausencia, vi a Nefer charlando animadamente con las tres jóvenes que, por lo visto, habían sido víctimas de una maldición de Senet. Antes de que eso ocurriera, tocaban el arpa, la flauta y el laúd.

Como ya era de noche y nadie nos abrió sus puertas, yo compré abundante comida en una posada y, poniendo un mantel sobre la hierba lindante con El Nilo, cenamos tranquilamente en torno a una pequeña hoguera. En aquel momento me pareció que las estrellas llovían luz. Bebimos vino y cimbias de Lilith y, cuando los camellos se durmieron, nosotros hicimos lo mismo y dejamos que nuestras mentes galoparan en caballos de fuego que relinchaban en nuestro vientre mientras Hefesto esculpía nuestras sombras.

Cuando Nefer y yo abrimos los ojos, las músicas ya habían partido a la Isla de los Leprosos pero habían dejado una nota escrita sobre mi pecho. Decía lo siguiente: Fritz, nos ha despertado El Jeroglífico.



Avanzamos hacia Mendes por un camino bordeado por una espesa vegetación. Bosques de palmeras crecían exuberantes abriendo en cascada su verde y sensual ramaje nilótico donde babuinos aceitunados nos miraban sin bajar la guardia, cual hapirus<sup>71</sup> escapados de la temible guardia faraónica. Nos topamos con retorcidos sicomoros e higueras

---

71 Ladrones

del diablo<sup>72</sup> donde parejas de campesinos extraían aceite que embotellaban en rústicas vasijas de barro. El sendero de tierra roja estaba jalonado por numerosos puentes de madera desde los que se escuchaba el rumor de El Nilo, que se dividía en miles de pequeños afluentes hacia la desembocadura. En un recodo observamos como un grupo de cazadores atrapa- ba con sus redes un ánade rabudo, especie que abundaba por aquellos contornos.

Nos cruzamos con bandadas de gansos y rebaños de ca- bras y ovejas que emitían estridentes balidos cuando el pas- tor levantaba su cayado y las obligaba a moverse violentando sus querencias. Era incesante el paso de jumentos, cerdos y vacas que, con sus ubres repletas de leche, suplicaban a su amo que las ordeñara.

Nefer empezó a entonar una melodía y yo me hice el des- pistado, como si no la estuviera escuchando, para no cohi- birla. Su canción daba alas a mi alma que, como una grulla blanca se elevaba hacia el cielo azul para contemplar los prís- tinos espacios donde los dioses pasean, en días de tormenta, sobre la atronadora lluvia. Anduvimos algo menos de un río y, cuando íbamos a dar de beber a los camellos, la gente se apartó del camino y se inclinó aterrorizada, como hacen los seres que nacen encadenados en los vientres de las esclavas.

Montado en un carro dorado tirado por dos alazanes cor- ría veloz como un rayo Nectanebo —pariente del faraón Ne- ferites II<sup>73</sup>— quien acababa de entregar con orgullo las bridas del carruaje a su hijo Teos para reafirmar la confianza que te- nía depositada en él, lo que dejó claro al ponerle el nombre del portador del rayo. El ilustre vástago, con la cabeza rapada y su única trenza lateral agitándose como el látigo de un es- corpión, miraba con admiración a su progenitor y, en lo que parecía un juego infantil, le golpeaba con un mayal, como si

---

72 Planta del ricino.

73 Último monarca de la Dinastía XXIX (398—378).

quisiera demostrar que tenía dotes de guerrero y que era capaz de emular a Ramsés II.

Nectanebo se tocó su nemés<sup>74</sup> de rayas azules y blancas, y le miró con reprobación.

Cuando las bestias se desbocaron con un conductor que ni frisaba la puericia, se sentó al borde del camino un anciano ciego que a tientas fue depositando en el suelo cestas de lentejas, guisantes y habas. Después de concluir el ritual, clavó en ellas una banderilla con el precio de los productos que colocaba en el mismo sitio todas las mañanas. Teos seguía golpeando a su padre con el mayal, esta vez sin poder contener la risa. En un momento de la ficticia pelea, el carro derrapó, se escucharon fuertes relinchos y los equinos intentaron frenar en seco. Fue inútil pues debido a la inercia siguieron avanzando unos cincuenta codos más echando espuma por la boca y el carruaje saltó varias veces destrozando con sus ruedas la cabeza del vendedor ambulante.

El pariente del faraón tomó las riendas y los caballos, enloquecidos, reanudaron la carrera aplastando con sus pezuñas de electrum las cestas de legumbres que estallaron como la metralla de las bombas racimo que caen como una maldición sobre las mujeres que amamantan a sus hijos a la luz de las palmeras abrasadas a las orillas del Tigris.

A medida que nos íbamos acercando a Mendes, empezaron a aparecer, cada cinco mil codos, a modo de mojones, estatuas con cuerpo de carnero y la cabeza del faraón Neferites II, quien lucía con orgullo, desde hacía tres meses, la Doble Corona Blanca y Roja del Alto y Bajo Egipto.

Nefer vio que una "lens culinaris" húmeda con la forma de un coágulo de sangre se había empotrado en su turbante y, cogiéndola como si fuera una mariposa, me contó, mientras

---

74 Antiguo tocado egipcio.



los camellos se arrimaban y abrían las orejas, la Historia del Campesino Elocuente, relato que se conoce también con el nombre de Las Quejas del Campesino y que fue escrito hace mil quinientos años:

*Un día, cuando los faraones todavía eran dioses, un habitante del Oasis de la Sal<sup>75</sup>, llamado Khunanup, bajó con sus asnos al Valle de El Nilo para vender sus mercancías, lo que solía hacer de vez en cuando para cubrir las necesidades de su familia. Dicen que era un hombre culto que, aunque hubiera podido ser rico y disfrutar de los halagos del Rey, decidió ser un oasisita—así los desengañados buscan una isla porque sueñan con el destierro—, y vivir en paz en compañía de sus seres queridos. Por eso no es correcto del todo llamarle campesino, aunque el siempre decía orgulloso que era un simple aldeano que sólo sabía segar la mies.*

*Cuando pasaba por este mismo lugar, donde tú y yo nos hallamos ahora, por este mismo tramo en donde acabas de ver a Nectanebo y a su hijo Teos y que no se encuentra lejos de Nenesu, la capital de los soberanos de la Dinastía X<sup>76</sup>, se cruzó en su camino un villano que, tras golpearle y hacerle una herida en la frente con su hacha corta, se apoderó de todos sus burros y de su cargamento: cañas, plantas—remedet<sup>77</sup>, natrón, sal, pieles de pantera, cueros de lobo, avestruces y granos de misut, aba y necba.<sup>78</sup>*

*Khunanup no se puso a llorar ni tampoco bajó la cabeza ante aquel señorito y, con una tranquilidad que todavía deja asombrados a los egipcios cuando leen esta obra, se sentó, cogió la*

---

75 En el antiguo Egipto “Sht—Hm3t”. En árabe clásico “Uadi Natrum”, nombre con el que se conoce hoy día. Se encuentra en el Delta del Nilo. La palabra Delta proviene de la cuarta letra del alfabeto griego, invertida, ya que esa es la forma de esa parte del país.

76 Dinastía X (2100—2040).

77 Una planta especial de los oasis.

78 No se ha podido descifrar el significado de esas tres palabras.

*paleta que colgaba de su hombro izquierdo, agarró con pulso firme su cálamo y desenrollando un papiro sobre sus rodillas, escribió una carta al Gran Intendente Rensi, ya que la agresión se había producido en sus dominios. Al principio Khunanup albergaba la esperanza de que sus cartas —escribió hasta nueve— conmovieran el corazón de Rensi y se hiciera justicia, pero el alto gobernante —pensó luego— “estará ocupado con cosas tan importantes que ni siquiera habrá abierto mis papiros”.*

*En uno de sus escritos, dice: ¿Por qué el oprimido tarda tanto en ver su derecho reconocido ya que la legitimidad de su causa parece evidente? ¿Habría que acusar a los dirigentes egipcios de indiferencia y parcialidad? En absoluto, la razón de esas dilaciones es otra<sup>79</sup>.*

*Mientras el campesino seguía sentado y no paraba de escribir sus quejas con los mejores trazos de Thot, de vez en cuando pasaba a su lado el agresor, hijo de un rico terrateniente, y le escupía haciendo bromas con sus amigos.*

*Khunanup había razonado equivocadamente pues Rensi, lejos de no leer sus manuscritos, estaba tan impresionado por su erudición y sabiduría que, convencido de que en sus manos tenía un tesoro, fue haciendo llegar al faraón, por entregas, las misivas del campesino. Bueno, hay gente que dice también que no era un labrador, sino un salinero, pero eso ahora es irrelevante. Sigamos, el soberano que —como el faraón Kheops en los cuentos de Westcar o Esnofru en el Cuento Profético— se aburría como una ostra, ordenó a Rensi que, ni se le ocurriera solucionar el asunto, pues jamás en su vida había leído prosa tan divertida de un campesino elocuente.*

*Khunanup no estaba dispuesto a que se quebrara su voluntad pues llegó a la conclusión de que, haciendo justicia a una sola persona, demostraría a los incrédulos el infinito poder de*

---

79 Eñ campesino elocuente o Las quejas del campesino: Texto procedente de diversos papiros y del “Journal d’un substitut de campagne” (El Cairo, 1939, pag. 146, Tawfik Al Hakim).

*la palabra y la escritura, cuyo flujo sólo puede detenerse mutilando a su artífice, es decir: cortando la mano del escriba o la lengua de los hijos de Ibis<sup>80</sup>... convirtiendo a Clio en una Venus de Milo.*

“Castiga a aquel que merece ser castigado y nadie dudará de tu rectitud. Tú también vas a morir o ¿Acaso te crees que vivirás eternamente?”, le escribe, ya desesperado, el campesino, lejos de conocer que algún día el pueblo identificaría a Rensi con el cálamo, la paleta y el papiro, los atributos del mismo dios Thot.<sup>81</sup>

Incansable sigue dando forma a los jeroglíficos con el cálamo: “Corregir es cuestión de un momento, el mal dura mucho tiempo. Corona a la equidad, es el aliento de la nariz. La justicia es para toda la eternidad; desciende a la necrópolis con aquel que la practica”.

Cuando Khunanup pensó ya en arrojar el cálamo y regresar con las manos vacías al Oasis de la Sal, dejó de reclamar lo que le pertenecía y empezó a reflexionar sobre las desigualdades sociales, sobre el poder que la fortuna ciega entrega a los ricos y sobre las miserias que tienen que soportar los pobres para sobrevivir. Y, haciendo un alegato a favor de éstos últimos, volvió a escribir, esta vez de tú a tú, a Rensi: “Los reyes y faraones, al igual que tú, nunca entenderéis a los excluidos. Lo que para vosotros es delito y castigáis con la muerte, para los mendigos es natural, como el agua de las crecidas de El Nilo que dan sustento a todas las aldeas que no habéis puesto en los mapas”. Abrid bien los oídos: “Robar es natural para el desposeído....No debemos castigar al ladrón que no

---

80 Thot

81 Se cree que los textos de las “Quejas del Campesino” fueron escritos durante la Dinastía XII (1991—1786) del Imperio Medio. Época de gran florecimiento de las letras de “hermosa escritura”. De esa edad de oro datan obras como “Sinuhé” o “El Naufrago”.

tiene para comer: no hace más que buscar para sí mismo lo que vosotros le negáis”.

*Cada vez que el campesino se hundía más en la tristeza, más se alegraba el intocable joven que le había humillado y arrancado la dignidad, convirtiendo su virtuosa compostura en el hazmerreír de estos contornos. Aquel bravucón, que siempre llevaba largos pendientes con incrustaciones de piedras preciosas y nemés de vistosos colores, se llamaba Djehu—Tinakht<sup>82</sup>, hijo de Isri, vasallo del Gran Intendente Rensi, hijo de Meru.*

*Pero las quejas de Khunanup no habían caído en saco roto. Rensi había ido enviando todas sus cartas a Su Majestad El Faraón Nebkaure<sup>83</sup>.*

*Un día el Rey leyó: “Los altos funcionarios deberían ser enemigos del mal y los defensores del bien; deberían ser sabios capaces de crear todo lo que existe e incluso de poner, en el lugar que haya que colocarla, una cabeza cortada. No seas ciego, pues no tendrás amigos si eres sordo a la justicia. En este, mi último escrito, te digo: Es triste llegar a la conclusión de que aquel que se ve obligado a denunciar, acaba convirtiéndose en un pobre miserable, en un suplicante, y aquel que le ultrajó, en su verdugo. Encomendaré, pues, un postrero ruego, dirigiéndome a tí, o a Anubis<sup>84</sup>.*

*Entonces las palabras del campesino fueron gratas al corazón de Su Majestad y dijo a Rensi: “Ya ha llegado la hora de que decidas tú mismo, hijo de Meru, lo que hay que hacer”.*

*Y entonces el Gran Intendente envió a dos guardias para detener a Djehu-Tinakht y se hizo una lista de todos sus bienes,*

---

82 Nombre que utiliza, como los siguientes, el autor anónimo del “Campesino Elocuente”.

83 Se trata del rey Nebkaure Kheti (2080—2060), último representante de las dos dinastías heracleopolitanas.

84 Anubis: Dios de los Muertos.

*incluyendo a los seis criados que le servían. Luego entregó toda su hacienda a Khunanup y le regaló a su agresor como esclavo.*

*Y así concluye el cuento en boca del campesino: "Todo lo que él quiso hacerme a mí, se lo hice yo a él".*



Aunque Nefer tenía quince años más que yo, me parecía una niña por mucho que intentara vestirse de mujer y se maquillase los ojos con polvo de galena azulada de las costas del Mar Rojo. Su curiosidad era extrema y, cada vez que veía algo extravagante, cualquier cosa que se le ocurriera a la encantadora Circe, se bajaba del camello, me cogía de la mano y me llevaba con ella como si fuera un robot.

Cuando estábamos tan sólo a cuatro ríos de Mendes, yo quería acelerar el paso para ver la procesión de Semana Santa que estaba a punto de comenzar en la capital, pero mis prisas le eran indiferentes. Nada más escuchar unos aplausos y gritos de exclamación de un abigarrado grupo que decía ¡Oh,Oh,Oh! ¡Ah.Ah,Ah! ¡Imposiiiiible!, me desvió unos codos del camino y me obligó a presenciar los trucos de un mago rodeado por un corro de personas de todas las edades y condición.

El ilusionista, vestido con la ropa habitual de los sacerdotes de Zaratustra,<sup>85</sup> sostenía, a modo de péndulo, un largo hilo que salía por la boca de una enorme araña que movía sus peludas patas con una inquietante y perturbadora pereza. De vez en cuando, el bicho hacía movimientos imperceptibles con los dos pares de uñas venenosas que sobresalían de su viscosa mandíbula, no sé si con ganas de copular con una

---

85 En griego Zoroastrés (el propietario de camellos dorados). En hebreo Zoroastro (La estrella que resplandece en el horizonte).

hembra invisible o por su fiebre por atrapar a alguna presa, incluyendo a uno de nosotros.<sup>86</sup>

El hombre, que llevaba sobre la cabeza un gorro de curucho rojo, pronunció un conjuro llamando al Sol, Luna, y luego sacó una bolsita llena de polvos mágicos que parecían cenizas, después sopló y una grisácea y cegadora neblina envolvió con sus etéreos y opacos velos a la repugnante y amenazante tejedora. Cuando el éxtasis volvió a apoderarse del público, yo me acordé de las estrofas de un querido poeta que, tras ser asesinado<sup>87</sup>, reapareció en el Campo de los Juncos.

Sus versos decían así:

El agua  
toca su tambor  
de plata.

Los árboles  
tejen el viento  
y las rosas lo tiñen  
de perfume.

Una araña  
inmensa  
hace a la luna  
estrella

---

86 De los cuatros garfios que salen de la boca de las arañas, dos son para cazar y el otro par, para copular.

87 “El Pórtico”, Federico García Lorca (1898—1936).

Cuando la nube desapareció, el mago tenía una rosa negra en las manos que centelleaba como Sirius, la primera estrella que sale en el horizonte y que los egipcios, inventores del calendario con doce meses y trescientos sesenta y cinco días, consideran sagrada.

A mí, discípulo de Platón, todo me pareció una farsa — como es natural— e hice una mueca de desaprobación ya que, por alguna razón, repudio los vanos espectáculos por muy divertidos que parezcan a la plebe.

Nefer me miró decepcionada, como si fuera un alma insensible incapaz de emocionarse, y me dijo: la magia, la verdadera magia, es todo lo contrario al engaño. Te mofas porque lo que has visto carece de una base científica, no se puede repetir en un laboratorio, pero te equivocas: el secreto está en los poderes ocultos de los que han desentrañado los conocimientos que ya nadie enseña.

Al principio pensé utilizar mi ironía y hacer una descripción esperpéntica de Las Grayas y su ojo oracular<sup>88</sup>, pero la quería tanto que ni se me ocurrió desarmar ni el más débil de sus argumentos. Luego, tras meditar un poco en sus conclusiones, me creí, por la adoración que la tenía, absolutamente todo lo que me dijo. ¡Ay, el poder del amor! ¡Cuántas veces había ignorado los sermones de las sofistas que vacían las palabras, rellenándolas de campanillas, en los benditos pórticos del ágora! ¡Cuántas veces había arrojado a las llamas un libro de un dramaturgo venerado por la plebe al que yo consideraba insoportable por su excesiva arrogancia y afán de convertirse en una escultura de la Academia de Platón! ¡Cuántas veces me dijo el maestro que las verdades hay que

---

88 Las Grayas eran tres brujas que nacieron ancianas. Compartían un mismo ojo y un mismo diente que se lo pasaban entre ellas. El ojo nunca descansaba y el diente lo utilizaban para devorar a los incautos. Es muy posible que los adivinos de hoy utilicen una bola de cristal en sustitución del ojo de Las Grayas que poseía el “don de la clarividencia”.

pronunciarlas con amor para que lleguen de forma natural al santuario del corazón!

Cuando la cultura, la erudición, el conocimiento y el saber se imparten con soberbia, cual furioso remolino de lava que destroza las bocas de los volcanes, son tan inútiles como las piedras que arrojaba el cíclope de nadie contra la nave del astuto Odiseo, el de los devastadores engaños. Los grandes hombres, como escribió una vez una adolescente enamorada de un ciprés:

Son humildes como una puesta de Sol

Tienen el encanto del adolescente

La soledad de la estrella

Y la amargura del solitario

Recuerdo que cuando viajé con el Rey Midas hasta los confines del mundo, me encontré con una muchachita sabia, a quien yo llamaba la Niña de Jade, aunque ella prefería el diminutivo Bao, pues ese era, más o menos, el significado de su nombre en su lengua nativa.<sup>89</sup>

Un día, cuando empecé a insultar a los ejércitos de su país porque habían invadido el Techo del Mundo<sup>90</sup>, Bao me miró con desprecio, al igual que hace la mayoría de los egipcios con los extranjeros, y me dijo:

— ¡Cállate! ¡No sabes nada! Los soldados de Chung Kuo<sup>91</sup> liberaron a los esclavos de las regiones del Chumulamma<sup>92</sup>.

---

89 Hay una clara alusión al nombre chino de Baoyan, cuyo significado es el Jade de la Casa.

90 El autor hace una parábola sobre la actual situación de Tíbet

91 China

92 Los Himalayas



No eran más que siervos que se tiraban de bruces contra el polvo para besar el culo del Rey Sol<sup>93</sup>. ¿Te has arrodillado alguna vez ante alguien? ¡Hazlo, y si eres un hombre libre verás como te sientes! Pídele a uno de los sabios del ágora, por ejemplo a Diógenes, que se postre ante esa reencarnación de Buda y ya verás lo que te contesta. ¡No Fritz! No hemos venido a este mundo para arrastrarnos como babosas. Hemos dejado la piel del mono y el Cielo nos puso dos piernas para que camináramos como los dioses, no para que restregáramos nuestra frente y nuestro pecho entre el estiércol de la ignorancia y la manipulación. ¿Hay algo más repugnante que un anciano, una madre o un niño, hincando los codos en la tierra para ir reptando con la marca cainista en la frente hasta los pies de todos los hijos del sol que mandan en este planeta que no acaba de salir del caos y las tinieblas? ¡Claro que denuncié a las huestes que clavaron sus penates en el Techo del Mundo y para ello torturaron y mataron para cobrar la recompensa! Pero una cosa es la crueldad de los que dominan y otra la aberración de la teocracia de los Tiempos de la Oscuridad. Si no sabes ¡Cállate! Si estás ciego ¡Pide a alguien que no lo esté que te ponga los ojos que nunca tuviste!

Ante sus palabras me desmoroné. Aunque las había dicho con despecho, cansada de tanto juicio en la balanza de la estulticia, las había pronunciado con amor y yo, que soy muy vulnerable a la dulzura y mi primer recuerdo son los besos de Afrodita, me acordé del joven Siddharta, de lo que se había hecho con su legado y la puse en la frente una corona de laurel.

La libertad, Fritz, me dijo Bao, ya serena:

Es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que

---

93 Dalai Lama

encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida<sup>94</sup>.



El verbo se hizo carne a través del amor y, sólo Thot sabe que la Palabra es sagrada. La palabra debe ser vestida como una diosa y elevarse como un pájaro<sup>95</sup> porque, si la utilizamos como una guadaña para dominar al pueblo y aceptamos que un hombre es la reencarnación del sol, es mejor que cerremos todas las puertas, regresemos a las cavernas y nos sentemos como simios ante la hoguera que vomita serpientes que pugnan por transformarse en bastones de poder.

Además ¿Qué es eso del Funeral Celeste que se sigue practicando en el Techo del Mundo? ¿Qué es eso de sacar desnudo el cadáver de tu padre y dárselo de comer a los buitres? ¿Qué es eso de machacar los huesos del muerto a pedradas hasta convertirlo en polvo para que no quede ni rastro de lo que amamos?

Los que siempre leen la misma estrofa, a veces meneando la cabeza frente al muro, y escuchan la misma canción carecen de alma y corazón para llegar a la raíz de la condición humana.

El Techo del Mundo no es el lugar que soñó Siddharta, ni el Funeral Celeste es algo espiritual y profundo de esa cultura atrofiada. Esos ritos fúnebres no son más que una mala copia de los enterramientos místicos que hacían los magos, esos curiosos clérigos de las corrientes zoroástricas.

---

94 La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida. Don Quijote de la Mancha. Segunda parte. Cap. LVIII.

95 La palabra debe ser vestida como una diosa y elevarse como un pájaro. (Proverbio oriental)

¡O Thot! Tú que conoces el misterio que oculta cada jeroglífico, debes estar avergonzado del uso que hace el hombre de la palabra. Y no digamos de esos individuos que en sus tertulias, públicas o privadas, utilizan “el argumento de autoridad”<sup>96</sup>. Hay muchos seres mediocres que forman los rebaños de las cumbres borrascosas que cuando suben al estrado ponen, sin vergüenza, en sus labios, las sentencias de Pitágoras, Heráclito o Parménides, disfrazando con las palabras de esos sabios sus débiles razonamientos para colar su caballo de Troya por las alegres puertas de la ignorancia. Otra cosa es que los maestros repitan las enseñanzas de sus maestros, así hace Platón con Sócrates. Eso no sólo es digno, sino deseable, porque así el río del conocimiento se hace más ancho y el mar, océano. Lo mismo que huyo de los vendedores de palabras, de esos que denunciaba frenéticamente el filósofo<sup>97</sup>, me acerco a los que convierten el verbo en música o fruta, porque también hay seres bendecidos por el Cielo. Hay pensadores y escribas y, eso debo reconocerlo, que todo lo que tocan lo convierten en alta literatura, poesía, en melodía de la razón y en sinfonía del pensamiento profundo. La historia la hacemos los hombres, no los dioses y faraones, y a veces es un placer leer al escriba cuando deja de hacer concesiones al ganado, y, cuando hay guerra, esculpe, por ejemplo, un “Ultimo Parte de Guerra”<sup>98</sup> en un obelisco vestido de estrella polar.

---

96 Consiste en poner en boca de uno la filosofía o saberes de autores consagrados y “sagrados”, cuyos conocimientos ya forman parte de la Biblia, para aplastar los argumentos del adversario. Ese discurso es un arma de guerra, muy poco inocente, que se utiliza mucho en los círculos académicos.

97 F. Nietzsche

98 Alusión a la crónica de Miguel Ángel Aguilar “El último parte de guerra” (El País, 31 de marzo de 2009)



### III

Me dolía todo el cuerpo, sobretodo esa parte que en Siracusa llaman “culus”, y estaba deseando llegar a Mendes para ponerme unos pañales de algodón con polvos de talco y dormir a pierna suelta hasta que llegara la estación de Peret<sup>99</sup>. Pero todo era inútil con una mujer como Nefer que se detenía cada vez que veía un escarabajo pelotero o un grupo de abejas escribiendo extraños jeroglíficos, como si esos insectos himenópteros dejaran en el éter mensajes, cual miniaturas deformadas de Hermes, para su meliflua Reina. Había que tener paciencia con ella, palabra que yo identificaba con la paz y la ciencia, para no perder los nervios y estallar.<sup>100</sup>

—¡Amor mío!, no hay prisa, tenemos todo el tiempo del mundo para nosotros— me decía mientras yo pensaba, mordiéndome la lengua, que nos íbamos a perder la procesión de Semana Santa.

Esa manía de los egipcios de hacerlo todo lentamente me desquiciaba. ¿Sabíais que los orfebres se pueden tirar hasta un abed<sup>101</sup> para hacer un collar o unos pendientes? Si la joya

---

99 En Egipto había tres estaciones de cuatro meses. Ajet (inundación), Peret (Siembra) y Shemu (Recolección). El inicio del año coincidía con el solsticio de verano (segunda quincena de junio) y el comienzo de las inundaciones.

100 Ferdinand de Saussure (Suiza, 1857—1913), considerado el padre de la lingüística, descifró el lenguaje de “la Danza de la Abejas” y comprobó que era universal. Según él, su vuelo es “un estado puro de valores”.

101 Abed: Mes.

no es perfecta, la desarman completamente y vuelven a empezar desde el principio con una parsimonia que enloquece hasta a las tortugas. Es cierto que, cuando veo sus horquillas o pulseras, no puedo ocultar mi fascinación, pero ¿Merece la pena perder tanto tiempo en cosas tan inútiles?<sup>102</sup>

Cuando vi el letrero de: Mendes, a dos ríos, le rogué a Nefer que hiciéramos un esfuerzo y arreásemos a los camellos para llegar a tiempo a la capital antes de que cerrasen las puertas.

—¿Cómo voy a negar un deseo tan cabal al único hombre que he amado en mi vida?— me dijo Nefer con una sonrisa que me transmitió una euforia que sólo creía posible en el un-gulado Sileno.

Cuando los cuadrúpedos empezaron a galopar y Nefer se quitó el turbante y dejó que su guedeja se desenredara en el viento, me enorgullecí por mi poder de seducción y, tras rozar, casi volando, una nueva esfinge de Neferites II, grité: ¡Para! ¡Para, por Amon!

Era ella, sí, ¿Cómo iba a forzar a los camellos si casi me había abrazado?

Hoy la tierra y los cielos me sonrían

Hoy llega al fondo de mi alma el sol

Hoy la he visto, la he visto y me ha

Mirado...

¡Hoy creo en Dios!<sup>103</sup>

---

102 David P. Silverman dice en su obra “El antiguo Egipto”, que todas las joyas que se pueden contemplar en el siglo XX, ya existían hace miles de años en el país de El Nilo y que, la belleza, imaginación y variedad de las creaciones de esa misteriosa civilización, no han podido ser superadas hasta la fecha. (Blume, 2004, edición impresa en Tailandia).

103 Gustavo Adolfo Bécquer (Sevilla, 1836—Madrid, 1870).

Me bajé del artiodáctilo y me acerqué a mi amor platónico. ¿Qué hacía una escultura de mármol de la Celeste a menos de dos ríos de Mendes? ¿Quién había tenido la ocurrencia de colocarla ahí? ¿Quién era el osado que había levantado ante mis ojos una réplica de la Afrodita de Paros de Praxíteles? Me quedé paralizado. Tenía el corazón a punto de estallar. Sabía — porque me lo dijo Lais— que el maestro del sensualismo había utilizado de modelo para esa escultura a su amiga Friné<sup>104</sup>.

Nefer entendió mi reacción ante esa epifanía y siguió mis pasos poniendo alas a sus delicados tobillos hermosamente tocados con finísimas pulseras de oro y plata, ¿Quién no ha sucumbido ante la contemplación de la belleza cuando se manifiesta de forma espontánea y natural?

La diosa, totalmente desnuda, inclinaba ligeramente su cuerpo sobre la pierna derecha y apoyaba la mano izquierda sobre un paño que reposaba sobre una hidria<sup>105</sup>.

Sentí un ligero temblor, me acordé de sus besos y, presa de un impulso incontenible, me acerqué para beber de su alma que, en contra de lo que ocurre con los mortales, no quería abandonar su cuerpo.

—¡Extranjero!— gritó un hombre que llevaba un nemés de rayas rojas y negras—. ¿Qué haces? Has entrado en mi finca, si te acercas más, suelto a los perros.

—Perdón— respondí tartamudeando—, pensaba que este terreno pertenecía, como todo, a los sacerdotes de Amon o al faraón.

—¡Ea! ¡No te tomes en serio mis palabras! Os invito a tomar una copa de vino. Yo mismo, mi mujer y mis hijas, pisamos las uvas. ¿Eres griego? ¿No?

---

104 La hetaira Friné era amante y musa de Praxíteles. En ella se inspiró para hacer varias esculturas de gran sensualidad sobre Afrodita, entre ellas la de Paros.

105 Cántaro grande para contener el agua.

—Sí, mi nombre es Fritz y soy griego. Ella, dije señalando a Nefer, es mi mujer y es egipcia.

—Yo también soy griego— afirmó titubeando y escrutó a diestro y siniestro para comprobar que nadie nos seguía.

Anduvimos unos doscientos codos entre la salvaje fronda de un palmeral, y, cuando los canes empezaron a ladrar, salieron su mujer y sus dos hijas —una rubia y otra castaña— a recibirnos con una bandeja de bambú con dátiles y frutos secos.

—Yo sólo hablo con griegos y palestinos— nos explicó nuestro anfitrión mientras unos esclavos conducían a los camellos a un abrevadero y sus hijas nos abrían las puertas de su espléndida mansión.

Nefer y yo entramos en la sala principal y nos dejamos caer en un comodísimo triclinio de mimbre que estaba flanqueado por dos plantas de exuberantes hojas siempre verdes. Pronto nuestro samaritano empezó a soltar un discurso —que a mi me pareció precipitado— en la arcaica lengua de Homero.

—En realidad— me confesó como si estuviera esperando ese momento una eternidad—, soy un descendiente de los peleset<sup>106</sup> y todavía mi familia y yo temblamos cuando leemos alguna estela de Ramsés III<sup>107</sup>.

---

106 Tras la devastadora Guerra de Troya, una coalición de cinco pueblos del Egeo (los peleset, chekker, sákalash, danauna y uasahasha) huyeron, con sus mujeres e hijos, desde las costas de Anatolia hasta el Delta de El Nilo con el objetivo de establecerse allí. Cuando llegaron con sus embarcaciones y carros de combate hasta las costas de lo que hoy es Alejandría, fueron derrotados y expulsados por el faraón Ramsés III (1194—1163 a.C). Muchos de los vencidos fueron hechos esclavos. Los peleset, conocidos como los filisteos en la Biblia, se asentaron en Palestina.

107 Coronado como Usermaatre Miri Amon Ramsés (Nacido del dios Ra).



El que está en el camino del  
Tao no refuerza el imperio  
con las armas.

Toda acción provoca  
reacciones.

En el lugar donde acampó el  
ejército, sólo nacieron zarzas y  
espinos.

Después de los grandes  
ejércitos siempre siguieron  
años de hambruna.

El buen general vence y eso le  
basta, no se atreve a abusar  
de su poder.

Vence y no se sobrestima.

Vence y no se jacta.

Vence y no se enorgullece.

Vence porque ese es su oficio.

Vence pero no busca gloria.

Todo lo que alcanza su  
plenitud, comienza a declinar.

No saber vencer va en contra del Tao,  
y quien se opone al Tao, muere  
antes de lo que piensa.<sup>108</sup>

Mientras su mujer Noemí, de cabellos dorados y ojos verdes como la albahaca, nos servía una copa de vino que había sido hecho con uvas cortadas en noche de luna llena, Nefer preguntó donde había agua para lavarse la cara y la hija mayor de la dueña de la casa, Istikmal, de castaña, larga y brillante guedeja, la condujo a una estancia contigua.

Yo me fijé en una composición jeroglífica escrita en la pared, cuyas comas estaban marcadas con representaciones de rosas rojas en vez de bastones<sup>109</sup>, que decía:

Él, cuando quiere hablar con los hombres  
lo hace a través de la música  
y, cuando quiere escuchar a los hombres  
lo hace a través de la música.

—No sé por qué, pero todas las personas que pasan por mi casa se quedan pensativas ante esa revelación que yo copié de un papiro que me dio mi padre Ibrahim<sup>110</sup>, hijo de Noah—

---

108 Lao—Tsé.

109 En los escritos jeroglíficos, las comas se ponían con la imagen de un bastón.

110 Es corriente el nombre de Ibrahim entre los árabes. Su equivalente en hebreo es Abraham (siglo XIX—XVIII a.C) patriarca que nació en Ur, la actual Irak. Los

me dijo mi anfitrión Abderrahmán, cuyos antepasados, al parecer, venían de tierras de fronteras movedizas.

—¿Cuéntale la historia de la Barca Solar!— le sugirió su encantadora esposa mientras su hija pequeña de nombre Eva y un poco menor que Nefer se arremolinaba con sus ávidos dedos graciosos bucles que colocaba caprichosamente sobre sus blanquísimos senos primaverales.

—¿No ves que están cansados?— le contestó su marido haciendo un gesto a Istikmal para que ordenara a los esclavos nubios que preparasen la habitación de los invitados.

—Me duele tanto “el culus” que ahora me sería imposible dormir— aseveré mientras Nefer, que acababa de regresar con el rostro fresco y renacido, tomaba un sorbo de vino y decía: es el mejor moscatel que he probado en mi vida.

Abderrahmán hizo un gran esfuerzo de concentración achicando los ojos como el canto de dos monedas. Luego se llevó a la boca lentamente unas uvas pasas, y dijo:

— ¿Habéis oído hablar del Diluvio Universal?

—¡Claro!— contesté—, todo el mundo sabe que estuvo lloviendo durante cuarenta días y cuarenta noches.

El peleset tosió, pidió perdón y habló:

*En realidad no se produjo, es sólo una metáfora para explicar el estallido del huevo cósmico que debió ocurrir hace unos trece mil setecientos millones de años<sup>111</sup>. Cuando se rompió la cáscara en miríadas de pedazos, salió del “ovum” un inmenso océano en cuya placenta flotaban todos los gérmenes o, como dicen los sabios egipcios, la potencialidad no realizada. Eso no lo explica el Génesis, pero los científicos y astrónomos de este país han estudiando con una exactitud asombrosa todas las se-*

---

musulmanes le consideran uno de sus profetas.

111 Según cálculos realizados por los astrónomos a principios del siglo XXI.

*cuencias que se produjeron tras la Gran Explosión. Por alguna razón que sólo podremos descubrir a través de los rayos gamma, en ese punto, que se representa con un ocho en posición horizontal,<sup>112</sup> se formó un planeta que yo he puesto el nombre de Fladasmadore<sup>113</sup>, donde surgió por primera vez la vida. No todos los individuos de esa estrella —masculinos y femeninos— tenían la capacidad de salirse del cuerpo, alojar el alma en una burbuja, emprender un viaje astral, perseguir el glóbulo de su amante y fundirse con él. Ese acto de creación y procreación sólo se podía realizar cuando se alcanzaba un altísimo nivel espiritual. Según los dibujos del papiro de mi padre, cuando las dos esferas se tocaban, una entraba en la otra, y, al acoplarse las dos almas, se producía una música que algunos denominan la melodía primigenia. Imagínate a inúmeros glóbulos invisibles buscando la unidad y sembrando el universo de belleza, esperanza y luz. Ante esa maravilla, los ciudadanos menos evolucionados decidieron —en vez de esforzarse, superarse y aprender de aquellos dioses y diosas— declararles la guerra y exterminar a aquellos seres inmaculados que sólo podían ser destruidos cuando se convertían en uno en el acto del amor. Así nació la envidia, que algunos identifican con la serpiente, y se produjo el primer holocausto que yace en la memoria. Esas existencias cainistas, esos ángeles caídos, llamados los Mefilin, bombardearon las esferas transparentes provocando la muerte de incontables almas.*

*Fue entonces cuando uno de los perseguidos, llamado El Innombrable, construyó una magnífica nave y se sumergió, con todos a quienes pudo salvar y a una velocidad vertiginosa que no es posible imaginar, en la misteriosa corriente de los agujeros negros del Universo.*

---

112 Signo del infinito en matemáticas.

113 El autor vio en su juventud, en Madrid, una película francesa que se titulaba “Fladasmadore” que trataba de un planeta imaginario en la que seres transparentes podían desdoblarse y viajar con su alma dentro de una burbuja cristalina.

*En cada esfera —restos del huevo cósmico— que fue encontrando en su travesía, arrojó una semilla, y un día hizo lo mismo al pasar cerca de la azulada Tierra, que recibió en su vientre ese germen de destino incierto que, por alguna inefable razón, hizo lo imposible para generar el oxígeno que permitiera la vida.*

*Pues bien, esa potencialidad permaneció mucho tiempo suspendida en el agua y un día empezó a vibrar provocando la primera fisión planetaria. Así fue como se originó la mitosis de la semilla oceánica que tejió y sigue tejiendo hasta nuestros días todo lo que ven y no ven tus ojos, lo que has visto y no verás.*

*Pasaron millones de años y aquel inabarcable ponto se llenó de formidables seres vivos que, en un proceso largísimo, repitieron las mismas secuencias, con alguna interrupción, que se produjeron en Fladasmadore. De esa inmensa cazuela, salió un día la diosa acuosa Nut, que cansada de ver siempre con ojos de sirena la Vía Láctea<sup>114</sup>, clavó firmemente sus pies sobre el lecho marino y, cogiendo una parte de aquella masa líquida la levantó, así hizo Atlas, y la colocó, como si hubiera leyes que lo exigieran, dentro de las corrientes oceánicas que surcan el universo. Realizó un esfuerzo tan agotador que de su boca salió muchísimo Aire, y, gracias a eso, muchas de las especies acuáticas pudieron iniciar su odisea hacia el nuevo mundo que emergió de las profundidades.*

Así se separaron la Tierra de las Aguas y, todo lo que se escriba en contra de esa hazaña de Nut, no son más que pamplinas.

Ahora los egipcios creen que El Nilo es el espejo del océano celeste pero eso, comprenderás, es una forma de sacralizar sus orígenes.

---

114 La Vía Láctea en Egipto era conocida con el nombre de “El Camino Trillado de Estrellas”.

Un día, y eso por favor no se lo contéis a nadie, entré en los túneles que hay debajo de la Esfinge de Guiza y pude ver las inscripciones de su pata derecha. Quité el polvo con cuidado y leí:

TALAPNE=M—V—M

—¿Podréis comprender mi asombro? ¿No? ¿Os habéis dado cuenta de lo que significa eso?

—¿Me lo preguntas a mí?— respondí con la mente profundamente alterada.

—Sí, a ti, Fritz, que eres griego y te detuviste cuando viste a la Afrodita de Paros. Los que se paran en el camino cuando se encuentran con el amor, son capaces de descifrar el Enigma de la Esfinge. Bueno, parte de él, porque algunos trozos de la estela están erosionados, por lo que hay otra Esfinge dentro de la Esfinge.

Tras hacer una larga pausa y contemplar, con inquietud, que me había quedado mudo, como si las ruedas de mi lengua se hubieran parado, prosiguió:

— Es lógico, a mí me costó cerca de diez abed comprender aquel mensaje. Rectifico, aquella carta de los dioses. Era más sencillo de lo que pensaba, te explico:

T= Thot

A= Agua

L= Luz

A= Alma

P= Palabra

N= Noé

E= Energía

—¿Te das cuenta? ¿Está Claro? ¿Lo ves ahora?

Miré a Nefer buscando ayuda y ella me cogió un dedo, lo metió en la copa de vino y escribió sobre la mesa con mi índice: PLANETA.

—¡Muy bien! ¡Genial!— dijo Abderrahmán batiendo palmas—, tienes a tu lado a una mujer sabia.

—¿Y las otras tres letras? ¿Sabes lo que quieren decir? —prosiguió —, esta vez dirigiéndose a Nefer.

—¡Claro! es muy sencillo— dijo mi amante: Madre—Vida—Muerte.

—¡Exacto!—, exclamó el peleset.

Pero... ahí no acaba todo, continuó el padre de Istikmal: también hay unos signos que me enloquecen y que no son tan fáciles de descifrar como el crucigrama. Si pudierais ayudarme, os lo agradecería infinitamente. Mañana os puedo enseñar ese otro legado hermenéutico.

Luego empezó a hablar de siete bastones que representan los colores del arcoiris. Cada raya, según él, era una nota musical, y todas juntas formaban el sonido Om.<sup>115</sup>

— Si repetimos OM un millón de veces alcanzaremos la iluminación y entraremos en un estado de omnisciencia, pero eso hay que hacerlo con la mente en blanco, vaciándola, y el corazón en expansión, abierto en todas las direcciones —dijo mientras se le salían los ojos de las órbitas y daba unos hilarantes saltitos que me recordaron rápidamente a los simios no amaestrados, lo que me hizo dudar seriamente de su salud mental.

Al ver que Nefer había terminado su tercera copa de moscatel y reclinaba su cabeza en el hombro de Noemí, que había empezado a roncar suavemente, coloqué mi índice en la sien

---

115 En India, es considerado el sonido primigenio del Universo.

y fingí escuchar a Abderrahmán que empezó a repetir sus frases, cerrando fuertemente los puños, para asegurarse de que su conocimiento no caía en saco roto.

— Estoy profundamente impresionado— le dije.— No he hecho ningún mérito para convertirme, nada más llegar a Egipto, en la diana privilegiada de su sabiduría.

Cuando el peleset reanudó su monólogo, elevando excesivamente el tono de voz —lo que en el ágora se castiga con diez latigazos—, quise dar una tregua a mi mente y empecé a entretener a mis neuronas con un absurdo e incoherente viaje astral, fingiendo que lo escuchaba, ya que la huida física —tentación que no dejaba de rondarme la cabeza— me parecía una descortesía incompatible con mi esmerada educación clásica.

Aunque Abderrahmán seguía hablando, me imaginé que estaba frente a Platón —quien piensa que lo único que hacemos es recordar porque los sabios no beben de las aguas del Leteo— y me puse cómodo en el jardín de Clítia mientras ella apoyaba sus manos sobre mis hombros.

—¡Maestro!— le dije—. Acabo de llegar de Egipto y me he encontrado con un filisteo que tiene en su casa una estatua de Afrodita.

—¡Cuéntame, querido Fritz! que me muero de curiosidad.

— Pues bien —indiqué poniendo el índice en la sien—, se llama Abderrahmán y, aunque sin duda recolecta las mejores amapolas para Hipnos, prueba que tengo ahora mismo a mi lado, está siempre entusiasmado<sup>116</sup>:

Cuando alguien baila  
está entusiasmado.

---

116 Tener el dios dentro. Entusiasmado: En—Zeus.



Cuando alguien sueña  
está entusiasmado.

Cuando alguien ama  
está entusiasmado.

Cuando una mujer da a luz  
está entusiasmada.

Cuando alguien toca el arpa  
está entusiasmado.

Cuando alguien tiene ilusiones y esperanzas  
está entusiasmado

Cuando alguien destruye las esferas de cristal  
está endemoniado.

—¡Platón! ¿Has meditado alguna vez en las dos caras del hombre divididas por la insolente frontera de la nariz? Eros respira por un orificio nasal y Thanatos por el otro. ¡Qué atroz! Los egipcios no quieren acabar con el mal porque piensan que sin él no existiría el bien. Por eso los dioses nunca destruyen a la serpiente Apofis, sólo la hieren y la hacen retroceder. ¿Es eso verdad? ¿Qué hacha nos mostró la dualidad

del ser humano? ¿Qué hay que hacer cuando la manzana se pudre? ¿Ignorarla? ¿Comerla? ¿Matar al gusano?

—¡Fritz! no razones bien. ¿Estás intentando decirme que el chacal y el venado son de la misma familia? No sigas el juego de los sofistas, ya sabes la repugnancia que me causan.

—¡Perdona, no volveré a utilizar palabras fáciles ante un sabio como tú. No te marches, escúchame un poco más! El superhombre, remarqué, es aquel que vive entusiasmado (olvidémonos de Abderrahmán). Creo que todos deberíamos preguntarnos, si a causa de gobernantes como Dionisio I o Neferites II, estamos entusiasmados o endemoniados. O dicho de una forma más sencilla: si tenemos ilusiones y ganas de vivir o si las alambradas nos han quitado el oxígeno y arrancado las alas, y la muerte se nos presenta como una liberación.

Cuando volví en sí me di cuenta de que Abderrahmán ya se había ido y que Nefer estaba a mi lado poniéndome un paño de algodón húmedo en la frente. Al ver el mal aspecto que tenía, me dijo que si quería subir a la habitación a descansar.

— ¡No, no, espera un poco! — contesté— y, en ese momento ¡Qué horror! tuve, mejor dicho, viví, otro episodio esquizofrénico: Me empezaron a zumbar los oídos y escuché unos pitidos ensordecedores. Me los tapé y noté que de ellos salía sangre a borbotones. Debería de estar dando una imagen deplorable. Ahora, se hizo un vacío brutal, indescriptible, y retumbó en mí interior una voz amplificadas, como si Yahvé, el dios genocida, estuviera hablando a Caín tras matar con la quijada a Abel:

— ¡Fritz! ¡No intentes traspasar la frontera que tu madre y yo te pusimos, porque si lo haces, sólo alcanzarás la locura o te destruirás! Repitió la frase, diez, mil veces y, cuando recuperé la razón y miré a mí alrededor, contemplé un cuadro

borroso de rostros desencajados. Como un niño que apenas sabe balbucear les dije: Era mi padre, ya no sólo desea divertirse conmigo y hacer reír a carcajadas a mamá entre orgasmo y orgasmo. También me ha demostrado que lo que mejor sabe hacer es meter miedo.



A la mañana siguiente, reanudamos nuestro viaje a Mendes y, a medida que avanzábamos, fui comprobando la paranoia del faraón en los grandiosos monumentos que jalonaban el camino y que nos recordaban, como amenazantes miradas de piedra, que nos acercábamos a la capital de Neferites II—Amon—Ra: obeliscos de cien codos de altura cubiertos con láminas de mármol rosa y coronados con paramentos de oro, gigantescas estatuas del Rey abrazando a Atúm, a Thot y a Osiris, a cuyos pies hacían guardia hercúleos mercenarios griegos, testigos mudos de cómo se relevaban, tiñendo la atmósfera de colores u oscuridad, las luminosas y tenebrosas unut del sagrado heru<sup>117</sup>. Acá y acullá resaltaban imponentes esculturas de Horus con cabezas cinceladas con escamas de lapislázuli. Los ojos del Gran Halcón, que representan al sol y a la luna, estaban tallados con turquesas del Sinaí y rematados con diamantes en las pupilas. Dos estelas, una con inscripciones de batallas que había ganado el Hijo del Sol y otra con viñetas que reproducían su imagen sometiendo a los Nueve Arcos y azotando con un látigo a varios prisioneros, indicaban que sólo quedaba un río para llegar a la espléndida ciudad que había convertido en capital su antecesor Neferites I<sup>118</sup>.

---

117 Heru: Día. Tenía veinticuatro horas. El año, Renpet, tenía doce meses. Abed, el mes, treinta días. A cada año se le añadían cinco días epagómenos para completar el año solar de 365 días.

118 Neferites I (398—392) trasladó la capital de Sais a Mendes.

Nefer, que en ese momento parecía estar en Fladasmadore, salió de su ensimismamiento y me dijo, arreando a los rumiantes con un frenesí olímpico: ¡Corre! ¡Corre! ¡No quiero ver la matanza!

Unos cazadores perseguían a un hipopótamo agitando sus lanzas, cual enfurecidos espartanos, y, tras arrinconarlo, empezaron a acribillarlo salvajemente hasta que el paquidermo de cortas patas, piel negruzca y desnuda, cayó, lanzó un último bramido y cerró sus diminutos ojos en un pozo ensangrentado. Aunque nos habíamos alejado casi diez varas<sup>119</sup> de aquel lugar me sobrecogió al escuchar, por primera vez en mi vida, el sollozo de los camellos.<sup>120</sup> ¿Es verdad que esos rumiantes lloran cuando sienten que la vida se quiebra a su alrededor?

Nefer, ahora más animada, acarició la cabeza de su montura diciendo: no te pongas triste pequeño, ya ha pasado todo y, tomado el aspecto de Momo<sup>121</sup>, me dijo:

— No te creas lo que has visto, Fritz. Todas las leyendas que los escribas han grabado en los monumentos de Neferites II son falsas. El faraón no ha ganado ninguna batalla, sólo lleva la doble corona desde hace tres abed. Su única hazaña fue aplastar la revolución de Anhura. Lo que sí ha hecho, es aprovechar la última estación de las crecidas de El Nilo y traer desde diversas partes de Egipto, incluso desde Tebas<sup>122</sup>

---

119 Una vara: 18 metros.

120 En el antiguo Egipto a veces se cazaban hipopótamos y cocodrilos para obtener su carne. Los primeros destruían las plantaciones y, por eso se organizaban cacerías siguiendo una serie de rituales. Los faraones y miembros de la corte solían matarlos como parte de sus actividades deportivas.

121 Momo, hijo de La Noche, Nix o Nigte, era la personificación del sarcasmo, la burla y la ironía. Era asimismo el dios de los escritores y poetas.

122 Actual Luxor y Karnak..

y Swenet<sup>123</sup>, esculturas de Ramsés II<sup>124</sup> y otros Reyes, <sup>125</sup>borrar su cara y poner la suya. Esa es una práctica común que se viene practicando aquí desde hace miles de renpet.

Entonces me acordé de Zoroastro<sup>126</sup> cuando al describir las tres caras de Clío, habló de la historia monumental, la historia anticuaría y la historia crítica. Para el Propietario de los Camellos Dorados, la primera dirige la mirada hacia todo lo que se considera glorioso, a las gestas de héroes y reyes, y esa es la historia que retrata “la memoria oficial y desde arriba”. La segunda, se recrea en la conservación del pasado y en el apego a las raíces, lo que acaba degradándose en la inercia del fetichismo histórico—cultural, y se plasma en la euforia consumista y en el voraz afán del turismo, lo que ya ha empezado a perforar el alma de los griegos y de casi todas la polis del Mediterráneo. La tercera trata de ajustar cuentas con el pasado, de poner las cosas en su sitio desde una perspectiva que aborrece el relativismo, porque, al decir de Zaratustra: “todo pasado es digno de ser condenado”. La historia crítica nos permite imaginar una nueva enseñanza del pasado que rompa con el mito de la historia continuista y teológica, aquella historia que recae una y otra vez en la metafísica propagandística de los orígenes impolutos y de las eternas esencias culturales.<sup>127</sup>

---

123 Asuán.

124 Ramsés II: Tercer faraón de la XIX dinastía. Gobernó unos 66 años (1279—1213). Sus esposas y concubinas le dieron más de cien hijos.

125 El Nilo fluía de Sur a Norte a una velocidad de 40 nudos en la época de las crecidas y el viaje desde Tebas a Mendes, de unos 900 kms, duraba unas dos semanas.

126 Aquí el autor utiliza a Zoroastro como un “alter ego” de Nietzsche, al igual que hizo Nietzsche con Zaratustra.

127 Ver el ensayo “Europa es el problema y España no es la solución. La Educación histórica en la construcción de las identidades postnacionales” de Raimundo Cuesta, catedrático del Instituto Fray Luis de León de Salamanca y miembro de Fedicaria. En su trabajo (marzo, 2009) hecho por encargo de la revista “Pliegos de Yuste”, el pensador e historiador cántabro nos ofrece una honda reflexión, con alusiones a Nietzsche, Ortega y Unamuno, sobre la necesidad de una renovación, que llegue a



Cuando faltaba sólo medio río para llegar a Mendes, divisamos una aldea que era famosa por su exquisita gastronomía. Los platos más apreciados del lugar, conocido como la Síbaris egipcia, eran los succulentos mejillones—tigre, que abundaban en el Delta de El Nilo y la tortuga al vapor, que se cocinaba en coloridos tenderetes al aire libre de los que colgaban papiros con recetas de los países más exóticos del mundo. Una gruesa mujer ponía a secar al sol pescados de extrañas formas como la tilapia nilótica y el pez gato que, a mi juicio, parecían especies prediluvianas.<sup>128</sup>

Nefer tomó una ración de mejillones y yo un caldo madero servido en una copa en la que resaltaba un relieve con la efigie de Noah<sup>129</sup>. En el delicado trabajo del artesano se apreciaba al patriarca hebreo totalmente ebrio. Sin duda se trataba del episodio en el que descubrió la forma de hacer vino nada más salir del arca. Se cuenta que el hallazgo le causó tanta alegría, que bebió hasta perder el control, se quitó la túnica y el taparrabos y danzó como el demiurgo le trajo al mundo. Luego entró completamente desnudo en su tienda donde, al caer dormido sin cubrirse con nada, ni siquiera con un velo, quedó a merced de la lujuria. Se dice que su nieto Canaán, que a su edad no controlaba el ardor de las hormonas, le clavó el pepino en el agujero de la espalda, sin que el anciano, indefenso, pudiera evitar aquella descarada violación. Al día siguiente, Noah montó en cólera y maldijo a los descendientes de su hijo Cam, castigo que fue aplaudido por Yahvé, quien había observado pasmado el abominable pecado cometido por uno de los chavales que salvó de la muerte

---

las escuelas, de la conciencia histórica.

128 Los antiguos egipcios conservaban el pescado secándolo al sol o ahumándolo. Las dos especies citadas abundaban en el Delta de El Nilo.

129 Noé.

después de ahogar a toda la humanidad con la desratización del diluvio universal.

Cuando mi mujer degustó el último molusco lamelibranquio y abandonó, abiertas y vacías, sus negro—azuladas y anaracadas valvas, me cogió de la mano, en un acto que me pareció un secuestro, y me llevó en volandas a una perfumería donde un hombre con aspecto de alquimista machacaba varias flores en un mortero. A su lado tenía tres botellines antropomórficos con esencias de color rosa, violeta y esmeralda que, como todo lo egipcio, tenían un perfecto acabado. Nefer le compró todo lo que era agradable a su inteligente y refinada nariz y me dijo:

— Hay que estar preparada para cuando lleguemos a la capital. Aunque es difícil quitarnos el hedor de los camellos, quiero entrar en la metrópoli oliendo como una diosa.

Luego se acicaló el cabello con un fragante incienso y me pidió que le frotase por detrás con un preparado de flores de loto que, según ella, tenía propiedades apotropaicas.

—¡Fritz! ¿Hay elixires de Eros en Grecia? ¿Por qué las mujeres nos creemos más bellas cuando los hombres a los que amamos se sienten atraídos por nuestros efluvios? ¿Es sólo coquetería femenina o miedo a no ser queridas?

—Nefer— la dije ya sin prisas por llegar a Mendes—, ¿Es cierto que la primera vez que me viste te bañaste en perfume para conquistarme? Si es así, actuaste sin ser consciente de tu hermosura, el aroma de tu piel es tan embriagador como tus besos al amanecer.

Mi amante sonrió, luego me llevó a un pequeño puente flanqueado por leones de granito que construyeron los persas durante su última dominación y, cuando me asomé para contemplar el agua, deslizó sigilosamente sus alados tobillos y se esfumó, cual Ariadna ante la puerta de un laberinto. Al cabo de unos at, regresó, sacó una rosa de su elevado y pri-

maveral seno y me la ofreció tras besarla con sus vivos labios. Cuando cogí la flor para aspirar su aroma, apareció un babuino agarrado a una veloz y pendular liana y, con una precisión pitagórica, me arrancó la vaporosa dádiva de las manos y desapareció entre la fronda, donde los miembros de su comunidad empezaron a aplaudirle estrepitosamente.

Nefer soltó una carcajada que me recordó — debido a mi adoración por Mnemósine, la de la larguísima cabellera— a la que una vez dio un amadísimo discípulo de Buda cuando éste permaneció en silencio interminables unutz después de convocar a miles de seguidores para pronunciar el sermón más importante de su vida. Como si Las Moiras activaran el inquietante mecanismo que rige mi existencia, volví a encadenar mi mente a mi innata costumbre de asociar ideas más allá del tiempo y del espacio, e imaginé al Príncipe Siddharta en el Parque de los Ciervos:

*El Sakyamuni, con los ojos cerrados, estaba sentado sobre una roca en la posición del loto y permanecía inmóvil. Pasó así una noche y amaneció. Los congregados empezaron a perder la paciencia. Muchos habían recorrido cientos de ríos para escuchar sus divinas palabras y en sus rostros se reflejaba el cansancio y la decepción. De repente, Siddharta abrió los ojos, sacó de su regazo una hermosa rosa y la elevó como quien alza una copa ante la Diosa del Amor. En ese momento, se hizo un silencio espectral y se palpó el rugiente hambre de un desierto de orejas. Cuando parecía que el Iluminado iba a despegar los labios, se limitó a sonreír y permaneció mudo, impassible, ajeno a los deseos de la multitud, y así se quedó mucho, mucho tiempo, muchas clepsidras, una eternidad. La gente no entendía lo que estaba pasando y algunos discípulos, cansados de esperar, comenzaron a abandonar el Parque de los Ciervos, llamado también El Parque de las Gacelas.*



*Buda ni se inmutó y siguió con la mano en alto. La rosa tiñendo de perfume los amansados dedos que un día perseguían —cuando todavía vivía en palacio— el placer que hace dulce, con su miel, la ignorancia. Ya se había marchado la mitad y el vuelo de las grullas anunciaba que algo fuera de lo común iba a acontecer.*

*Fue en ese momento cuando un amigo de su primo Ananda soltó una desternillante carcajada que fue grata a los oídos de Siddharta, pues alguien, por fin, había entendido su mensaje.*

Así nació la filosofía zen: las cosas son lo que son y es dichoso quien percibe esa verdad. Para no dejarse engañar por la malicia de Circe, hay que dominar al mono de la mente y al caballo de la voluntad, como vienen haciendo los sabios desde los tiempos de la oscuridad. El pájaro, la flor, la montaña, la manzana, la naranja, el limón, son manifestaciones de la Gran Diosa.<sup>130</sup> Vano es intentar emular su diseño para ganarse la admiración de la plebe porque nadie —por muy adorado que sea por Las Musas del Helicón— podrá igualar jamás su belleza. También el sueño prometeico: la paz, la justicia, el amor y la verdad, tiene formas nítidas, claras, ya que fue moldeado por las manos del titán. Sólo los enemigos del hombre, los hijos de la loba, obligan a las palomas a sobrevolar la boca del volcán. Hay que acabar con el águila que devora el hígado enfrente de tu colina, pues de lo contrario, crecerán como hongos venenosos los conductores de carros y, sin darnos cuenta, estaremos regando con fuego los campos de trigo. Como decía Zoroastro (la estrella que se ve en el horizonte) Ahura Mazda<sup>131</sup> está en lucha permanente con su hermano gemelo Ahrimán<sup>132</sup>, y el Maestro sabía lo que decía porque, como ha quedado grabado en la memoria, nació con una sonrisa en los labios, símbolo de su divina sabiduría.

---

130 Gea.

131 El Bien.

132 El Mal.



Nefer tenía una cara radiante y parecía, al igual que todos los egipcios, agradecida a las brisas y caricias de El Nilo, lugar, donde algunos sacerdotes afirman, cayó la primera semilla del Innombrable.

Cuando salí de mi estado catatónico, me miró a los ojos intentando descifrar mi nombre secreto, al que los nativos llaman Ren<sup>133</sup> y es la parte más importante del ser, y tuvo la ocurrencia de preguntarme si había visto borracha alguna vez a Afrodita.

La miré desconcertado, ya que sus palabras me resultaron ofensivas, pero ella, ignorando mi enojo, me habló con gravedad y en tono de reproche:

—Fritz, aquí Afrodita se presenta con la forma de Hathor y todos los años celebramos sus transformaciones en la “Fiesta de la Bebida Embriagadora” donde no sólo los sacerdotes y sacerdotisas tomas drogas alucinógenas, sino también consumen gran cantidad de vino y cerveza.

— Perdóname, Nefer— le respondí—. Los griegos sabemos muy poco de vuestra cultura y estamos llenos de prejuicios. Heródoto dijo que sois excesivamente religiosos, como ningún otro pueblo del mundo, y reacios a revelar vuestros conocimientos a los extranjeros. Sé que en algunas polis del mediterráneo ya se levantan estatuas con el nombre de Hathor—Afrodita pero no he reflexionado mucho acerca de esa corriente. Además mi mente rechaza la asociación de Hathor con una vaca, animal que, aunque me calma los ner-

---

133 En Egipto había dos nombres: el público, el que todo el mundo conocía, y el secreto. Este último era “el verdadero nombre” y los dioses lo ocultaban, pues aquella persona o divinidad que lo descubriese, se adueñaba de sus poderes. Los hombres también tenían otro nombre oculto, “el de su verdadero ‘yo’”, que ignoraban.

vios, debe ser muy atractivo para los toros, pero no para los hombres.

Nefer sonrió como una niña y me dijo totalmente convencida:

—Hathor es la diosa más bella del universo, su hermosura es sólo comparable a la de Isis, y no debes dar mucha importancia a sus representaciones zoomórficas.

Nos subimos a los camellos y emprendimos camino hacia Mendes con una lentitud que me complacía grandemente. Los rumiantes casi se rozaban y Nefer, de alma pura que aleja las sombras, me quiso instruir con una entretenida historia que yo enseguida identifiqué con los sacrificios humanos que se hacían en los Tiempos de la Oscuridad:

*El gran demiurgo de Heliópolis, Ra, admiró la creación del universo con todas las especies vivientes pero enseguida se arrepintió de haber colocado al hombre sobre la Tierra. Algo le salió mal en su plan y los seres humanos no sólo quisieron igualarse a él, sino que empezaron a esclavizar a sus semejantes para impedir su evolución. Thot quería que el conocimiento llegara a todos por igual para que el mundo creciese en armonía, pero pronto los reyes, magos y sacerdotes se encerraron en sus templos, palacios y recintos sagrados para poner una barrera infranqueable entre ellos y el pueblo. Ra se dio cuenta de que la especie humana era un reflejo de su imperfección e indignado quiso destruirla. Para llevar a cabo su tarea convocó a la bellísima diosa Hathor ordenándola que adquiriera la forma de una leona sanguinaria para que realizara la matanza. El decreto de su padre, Ra, fue tajante: Había que limpiar el mundo de esa especie tan despreciable.*

*Cada mañana la leona de melena roja devoraba con una crueldad escalofriante a niños recién nacidos, ancianos y jóvenes, que huían aterrorizados de sus garras, y a todo aquel que se cruzaba en su camino, independientemente de su edad, raza y*

*condición. La faz de la Tierra se convertía cada día en un océano de sangre coagulada donde los cuerpos se descomponían con sus rostros lacerados por el horror. La venganza y el exterminio de Hathor fue tan atroz que Ra comenzó a sentir náuseas y se arrepintió de haber ordenado el holocausto. Al final, despertaron en él los remordimientos de conciencia y decidió perdonar a los seres humanos: a partir de ese momento vivirían a su libre albedrío pero rendirían cuentas en el Juicio Final, para que todo lo que hagan en este mundo tenga un eco en la eternidad.*

*Para apaciguar a Hathor, mandó a su encuentro a una comitiva de dioses, encabezada por su hijo Shu —hermano y esposo de Tefnut— que junto a Thot, el Señor de las Palabras Divinas, se acercó a la guarida donde descansaba de noche la Leona Sanguinaria. Los enviados utilizaron todos sus poderes para que la diosa abandonara su transformación en bestia genocida y volviera a su forma original, recuperando su cuerpo y su alma, de belleza y bondad inigualables, pero todo fue inútil.*

*Con este fracaso, Ra decidió acudir a su biznieto Osiris, el dios bueno y piadoso, quien propuso acabar con aquella maldición con el maravilloso jugo de uva fermentada "el vino". Ra se quedó impresionado por la inteligencia de Osiris y juntos trazaron el plan para que la Afrodita egipcia recuperase la razón y la belleza. Una mañana, cuando Hathor se dispuso a continuar con el exterminio de la raza humana, se encontró a la entrada de su cueva varias tinajas llenas hasta los bordes de un líquido rojo que confundió con el zumo del corazón recién exprimido de un rebaño de bebés. Sin pensarlo dos veces bebió —con la resaca que produce la sangre— aquel delicioso vino, así Polifemo fue engañado por Odiseo, y, tras vaciar todos aquellos recipientes, cogió tal borrachera que se fue a dormir de nuevo a su gruta con el único deseo de estar en paz y descansar. Por primera vez, desde que se convirtió en la Roja Leona Sanguinaria, no necesitó salir a la mañana siguiente para matar. Lo que no logró Thot*

*con la Palabra, ni los dioses con su música, lo consiguió el vino, lo que tú, como amigo de Dionisio, sabes el poder que tiene.*

*Después de tomar vino durante siete herus<sup>134</sup> no podía ni caminar y, un ardor interior que secaba y arrugaba su cuerpo, la afectó tanto que empezó a aborrecer la sangre y comenzó a buscar agua. Fue entonces cuando, en un estado lamentable, encontró un fresco manantial donde bebió ríos de rocío hasta recobrar la razón. Luego se bañó y contempló como se transformaba de nuevo en una hermosa mujer. El llanto regó su rostro, como la lluvia los campos, y vio como sus pechos se elevaban hacia el cielo al tiempo que de sus pezones brotaban chorros de leche, símbolo de la pureza y el amor maternal.*

*La purificación de Hathor y la recuperación de su prístina belleza tuvo lugar en Abatón, la colina primordial de la isla de Bigget, vecina a Philae. Por eso en su honor se celebra la "Fiesta de la Bebida Embriagadora" que se parece mucho a los ritos que hacen en tu país los adoradores de Dionisio.*

*En los templos dedicados a Hathor, principalmente en el de Dendera, se celebran ceremonias de las que apenas tiene conocimiento la plebe que, como sabrás, tiene prohibido entrar en las partes interiores de todos los santuarios, donde se encuentran las bibliotecas, las escuelas y los sabios que han decidido privar al pueblo del precioso legado de Thot que, en esencia, es revolucionario.*

Creo que el mito de Hathor se ha llevado a extremos que es mejor no airear. En sus templos, circulares, concéntricos y de altos muros, se reúnen, en los días señalados, las adoratrices más bellas de cada localidad y danzan, embriagadas y desnudas, agitando los sistros y tocando la lira, el arpa, la flauta y el doble cálamo mientras los sacerdotes itifálicos, a los que algunos han empezado a llamar "el homo erectus", se despojan de sus pieles de pantera, toman drogas y celebran

---

134 Un heru: Un día de veinticuatro horas.

orgías vergonzosas donde escenifican “matrimonios divinos”. A veces esos rituales son auténticas bacanales. Las sacerdotisas y los sacerdotes se adornan con atributos divinos, ya sea cuernos de vacas o amuletos de la Enéada<sup>135</sup>. Al final todos acaban copulando en total desenfreno. Los drogados dejan de ser personas y en sus uniones místicas y animales, se produce un espectáculo alucinógeno en el que, según alguna novicia que se ha ido de la lengua y ha sido quemada viva, sólo se ve a los miembros de esa casta montándose los unos a los otros en forma de carneros, burros, vacas, toros, cerdos, ranas, gatas, leopardos y escorpiones.

*Cuando termina la orgía y se evaporan los efectos del vino y las drogas, todos se bañan en un deslumbrante estanque y realizan un ritual purificador para pedir perdón a Ra y agradecer a Hathor el día que dejó de ser la Leona Roja que recuperó la belleza y el amor a través del jugo de la uva.*

Nefer me había contado todo con una inocencia y naturalidad que me desconcertaba. Confundí sus labios con la sangre más pura de su corazón y la besé. Ella sonrió y me señaló con una mano la avenida de esfinges con cabeza de carnero que marcaba la recta final hacia Mendes. En ese momento un relámpago iluminó el cielo, se oyó un trueno ensordecedor y cayó una lluvia torrencial. Estábamos empapados, su transparente vestido de lino se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Como dos adolescentes, sí como dos adolescentes, disfrutamos de aquella catarata del acuoso firmamento y nos abrazamos como una pareja delfines. Cuando se está enamorado hasta Nut, jugando con los disparos de los torrentes de sus diez mil uretras, deja de ser ofensiva. ¿Sabíais que hay personas que gozan mucho más de las dádivas de

---

135 Enéada: Traslación al griego de la palabra egipcia Pesedjet con la que se denominada a los nueve dioses de la cosmogonía de Heliópolis y, por extensión, de otros nomos. Forman parte de ella, entre otros, Atum, Shu, Tefnut, Nut, Geb, Isis, Osiris, Neftis y Seth.

Filotes<sup>136</sup> y Eros cuando el agua cae en miríadas de dardos y lanzas del océano celeste? Húmedos, calados hasta los huesos, nos introdujimos en un palmeral donde había una choza abandonada donde encontramos algo de ropa seca y un camastro que posiblemente perteneció a un pastor.

---

136 Filotes: Hija de La Noche y Éter, representa el cariño y las relaciones amorosas.





## IV

Me da vergüenza decirlo, pero me estoy engañando a mí mismo y me siento tan perdido como el día en el que mis padres decidieron depositarme en la faz de la tierra para ver si funcionaba en el gran teatro del mundo. En realidad no he venido a Egipto en busca del conocimiento, hay una razón más profunda: un inefable deseo de huir de mi mismo, ocultarme, como un criminal, en un país desconocido, y desactivar todas mis neuronas en el acantilado y dejar de navegar en el "mare procelosum". Pero los griegos no perdonan y a todos nos enseñan que "nadie logra escaparse a la persecución de sí mismo". Sé que mis silencios prolongados, que muchos confunden con un enriquecedor monólogo interior, no son más que estériles combates que me llevan a un nihilismo que trata de ocultar para que los seres humanos me permitan vivir a su lado. Tengo que hacer un gran esfuerzo, al igual que muchos mortales, para no decir lo que pienso e irritar a los que me dan de comer, a esos que conducen al rebaño, sacrifican a los mejores ejemplares y se tapan la nariz para no oler su sangre. A veces me entran ganas de romper el cálamo y dejar de escribir palabras que se rebelan contra la forma que las estoy dando con mi torpe mano de alfarero y hastío existencial. Si fuera un ser extraordinario, me vería con la obligación de comunicar a mis semejantes las maravillas que pasan por mi mente, pero como sólo soy un robot y no hago más que seguir, por cobardía, los flujos de la marea, me hundo a veces en letales depresiones que intento enmascarar inventando

historias bellas y divertidas para entretener a mis amantes y a los pocos seres que tolero y me toleran.

He decidido que no voy a suicidarme por amor, por no causar un disgusto a Clítia, Nefer, Afrodita y al pequeño grupo de amigos con los que comparto oinujo y conversaciones que, aunque no sirvan para casi nada, nos hacen sentir que no estamos tan solos en este inmenso y helado universo que, como reconocen hasta los propios dioses, es un reflejo de su imperfección. A ellos les gusta contemplar nuestras cacerías, el acoso al herido o al débil, y las noches cuando los depredadores despiertan y dan el zarpazo mortal a los que nacieron sin coraza o sin escudo.

Sé que todos mienten, aunque sea inconscientemente, y que soportan su carga para ocultar su vulnerabilidad. La verdad es tan bella, maravillosa y peligrosa que sólo los locos y los iluminados se atreven a decirla. Hace tanto daño, que esos héroes que osan correr el velo, acaban llevando una vida miserable, predicando en el desierto o encerrándose en una tumba.

Me produce horror la palabra crecer, no me refiero a hacerme mayor y convertirme en una momia: eso es algo natural que hay que aceptar y que no merece la pena masticar demasiado. Me refiero a esa obsesión de los reyes y faraones y, toda su guardia pretoriana, alimentada por los venerables mercaderes, por imponer su voluntad, construir ciudades ciclópeas, templos para meter miedo y alambradas en los cruces de caminos. A esos que mueven a millones de seres en la noria para levantar muros cada vez más altos que, como todo en esta vida, caerán cuando los hombres se miren al espejo, al borrarse el polvo con la lluvia, y vean su verdadero rostro.

Éxito, dinero, poder, fama, etc. ¿Es necesario gastar nuestras energías en conseguirlo? ¿Conducen al camino de la felicidad? Esas metas con las que machacan al hombre desde la infancia ¿Tienen que ver algo con lo que realmente desea-

mos? ¿Son un invento de los que sostienen el bastón? ¿Una argucia para que las camadas de leones se conviertan en líderes y tiren del carro solar para que el mundo crezca como un cáncer y sintamos repugnancia de nosotros mismos?

El crecimiento ciego a golpes de tambores no tiene nada que ver con la creación en armonía. El cálamo de Thot ha sido sustituido por el espectáculo, el lujo, el trono de purpurina, los concursos de belleza, las joyas, las medallas de oro y las piedras preciosas. La cultura y la filosofía, aburren. La música del arpa, duerme. La poesía, cansa. La pintura y la escultura, agonizan. El teatro está vacío. Las lenguas clásicas, que encierran una belleza sin parangón y que sin ellas no se pueden entender ni la historia ni el presente, han sido bautizadas con el nombre de lenguas muertas. Sólo el circo está lleno. Los atletas, cada vez más altos y bellos, producen un éxtasis colectivo. Cuando un campeón olímpico se ciñe la corona de laurel, las masas lloran, se abrazan, y, en el peor de los casos, se matan por ver a su héroe cruzar la línea del triunfo.

Todos saben cómo se mueve la rueda. Todos aceptan su destino con miedo o resignación. Todos reconocen la sombra de su verdugo, de ese chacal que se alimenta con las ilusiones de los vencidos y que maneja como nadie, detrás de su máscara, las artes del ventrílocuo que busca los aplausos de las marionetas cuyos hilos mueve con despreciable habilidad su jauría.





## V

Por fin llegamos a Mendes, la capital del norte del Delta, centro de culto del carnero Ba, donde el faraón Neferites II se había propuesto recuperar con la ayuda de decenas de miles de mercenarios griegos el antiguo esplendor de Egipto. Su padre, Acoris,<sup>137</sup> derrotó a los persas con la ayuda de la soldadesca extranjera, comandada por el general ateniense Cabrias, frustrando las esperanzas de reconquista de Artajerjes II, quien no había asimilado la expulsión de los aqueménidas<sup>138</sup> y consideraba al país de El Nilo su provincia occidental más deseada.<sup>139</sup>

Aunque estábamos en la estación invernal<sup>140</sup>, el clima era agradable a pesar de algunas lluvias ocasionales y se notaba, por el vuelo de alguna gaviota con ínfulas marinas, que nos encontrábamos muy cerca del Mediterráneo. Mendes<sup>141</sup>, lo-

---

137 Acoris (391—379), segundo monarca de la dinastía XXIX.

138 Año 404 a.d.C.

139 La última ocupación persa de Egipto dura sólo nueve años y con ella se inaugura la Dinastía XXXI (343—333 a.d.C). Gobernaron tres reyes: Artajerjes III, Arsés y Darío III. Este último fue derrotado por Alejandro Magno en la batalla de Issos (12 de noviembre del 333 a.d.C), dando lugar a las dinastías macedonia (XXXII, 332—305) y Ptolemaica (XXXIII, 305—30).

140 Los nombres de los meses egipcios, que se dividían en tres semanas de diez días, eran, según su versión griega: Thot, Faopi, Athyr, Shiak, Tybi, Meshir, Famenat, Farmuti, Pajons, Payni, Epifi y Mesore.

141 Mendes, nombre griego de la capital del último nomo de Pyedet (o Perbanedyedet).

calidad de la que hacía mención Heródoto en sus escritos, fue designada capital de Egipto por Neferites I<sup>142</sup> — nombre que significa algo así como el más bello—, ya que había nacido en esa ciudad y decía que, cuando el halcón Horus apareció una vez en su cuna, no quería moverse de ella, lo que interpretó como un signo claro del deseo del dios de que ese lugar debía ser el nuevo centro del Alto y Bajo Egipto.

No voy a describir los magníficos templos y palacios de esa abigarrada metrópoli que da la impresión de que está a punto de desmoronarse de un momento a otro enterrando con ella más de cuatro mil años de civilización. Los egipcios reconocen que son incapaces de defenderse de los Nueve Arcos y confían su seguridad a los mercenarios helenos, que son generosamente pagados por el faraón y los sacerdotes del templo de Amon, que cada vez desconfían más de su sombra. Como resultado, el pueblo ya sólo respeta a los griegos y a la policía egipcia, que rastrea las calles con guepardos amaestrados en busca de saqueadores de tumbas, ladrones, bandas de criminales e incluso de escribas decepcionados que han empezado a dibujar en las necrópolis y recintos sagrados caricaturas de los reyes. Egipcias de cuerpos esculturales y prostitutas de una belleza deslumbrante pasean con diminutos faldellines de colores y diademas de oro cogiendo del hombro a robustos mercenarios que han empezado a creerse descendientes directos de Amon. Alguna lleva los pechos al descubierto, y los pezones y aréolas pintados de rojo, y mira a la gente con un aire de superioridad que resulta humillante para la plebe que pasa hambre a causa de los duros impuestos que exige el mantenimiento de un ejército tan numeroso. Parece que todo se sostiene de milagro y la gente se mira con recelo. Cualquiera puede ser un espía del faraón y denunciar a los que cuestionan, con ironía y amargura, la divinidad de

---

142 Neferites I (398—392), fundador de la Dinastía XXIX.

Neferites II y la sabiduría de los sacerdotes, cuyos rituales mágicos están degenerando en absurdas supersticiones.

En Mendes, junto a los barrios de los obreros, pescadores y artesanos, se levantan lujosos palacetes donde los ricos comerciantes han empezado a contratar a los mejores escultores para que inmortalicen su efigie abrazada a sus divinidades favoritas, con la creencia de que les acompañarán en su viaje al Más Allá. Aunque esa costumbre desagrada a Neferites II —ya que esas representaciones fueron durante milenios un privilegio de los reyes—, éste se hace la vista gorda, pues necesita de sus suculentas remesas para pagar a los mercenarios y reconstruir los más de diez mil templos de Amon que hay en todo el país.

Hasta hace poco, se castigaba con la pena de muerte a aquellas personas que tuvieran la osadía de levantar esculturas semejantes en sus casas, pues la comunión con los dioses y los abrazos a la Enéada se consideraba un acto sagrado, restringido a los monarcas y al clero, cuyo poder era abrumador.

A los pocos días de mi llegada a Mendes, comprobé que no sólo los ricos, sino también las clases más humildes, habían empezado a imitar a los ancestrales opresores, y, construían en sus chozas, con sus propias manos, muñecos de barro que les abrazaban amorosamente, con las formas de los innumerables demiurgos del país. Así, los más ingenuos pensaban que se aseguraban un asiento, por pequeño que fuera, en la barca solar que lleva a los difuntos al paraíso.

Los egipcios dicen que el Ba, palabra que no tiene equivalente en griego ni en ninguna otra lengua, entra en el cuerpo del ser humano nada más nacer y lo abandona a la hora de la muerte a una velocidad superior a la de la luz, escapándose así, sin añoranzas ni recuerdos, de la prisión del cuerpo. Es entonces cuando emprende un viaje astral hacia las regiones luminosas del universo donde habitan los dioses y los hombres que tuvieron, como el escriba Ani el Victorioso, un corazón

puro y vivieron con rectitud. El Ba y el Ren salen de la boca del difunto al amanecer, en el momento en el que se introduce la llave de la vida entre los labios del finado, y navegan con los primeros rayos de Jepri. Luego pasan a formar parte de la esencia anímica de la barca solar y acompañan a Ra hasta que este inicia el recorrido subterráneo hacia Occidente. Una vez que Ra desaparece, abandonan la nave, cual destellos de luz, y atraviesan, arrastrados por vertiginosas corrientes, los límites del infinito, y, siguiendo los brechas espaciales de los poderosos e inmateriales imanes de la música primordial, llegan, por fin, a su destino, donde, tras revelarse el nombre oculto, ambas partes se manifiestan en todo su esplendor, se funden con lo que siempre buscaron y alcanzan la divinidad.

Esa creencia, que tan fuerte ha calado en los egipcios, da alas a mi imaginación, pero me parece otra huida de la realidad, lo que entiendo cuando veo las miserias y el dolor de los hombres y mujeres cuarteados por el sol que envejecen antes de alcanzar la pubertad. Sin embargo, la leyenda de los dos nombres: el que nos ponen al nacer y determina nuestro carácter, y el secreto, con el que nuestra alma se identifica aunque no seamos conscientes de ello, me recuerda, aunque parezca un dislate, al concepto que tenemos los griegos de la palabra persona, cuyo significado es máscara<sup>143</sup>. Escuché en el ágora ateniense que nuestro verdadero ser —el que a veces nos habla en sueños, cuando paseamos junto al río o vamos a la montaña— a veces toma prestada, cuando indagamos en la verdad, la voz de Thot, el de las divinas enseñanzas, y experimentamos, milagrosamente, lo que somos. Sin embargo, cuando nos acostumbramos a ir con demasiada frecuencia al teatro para ser personas, llega un momento en el que la máscara nos devora el rostro y ya no es aconsejable que nos

---

143 Persona, del latín: máscara de actor, personaje teatral. Este del etrusco Phersu, y este del griego Prosopon.



la quitemos porque nuestros rasgos estarán tan deformados que serán atterradoramente irreconocibles.

Dicen los egipcios, y ahí sí reconozco parte de su sabiduría, que todo lo que oímos, vemos u olemos, es decir, todo lo que observan nuestros ojos, todo lo que respira nuestra nariz y todo lo que entra por nuestros oídos, convergen en un canal interior que va directo al corazón, donde se encuentra la inteligencia volitiva. Luego todas esas sensaciones ascienden por el mismo canal y mueven la lengua, que traduce las filtraciones físicas y espirituales a través de la prodigiosa belleza del verbo creador.

¿Por qué los hombres desde tiempos inmemoriales han buscado en el cielo lo que no encuentran en este planeta cada vez más pequeño y menos azul? ¿Qué piensa un esclavo o un campesino cuando el patrón les da un cuenco de arroz para que sigan construyendo pirámides o llenando los graneros del faraón? ¿Qué siente una madre cuando sus pechos están secos y sus hijos hambrientos y desnutridos sollozan porque van a morir? ¿Qué pensamiento alberga la mente de un mendigo sarnoso cuando los 'dioses' pasan a su lado y se tapan la nariz para no oler su hedor? ¿Por qué canta todavía el arpista ciego?<sup>144</sup> ¿Vale para algo el legado de Thot: la escritura y la magia del verbo que a veces surgen en el 'mare procelosum' como faros de luz? ¿Se puede arrancar el bastón a los tiranos con la flauta, la música, el cálamo y la sabiduría de 'los textos sagrados' que se han escrito con jeroglíficos indescriptibles y complicados para que el pueblo les aborrezca, les tache de aburridos y permanezca ciego, sordo y mudo? ¡Asaltad las bibliotecas y los reyes os temerán! ¡Escuchad a Thot y el Cielo y la Tierra volverán a unirse al igual que estaban al comienzo de los tiempos! Tal vez la respuesta a estas preguntas se en-

---

144 En Egipto casi todos los arpistas eran ciegos.

cuentre en estas sencillas palabras de un hombre al que está dando forma en su torno Knum, el dios alfarero:<sup>145</sup>

*Fuerza y riqueza son, por definición, patrimonio de los más fuertes y los más ricos, mientras que el saber tiene esa propiedad específicamente revolucionaria por la que los más débiles y los pobres también pueden adquirirlo. Es, pues, la fuente de poder más democrática.*



Nefer y yo nos alojamos en una casa de dos plantas que pertenecía a una amiga suya de la infancia que se llamaba Mer—Seguer<sup>146</sup>. Esa joven, que nos recibió con un vestido de lino verde y una diadema con un ureo en la frente, me impresionó por la forma con la que acariciaba en el umbral de la puerta a una gata blanca que estaba en celo. Ésta se mostraba encantadoramente remolona y mimosa. Se agachaba y movía sus cuartos traseros enseñando sus genitales al tiempo que emitía dulces maullidos que no tardaron en llegar a los oídos del macho. Mer—Seguer dejó sola a la pareja, que estaba ansiosa por perdersenos de vista, entrar en combate y copular a sus anchas. La hembra, en su estado de lordosis, nos agradeció que nos marcháramos y levantó, aún más, la cola, inclinándola hacia un lado lateral, para facilitar la tarea a su Miu—Aau.<sup>147</sup>

---

145 Alusión a Alvin Toffer, escritor estadounidense nacido en 1928. Este pensador se dedica a analizar los cambios que sufre la sociedad en el ámbito psicológico, social y económico. Entre sus obras destaca: La revolución de la riqueza, El cambio de poder, El Shock del futuro y La gran ola.

146 Mer—Seguer: Diosa que se representa como una cobra con cabeza de mujer. Estuvo identificada con Tueris y Hathor. Entre otros títulos, llevaba el de “La que ama el silencio”.

147 Miu—Aau nace del vocablo “Miu”, que en egipcio antiguo servía para designar la palabra “gato”. Es, por lo tanto, una onomatopeya que ya llegado hasta nuestros días.

— Siento adoración por los gatos— nos dijo Mer—Se-guer—. Son la personalización de la inteligencia y la percepción. Hace tiempo estuve a punto de comprarme un guepar-do amaestrado pero me pareció que estaba exagerando mi amor hacia los felinos.

—¿Es verdad que las hembras sólo ovulan cuando penetra el esperma del macho y que, si están en celo y no copulan, se comportan como si estuvieran preñadas?— le preguntó Nefer con una curiosidad infantil.

— Estás en lo cierto, Nefer, sólo cuando los espermato-zoides entran por la vagina de la gata, se produce el desprendimiento del óvulo. Lo extraordinario de las hembras es que pueden tener una camada con diferentes machos, pues cada vez que copulan vuelven a ovular— afirmó La que Ama El Si-lencio.

Luego hizo una pausa, me miró como si fuera alguien que amenazaba su estabilidad y se dirigió a Nefertiti:

— Preséntame a tu amigo ¿es extranjero, no?

En ese momento yo tomé la palabra y le dije: Mi nombre es Fritz y soy griego. He venido a Egipto impresionado por las lecturas de Heródoto y los elogios que hace de vuestro país mi maestro Platón. Nefer y yo acabamos de casarnos y queremos pasar nuestra luna de miel en Mendes.

—¡Fantástico!— exclamó Mer—, si me lo permitís, me gustaría ser, si no es tarde todavía, vuestra paraninfa<sup>148</sup>.

Nefer le agradeció sinceramente el ofrecimiento y Mer nos invitó a pasar a un salón en donde había un mural con representaciones de la diosa Menqet<sup>149</sup> llevando sobre su ca-

---

148 Paraninfo: palabra griega que significa “el que va al lado de la novia” (el padrino). En este caso sería “la madrina”.

149 A la diosa Menqet se le atribuía la fabricación de la cerveza. Su nombre era citado con frecuencia en la literatura amorosa.

beza un cántaro de cerveza. A ambos lados del dibujo destacaban unos hermosos paisajes con multitud de brotes pequeños y verdosos y flores de loto azul, símbolos del Bajo y Alto Egipto.

Mer encendió incienso perfumado y, tras pedir que nos pusiéramos cómodos, la pregunté, para que me viera suelto e inspirarla confianza, si tenía algo de vino.

— Para la sed no hay nada como la cerveza fresca— me contestó estudiando hasta el más mínimo de mis movimientos—, pero si quieres agua de la cepa, añadió, no te decepcionaré, tengo excelentes relaciones con el bodeguero del faraón, un tal Kamufet que huele a mil codos<sup>150</sup> a la redonda cuando me pongo como la gatita que protege mi hogar.

—Trae vino, Mer, — le pidió Nefer mientras se descalzaba y apoyaba los pies sobre la cabeza de un cocodrilo disecado.

La joven llamó a dos esclavas y pronto nuestra mesa se llenó de granadas, higos, pasta de almendras rellena de dátiles, naranjas, etc. en cuyo centro se colocó un pato asado y una jarra de vino con sus respectivas copas labradas con alegres efigies de la Leona Ebria.

Cuando el caldo empezó a sustituir a la sangre que riega los canales de la cabeza, Mer volvió a coger a su gatita, que parecía entusiasmada, y, acariciándola con suavidad, comenzó a contarnos historias sobre su infancia y a relatarnos las pesadillas que la acechaban de noche cuando su madre, para moldearla a su gusto, la decía que, si no era obediente, se convertiría en una mujer bellísima, pero sin vulva ni conducto vaginal, lo que acabaría destruyendo todos sus sueños e ilusiones, incluyendo la posibilidad de dar a luz, ya que desde muy pequeña deseaba fervientemente tener un hijo.

---

150 Medida que se utilizaba en Egipto y que iba desde el codo hasta la extremidad de la mano.

— Cada vez que me portaba mal— explicó entre molestos maullidos del felino—, me narraba la horrible lucha que se desencadenó entre Horus y su tío Seth, el asesino de su hermano Osiris, y que acabó con la mutilación de ambos. En ese combate a muerte, Horus perdió su ojo izquierdo y, para que no se quedara tuerto, Thot le puso en su lugar la luna, que no es otra cosa que el sol de noche. Seth salió peor parado que Horus, ya que el hijo de Isis y Osiris, le segó los genitales. A consecuencia de esa espantosa castración, la unión de Seth con su esposa Neftis fue infértil, ya que su marido quedó estéril para siempre. Es por eso que a la bellísima Neftis se la conoce en todo Egipto con el epíteto de “La Mujer que no tiene vagina”. Su único consuelo fue que se la permitió ser la Nodriz del Rey, encarnación de Horus en la Tierra, y, es Ella la que se encarga de amamantar al faraón en el Más Allá, para que se alimente con su leche y vuelva a renacer aún más fuerte en la eternidad.

— Me parece que en Egipto dais excesiva importancia a las deidades itifálicas que se metamorfosean, al igual que Zeus, en el venerado y mimado Toro Apis— le dije mirándola a la nariz para no leer su pensamiento—. Además creo que pensáis que, cuando el fuego sagrado del varón se extingue, es mejor que vaya preparándose para morir porque su vida en la Tierra es un estorbo. He leído en un texto antiguo que en el país de El Nilo los ancianos que han perdido su virilidad ya no se consideran ni personas, que sueñan con un entierro digno y con abandonar este mundo lo antes posible porque, sin el magnetismo de la libido, ya no es posible el abrazo con la Enéada.

Mer, La que Ama el Silencio y pudo Haber Crecido sin Vagina, buscó una mirada de complicidad en Nefer y dijo mientras daba un sorbo de vino:

— Las mujeres, en ese sentido, somos superiores. Cuando nos hacemos mayores “buscamos el amor de Amon”, entre-

gamos nuestro corazón a nuestros hijos y encontramos consuelo en muchas cosas que los hombres despreciáis. Como nos han educado desde pequeñas para que no seamos nada, como mucho el apoyo de nuestro marido, cuando vemos que el miembro viril de éste ya no se levanta, no podemos reprimir una perenne sonrisa interior y le cuidamos como si fuera un bebé. Muchos viejos son dulces y se convierten en seres encantadores. Además todas las ambiciones de los jóvenes y sueños de grandeza: parece que todos queréis cambiar el mundo, apuntilló, no son más que absurda vanidad que nosotras fingimos admirar para seguiros la corriente y que nos dejéis en paz.

— Las cosas han cambiado mucho— matizó Nefer—, es verdad que en los tiempos antiguos se celebraba la Fiesta de la Sed<sup>151</sup> y el faraón tenía que demostrar que todavía era fuerte y podía procrear. Si fracasaba en las pruebas — la principal era un combate contra un novillo de raza noble—, entonces era sacrificado y momificado, pero eso no significaba que perdiera su condición de dios. Después del ritual se ponía a otro Rey en su lugar y se repetían las mismas ceremonias a los treinta años de su reinado. Esa costumbre dejó de practicarse hace miles de años y ahora, cuando llega el Festival de la Sed, el portador de la Doble Corona sacrifica a un animal sagrado en su lugar, finge una muerte artificial y vuelve a renacer recuperando, según dicen los sacerdotes, la fuerza viril de la juventud. Ahora, en esas ocasiones, todos los egipcios, que aborrecen el sacrificio humano, prefieren llenar sus copas de vino que es, como sabrás, la transformación alegórica de la sangre.

— Bueno, creo que es la hora de dormir. Os veo un poco cansados— dijo Mer llamando a una esclava para que nos condujera a nuestra habitación.

---

151 Llamada por los griegos “La Fiesta de los treinta años”.

Cuando nos disponíamos a levantarnos, sonaron unos fuertes golpes en la puerta y la gata, que tenía un ojo verde y otro azul, dio un salto y se acostó en una especie de cesto en el que había abundante arena blanca. Mer nos dirigió una sicalíptica mirada y fue a dar la bienvenida al visitante. Era Kamufet, hombre robusto de rostro impenetrable que esperó, con una seguridad asombrosa en sí mismo, a que Mer le abrazase y le besara. Llevaba un nemés de rayas rojas y blancas, un corto faldellín cobrizo y el pecho, afeitado, al descubierto. En su pectoral de oro había dibujos de serpientes con varias cabezas que protegían la barca solar. Me sorprendieron sus larguísimos pendientes que casi le llegaban hasta los hombros. Se mostraba radiante y eufórico. Acababa de ser nombrado Copero del Rey y se sentía el ser más afortunado de los dos mundos.

De improviso, se acercó a mí con pasos firmes y seguros y me dijo: mañana se celebra la procesión de Semana Santa, cuando termine vendré a buscarte: el faraón quiere verte. Puedes ir a palacio acompañado de Nefer.

Luego, sin esperar mi respuesta, cogió a Mer de la mano y la llevó al jardín de la casa, donde había un estanque con peces de colores y las palmeras, que se dejaban acariciar por la brisa desparramando su alma femenina en la crepuscular luz del atardecer, parecían diosas encantadas.

La esclava nos llevó a nuestra habitación, situada en la planta alta y, a pesar de que mi corazón estaba agitado, contemplé el lecho con un deseo profundo de entregarme en los brazos de Morfeo. Tanto Nefer como yo estábamos agotados y ni siquiera nos apetecía hablar de nuestro inminente encuentro con Neferites II.

Nefer se bañó y yo me quedé dormido mientras contemplaba en la cabecera de la cama —que estaba hecha con maderas aromáticas— un dibujo de la diosa Neit, a quien los griegos identifican con Atenea. En la frente llevaba el jeroglí-

fico de su nombre, que consiste en un escudo con dos flechas cruzadas. Desde tiempos antiguos a Neit se la conocía con el título de la "Señora de Mendes". Más tarde me enteré de que los egipcios creen que esta divinidad ahuyenta por las noches a los genios de los malos sueños y que era habitual encontrar representaciones suyas en los tálamos para asegurar a los amantes un descanso dulce y buena salud pues, entre otras cosas, también era adorada como una de las diosas de la Medicina.<sup>152</sup>

Al día siguiente amaneció con un sol espléndido. Ra había vuelto a escaparse de las fauces de Apofis y los babuinos, de cabeza redonda y hocico de canino, volvieron a dar la bienvenida a Jepri con gritos exultantes, como venían haciéndolo desde que Horus surgió entre la colina primigenia.

Yo aquella noche había dormido mal a pesar de la protección de Neit y había tenido una espantosa pesadilla que no me atreví a contar ni a Mer ni a Nefer: Ví en sueños como una figura borrosa me sacaba el corazón y lo depositaba en un vaso canope. Por la herida manaba abundante sangre que Kamufet recogía en una copa de oro. Tras certificar mi muerte, me embalsamaron y envolvieron mis restos, palmo a palmo, con ajustadas cintas de lino. A pesar de que había fallecido, me sentía vivo y mi "Ba" hablaba conmigo para que abriese la boca y pudiera volar. Mis labios estaban tan apretados que era imposible introducir la llave de la vida, y una angustia indescriptible se apoderó de todo mi ser. Luego un sacerdote, con la cabeza cubierta con una máscara de Anubis, dijo que yo no tenía nombre secreto y que, al no ser ni hombre ni dios, era mejor celebrar un nuevo ritual "in situ", hacer un muñeco con mi cuerpo y destruirlo, borrando también el Ren que me puso Afrodita. Después una abeja gigante succionó toda la sangre de la copa de Kamufet. El inflamado himenóptero sa-

---

152 Como diosa de la medicina, gozó en Sais durante siglos de un gran prestigio. Allí existía "una escuela de médicos" cuya fama se extendió por todo el país.



lió de la estancia y llegó revoloteando, después de atravesar la ciudad con su monstruosa panza, hasta la nariz del faraón. Neferites II pronunció el nombre secreto del insecto y éste, satisfecho, recobró su forma original. Era Senet, quien con una sonrisa de victoria dijo: a Egipto vino sin nada y de Egipto se irá sin nada.

—¿Qué tal has dormido, amado mío?— me preguntó Nefer tocándose el colgante que oscilaba entre sus senos para comprobar si quedaba algo del perfume con olor a césped recién cortado que solía poner todos los días en el minúsculo frasquito de cristal rojo que remataba su inseparable amuleto apotropáico.

— Como un bebé con la panza llena de leche caliente— la contesté al tiempo que abría las ventanas de la alcoba para que entrara el vivificador aire del amanecer, cuya frescura me recordaba al aleteo del éter en la nieve.

— Mer y yo vamos a prepararnos para la procesión, así que no sabemos el tiempo que tardaremos en estar listas. Hoy es un día muy especial, viene a Mendes gente de todo el país. Hay que llevar la ropa más bonita y limpia que encontremos para estar bellas ante los dioses. Tú no te preocupes que a ti te compraremos una túnica digna de un príncipe. Mi amiga conoce la mejor boutique de la capital. Si quieres, vete a dar una vuelta o si no, quédate en casa hasta que regresemos. Al lado de nuestra habitación hay una biblioteca con una estantería dedicada a los griegos. A lo mejor encuentras algo de lo que escribió Heródoto acerca de Egipto, ya que pasó por esta ciudad y solía contar historias que recopilaron los escribas.

Cuando Nefer y Mer salieron a la calle cogidas de la mano y con el entusiasmo que produce en la mayoría de las mujeres ir de compras sin ponerse un límite, me quedé un rato sin saber qué hacer y di tres pasos hacia la puerta, como arrastrado por una mano invisible, para echar una ojeada a los vecinos. Cuando ya estaba a punto de pisar tierra, respiré profunda-

mente para llenar mis pulmones con los efluvios del rocío, y, como si estuviera programado mecánicamente, retrocedí con una sonrisa forzada con la intención de dormir un poco más, pues necesitaba echar una cabezada para esponjar mis neuronas.

Con un tibio complejo de culpabilidad, me dirigí al dormitorio para vengarme de la noche, pero la gata comenzó a seguirme como si fuera un ladrón y se apostó delante de la habitación impidiéndome la entrada. En ese instante me convencí de que el felino leía la mente de Mer y que ésta no quería que me relajase en un día festivo tan importante para que no cerrase las puertas de la percepción.

Tras dudar unos instantes, entré en la biblioteca y recorrí con la vista los estantes dedicados a los griegos. Para mi sorpresa allí me encontré, incompletos, los Nueve Libros de Historia de Heródoto que, como todo el mundo sabe, están dedicados a las Nueve Musas y que narran, principalmente, la crónica de las guerras entre Grecia y Persia. Como es lógico abrí el papiro dedicado a Euterpe, pues en él recopiló sus viajes por el país de El Nilo en la época de la primera dominación persa, tras el periodo Saita.<sup>153</sup>

En escritura demótica, que es la que los nativos utilizan en los textos literarios, leí un episodio que causalmente describía *La Fiesta de la Embriaguez*, que los egipcios celebran todos los años en la ciudad de Bubastis para aplacar a la Leona Sanguinaria, pedirla que se reconcilie con los seres humanos y muestre su aspecto bondadoso hasta que Geb<sup>154</sup> deje de latir en el firmamento.

La traducción que hizo el escriba de la crónica de Heródoto, decía lo siguiente:

---

153 Heródoto viajó a Egipto sobre el año 450 a.d.C.

154 Dios que personifica la Tierra.

*“Cuando los egipcios se dirigen a Bubastis, hombres y mujeres navegan juntos y las barcas se llenan de personas de ambos sexos. Las músicas agitan las castañuelas y los músicos tocan la flauta durante todo el trayecto. El resto, tanto hombres como mujeres, cantan y dan palmadas. Cada vez que las embarcaciones pasan por una población las amarran en los fondeaderos de las orillas de El Nilo, bajan a tierra y realizan lo siguiente: mientras algunas mujeres siguen haciendo lo mismo, otras gritan y se burlan de las mujeres de las poblaciones ribereñas, y, otras bailan. Otras se ponen de pie y se desnudan. Repiten esas escenificaciones por cada una de las ciudades por las que pasan. Al final, cuando llegan a Bubastis, celebran el acontecimiento ofreciendo grandes sacrificios y se consume más vino de uva en ese festival que en el resto del año. Y el número de personas que allí se reúne, hombres y mujeres sin contar los niños, alcanza las setecientas mil, al decir de las gentes del lugar...”<sup>155</sup>*

Sin duda era un texto de Heródoto, el Padre de la Historia, quien, a pesar del altísimo reconocimiento que alcanzó en vida se atrevía, con un descaro que sonrojaba a los sabios, a interpretar los jeroglíficos más complicados para impresionar a los estudiosos de su obra. Tras deleitarme con los detalles de aquella estancia, percibí que los papiros estaban separados por materias por tarros antropomorfos llenos hasta los bordes de fragancias<sup>156</sup>, lo que me produjo una sensación tan placentera, que cerré los ojos para aspirar profundamente y me quedé dormido como un feto al que todavía no acababa de dar forma Knum.

---

155 Posiblemente el número de personas del que da cuenta Heródoto es exagerado, ya que en aquella época Egipto debería tener entre tres y cuatro millones de habitantes.

156 El amor por los perfumes en Egipto rebasaba los límites de la imaginación. Cuando los arqueólogos descubrieron la tumba de TutankAmon hallaron tres mil potes con preparados resinosos aromáticos que aún conservaban su fragancia, a pesar de haber sido enterrados hacía más de treinta siglos.

Cuando viajaba por el mundo interestelar lanzando flechas contra la serpiente Apofis con la determinación de arrancarle su nombre secreto, terminar con todos sus poderes y convertirme en salvador de la humanidad, abrí los ojos y reconocí a Nefer y a Mer que me observaban como movía mis brazos, cual enloquecido Orión que acaba de sufrir la picadura del escorpión.

— Realizo estos ejercicios todas las mañanas para fortalecer los músculos. En Grecia es lo primero que hacemos al salir el sol— las dije para tranquilizarlas pues en Egipto, cuando ven algo raro, llaman inmediatamente a un médico que determina la salud mental del acróbata.

Nefer y Mer no parecieron dar mucha importancia a mis palabras y me llevaron rápidamente a la planta baja, donde había un montón de cajas llenas de ropa.

— Ésta es para ti— me dijo Nefer—. Vístete lo antes posible que salimos enseguida.

Luego, Mer hizo un gesto a las esclavas y éstas subieron el resto de las mercancías arriba. Las dos amigas se despidieron de mí y se fueron a uno de los cuartos de baño a acicalarse.

Después de ducharme y frotarme el cuerpo con un perfume de Kamufet, abrí el regalo y me hallé una túnica como la que usan los aristócratas del Bajo Egipto. Era de color blanco y me llegaba hasta los tobillos. Se ataba con una tira de tela en un hombro dejando la otra parte del torso al descubierto. Las mangas eran largas y ocultaban mis brazos. También encontré unas sandalias plateadas de un perfecto acabado y una diadema con el diseño de un buitre con las alas extendidas<sup>157</sup>.

---

157 En Egipto, el buitre era un animal sagrado. En los tiempos predinásticos se comían, según sus creencias, la carne de los muertos para llevarla al Cielo.

Me miré a un espejo y me sentí incómodo: hubiera preferido un simple calzón sostenido por un cinturón ancho, como los que utiliza la gente sencilla. Decidí callar lo que pensaba para no amargar la velada a mi mujer y a su amiga, y, tras sentarme en la silla que ocupó Nefer en la noche anterior, imité su postura y puse los pies encima de la cabeza del cocodrilo.

Empecé a observar la clepsidra de agua y vi como pasaba el tiempo, lenta, lentísimamente, sin que ninguna de las dos diera señales de vida. Pensé que alguno de los agujeros del cántaro debería estar obstruido pero estaba equivocado, funcionaba a la perfección. Los rayos del sol cada vez eran más tenues y el goteo se me hizo interminable. Me identifiqué con una tortuga cruzando el desierto y me deprimí. Comencé a ponerme nervioso y estuve a punto de subir a zancadas las escaleras para ver si se habían ahogado en la bañera que, al parecer, habían llenado con leche de burra para limpiarse los poros de la piel.

Volví a ejercitar el autocontrol y la respiración profunda, como los bonzos de India, y, cuando comencé a desinflarme, aparecieron las dos amigas con la cabeza alta y unos ojos radiantes que resplandecían como luceros entre el khol azulado de su maquillaje salpicado con polvo de estrellas<sup>158</sup>.

Las dos llevaban túnicas rojas de lino que se anudaban sobre el seno izquierdo dejando al descubierto el derecho. Sus diademas doradas eran espectaculares: la de Nefer representaba al sol rematado por una cobra bicéfala y la de Mer estaba adornada con una garza real cenicienta, símbolo del Ave Fénix. Su vestido, liso y ajustado, resaltaba sus figuras, cual hipóstasis de Afrodita.

Instintivamente me incliné ante su presencia, como si fueran dos diosas gemelas, y ellas sonrieron al constatar que

---

158 En Egipto se machacaban piedras semipreciosas y el polvo se utilizaba para resaltar la belleza de los ojos y los labios.

la belleza hechiza y eleva hasta lo más alto el ánimo de los mortales que viven en la caverna sin distinguir las sombras de la realidad. Sucumbir ante la hermosura, la pureza o la inocencia es algo que ocurre en todos los pueblos del mundo. Por lo menos, así pienso yo después de tomar unas copas de vino. El conjunto se completaba con unas sandalias doradas que resaltaban la delicadeza de sus pies de formas suaves y sensuales que retaban a besos y caricias.

Salimos a la calle y nos encontramos con cientos de miles de personas que intentaban buscar la mejor ubicación para ver la procesión. La policía peinaba los rincones más apartados con sus guepardos amaestrados para impedir que los miserables, aquellos que sólo tenían andrajos sucios para cubrir los huesos, malogran con su deplorable presencia el espectáculo. Si alguien carecía de un faldellín con un mínimo de valor, tenía prohibido, bajo pena de muerte, echar una ojeada, aunque fuera de lejos, a la Enéada.

Nefer, Mer y yo subimos a una tribuna reservada a las altas personalidades, donde nos dio la bienvenida Kamufet. Éste se tocó la rodilla derecha y nos indicó el lugar que debíamos ocupar entre los escribas, magos, arquitectos, adivinos e intérpretes de sueños y prodigios. Entre ellos había un astrónomo que predijo la caída de un meteorito cerca de las canteras de Swenet<sup>159</sup>.

Cuando el sol se ocultó en el horizonte, se encendieron miles de antorchas que ardían con resina de árboles aromáticos, se escuchó un estruendoso retumbar de tambores y, se abrieron las puertas del imponente templo de Amon. Al instante, emergió la figura de Neferites II, quien extendió los brazos como alas, en la Ventana de las Apariciones.<sup>160</sup>

---

159 La actual ciudad de Asuán.

160 Apertura que había en la parte alta de la entrada de los templos donde los faraones aparecían en ocasiones especiales.

Se oyó un clamor que debió de llegar hasta la última catarata y empezaron a salir falanges de soldados, griegos y egipcios, batiendo sus cilíndricos instrumentos de percusión. Detrás de ellos aparecieron grupos de bailarinas, ataviadas con vestidos transparentes, que comenzaron a danzar y a tocar los sistros y las flautas. A continuación desfilaron cinco columnas de esclavas, totalmente desnudas, que lanzaron con frenesí arcos de flores a la multitud. Luego, redoblaron los tambores y surgió el Sumo Sacerdote, vestido con pieles de leopardo moteado<sup>161</sup> que se ataban a sus hombros con las garras de la fiera. Éste invocó al dios Amon y le pidió la bendición para el faraón y su pueblo, provocando por doquier escenas de llanto, desmayos y contagiosa alegría. Más tarde se subió a un carro tirado por dos caballos, avanzó por la avenida principal, flanqueada por esfinges con cabeza de carnero, y se detuvo a cabeza de la procesión.

Sonaron nuevos redobles de tambores y por la majestuosa puerta del templo de Amon empezó a caminar la cabalgata: en cada barca había un dios con cuerpo humano y cabeza de animal. Abriendo la marcha iba la embarcación del Carnero—Ba, cuyas andas eran llevadas entre cánticos por el clero “puro de corazón” de su cofradía. Después, venía Osiris momificado; luego su esposa Isis con el niño Horus en brazos, y después, en sus respectivas naves solares, todos los dioses de la Enéada y otras divinidades menores. Destacaban, Thot, con su aspecto de ibis; Anubis, con su cabeza de chacal; Sobek, el Cocodrilo; la Leona Sanguinaria; la Diosa Escorpión; Seth, con forma de hipopótamo; Nut, en su manifestación de Vaca Cósmica. Tampoco faltó Atum agarrándose con frenesí su falo itifálico. La mayoría de las barcas llevaba en la proa efigies con la representación de Upuaut, el dios con cabeza de lobo a quien todo el mundo conoce como “El Abridor de

---

161 Las manchas de la piel del leopardo, vestimenta de los sacerdotes y faraones, representaban las estrellas.

Caminos". La multitud estaba casi fuera de sí. Algunos no podían sostenerse en pie y se arrodillaban besando el suelo entre sollozos. Se escuchaban suspiros por todas partes como si mil vírgenes fueran poseídas al unísono por la lluvia dorada de Zeus. La mayoría aprovechaba el momento en el que los dioses parecían acercarse a los hombres para pedirles algo de urgente necesidad o simplemente para suplicar un juicio justo en el Más Allá cuando se realiza de forma implacable la pesada del alma. Muchos hombres y mujeres escribían garabatos o pintaban un dibujo sobre un trozo de papiro —con la ilusión de que sus plegarias llegarían a los dioses—, y luego lo prendían fuego y contemplaban con éxtasis como el humo ascendía hacia el cielo.

Tras recorrer las calles principales, todas las embarcaciones, con el Sumo Sacerdote marcando su paso como si fuera el mismo Apolo, regresaron al templo de Amon y se hizo un silencio abismal. En ese momento salieron dos suntuosas barcas de oro y la multitud se inclinó como una palmera golpeada por el rayo. En una iba un dios con un faldellín triangular, que sin duda era el faraón. Su rostro estaba cubierto con una gran máscara de carnero con los cuernos retorcidos y en sus manos llevaba el flagelo y el bastón. En la otra se erguía una diosa con una túnica blanca que la tapaba hasta los pies. Llevaba la cabeza encelada en la máscara de una vaca<sup>162</sup> y hacía movimientos que delataban que ya estaba preparada para unirse al macho divino. Los sacerdotes llevaron en andas las dos naves hasta que éstas convergieron en un punto en el que se levantaba un obelisco, donde se encendieron grandes antorchas que iluminaron el cielo y una sacerdotisa soltó un halcón, cuyas plumas habían sido teñidas con un ungüento purpúreo. Luego las embarcaciones fueron trasladadas hasta otro santuario, en cuya puerta se erigía una enorme escul-

---

162 En esos matrimonios divinos, el papel de Amon lo representaba el faraón y el de Hathor o Isis, una mujer de la familia real.



tura de unos cincuenta codos de altura del Toro Apis, cuyo color era aterradamente negro a excepción de la frente, en la que relucía la mancha blanca que recordaba su origen sagrado. Volvieron a aparecer cientos de bailarinas tocando los sistros, las castañuelas, el doble cálamo y la flauta, y se abrieron las puertas del santuario de Apis, donde había un lecho nupcial que ningún ser humano —a excepción de sacerdotes, faraones y allegados—, había visto jamás. Neferites II bajó de su barca, la Diosa Vaca hizo lo mismo y juntos penetraron en aquel lugar, donde la entrada fue sellada por siete sacerdotes que hicieron libaciones a su ancestral minotauro.

Luego aparecieron más de dos mil burros blancos acarreando enormes tinajas de vino para los adultos y pasteles para los niños. Se bebió tanto aquella noche que, cuando Nefer y yo nos marchamos, tuvimos que hacer un gran esfuerzo para no pisar a los que dormían la borrachera sobre la hierba o entre los palmerales.

En el suelo yacían, roncando como troyanos, encorvados siervos y campesinos de apergaminados y arados rostros que lucían enormes manchas de vino en sus plisados faldellines de lino. Pastores y barqueros, vestidos con ropa de felpudo, que se olvidaban por un instante, con una huella morada en sus cuarteados labios, de las amenazas de los temidos perros salvajes del páramo o de las redes destrozadas por los cocodrilos de horribles fauces, quebrantadoras de hombres. Obreros de calzones anchos y gruesos cinturones, de dedos petrificados y oscuros, y frentes ennegrecidas de tanto secar bajo el infierno del sol de los vencidos ladrillos de barro y paja para construir ciudades en el desierto. Mercenarios griegos y nubios abrazados a los bronceados cuerpos de sus esclavas que mostraban sus pechos al aire libre sin ningún pudor ante el aleteante éter de la noche, y otros representantes menos gloriosos de la raza humana, entre ellos algunos policías con alma de asesinos, que aprovechaban aquel momento de hundimiento colectivo para violar, ante la atenta vigilancia de sus

guepardos, a aquellas jóvenes que eran incapaces de salir del profundo sueño de la viña de Noah.

Sólo los niños estaban sobrios y devoraban, tras subirse a los burros, los pasteles de almendras con miel que llevaban en sus cuévanos. Los más tímidos comían lentamente, como si aún no les hubieran salido los dientes, y miraban de reojo a la imponente escultura del Toro Apis, bestia totémica que no lejos de Mendes tenía un templo dedicado a ella. Allí vivía un ejemplar de carne y hueso, elegido por los sacerdotes, con su harén de siete vacas consideradas reencarnaciones de diosas en la tierra.

— Cuando el toro muere— me explicó Nefer durante el camino de regreso—, los sacerdotes momifican al animal en la Casa de la Vida, como si fuera una manifestación más de Amon, y luego buscan por todo el país otro ejemplar con sus mismos rasgos divinos, que están detallados en los papiros sagrados, para que viva en el santuario de su predecesor. Hay un clero dedicado exclusivamente a su cuidado.

— ¡Asombroso!— le dije a Nefer—, no hace falta beber vino para ver cosas extraordinarias en tu país.

Mi mujer sonrió, hizo una pausa y preguntó:

— ¿Has pensado en lo que vas a decir mañana al faraón?

Cuando estaba a punto de responderla, me detuve a la entrada de una estrecha callejuela flanqueada por dos humildes esculturas de barro que representaban a la diosa hipopótamo Tueris. Esa divinidad, en su aspecto más apacible, protegía “a los que trabajaban con sus manos” y era especialmente venerada por las comunidades obreras. Ambas hembras tenían patas de león, pechos caídos de mujer y cola de cocodrilo. Mi lengua se movió sola y dije a Nefer:

— Me gustaría caminar un poco por esta calleja, aquí se respira un aire diferente. Además, no quiero regresar a casa

ahora, aún no me he acostumbrado a dormir en los reposa cabezas egipcios y tengo una horrible tortícolis. Creo que un paseo me vendrá muy bien.

— ¡Ay, Fritz! ¡Siempre desafiando al destino! Este barrio tiene muy mala reputación en Mendes, ni la policía se atreve a entrar de noche. Dicen, susurró, que en estos suburbios se escondía mi prima Anhura y que la gente que vive aquí la ha deificado. El faraón está a punto de firmar un decreto para que todas las viviendas de esta zona sean demolidas. Es mejor que nos vayamos a casa, apoya tu cabeza en mi hombro y ya verás cómo te repones de tus dolores de cuello.

— ¡Queridísima Nefer! Me ha picado tanto la curiosidad que, si me alejo de aquí, me arrepentiré toda la vida. Luego la solté una frase que todo el mundo repite en Grecia y que yo pronuncié para impresionarla: mientras el cobarde duda, el valiente, va, vence y vuelve.

Nefer se sonrojó, pues la cobardía era algo que aborrecía y, cogiéndome de la mano, me introdujo en aquella boca de lobo que, al parecer, no tenía secretos para ella.

Anduvimos unos quinientos codos y, al torcer una esquina, escuchamos aplausos y carcajadas que salían de una enorme casa que estaba medio en ruinas y que, quizás, hace mucho tiempo fue una mansión de un rico mercader o un santuario.

Esta vez tomé yo la iniciativa y, con la insolencia que marcó mi carácter desde que nací sin haber disfrutado de la experiencia del óvulo materno, arrastré conmigo a Nefer hacia el interior de aquellos restos habitados. Para mi sorpresa, descubrí que era un teatro circular, con toscas gradas de madera, donde la gente más miserable que he visto en mi vida se partía de risa. Tomamos asiento cerca de un vagabundo que no dejaba de espantar con un flagelo a las moscas que se sentían atraídas por el olor a pobreza que desprendía todo su

ser. En el escenario brillaban varias antorchas y se distinguían perfectamente las figuras de los actores.

Estaban representando el combate entre Horus y su tío Seth en su versión prohibida. El dios malvado llevaba una cabeza de hipopótamo<sup>163</sup> y Horus, con su testa de halcón y cuerpo humano, intentaba desesperadamente cortarle los genitales con una afilada guadaña. Seth, mucho más fuerte que él, esquivaba todos sus golpes y decía a Horus que su Halcón, lejos de tener la majestuosidad que proclamaba, era lo más parecido que había visto a una gallina clueca.

El público, hombres, mujeres y niños que parecían recién escapados de las canteras, no dejaba de reírse de ambos dioses y aplaudía a los actores hasta encender sus manos al rojo vivo.

Horus estaba acorralado y no sabía que hacer. Cuando el Halcón empezó a mover con gestos afeminados la guadaña, Seth dio un grito aterrador y su adversario dejó caer al suelo, temblando, su hoja curvilínea. Luego le miró fijamente y le sacó los dos ojos. Horus estaba palidísimo y no dejaba de pronunciar la palabra mamá.

— ¡Perdóname! ¡Perdóname la vida! —gritaba en actitud sumisa llorando como una niña.

Cuando su tío estuvo a punto de matarle, al igual que hizo con su padre Osiris, Horus se quitó el faldellín y le mostró sus nalgas. Entonces Seth, al ver un "culus" tan blanco y blando, le agarró por detrás con fuerza y le violó.

— ¡Ahora puedes irte a casa a contar lo que te ha ocurrido a mamá! — le dijo mientras el ciego Horus se marchó corrien-

---

163 En Egipto se consideraba dañino y malo al hipopótamo macho, mientras que la hembra, era la cara opuesta: protegía los hogares, a las parturientas y a los niños. Representaba la maternidad y el amor a la familia.

do y llorando al tiempo que abría las alas, y como no veía, se chocaba contra todo lo que se encontraba en su camino.

Con esa escena, se hizo un intervalo, y Nefer me contó que esa historia —que el pueblo llano sabía de memoria— sacaba de quicio a los faraones y sacerdotes, que no dudaban en torturar cruelmente o lanzar a El Nilo con una piedra al cuello a los que malinterpretaban los papiros sagrados.<sup>164</sup>

— Lo que estás viendo forma parte de nuestra mitología— me dijo Nefer—, aunque, como comprenderás, añadió, en todos los templos se niega la existencia de esa lucha conocida como el combate de “La Furia del Coito Anal”.

Tras hacer una pausa, continuó:

— En la segunda parte de la obra, no van a contar lo que realmente sucedió, sino que van a seguir en la misma línea hasta el público se ría a diente partido. ¿Quieres saber lo que dice la historia oficial?

— Por supuesto— ilústreme— ¡Adorable Nefer!

— Los papiros de los sacerdotes, con el sello de autenticidad de los faraones, dicen que, cuando Seth difundió que había descargado su ira en el caracol de Horus, su madre Isis convocó al tribunal de los dioses para defender la honra de su hijo. Y así habló, si mal no recuerdo:

*¡Oh dioses! Seth ha proclamado que mi hijo Horus ha hecho de mujer con él, lo que no es más que una burda mentira. Mi vástago no fue el que hizo de hembra, sino su aborrecible tío, por lo que pido que se haga justicia para que mantenga su equilibrio la balanza de Maat. Cuando el tribunal, compuesto por los cuarenta y dos dioses del panteón egipcio, escuchó sus palabras, llamaron Al Semen, que salió de la cabeza de Seth*

---

164 El mito de la violación de Horus por Seth, recogida en ciertos textos antiguos, supuso un trauma para los sacerdotes y faraones egipcios, que trataron de adornarlo con “literatura dulce”.

*tomando la forma de Thot, quien relató lo que realmente había ocurrido...*

Los actores volvieron al escenario y montaron un teatro tan histriónico e hilarante, que la gente acabó quebrándose de risa, sin apenas poder respirar, o retorciéndose en el suelo batiendo sus mandíbulas en charcos de lágrimas.

Al final del espectáculo, salió un hombre con cabeza de carnero y la vestimenta del faraón cuando se presenta como Amon—Ra —una túnica blanca— para decir a los presentes que había llegado la hora de la leva y que se iba a proceder al reclutamiento forzoso de los jóvenes, fuertes o débiles, eso era lo de menos, para servir al Rey en las interminables guerras contra los Nueve Arcos. Tras pronunciar esas palabras, el público lanzó una lluvia de sandalias contra el pobre actor que, si no hubiera contado con el escudo del dispositivo de seguridad preparado para ese tipo de contingencias, hubiera muerto mediante la lapidación a zapatillazos.

Un hombre tuerto y esquelético guiñó un ojo a Nefer con una expresión de complicidad y mi mujer dijo, comiéndose las palabras:

— ¡Fritz, vámonos rápidamente! Aquí todos saben quien soy y debemos guardar la máxima discreción posible. Nefertites tiene oídos y ojos en todas partes. A veces las piedras hablan. No olvides que estás a punto de ser recibido en audiencia especial por Su Majestad.

Cuando nos pusimos en marcha, continuó:

— No creas que la obra que acabas de presenciar es sólo una parodia de los miserables sobre los dioses y faraones. Los egipcios son grandes observadores de la naturaleza y, desde épocas antiquísimas, vienen estudiando el comportamiento de todos los seres vivos, incluyendo los insectos más insignificantes. ¿Has visto alguna vez una lucha a muerte entre dos antropoides? ¡Es increíble! Después de librar un combate

escalofriante, uno de los dos se da por vencido y, cuando ve que ya no puede hacer nada y que el más fuerte lo va a despedazar, adopta una actitud humilde, se da la vuelta, eleva sus cuartos traseros, levanta la cola y se deja penetrar por su feroz enemigo. Al parecer esa actitud de sumisión funciona ya que, cuando el vencedor hace el coito anal con su adversario, se relaja, pierde toda su agresividad y deja en paz a su víctima. No sería extraño que ese tipo de conductas antropoides hayan influido en la creación del mito cuya representación acabas de ver<sup>165</sup>.

— Nefer, no dejas de sorprenderme —exclamé—, pensaba que siempre habías vivido encerrada en tu aldea y, por nada del mundo hubiera podido imaginarme que te adentrabas en los territorios de los primates, cual curiosa hamadriade, para ver cómo se comportan nuestros parientes más cercanos.

Mi mujer se detuvo y se puso a contemplar el cielo.

— ¡Mira Fritz!— gritó— ¡Acaba de salir Shotis!<sup>166</sup>. Ha venido a anunciarnos que Jepri volverá a surgir de nuevo entre la vagina sagrada de la Vaca Celeste. Ahora el Escarabajo arrastra su bola hacia la cumbre de la colina primigenia y pronto regresará la luz sobre la Tierra.

La besé y la dije:

— Hoy dormiré sin reposacabezas. No quiero que Neferites II me vea dándome continuamente masajes en la nunca.

Nefer me miró, abriendo aún más los ojos, y me preguntó:

— ¿En Grecia hay también gente que se ríe de los dioses?

De repente sentí una gran angustia y una fuerte opresión en el pecho y la dije:

---

165 Ese comportamiento de los antropoides, lo explica el genial zoólogo y etólogo inglés Desmond Morris (nacido en 1928) en su obra “El mono desnudo” publicada en 1967.

166 Sirius

— En mi mundo son siempre los dioses los que se ríen de los hombres. Eso lo sé muy bien porque yo no salí del vientre de mi madre.



¡No penséis! ¡Queridos mortales e inmortales! que me impresionó el aspecto endiosado de Neferites II, ni la suntuosidad de su palacio amurallado en cuyo interior crecían, estallando en faisanes, la vegetación, exuberantes jardines de eterna primavera, lagos de recreo de agua siempre azul y magníficos embarcaderos rectangulares con naves de diseño lunar que conectaban con El Nilo a través de canales de más de diez mil codos de longitud en cuyas orillas se levantaban, como vírgenes del Gran Verde, hileras de palmeras donde trepaban los babuinos, animal que yo identificaba con el olivo por su color marrón aceitunado.

Nefer había decidido quedarse en casa con Mer y yo había ido al encuentro del faraón con Kamufet y una escolta de cinco hombres. Neferites II me recibió en el trono de una gran sala hipóstila y esperó con impaciencia a que me postrase a sus pies. Como permanecía impasible y no sabía lo que estaba ocurriendo, Kamufet me hizo un gesto para que me arrodillase, que no obedecí, y el rey me traspasó con la mirada haciendo un trémulo movimiento con la cabeza que me recordó a la espantosa Medusa. Había tanta tensión en aquel lugar que el aire parecía mármol a punto de quebrarse. Como si quisieran indicarme lo que debía hacer, todos los miembros de la corte, visires y altos funcionarios allí reunidos, incluyendo sus esposas e hijos, se inclinaron ante el monarca, que se contraía como una momia a la que han quitado violentamente las vendas. Sin perder la compostura, Neferites II se levantó del trono, tomando el aspecto de un cocodrilo que adopta de repente la posición vertical, cogió su hacha corta de oro y avanzó hacia mí con los ojos inyectados en sangre. Cuando



la hoja me rozaba la yugular, el ojo de Horus se apagó —me imagino que por intervención de mi padre— y la sala se hundió en las tinieblas desatando el pánico entre los presentes. Se había producido un eclipse que por alguna razón los astrólogos no habían anunciado y el faraón, que pensó que se había quedado ciego, dejó caer su arma al suelo. Yo la recogí, al tiempo que regresaba la luz, y la puse en sus manos.

— Ahora que has reconocido mi divinidad, te perdono la vida—, me dijo Neferites II tocándome el hombro con una mano helada.

Ví como nos observaban su pariente Nectanebo y su vástago Teos y percibí como hacían un movimiento rápido, como si estuvieran ocultando un puñal. Pensé que Jepri me había salvado, pero estaba equivocado. En palacio se estaba tramando algo muy gordo y yo, un griego que sólo intenta borrar las huellas de su origen, era muy valioso en ese momento como objeto de distracción.

Neferites II miró alrededor con los ojos iluminados y señaló con el índice el fondo de la sala. Inmediatamente todos abandonaron el lugar con Nectanebo y Teos a la cabeza.

— Tú, quédate aquí—, me ordenó el faraón sin poder ocultar una sonrisa de victoria.

Después, me pidió que me sentara a su lado y, sin preámbulos, como si me conociera de toda la vida, me dijo:

— ¿Te has dado cuenta del movimiento que han hecho mis adorables parientes? Si no les hubiera mirado al entrecejo, te hubieran cosido el corazón a puñaladas. Son capaces de dar la vida por mí sin pestañear. Un faraón sólo gobierna mil años si sabe elegir con ojo de halcón a su corte. Yo no deseo tu muerte, tengo un instinto sobrenatural que me hace reconocer al instante a un amigo. Sé que contigo puedo caminar con los ojos cerrados sobre un precipicio sin que me tiemblen

las piernas. Eres inofensivo, incapaz de matar a una mosca ,agregó, tras lanzar una sonora carcajada.

Yo me quedé mudo, sin saber que decir, y Neferites II tomó de repente un aspecto misterioso y, bajando el tono de voz, me confesó:

— Aunque no albergo dudas acerca del amor que me profesan Nectanebo y Teos, a veces tengo pesadillas y sueño que me tortugan. ¿No te parece curiosa la mente? A veces nos hace dudar de las cosas más sagradas.

No me había dado cuenta de que el faraón pronunciaba mal la erre y que decía tortuga en vez de tortura y, como sospechaba que los puñales no iban dirigidos a mí, si no a él, le dije con una gran seriedad que sonó a advertencia:

— ¿Les has quitado alguna vez la máscara? En griego llamamos a las tortugas “tartarouxos”, lo que significa habitantes del Tártaro o del infierno. ¿No crees que deberías tomar más en serio tus pesadillas?<sup>167</sup>

— ¡Ay, eres deliciosamente ingenuo!— exclamó el faraón—, cuando me tortugan les soplo en la nariz y se deshacen como figuras de arena. Es un juego excitante que nos encanta a los tres.

— Perdóname por dudar de tu sabiduría, pero yo en tu caso terminaría con esa diversión.

Neferites II volvió a tronar en carcajadas y, cuando se calmó, me dijo:

— ¿Te gustaría trabajar en palacio?

— ¿De qué? Si no sé hacer nada— le respondí.

---

167 Tortuga: del latín tardío tartaruchus (demonio) y éste del griego tartarouxos. Los orientales y antiguos cristianos consideraban que este animal, que vive en el lodo, personificaba el mal.

— Necesito que un hombre culto como tú enseñe griego a todos los príncipes de palacio. La tarea no va a ser fácil, hay unos cuarenta. Creo que varios son hijos míos aunque no estoy seguro porque ninguno se parece a mí. Bueno, eso no importa, habrán salido con los rasgos de sus madres.

Estaba perplejo y no daba crédito a lo que estaban oyendo mis oídos. Al faraón no le importó mi desconcierto y, dándome un golpe en la espalda que me quitó la tortícolis “ipso facto”, dijo entusiasmado:

— Desde ahora te nombro Gran Escriba de la Casa Real. Pídeme lo que necesites, no se puede negar nada a un discípulo de Platón, ni mucho menos a un amigo de Dionisio.

De repente me entró un ataque de tos y respondí en contra de mi voluntad:

— Será un gran honor servir al dios Horus.

Cuando me despedí, me dijo en un tono extraño que desconcertó aún más a mis humildes y asustadas neuronas:

— ¿Es verdad que tortugan en el Tártaro?

Luego se hizo un profundo silencio y repitió en voz alta, al tiempo que se amplificaba el eco de su voz en la gran sala vacía:

— ¡Soy el hombre más feliz del mundo! ¡Soy el hombre más feliz del mundo! ¡Soy el hombre más feliz del mundo! Después, se escucharon más carcajadas que retumbaron como ondas expansivas en aquel recinto sagrado.

Kamufet me estaba esperando a la salida para acompañarme con su escolta en el camino de regreso, pero yo no tenía ganas de marcharme todavía.

— ¿Puedo ver la Casa de la Vida?— le pregunté—. El faraón me ha ordenado que de clases de griego a los príncipes y quiero conocer la parte dedicada a los estudios.

Kamufet me condujo hasta un edificio cuadrangular al que se llegaba a través de un laberinto de arbustos. Subimos unas escaleras que conducían a una explanada donde los artistas habían dibujado con vivos colores las efigies de los Nueve Arcos. El Copero del Rey me lanzó una mirada cargada de malicia y me dijo:

— ¡Písales la cara sin piedad!<sup>168</sup>

Recorrí varias dependencias con espléndidas bibliotecas y escogí una con murales del dios Thot que representaban la escena del demiurgo revelando al Rey Tamus los secretos de la Escritura.

— Aquí daré mis clases— dije a Kamufet—, quien tomó nota de mis sugerencias en un rollo de papiro que más tarde entregaría al notario de palacio.

Luego me pidió que subiera a un carro de dos caballos conducido por un robusto auriga de brazos bronceados que hacía ostentación de su cuerpo musculoso, cual hipóstasis de Heracles.

— Quisiera volver a casa caminando, me gustaría dar un paseo y echar una ojeada a la ciudad sin llamar la atención.

---

168 En el antiguo Egipto era normal dibujar las imágenes de los enemigos a la entrada de los principales edificios de los palacios para que el faraón disfrutara pisando sus rostros con la creencia de que así les sometía y humillaba. Esa costumbre ha llegado hasta nuestros días en algunos países del mundo islámico. Cuando las tropas estadounidenses entraron en el Hotel Al—Rashid, que debe su nombre al quinto y más famoso califa, Harún al—Rashid, que gobernó desde el año 786 al 809, descubrieron un mosaico de azulejos en el suelo del vestíbulo que representaba la cara del ex presidente George Herbert Bush con el rostro desencajado. Los clientes de ese hotel de la Zona Verde de Bagdad pisaban su rostro para entrar y salir del edificio. Después de la invasión de 2003, los soldados estadounidenses rompieron el mosaico y colocaron en su lugar otro con la cara de Salddan Hussein.

Otro día será. Hoy quiero estar sólo y meditar acerca de mi encuentro con el faraón.

Kamufet inclinó ligeramente la cabeza y me deseó la protección de los dioses.



Empecé a caminar con la cabeza baja como si un brazo invisible me obligara a ver la tierra, la realidad, y, cuando no había recorrido más de quinientos codos, inicié un monólogo que poco a poco me absorbió como un agujero negro. El eclipse era lo que menos me importaba, mi padre habría apagado la luz para montar a mi madre y poner más morbo a sus juegos sexuales, al igual que hacen algunos pervertidos cuando tapan con vendas los ojos de las ninfas para arrancarles el precioso tesoro de la virginidad.

Las palabras de Neferites II retumbaban en mi cabeza cual golpes de martillo y yunque en las fraguas de Hefesto. ¿Quién era el faraón? ¿Un dios? ¿Un loco? ¿Un ser atemorizado que huye del vértigo al vacío? ¿Un enfermo que necesita creer en la inmortalidad para no echarse a llorar como un niño? ¿Un ser malvado que aplasta a su pueblo hasta someterlo y arrancarle el alma y el corazón? ¿Un idiota? ¿Un desgraciado que grita que es el hombre más feliz del mundo para causar envidia a los ilusos? O un enigma, como todo hombre que se desmorona al contemplar su verdadero rostro.

¡Soy el hombre más feliz del mundo! ¡Soy el hombre más feliz del mundo! Repetía Creso, último rey de Lidia, sin saber que estaba provocando a los olímpicos y, su caída, y que sus días de grandeza y libertad estaban a punto de convertirse en polvo. Creerse el más feliz, el más inteligente, el más poderoso, en fin, muy superior a los demás, es algo que siempre ha aborrecido la diosa de la Fortuna Tiké, quien no deja de tirar su pelota hacia arriba o hacia abajo para recordar a los hom-

bres que todos sus vuelos se estrellan en la nada. La bola de Tiké, que a veces busca la complicidad de Pluto, suele caer en manos de Némesis, cuyos castigos son implacables.

La vida produce espejismos y, cuando creemos que hemos llegado a lo más alto de la montaña, desaparecen las escaleras por las que hemos subido y ya no es posible el regreso.

Cuenta Heródoto que cuando Creso cayó en desgracia y fue hecho prisionero por Ciro, el rey lidio recuperó el sentido del humor. Y, cuando las tropas persas se entregaban al pillaje y saqueaban Sardes, se produjo este diálogo entre los dos:

— ¡Majestad! ¿Debo decirte lo que estoy pensando o debo callarme?

— Habla con libertad— respondió Ciro

— ¿Qué está haciendo con tanto afán la soldadesca?

— Están desvalijando tu ciudad— apostilló Ciro—, y llevándose todas tus riquezas.

Pero Creso le corrigió:

— No están desvalijando ni mi ciudad ni mis bienes, pues nada de ello me pertenece ya; al contrario, están saqueando y robando lo que es tuyo.



Nadie puede invertir el curso de los ríos ni detener el tiempo. Aquello que parece infinito y nos deslumbra, no es más que un grano de arena en el desierto y pesa menos que el alma de un niño cuando se convierte en lágrima

Platón me contó una vez —parafraseando al padre de la Historia— que Jerjes, tras contemplar desde una colina a su inmenso y deslumbrante ejército, lloró ante el pensamiento de la brevedad de la vida y la gloria humana.

Si hubiera visto una lágrima en Neferites II, aunque fuera falsa, me habría conmovido y, tal vez, le hubiera cogido cariño, pues los hombres necesitamos creer que los que gobiernan aman al pueblo. Que los que se enriquecen dando trabajos deplorables a la plebe buscan el bienestar de sus semejantes. No nos gusta pensar que nos han arrancado la razón y que nos picotean las entrañas. Se ha hecho incómodo pensar, como pasear bajo la lluvia.<sup>169</sup> Los que amasan fortunas y lavan el cerebro de los pueblos, convirtiéndolos en masas ávidas de consumo, son conscientes de su perversidad y saben como succionar, cual delicioso caviar, los huevos de las hormigas con sus bífidas lenguas pegajosas. Al otro lado del muro, los miserables abarrotan los mercados para comprar miles de cosas que no necesitan y combaten el frío con vino para dar un poco de color a sus mejillas y prolongar, en contra de su voluntad, su existencia. Algunos creen que son felices, imprescindibles, como el agua de la crecida de El Nilo que hace florecer los campos, pero la mayoría ha cambiado, como Esaú, su primogenitura por un plato de lentejas. Ha vendido su raíz para alcanzar los frutos de las ramas que nunca probará. ¿Quién dijo que la serpiente era buena y el Dios malo? ¿Quién contaba en Atenas que el ofidio era una reencarnación de Prometeo que deseaba transmitir el conocimiento a los mortales para que progresaran y conquistaran el Paraíso Terrenal? ¿Qué arpista ciego cantaba en Menfis que el demiurgo no quería que los hombres abandonasen su ignorancia porque anhelaba que fueran mansos como corderos y aceptaran el sacrificio en el altar de la montaña? ¿Qué son los ángeles caídos? ¿Una advertencia de que la rebelión se castiga con el infierno? Otra vez la pregunta del filósofo: a veces matar no es pecado, a veces no matar es pecado.

---

169 Célebre sentencia de Fernando Pessoa (1888—1935), gran poeta y escritor portugués que ha tenido y tiene gran influencia en pensadores y destacados autores de la literatura universal.

Como había estado callejeando sin rumbo, no tenía ni idea donde me encontraba. Tras estudiar el terreno, me detuve cerca de una fuente donde un grupo de mujeres vestidas con faldas cortas y ajustadas llenaba cántaros de agua y cantaba, entre risas y bromas, al amor.

— ¿Quieres beber un poco? Esta agua sale directamente de un manantial y siempre está fresquita—, me dijo una muchacha de apenas quince años que tenía varias pecas en la cara y una mirada pícara que brillaba con la desvergüenza que caracteriza a las inteligencias prematuras.

— Preferiría tomar algo de vino. ¿Hay por aquí cerca alguna taberna?

— Sí, hay una en el camino a mi casa. Se llama “Las Bacantes”. El dueño es un griego que se ha cambiado de nombre, todo el mundo le conoce con el seudónimo de Jenty. Si me llevas el cántaro de agua, te acompaño hasta la puerta.

— Trato hecho— le respondí.

La joven hablaba por los codos y me hizo infinidad de preguntas acerca de mi país. ¿Es verdad que Atenas es la ciudad más bella del mundo? ¿Sabes que los griegos piensan invadir Egipto con la excusa de protegernos de los persas? ¿Quiénes son más hermosas las egipcias o las griegas? ¿Es verdad que los griegos tratan a las mujeres como niñas que nunca crecen? ¿Te parezco guapa? ¿Cuántos años me echas?

Yo, que me veía desbordado por su curiosidad, le conté que acababa de ver al faraón y ella casi se desmaya. Luego, me miró de soslayo y, acercando sus labios a mi oído, me dijo entre susurros y una ironía que no me parecía propio de ella:

— Neferites está planeando matar a Nectanebo, piensa que su pariente le quiere arrebatar el trono y esa idea le tortuga.



Observé sus brillantes ojos que despedían alegres chispas de vida y me puse un dedo en la boca para pedirla que hablara con discreción.

— ¿Cómo te llamas?— inquirió ajena a mis ruegos mientras hacía rastrillo con sus dedos en su cabello teñido de un resplandeciente color negroazulado que la daba un enigmático aspecto, como si fuera una Venus en Venus.

— Mi nombre es Fritz y, aunque llevo poco tiempo aquí, estoy casado con una egipcia.

— ¿Es guapa?

— Sí, mucho.

— ¿La quieres?

— Sí, claro.

— Bueno, yo me llamo Sefedu y vivo muy cerca de aquí. ¿Ves aquella esquina? A la derecha está mi casa. “Las Bacantes” se encuentra al final de este callejón— dijo señalándome con el índice la entrada.

La acompañé hasta su casa en animada conversación y, cuando llegamos a la puerta, la entregué delicadamente su cántaro de agua.

Ella se despidió con una coqueta sonrisa que ardió con llama femenina en su pupila y yo, por un impulso que en ese momento no supe interpretar, arrojé mis diez dracmas de plata en la boca del recipiente y escuché, como si fuera un ritual sagrado, el leve chapoteo que hizo la moneda en la superficie.

¿Qué has hecho Fritz?— me preguntó Sefedu desconcertada.

— Es una forma de decirte adiós y desearte buena suerte. Es un regalo que te hago por haberme dejado llevar tu cán-

taro de agua— respondí sin pensar muy bien lo que estaba explicando.

Luego, con pies ligeros puse rumbo a la taberna. Seguí a mi nariz que rápidamente percibió los efluvios del vino y me topé con la entrada, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. En las paredes había murales de las Bacantes y escenas de Dionisio danzando o dejándose amar por ellas. Apoyada en un árbol que parecía tener ojos, había una figura ebria que al principio no reconocí. Me acerqué a la pared y exclamé, convirtiéndome repentinamente en el centro de atención:

— ¡Es Sileno! ¡Es Sileno!

No sé por qué pero empezaron a salirse ríos de lágrimas por los ojos. Era como si hubiera visto a la familia o a un amigo que había dado por muerto hacía mucho tiempo. Era sí, sí, como un ciego que de repente recupera la visión. ¡Me sentía en casa! ¡Ay, el calor del hogar! El abrazo cálido y viril del padre que te adora; la ternura de la madre que ha contado a todo el mundo tus hazañas; la fiesta de bienvenida de tus paisanos que no dejan de bailar en tu honor; los lametones, casi humanos, de los perros; el olor a vida de los barrios donde descubriste el mundo y el beso de la novia eternamente enamorada que grita al cielo que por fin has llegado.

No hay nada como el hogar  
con sus barcas acunándose en el puerto  
mientras la luna  
grande como un sueño de la infancia  
brilla con sus ballenas plateadas  
que arponean las estrellas.

Con la confianza y seguridad del que ocupa un cargo importante y sabe que paga para que le obedezcan, me senté en la mesa más lujosa de la taberna —haciendo caso omiso del letrerito que decía “reservada”— y Jenty se abalanzó hacia mí como una fiera y, agarrándome del cuello, me dijo:

— Si no te levantas ahora mismo, primero te estrangulo y luego te echo de aquí a patadas.

Empecé a escuchar risas y carcajadas. Tres mujeres que tañían extraños instrumentos musicales vestidas con atrevidos kalasiris<sup>170</sup>, aflojaron las cuerdas y comenzaron a observarnos boquiabiertas. Un mercenario griego que no dejaba de tocar “el culus” a una hermosa prostituta, agitó tres veces un cubilete y lanzó los astrágalos<sup>171</sup> contra su tablero. ¡Por fin me salieron los dos leones y los dos toros!<sup>172</sup> ¡Ya era hora! ¡Llevaba intentándolo una eternidad! Un hombre de ojos hundidos que parecía haberse dedicado toda su vida al pancracio<sup>173</sup>, sorbía vino en un ángulo oscuro y acariciaba con la palma de una mano la llama de una vela. Si no tuviera la nariz tan aplastada, hubiera jurado que era un sacerdote de Amon.

Y gatos, muchos gatos, algunos encima del mostrador, abrían sus verdiazules ojos cristalinos centelleando en la penumbra.

Las manos de Jenty seguían apretándome el cuello y, cuando estaba a punto de presentarme como el Gran Escriba de la Casa Real para evitar hacer uso innecesario de mi fuerza, en nada inferior a la de Heracles, entraron en la taberna

---

170 Palabra utilizada por Heródoto, al referirse a los trajes de los egipcios.

171 Se diferenciaban de los dados en que sólo poseían signos en cuatro de sus seis caras.

172 Aquí el autor hace alusión a las monedas de los lidios. Cresos acuñó monedas con las efigies opuestas de un león y un toro.

173 La práctica del pugilato era corriente en Egipto.

los clientes que habían reservado aquella polémica mesa: Kamufet, Mer y Nefer.

— ¡Jenty! ¡Suéltale inmediatamente! ¡Si le haces daño, es el fin de todos nosotros! ¡Ese genio es la sombra del faraón!— dijo Kamufet agarrando como un poseso la empuñadura de su espada.

— ¡Perdón! ¡Perdón! —balbuceó Jenty dirigiéndome la mirada—. Hasta ahora me consideraba un hombre de mundo que distinguía a primera vista a las personas, pero hoy he medido la pata hasta los huevos. ¿Por qué no te presentaste al entrar? Hubieras evitado poner en peligro mi humilde vida.

Siempre he dicho que las mujeres entienden las cosas mejor que los hombres. Mientras Jenty empezaba a hablarme en griego y a fingir una repentina simpatía hacia mí, las músicas volvieron a tañer sus instrumentos y sus arpegios llenaron el aire de sonidos que nos embriagaron.

— ¡Jenty, trae la mejor jarra de vino que tengas!— voceó Kamufet—. A nuestro invitado le encantan los caldos puros, sin ninguna mezcla de agua.

— Serviros será un honor. Os traeré un vino de uvas brujideras<sup>174</sup> que sólo toma el faraón— respondió el tabernero con una ligera inclinación.

Mientras Jenty corría hacia el mostrador dando órdenes a sus empleados, me fijé en la silueta del luchador y percibí cómo le temblaban las manos.

— Todos conocemos a Petosiris— dijo Kamufet al notar cómo miraba hacia la esquina—. Es un hombre que se ha sentenciado a muerte así mismo. Los médicos no le dan mucho tiempo de vida aunque sólo es un poco mayor que yo.

---

174 La uva brujidera es más pequeña que la normal y tiene un sabor especial. Algunos bodegueros la cultivan en viñas aparte para elaborar “caldos de autor”. Es una especie que escasea.

Siempre se entregó a todo tipo de excesos. El pancracio, las mujeres y las borracheras, le han pasado factura. Tiene los pulmones encharcados de sangre.

Nefer me besó y me cogió la mano con ternura. A su lado me sentía indestructible, no me importaba que en ese momento se acabara el mundo.

— ¿Cómo ha sido el encuentro con el faraón?— me preguntó.

Sus grandes ojos rasgados estaban humedecidos por el rocío que produce el amor apasionado en las personas que aún son jóvenes y no conocen al verdugo del tiempo y la decepción.

¡Qué infinita me parecía su mirada  
embellecida por aquel khol azulado  
que me recordaba al firmamento plateado!

La acaricié las mejillas al tiempo que sentía un extraño y feliz hormigueo en el corazón, y la dije:

— Me ha nombrado Gran Escriba de la Casa Real y debo dar clases de griego a cerca de cuarenta príncipes y princesas.

— ¡Fritz! —exclamó Kamufet—, prepárate bien, sobre todo el asunto de las denominaciones. Es casi seguro que todos querrán ponerse un nombre griego con la creencia de que así aprenderán más rápido tu lengua. Ya sabrás que los ren en Egipto son de vital importancia y un canal para que se exprese el alma.

— Estáte tranquilo, habrá nombres de héroes para todos los príncipes. Puedo elegir al azar, con la seguridad de acertar, entre la nómina de los argonautas. Y para las princesas,

no me va a ser difícil escoger nombres de hetairas, amazonas o ninfas.

— Eso no te va a servir, Fritz. Todos te van pedir que les pongas los nombres de los dioses que viven en el monte Olimpo. Me parece que son una docena ¿No es así? Como verás, los números no encajan, tendrás que utilizar tu imaginación para satisfacer a toda la camada real.

Ví como a Petosiris se le caía la copa al suelo y pedía disculpas a Jenty con miedo de que le echara de la taberna. Había fragmentos de cristal esparcidos por doquier. Un gato se lamía la herida de la almohadilla de su patita y emitía un lastimoso quejido.

La vida, salvo raras excepciones, siempre nos acaba pasando factura de nuestras acciones. Es un deber sagrado cuidar nuestra mente y cuerpo, extraña aleación de fuerza y fragilidad. Eso no me lo enseñó nadie, ni Platón, es algo que aprendí nada más nacer.

Si vemos a alguien sembrar trigo, es muy probable que le volvamos a ver comiendo pan. Si vemos a alguien recogiendo uvas, es muy probable que le volvamos a ver bebiendo vino. Si cuidamos nuestro cuerpo y nuestra mente, es muy probable que encontremos un camino en el que hallaremos la paz y la felicidad. No es necesario subir a la cumbre de la montaña, es suficiente con encontrar ese camino.

Viendo las cosas así, que no es más que percibir la Ley Natural, es muy difícil sorprenderse de lo que depara el destino a cada ser humano. Los sabios vienen diciendo desde tiempos inmemorables lo que tenemos que hacer, pero los hombres creemos que son palabras vanas y seguimos dando hachazos a la raíz del árbol y, cuando ya es tarde para dar marcha atrás, vemos como nos cae encima y nos mata.

Todos somos responsables de nuestras acciones y no vale echar la culpa al otro de nuestra ceguera. Nuestros movimientos los conoce muy bien nuestra conciencia que, aunque no se reconozca así misma de día, ya que a veces está adormecida por los colores y el ruido del entorno, lo hace de noche, en sueños, cuando dormimos.

— ¿Dónde naciste?— me preguntó Kamufet concentrándose para leer mi mente. Luego lanzó palabras como venablos intentando dar en la diana ¿En Atenas? ¿En Esparta? ¿En Ítaca? ¿En Delfos?

Yo, que acababa de dar un trago, noté como el vino me rozaba la úvula, así el agua del río esquiva una roca, y se metía por un canal antinatural. Luego empecé a toser y sentí que me ahogaba. Jenty se abalanzó de nuevo sobre mí y, en vez de agarrarme del cuello, me golpeó en la espalda hasta que el vino dio un saltito, salió de la trompa de Eustaquio y, gracias a la ley de la gravedad, fue directo al esófago.

Las músicas volvieron a tañer sus instrumentos y una de ellas acarició con malicia la pared. Tardé en darme cuenta de que las yemas de sus dedos tocaban un pene en erección y que ese músculo pertenecía al sátiro de Sileno. El padre adoptivo de Dionisio no podía copular debido a la borrachera y se apoyaba con dificultad en el árbol. Sin embargo, seguía en pie, tieso como un centinela, haciendo en sueños lo que no podía hacer en estado de vigilia. ¿Qué había querido decir el artista con esa imagen lamentable? ¿Denunciar algo? ¿Divertirnos? ¿Provocarnos? No lo sé, pero la mirada que echaba el equino a las bacantes, me pareció una alegoría más profunda, quizás sencilla. ¿Es verdad que por la cabeza de todo hombre pasan ideas inconfesables cuando se encuentra con una mujer hermosa? ¿Puede estar un sacerdote de Amon hablando con su pupila de las sesenta y tres lunas de Júpiter mientras lo único que desea es desnudarla y hacerla ver las estrellas? ¿Mentimos todos? ¿Deseamos lo que no podemos

alcanzar? ¿Es cierto que las mujeres desprecian a los que son demasiado buenos y carecen de agresividad? ¿Cuántas máscaras puede soportar un rostro sin volverse loco? La verdad hiere o mata. ¿No lo sabías?

Volvió Jenty con otra jarra de vino y una bandeja de bambú con hojas de loto, higos y pescado. Petosiris se había quedado dormido y roncaba entre silbidos. Afuera, la oscuridad y el silencio extendían sus alas sobre los desiertos que no tienen fin. De vez en cuando se escuchaban los aullidos de algún chacal que intentaba comunicarse con Anubis, siempre atento en la otra orilla. La noche, salpicada de amor y muerte, viajaba en alargadas barcas hacia las fuentes de El Nilo.

— ¡Astartet! ¡Deléitanos con una de tus canciones! —dijo Kamufet a una música que estaba descalza y llevaba un amuleto que protegía contra los males de Filotes.

La joven hizo una señal a sus compañeras y, cuando éstas volvieron a tañer sus instrumentos, cantó este poema:

¡Ay, amor!

Sé que he caído, como el ganso silvestre

Entre tus redes.

Necesito escaparme

Pero tu amor me retiene

Ya no puedo ser libre.

¿No oyes mi lamento?

Estoy cautiva

Atrapada por tu amor.



Quisiera escaparme  
Pero no encuentro lugar para mis pies.  
¡Déjame ser libre!  
No quiero  
De amor  
Morir tan pronto.

¡Ay, amor mío!  
Si no me dejas partir  
Prepararé una fiesta para tí  
Y me regocijaré entre tus brazos  
Esta noche  
¡Oh, felicidad pasajera!<sup>175</sup>

Todos aplaudimos entusiasmados mientras las músicas curvaban con gracia su blanco cuello, se besaban las palmas de las manos y las soplaban, como si despertaran velos de mariposas, hacia nosotros.

— El faraón está encantado. Ahora está convencido de que los egipcios son los hombres más antiguos del mundo— dijo Kamufet tras llevarse a la boca un higo con miel.

Luego giró la cabeza para comprobar que nadie pegaba el oído a nuestra mesa y prosiguió:

— Un soldado que estaba perdido en el desierto ha encontrado unas pinturas rupestres de jirafas, leones y gacelas

---

175 Versión libre del autor de un poema de literatura amorosa egipcia.

que podrían tener millones de años. Neferites II ha enviado una expedición a ese lugar para que los escribas reproduzcan esas escenas antes de que se desate una tormenta de arena y la cueva quede sepultada bajo la tierra roja<sup>176</sup>.

Mer, que había bebido más de la cuenta, le preguntó, con una voz que pintaba de colores su pensamiento y que parecía salir de la boca de una niña:

— ¿Sólo encontró animales o halló también alguna figura humana?

Como Kamufet permanecía desconcertado, sin saber que responder, continuó:

— ¿El león estaba comiéndose a la gacela? ¿No?

— ¡Qué cosas se te ocurren!— dijo Kamufet estallando de repente en carcajadas y respondiendo con bromas ante su desmedida curiosidad. Amadísima Nefer, prosiguió, los filósofos griegos dicen que a menudo las apariencias engañan: a veces son los antílopes los que se comen a las fieras.

Ví como el vino entraba y salía de nuestras copas de bronce y, cuando a penas teníamos fuerza para levantarnos, ayúdame, primero a las princesas, a ponerse de pie, y luego al corpulento Kamufet, que parecía una barca a punto de zozobrar en el espumoso ponto.

Regresamos a casa por la tortuosa ruta de la serpiente, haciendo eses cada vez más pronunciadas, y, como mi misión era hacer de guía aquella noche, dejé a Mer y a Kamufet en su lecho completamente dormidos y luego llevé, sin hacer ruido, a Nefer a nuestro dormitorio. La desnudé, la cubrí con una manta limpia de lino y contemplé su rostro bañado por la pátina de una seductora y frágil luz lunar. En sueños dio una

---

176 Aquí el autor hace alusión al histórico descubrimiento del diplomático y aventurero Hassanein Bey (1889—1946) quien encontró pinturas rupestres de leones, jirafas y gacelas en una cueva del oasis Uweinat.

vuelta dejando un pie inerte al descubierto que yo cogí entre mis manos, cual si fuera un cáliz, y lo besé hasta que mis párpados se cerraron.





## VI

Me desperté al mediodía y tuve que hacer un esfuerzo sobrenatural para levantarme, lavarme y ponerme la túnica que había dejado Nefer, cuidadosamente doblada, en una silla. La música de la noche anterior seguía sonando en mi cabeza, como si las notas se hubieran pegado a mis neuronas, cual cabellos de algas de sirenas. La imagen de Petosiris, con la copa cayéndosele de las manos, aparecía y desaparecía en algún lugar de mi mente, donde brillaban, cual esmeraldas, trocitos de cristal con olor a vino. De repente, me entraron unas ganas irrefrenables de beber agua fría y saciar mi apetito con granadas, higos con miel y jugos de naranja. Otra vez se me estaba ocurriendo la absurda idea de imitar a los humanos y violar los mandamientos que me impuso mi creador. Recorrí con la memoria los pasos que me habían traído hasta Mendes y quise convencerme a mí mismo de que era un hombre libre y, por lo tanto, un ser privilegiado que puede sentarse a la orilla del río y, contemplar, sin ataduras, como fluye la corriente. Acaricié el pensamiento de que podía gozar de ese espectáculo, sin dejarme arrastrar hacia la desembocadura, donde se quiebra la vida y mueren, en abanicos de peces y gorriones, los sueños.

Me maquillé los ojos con el khol negro que había en la repisa de un espejo ovalado y, la imagen que apareció, se me antojó enfadada, como si quisiera reprocharme algo. Sí, ya sé que nadie es inocente, le dije al otro Fritz mientras me despedía de él como si no le conociera.

Hoy no voy a probar ni una gota de vino, me repetía a mí mismo mientras bajaba las escaleras y las plantas de mis pies palpaban los peldaños para cerciorarse de que todo era real y estaba en este mundo, como los hombres, los animales y las plantas, como todo lo que se puede ver y tocar. Llamé a Nefer y nadie respondió. Con toda seguridad, estaría inmersa en el bullicio de las callejuelas. Aquella mujer tenía una capacidad sorprendente para recuperarse, lo que atribuí a su inagotable fuente de vitalidad que ascendía en cascada, violando la ley de la gravedad, por la blanquísima espina dorsal de su verdeazulada juventud. Ella podía permitirse el lujo de morir por la noche y renacer por la mañana, cual ave fénix. Así es la naturaleza de los dioses que aún no han cumplido los veinte años y pueden dar la espalda a la vejez, a esa idea de piel seca y ojos sin brillo que a veces vemos encerrada en un saco burdo de tela negra, cual mendigo sin sombra que jamás recibe una limosna de vida.

Me puse un nemes de rayas negras y blancas y salí a la calle con la determinación de hacer algo útil. Anduve unos doscientos codos y, al doblar la esquina de la casa, ví un carro de dos caballos que me estaba esperando. Saludé al auriga al estilo egipcio —inclinándome ligeramente y apoyando la mano derecha sobre una rodilla— y me subí al vehículo con la soberbia del que emprende una carrera hasta las murallas de Ilion.

— Los príncipes y las princesas llevan esperándote toda la mañana. Pir—o—iti<sup>177</sup> ha ordenado limpiar las dependencias de Per Anj<sup>178</sup> dedicadas a la enseñanza y está todo dispuesto para que impartas tu primera clase de griego—, me dijo el conductor de caballos arreando a las bestias.

Pasamos entre unas palmeras silvestres y vi con estupor como un hombre esquelético, abrasado por el sol y el hambre, golpeaba con saña a un pobre burro que doblaba sus patas cada vez que intentaba subir una pendiente arrastrando

---

177 Su Majestad.

178 La Casa de la Vida.

una carreta con piedras y ladrillos que debían pesar más que una montaña. El asno echaba espuma por la boca y giraba la cabeza implorando piedad a su amo.

— Te desagrada el espectáculo ¿No? ¿Quieres que le mate?—, me preguntó el auriga con una mueca de hastío existencial. En Egipto —remarcó— aunque hay mucha gente que ama a los animales, hay también seres despreciables de nomos incivilizados o extranjeros, que han nacido sin corazón.

— ¡Para inmediatamente!— le dije—. No es necesario matar a nadie ni seguir contemplando tan abominable escena.

Me bajé del carro de un salto y me acerqué hasta el sufrido solípedo, que entornó los ojos bañados en lágrimas y sangre, se desplomó y empezó a rebuznar quebrándose en un lamento que me congeló el Ba.

— ¿Qué prefieres liberarlo de su carga o morir?— pregunté a aquel individuo enjuto, con el rostro marcado por las heridas incurables de la humillación, cuando estaba a punto de levantar el látigo para volver a golpear a aquel jumento que estaba derrumbado sobre sus patas.

— Gran Señor, sólo soy un esclavo. Si no llevo la carga a donde me ha ordenado mi dueño, yo y mi familia moriremos esta noche. ¿Tú que harías en mi lugar?

Me quedé sin respuesta, mudo. De nada me valía mi erudición ni las palabras profundas que había aprendido en el ágora cuando escuchaba a mi maestro Platón.

Primero saqué una moneda de diez dracmas de plata y la deposité en las manos sudorosas del esclavo, que se puso a temblar. Luego escarbé en mi bolsa y cogí otra:

— Ésta es para tu dueño— le dije—. Ahora — apostillé— quita la mitad de la carga del asno y haz dos viajes.

El auriga no creía lo que estaba viendo y se frotó los ojos varias veces. Yo, indiferente a la espera del Per-aa<sup>179</sup>, ayudé al esclavo a descargar gran parte de las piedras y ladrillos y, sin poder contener unas lágrimas, acaricié el cuello del burro, que me miró como si fuera su madre, y luego le besé en la frente llevando su agonía en mis labios.

— Espero que tu dueño entienda este mensaje— le advertí al siervo mientras caminaba cabizbajo y pensativo hasta el conductor de caballos que no pronunció una sola palabra hasta que llegamos a palacio.

Mis pasos ya no eran firmes. Tenía flechas en los talones y, lo que menos me apetecía, era poner el nombre de los olímpicos a los príncipes y princesas que me esperaban, entre la curiosidad y la socarronería, en las dependencias de Per Anj.

Entré por la puerta principal de palacio, fuertemente custodiada por soldados nubios de poblada barba de la guardia real, y anduve por una recta avenida flanqueada por palmeras y carneros de granito. Pronto me llamaron la atención unas risas de mujeres que procedían de un estanque de recreo donde el faraón Neferites II aleteaba con sus pies enfundados en sandalias palmeadas al tiempo que se agarraba con las manos a un cocodrilo de madera. Una joven me hizo un gesto y me llamó sin poder reprimir una carcajada.

— ¿Te apetece darte un baño antes de empezar las clases?— me preguntó mientras el rey hacía la plancha junto a un grupo de nenúfares.

— Lo siento —respondí—, mis alumnos llevan mucho tiempo esperándome y no quiero dar mal ejemplo con mi tardanza.

— ¡Fritz! ¡Anímate! El agua está buenísima—, dijo en voz alta Neferites II—, quien, de repente, empezó a bucear como si se le hubiera caído un anillo al fondo del estanque.

---

179 La Gran Casa. El Rey.



Me incliné apoyando la mano en la rodilla y me dirigí al edificio de la Per Anj. Cuando entré en la clase, un sacerdote con la cabeza y el pecho recién rasurados, que se presentó como Mereruka, me enseñó un armario donde estaban los rollos de papiro, los cálamos y las paletas para fabricar la tinta. En un estante había frascos con hollín, agua, goma y colorantes para dar tonos, negros o rojos, a la escritura.

Sobre mi mesa había una paleta de marfil rematada con una pequeña escultura de babuino y varios pinceles hechos con junco, delicadamente cortados, que terminaban en punta.

—Este es Fritz, el Gran Escriba de la Casa Real—, dijo Mereruka a los príncipes al tiempo que éstos respondían con una ligera inclinación de cabeza. Después, hizo una señal y todos cantaron a coro un salmo dedicado a Thot. A continuación, el sacerdote dijo que tenía una cita con el faraón y se marchó tras echar una ojeada al grupo para cerciorarse de que todo estaba en orden.

Los niños estaban sentados en cuclillas y tenían una tablilla encima de sus rodillas para escribir. Todos vestían falde-lines cortos de lino blanco. Los príncipes llevaban la cabeza rapada con la excepción de una coleta lateral azul, el color de los dioses. También había princesitas con la testa totalmente afeitada, sin trenza, lo que hacían para evitar que los piojos se alojaran en el cabello. La limpieza era para los egipcios algo sagrado, un símbolo de purificación. Todos los miembros de la Casa Real, incluyendo los sacerdotes, se lavaban cuatro veces al día, como pude comprobar más tarde.

Tras presentarme como discípulo de Platón, me deleité con la visión de sus mesitas laterales perfectamente alineadas donde se hallaban cuidadosamente colocados sus cálamos y paletas zoomórficas de pizarra, obsidiana, oro y marfil. Les conté, repasando mentalmente la nómina de los dioses, y comprobé que eran treinta y tres: diecisiete príncipes y dieciséis princesas.

—Hoy no vamos a dar clase de griego—, les dije—. Primero, os voy a poner a todos un nombre y luego, charlaremos un poco para conocernos.

A continuación, les pedí que me dijeran cómo se llamaban y quienes eran sus padres y madres, truco que utilicé para enterarme de su posición social y así repartir los nombres, según el grado de consanguinidad respecto al Rey, para evitar, por sentido común, fricciones en la corte.

Como Teos estaba colocado en la primera fila y era nieto de Neferites I, le conservé el privilegio de llamarse Zeus. Después, a los parientes más cercanos del faraón, les puse el nombre de los otros once olímpicos. Fui justo con todos, pero hice una trampa con una niña de belleza deslumbrante a quien adjudiqué, sin pensarlo, saltándome las jerarquías, el título honorífico de Afrodita. Al resto, veintiuno, les sellé con la siguiente denominación: Orión;<sup>180</sup> Alceo<sup>181</sup>; Aquiles; Ariadna; Asclepio; Atalanta<sup>182</sup>; Atis<sup>183</sup>; Helena; Heracles; Iris; Clitia<sup>184</sup>; Dafne<sup>185</sup>; Eirene<sup>186</sup>; Odiseo; Deucalión<sup>187</sup>; Delfos; Dike<sup>188</sup>; Cloris<sup>189</sup>; Leda; Cástor y Pólux.<sup>190</sup>

---

180 Orión: Hijo de Poseidón y de Eriale, una de las hijas de Minos.

181 Alceo: Hijo de Perseo y Andrómeda, padre de Anfitríon y abuelo de Heracles.

182 Atalanta: Virgen cazadora que venció a los centauros. Su mito es parecido al de Artemisa.

183 Atis: Dios pastor adorado en Frigia y Lidia.

184 Clítia: Hija de Océano y Tetis. Amante de Apolo.

185 Dafne: Apolo, a pesar de sus atributos, no pudo seducir a Dafne, hija del río Peneo, doncella de extraordinaria belleza. La ninfa sólo amaba los placeres de la caza y la vida al aire libre.

186 Eirene: Diosa de la paz. En una mano lleva un olivo y en la otra una paloma.

187 Deucalión: Hijo de Prometeo y de Climene. Cuando Zeus castigó al hombre con el Diluvio Universal, sólo se salvaron Deucalión y su esposa Pirra, pues habiendo sido prevenido por su padre construyó una embarcación. Cuando remitieron las aguas, a los nueve días, Deucalión arrojó piedras a la Tierra y salieron hombres. Pirra hizo lo mismo, y salieron mujeres.

188 Dike: Una de las Horas, hija de Zeus y de Tetis. Es la personificación de la justicia moral. Sus hermanas Eirene y Eunomía, representaban la paz y la armonía dentro de un buen gobierno.

189 Cloris: Diosa de las flores.

190 Los Dióscuros: Hijos de Zeus y Leda.

Una vez hechos los nombramientos oportunos, Zeus me miró de arriba abajo y, tras comprobar que no era más que un bárbaro, tuvo el atrevimiento de preguntarme:

— ¿Puedo violar a Leda cuando alcance la pubertad?

La niña se tocó la calva —como queriéndose agarrar a la peluca corta y cuadrada que llevaba durante las horas más frías del día—, y no pudo controlar, sonrojada, un hipo que acabó produciéndola varias manchas en el pecho. Los niños se reían de la ocurrencia de Zeus y del embarazo de Leda, lo que me pareció una falta de respeto intolerable hacia ella y hacia mí.

— ¡Zeus! —exclamé—, nos has demostrado a todos que eres gracioso y ocurrente, ¿Por qué no nos demuestras ahora que eres sabio o, por lo menos, inteligente?

El príncipe, que tenía una ridícula pelusilla en el bigote, respondió:

— Sólo los tontos tienen que demostrar que piensan, yo no tengo que dar pruebas de lo que es evidente.

— Eres menos sagaz de lo que crees— le dije alzando la voz. Y, andando con determinación hacia él, le cogí la coleta azul, le levanté a un codo del suelo y le di dos bofetones. Nunca te enfrentes a un hombre más fuerte que tú, enfatiqué, puede que pierdas en un abrir y cerrar de ojos todo lo que tienes.

— ¡Suéltame! ¡Suéltame! Empezó a gritar mientras movía sus pies en el aire como un ahorcado, castigo habitual en Egipto, sufriendo una humillación que jamás había imaginado en su vida.

— Cuando lances una flecha, mira bien adónde apuntas. No es lo mismo clavarla en un árbol que rozar el cuello del faraón—, sentenció.

Le solté, con una seca mirada de reproche, e hinché el pecho de orgullo, ya que acababa de marcar, como los tigres, mi territorio.

Zeus se puso serio y, desde ese momento, empezó a odiarme. Yo, sin titubeos, tomé el timón de la nave y pregunté a mis alumnos:

—¿Qué es más importante en la vida? ¿Ser sabio, noble y bondadoso para llevar la felicidad al pueblo? ¿Ser astuto, como Odiseo, para lograr la victoria con engaños y argucias? ¿Ser deificado tras segar con la guadaña de los prestamistas los sueños de los que empiezan a respirar? ¿Conseguir la inmortalidad en el maldito y ensangrentado carro de Ares?

— ¡Gran Escriba de la Casa Real!— dijo Zeus—. Todos admiramos a Odiseo, dioses y diosas, hombres y mujeres. ¿No es genial construir un caballo de madera, dárselo como regalo a los troyanos y acabar en un día una guerra de veinte años? La sabiduría y el estudio es el arma de los tímidos, de los cobardes, de los pusilánimes. La astucia, que a los egipcios nos sobra, es divina, un don del demiurgo universal. Dentro de diez mil años, se seguirá hablando de las hazañas de Odiseo. ¿Por qué? Porque el hombre fue hecho para la guerra y la mujer para el amor. Los poetas y, eso lo sabía muy bien Homero, cantan al amor y a la guerra porque son dos ruedas poderosas que mueven el mundo.

Cuando estaba a punto de cogerle otra vez por su trenza y zarandearle en el aire, me entregó un papiro, del que ya se había hecho eco Heródoto<sup>191</sup>, y me dijo, léelo:

— Así conocerás mejor a nuestro pueblo. Egipto, eleva a los valientes que son capaces de desafiar al faraón, pero castiga a los trincapiñones que carecen de ingenio, de esa llama que arrasa, deslumbra y nos convierte en dioses.

---

191 Libro II (Euterpe).

Cogí el rollo del príncipe y, en contra de mi voluntad, leí una apología de la astucia que, con tristeza presentí, marcaría el devenir de la literatura durante los Tiempos del Falso Resplandor en los que se olvidaría el legado de los sabios griegos y el dinero enloquecería, arrastrando las cadenas de la decepción, a los descendientes del Rey Midas:

“El faraón Rampsinito<sup>192</sup> poseía una fortuna tan inmensa que ningún otro monarca que le sucedió pudo superar e incluso acercarse a ella. Para guardar su montaña de plata en un lugar seguro, hizo construir una cámara secreta en una de las dependencias de palacio. El arquitecto real, que ambicionaba sus tesoros, hizo una obra maestra de ingeniería y se las arregló para que uno o dos hombres pudiesen extraer con facilidad del muro exterior uno de sus sillares. Pasaron los años y, cuando el maestro constructor estaba agonizando, llamó a sus dos hijos y les reveló el secreto de la cámara para que pudieran vivir en la abundancia.

Cuando su padre murió, los jóvenes no esperaron mucho tiempo para actuar. Una noche se dirigieron a palacio, giraron la piedra y se llevaron numerosas joyas.

A la mañana siguiente, el Rey entró en la cámara y se extrañó al comprobar que su tesoro había menguado. Las riquezas seguían disminuyendo a medida que pasaba el tiempo y Rampsinito ordenó que se pusieran cepos en el lugar para atrapar a los ladrones.

Y cuando, como en ocasiones anteriores, penetraron los dos ladrones en la cámara, uno de ellos quedó atrapado en un cepo al intentar llevarse un recipiente lleno de piedras preciosas. Comprendiendo al instante que a él y a su familia les esperaba un castigo horrible, pidió a su hermano que le cor-

---

192 Podría tratarse del faraón Ramsés III, segundo monarca de la dinastía XX. Gobernó del 1184 al 1153.

tara la cabeza para que nadie le reconociera. Éste obedeció, le decapitó con su espada y se llevó la cabeza a casa.

El faraón se quedó estupefacto al ver el cuerpo sin cabeza del ladrón y comprobar que la cámara seguía intacta, sin presentar entrada ni salida alguna. Después ordenó que al cadáver del malhechor fuera colgado en lo alto del muro y apostó a varios soldados en lugares ocultos con la orden de que detuviesen a toda persona que llorara o se lamentara ante aquella espeluznante visión.

Por su parte, la madre del ladrón no soportaba la idea de que el cuerpo de su hijo colgara desde el muro sin poder ser embalsamado y ordenó a su otro vástago que rescatase el cadáver de su hermano con la amenaza de que si no lo hacía, ella misma se encargaría de denunciarle ante el Rey.

Entonces, el ladrón astuto aparejó unos borricos y cargó varios odres de vino en sus cuévanos. Cuando pasó debajo del cadáver de su hermano, rajó dos pellejos regando el suelo con el agua de la cepa para que los guardias lo olieran y no pudieran resistir la tentación de tomar un trago. Tras fingir que estaba desesperado porque había perdido parte de la mercancía, entabló una fluida conversación con los centinelas. Luego se puso a beber un poco de vino para calmarse y pasó el pellejo a los guardias. Mientras el ladrón se lamentaba y seguía bebiendo, los soldados no dejaban de hacer bromas y, aprovechándose de su infortunio, se pasaban los odres de mano a mano.

Ya avanzada la noche, los guardias se quedaron dormidos y, entonces, el ladrón desató el cuerpo de su hermano y, para burlarse de los centinelas, les rasuró media mejilla, dejándoles sólo barba en un lado de la cara.<sup>193</sup> Luego se llevó el cadáver de su hermano y regresó a casa dando una inmensa alegría a su madre.

---

193 Se supone que eran guardias nubios que llevaban barba.

Cuando el Rey se enteró de lo sucedido, ordenó a su propia hija que se prostituyese en un burdel con el encargo de preguntar a todos los hombres, antes de acostarse con ellos, cuál era la acción más astuta y abominable que habían realizado en su vida. Y, si alguien narraba lo de la cámara y lo del rescate del cadáver, tenía que agarrarse a él con todas sus fuerzas para no dejarle escapar.

El ladrón, que no tardó en darse cuenta de la trampa, quiso superar en inteligencia al faraón y, antes de ir al burdel, cortó el brazo de un hombre muerto y lo ocultó bajo su túnica. Después, se fue al prostíbulo donde trabajaba la hija del Rey y, cuando ésta le preguntó cuáles eran las acciones más inicuas que había cometido en su vida, el bandido le dijo que lo más despreciable que había hecho era cortarle la cabeza a su hermano, que había quedado atrapado en un cepo cuando robaban en la cámara secreta del tesoro real, y que su acción más astuta fue emborrachar a los guardias que vigilaban el cadáver de su hermano y llevárselo a casa.

Cuando la princesa escuchó sus relatos, le pidió que le diese la mano para ir a la cama y, como sólo había unas pocas velas encendidas y estaban en la penumbra, el ladrón le acercó el brazo del muerto y ella se aferró a él como una lapa. Luego se escuchó un grito de horror y el saqueador desapareció como un espectro.

Cuando contaron a Rampsinito el nuevo ardid del malhechor, acabó enviando emisarios por todo el país con la orden de proclamar que no sólo perdonaba la vida al ladrón sino que, si se presentaba en la corte, le haría rico y le llenaría de dádivas.

Entonces, el delincuente se presentó en el palacio del faraón y éste le elevó. Le dio la mano de su hija y, reconoció su admiración hacia el porque era el hombre más astuto del mundo”.

Zeus empezó a aplaudirme pero se quedó sólo en su arranque de euforia, pues el resto de mis alumnos, intimidados por mi grave tono de voz, le hicieron el vacío, censurando tácitamente el comportamiento de Rampsinito y su abominable decisión de prostituir a su hija para, primero, cazar, y luego, encumbrar, a un ser tan despreciable.

Cuando Zeus se sintió aislado y comprobó que no tenía ningún rayo que arrojar, yo me puse a echar un excursus en contra de Odiseo, de su caballo de Troya, de la guerra y de todos los tiranos que basan su poder en el lavado de cerebro de los guerreros y en el terror de las máquinas fabricadas para el genocidio.

Dejé que el silencio se extendiera sobre sus alargadas cabezas afeitadas y, poniendo el índice en la sien, les dije:

Ya sé que las cosas tardarán en cambiar mucho, muchísimo tiempo, o tal vez, en el peor de los casos, todo seguirá igual hasta que la tierra estalle como una estrella de neutrones. Como dice el filósofo: “para que el mal triunfe, sólo hace falta que los hombres buenos no hagan nada”.<sup>194</sup> Yo, a pesar de mi corta experiencia de vida, ya he perdido la fe en los hombres y en los dioses. ¿Veis esos obeliscos que adornan las plazas de Mendes, Menfis y Tebas? Algún día, esos obeliscos surcarán el firmamento y en el interior de sus puntas de mármol rosado viajarán guerreros entrenados para la conquista espacial. Esas naves del futuro no llevarán los nombres de Eirene, Dike y Eunomía. Su parto será caro, como todo lo inútil que se guarda en cámaras secretas. Para verlos volar, habrá que gastar el dinero que sobraría para alimentar a todo el planeta. Surcarán los cielos tras ser bautizados con nombres que dan miedo. Hefesto ya esculpe, para su adorno, los títulos de Ares, Fobos y Deimos.

---

194 Cita de Edmund Burke (1729—1797), escritor y político irlandés, gran conocedor de los clásicos griegos y latinos.



Si yo viviera en el futuro y fuera un extraterrestre, me estremecería al ver llegar a mi planeta obeliscos con el casco de Ares. Y, si eso fuera posible, ¿Qué haría? ¿Apostarme en la pista de aterrizaje para recibir a mis visitantes con los brazos abiertos o activar todas las alarmas? Algo distinto sería, si portaran el emblema de Eirene con una paloma blanca llevando en el pico una rama de olivo. ¿En qué lugares y en qué mentes lúgubres y lóbregas se fraguan los bautizos de la muerte?<sup>195</sup>

Leda, que no salía de su asombro, me preguntó:

— ¿Cómo es posible que vuele un obelisco? Ni mil halcones juntos podrían elevarlo al cielo. Luego, mirando a sus compañeros, prosiguió: El Gran Escriba de la Casa Real viene de un país extraño, cuenta cosas que no pueden realizar ni los grandes magos de Egipto.

En ese momento me di cuenta de que no estaba hablando con adultos y que, aunque yo era el menor de todos, debía hacer un esfuerzo para entrar en la mente de los niños—Zeus tenía doce años— y comunicarme con ellos con un lenguaje sencillo.

— Perdonad— les dije—, vamos a empezar por el alfabeto griego.

Tras escribir en un papiro de la alfa a la omega, les pedí que copiaran el texto y lo aprendieran de memoria.

— En la siguiente clase vamos a repasarlo— subrayé notando un gran alivio en sus rostros. Pero, antes de acabar, una

---

195 El autor hace alusión al anuncio de la NASA, realizado en octubre de 2009, de que ya está dispuesto para su lanzamiento el propulsor del futuro “El Ares I—X” para ensayar el nuevo cohete, “El Ares I”, que, según los planes de la NASA, debería empezar a volar en 2014 o 2015. Ese cohete, de cien metros de altura, llevará la cápsula “Orión” para los astronautas, que inaugurarán una nueva era espacial, sustituyendo a los transbordadores actuales que han quedado obsoletos.

pregunta: ¿Sabéis por qué las tierras pantanosas del norte de Egipto se llaman el Delta de El Nilo?

— Porque ese es su nombre—respondió Zeus provocando las risas de todos los príncipes y princesas.

Me sentí reconfortado con su sana espontaneidad y, aprovechando que ya me empezaba a integrar en el grupo, les expliqué:

— Se llama Delta porque tiene la forma de esa letra griega. ¡Mirad bien el papiro del alfabeto!

— ¡Es verdad! — exclamó Dafne—. Había visto mil veces el mapa de Egipto y nunca me había dado cuenta.

Con esas palabras de Dafne, di por concluida mi primera clase y les dije que ya podían marcharse. Al instante, recogieron sus paletas y salieron corriendo como si hubieran visto a un cocodrilo con cuernos.

Coloqué mis pinceles y mi paleta en el armario y me fui a saludar a Neferites II, quien se encontraba en un templo anexo a palacio presidiendo una ceremonia en la que un sumo sacerdote, acompañado de varios ayudantes, iba a sacrificar un buey.

Por el camino ví a una pareja de enamorados frotándose las narices con los ojos cerrados, cual tórtolas en celo. Al parecer ese roce les producía un placer increíble, pues el joven, tras besar los pezones de su amada, volvía al sicalíptico ritual de las fricciones con la punta de la nariz. Emitían suspiros entrecortados y daban la impresión de que se intercambiaban el alma. En Egipto, muchas parejas de la nobleza despreciaban la costumbre, copiada de los griegos, de besarse en la boca. Sin embargo, daban gran importancia a las caricias prolongadas y al coito nasal, lo que dice mucho del refinamiento de este pueblo milenario donde nacieron los primeros hombres.

Intenté no meter ruido pero debieron percibir mi olor y, despegándose las narices, giraron sus cuellos hacia mí. Yo me incliné, apoyando mi mano sobre la rodilla, y seguí caminando con aire despreocupado.

Anduve unos dos estadios<sup>196</sup> y pronto llegué a un espacio circular en cuyo centro había unas escaleras que terminaban en un rellano con la forma de un disco solar. Sobre un altar de mármol se hallaba un toro iw<sup>197</sup> con las patas amarradas con tiras de cuero a las que previamente se había untado un líquido pegajoso. Varias sacerdotisas empezaron a quemar incienso mientras otras, con máscaras con la cabeza de Apis, encendieron antorchas creando una corona de fuego alrededor del recinto. Dos hombres musculosos, cual teofanía de Khonsu<sup>198</sup>, sujetaron al cebado animal por los cuernos hasta doblégarlo. El Sumo Sacerdote, Harponjnufris, estaba apostado frente al hocico de la bestia y con un abanico envolvía su testa con bocanadas de humo que salían de una cratera de oro en cuyo interior ardían bayas de mandrágora.

Neferites II esperó a que el toro perdiera parte de su vigor y, tras elevar las manos al cielo, acercó al morro del bóvido un puñado de hierba, que previamente había regado con agua fresca, y se lo dio de comer. El hijo de Apis masticó drogado su última comida y el faraón dibujó una sonrisa imperceptible, ya que la aceptación de la bestia presagiaba buenos augurios.

El Rey, vestido con una piel moteada de pantera, se acercó a la estatua de granito negro de Apis que había sobre un pedestal y puso su oído en la boca del dios para escuchar el

---

196 El estadio egipcio tenía 300 codos reales, lo que equivalía a 156,9 metros.

197 En Egipto había dos tipos de toros, el “Iw”, importando de Dondola, al sur, que era domesticado y engordado como alimento o para el sacrificio, y el “Ng”, animal salvaje del Delta, macro de carnes y alto, de cuya especie se seleccionaban los ejemplares sagrados.

198 Khonsu: Heracles egipcio.

oráculo del heraldo de Phat. Giró el cuello un poco contrariado y cerró los ojos, como si estuviera traduciendo mentalmente un complicado jeroglífico.

Harponjnutris derramó vino sobre la víctima, invocó a todos los dioses de Mendes, y, tras concluir sus oraciones, un ayudante le entregó una afilada daga en una bandeja de plata. El Sumo Sacerdote cortó la yugular al toro mientras que un subalterno recogía la sangre en una copa de oro. Cuando el animal movía las patas por las praderas del Más Allá, un gigante de más de dos metros le cortó la cabeza con un hacha de doble filo.

Luego apareció un carro, a cuyo auriga Harponjnutris le entregó la testa del toro para que fuera arrojada a El Nilo.<sup>199</sup>

Varios sacerdotes con las cabezas cubiertas con máscaras de Anubis, sacaron el corazón del toro, que fue colocado junto a la copa de sangre en el altar de Apis mientras un grupo de sacerdotisas agitaba sus sistros e iniciaba una danza circular imitando los rayos del Sol, que en la imaginación popular descansa sobre los cuernos del bóvido, reencarnación del Ka de Phat y Osiris.

Una vez sacadas las entrañas del animal, los cocineros del Rey untaron su cavidad interior con miel y rellenaron el cuerpo con uvas pasas, panes blancos de harina, higos, pasteles de dátiles y frutos secos y multitud de condimentos, incluyendo hojas de eucalipto, incienso y mirra.

Después, con gruesos pinceles embadurnaron el cuerpo del animal con abundante aceite y lo asaron a fuego lento en un horno alimentado con maderas aromáticas que se encontraba detrás del altar de Apis, donde había una escalinata que comunicaba con varios jardines dedicados a los festines rea-

---

199 Tras los sacrificios, se solía arrojar la cabeza del animal a El Nilo para que con ella se fuera todo lo malo y negativo.

les. A un lado, había un estanque que tenía un canal que conectaba con uno de los brazos de El Nilo que pasaba por Mendes. Poco a poco el lugar se fue llenando de invitados. Teos conversaba acaloradamente con su padre Nectanebo, quien de vez en cuando me lanzaba miradas desafiantes. Kamufet, que no había sido invitado a la ceremonia sacrificial, ahora se encontraba a sus anchas y ordenaba a un grupo de esclavos que dieran brillo a un interminable juego de copas de plata y oro. Harponjnufri hablaba animadamente con Neferites II, quien parecía un poco confundido tras escuchar el oráculo. Mereruka interrogaba a mis alumnos y, por los gestos que estos hacían, daba la impresión de que les estaban contando la historia de la coleta de Teos y de los obeliscos voladores.

Mientras observaba a la gente sin el menor interés de acercarme a nadie para entablar conversación, Kamufet vino a mi rescate con dos copas de vino y me dijo:

—Todos están hablando de tu primera clase de griego. Te estás haciendo demasiado popular en Mendes, lo que no sé si es bueno o malo para ti. Los griegos admiran tu insolencia, mejor dicho tu falta de tacto, y en las puertas de las tabernas de los barrios bajos se han empezado a colgar trenzas azules. Si no fuera por el odio que tiene Neferites II a Nectanebo y a su hijo, ya te habrían ahorcado o arrojado dentro de un saco, con una piedra al cuello, al fondo de El Nilo.

Sorbí un poco de vino y rápidamente leí el pensamiento de Kamufet, quien me dio una serie de consejos que, según él, era bueno seguir si quería llegar a la vejez.

— ¿Me estás diciendo que me marche de Mendes lo antes posible, si no quiero ser asesinado? ¿No?

— ¡No, no! ¡Por Amon—Ra!—, no quería sugerir nada de eso, sólo quería hacerte más fácil tu estancia en Egipto para que disfrutes, sin complicarte la vida, de todas las maravillas, que son muchas, del país de El Nilo.

— Kamufet, muchas gracias por avisarme. A partir de ahora, pensaré dos veces antes de hablar o actuar. Después de lo que me has dicho, me preocupa lo que pueda pasar a Nefer. Si la ocurre algo, no me lo perdonaría jamás.

— ¡Fritz! ¿Por qué no haces un regalo a Teos? Ese muchacho es muy rencoroso y no olvida. Yo en tu lugar, le sorprendería con algo que le haga despertar su admiración hacia ti. ¿Es verdad que has conocido a Dionisio? ¿Es cierto que has corrido en los Juegos Olímpicos? Cuentan que el Rey Midas te regaló una casa en la Acrópolis. Si todo eso ha sucedido en tu vida, puedes hechizar a cualquier persona, ya sea campesino o faraón, con la magia de tus palabras.

Cuando iba a responderle, Neferites II me hizo una señal y tuve que despedirme apresuradamente de Kamufet.

Me incliné ante el faraón y éste, sin saber yo por qué, me llamó amigo, lo que me hizo sentirme incómodo porque sé que los poderosos no confían en nadie, ni en su propia sombra. La única ventaja que tenía sobre los demás era que me consideraba un hombre libre, en el sentido más hondo de la palabra. La libertad, como sabréis ¡Queridos mortales e inmortales! es lo único que produce horror a los que fabrican cadenas para poder seguir respirando por su boca sellada con oro y marfil.

— ¡Querido amigo!— dijo Neferites—, hoy por primera vez en la vida he pensado en la muerte. Daría todos los tesoros de Egipto, incluso rechazaría a mi divinidad, por vivir mil años. Cuando ví la sangre del toro y puse mi oído en la boca de Apis, noté un sudor frío en la frente y, por un momento, me sentí vulnerable e impotente. ¿No crees que es un castigo pensar? Tú, Fritz, ¿Qué haces para mantenerte fuerte? ¿Algún sabio griego ha descifrado el enigma de la vida?

— Pir—o—iti—, contesté—, los más sabios de los griegos dicen que la muerte no existe pues, cuando nosotros esta-

mos, ella no está, y, cuando ella está, nosotros no estamos, por lo que el encuentro con la muerte no es más que una quimera, como casi todo lo que hay en el gran teatro del mundo.

— ¿No te produce angustia despedirte de todo lo que amas? Sé sincero, sólo los animales no sienten apego a la vida.

— Pir—o—iti— respondí—, los animales también tienen apego a la vida, pero es inútil agarrarse a ella. Todo está sometido a un principio y un fin. Cuando Pir—o—iti desaparezca, al igual que yo, el mundo desaparecerá y, por lo tanto, ya no habrá necesidad de aferrarse a nada. Sigue a tu corazón mientras vivas, celebra el día alegre y no te canses de él.

—¿En qué escuela has aprendido esas ideas tan negativas?— me dijo el Rey apretándome un brazo con una fuerza asombrosa.

— Ningún maestro me las he enseñado— respondí—, todo lo aprendí observando la vida que, paradójicamente, es bella porque existe la muerte.

El faraón me soltó el brazo y me dijo en tono enigmático:

— No me has enseñado nada que no supiera. Quería escucharlo de tus labios. Desde que tuve el primer encuentro contigo, durante el eclipse, sabía que estaba con un hombre que, aunque nunca llegue a enterarse del por qué de las cosas, buscará siempre la verdad. Yo sé algo más que tú, la verdad no existe, lo único que mueve el mundo es la lucha por la supervivencia. La verdad, eso que parece ser tu razón de vida, mata la esperanza, los sueños e, incluso, el amor. Yo prefiero vivir con la mentira, creer en lo imposible y soñar con que puedo alcanzar la inmortalidad.

— Pir—o—iti— respeto sus altísimas ideas— dije—, pero yo prefiero la verdad. Es muy duro vivir con ella, es una amante que no hace concesiones pero, una vez que atraviesas el

bosque de espinos y te acercas a la fuente donde se purifica, ya no puedes ni quieres, vivir sin ella. Verdad es, querido faraón, que casi todo lo que tenemos nos sobra y que no tenemos casi nada de lo que necesitamos. Despoja de sus andrajos a la mentira y verás que espectáculo más maravilloso aparece ante tus ojos.

No hay doncella más bella  
que aquella que se presenta desnuda  
cual Afrodita  
en una concha marina  
batiendo espuma  
en las costas heridas  
de nuestro corazón.

— Amado Fritz— continuó el faraón—, ¿Te gusta la carne de toro? Yo, cada vez que la pruebo me siento poderoso, es como si me tragara el Sol.

— Lo siento, Pir—o—iti, mi organismo rechaza todo tipo de carne. Mi dieta es muy sencilla: sólo tomo vino y uvas pasas.

— ¿Pertenece a alguna secta?

Yo, que no quería dar explicaciones, le respondí:

— Sí, sigo las doctrinas de una escuela pitagórica que intenta buscar un equilibrio entre Dionisio y Apolo.

— ¡Conmovedor!—, exclamó el faraón—, jamás he visto a una persona que siga con tanta pasión doctrinas que no van a ninguna parte.



Cuando estaba a punto de replicarle, se acercó a nosotros Nectanebo portando un halcón en su mano izquierda.

— Es una hembra— explicó el príncipe mientras alzaba el brazo que llevaba enfundado en un guante de cuero que le llegaba hasta el codo para mostrarnos el blanquecino vientre de rayas cenicientas del ave rapaz.

Tras fingir que no me miraba, continuó:

— Es la esposa de Horus. De momento ha encontrado su casa en mi muñeca.

Nada más pronunciar esas palabras que me parecieron tenían un doble sentido, Nectanebo bajó el brazo lentamente, como si flotara en el aire.

Luego, nos pusimos a observar como el Sol se ponía en el crepúsculo, y me pareció ver destellos en las manchas rojizas que moteaban el pardo plumaje de aquel animal sagrado.

— ¡Vuela y despide a tu padre!— dijo el pariente del faraón quitando la capucha que cubría la cabeza del halcón.

El ave emprendió un vuelo majestuoso, giró varias veces en el cielo y, cuando Atum se encorvó desapareciendo entre las montañas de Occidente, volvió en picado al regazo de su dueño.

Me incliné apoyando mi mano sobre la rodilla y les dije:

— Debo marcharme, mi mujer me espera, no la he visto en todo el día y la echo de menos.

— Toma antes una copa de vino con nosotros— dijo Nectanebo mientras introducía en el pico del ave rapaz unos trocitos de carne de toro que acababa de traer en una bandeja de plata su hijo Teos.

—Vuestras palabras me honran, pero soy un hombre recién casado y, lo que más anhelo ahora, es encontrarme con mi esposa.

Neferites II y Nectanebo sonrieron y el faraón abrió la palma de su mano derecha dándome permiso para abandonar los jardines de palacio.

— Gran Escriba de la Casa Real—, dijo Zeus—, hoy he aprendido mucho contigo. Si no me equivoco, creo que esta tarde has visto el sacrificio de Apis ¿Te agrada o disgusta el olor a sangre?

Volví a inclinarme y, sin responder al niño de la pelusilla, me dirigí hacia el carro que me había asignado el faraón para mis traslados en Mendes.

La fiesta empezaba a animarse y las esclavas de la servidumbre, vestidas sólo con su piel, comenzaron a servir copas de vino y carne asada a los invitados que se preparaban, ataviados con fastuosos kalasiris, para dar la bienvenida a Jepri tras una larga noche en la que casi todo estaba permitido. Miles de antorchas, colocadas en aros de bronce y electrón, iluminaban las diademas de oro, de cobras entrelazadas, de bellísimas mujeres que llevaban las típicas melenas cortas y cuadradas, teñidas de azul, verde, amarillo, blanco y rojo.

El auriga arreó a los caballos y pronto me ví fuera de los muros de palacio. Las calles estaban casi desiertas y apenas se percibía la presencia de seres humanos, a excepción de la policía que rastreaba las zonas más oscuras con sus guepardos amaestrados.

—¡Para aquí!— le ordené al auriga nada más divisar la callejuela donde se encontraba Las Bacantes.

Había dejado una nota a Nefer, antes de ir a dar mis clases de griego, citándome con ella en aquel lugar donde llegaba

la suave brisa nocturna del brazo de El Nilo<sup>200</sup>. El río hablaba muchas lenguas con su eterno paisaje de chalupas de altas velas cargadas de peces y pescadores de huesos quemados que el sol acababa triturando cual arena del desierto. Para esos hombres, esa estrella no era una granada en los labios de Nut, ni una bola del escarabajo pelotero, era una llama infernal que en los días de canícula se convertía en su peor y letal enemigo. El Ojo de Horus era selectivo: a los ricos les embellecía a la sombra de los bosques de palmeras y en los estanques de lotos, pero a los miserables les secaba la piel, les hacía envejecer antes de cumplir los treinta años y les regalaba sarcófagos de madera barata con el dibujo de su cuerpo hecho con pintura chillona que se borraba con la lluvia.

Entré en la taberna y me dio un vuelco el corazón al ver a Nefer despeinada, con el pelo suelto<sup>201</sup>, a la tenue luz de las velas. Sentí una pasión ciega hacia mi diosa y, tras abrazarla y apretarla contra mi ardiente pecho, empecé a frotar mi nariz contra la suya.

— Pero Fritz ¿Qué haces? Parece que acabas de salir de las galeras— me dijo Nefer sin poder reprimir una sonrisa—. ¡Para! ¡Para! ¡Por favor! Me produces cosquillas.

Yo, obcecado con mi nuevo descubrimiento, insistí en hacer el coito nasal, ante lo cual, Nefer se aflojó la túnica y me mostró sus senos para que la besara en sus rosadas cumbres de ambrosía.

Su guedeja serpenteaba entre mis labios como una planta trepadora y en ese momento quise fundirme para siempre en su ondulado cuerpo que se abría como un cálido estanque ante el avance de la proa de una canoa movida por los remos, cubiertos de flores, de Eros y Afrodita.

---

200 Dicho brazo de El Nilo desembocaba en la boca Mendesia, al este del Delta.

201 En Egipto, el pelo suelto y despeinado se consideraba un reclamo erótico infalible.

Entusiasmado e inflamado con su presencia, alcé una vela y, haciendo un gesto a Astartet, la rogué que cantara un poema amoroso para escuchar, en estado de levitación, los latidos del corazón de la mujer que me había convertido en su esclavo.

Mientras sus compañeras empezaron a tocar la lira y el laúd, Astartet deslizó sus dedos sobre el arpa y cantó:

¡Oh, amor mío!

Cuando me baño ante ti

Y te permito contemplar mi belleza

Siento en mis sienes la locura

Que anula mi consciencia.

Mi delicado vestido de lino se pega a mi cuerpo

Empapado con ungüentos de perfume

Me sumerjo en el agua para estar a tu lado y

Salgo a la superficie con un pez rojo

Que vibra radiante entre mis dedos

Con un pez rojo

Que

Pongo ante ti

Para que me lo devuelvas antes de que desfallezca entre tus brazos.

¡Mírame!  
Haz que tus ojos me quemem  
El vello de mis entrañas  
Donde rezuma el perfume  
De la noche robada

Abre mi flor de loto humedecido  
Con los rayos del Sol de tu Ave Fénix  
Arráncame la consciencia  
Y llena mi estanque  
De peces rojos<sup>202</sup>

Cuando callaron las cuerdas del arpa, el laúd y la lira, introduje tres monedas de plata en una copa que entregué con devoción a Artartet. Jenty, que había permanecido mudo hasta ese instante, recobró la respiración y, tras inclinarse al estilo egipcio, nos preguntó qué deseábamos tomar.

— Una copa de sheden<sup>203</sup>, vino, higos y uvas pasas— dijo Nefer mientras me acariciaba un brazo sedando y besando mi mente, así las tibias olas de un mar pacífico y seductor se entregan a la bruma de un hechizo lunar.

Cuando Jenty volvió al mostrador, sentí como si un dardo se me clavara en la nuca y, al girar el cuello, me encontré con los ojos enrojecidos de Petosiris que me estudiaba como si fuera un error de la Creación.

---

202 Versión libre del autor de varios poemas de literatura amorosa egipcia.

203 Sheden: licor afrodisíaco dulce de color rojo intenso que los egipcios obtenían del fruto del granado.

Quise ignorar su osadía y entregarme a mi amor con total libertad, gozar intensamente de aquel momento único que me regalaba la vida, pero la mirada de Petosiris había penetrado en mi sangre y una inefable inquietud mordía, cual halcón enjaulado, la coraza de mi corazón.

Cuando me disponía a besar a Nefer, torcí los ojos, la cogí de la mano, y, siguiendo un impulso inexplicable, la dije:

—Vamos a la mesa de Petosiris, me gustaría hablar con él.

Noté que Petosiris se ponía tenso, como si hubiera escuchado la señal para empezar un combate, y, tras inclinarme ante él, le pedí permiso para que nos hiciera un hueco a su lado.

—No intentaba incomodaros con mi presencia. Sé lo molesto que es aguantar la mirada de un ser marcado cuando estás al lado de la persona que amas. Lo siento, pero a veces, no entiendo por qué, no puedo controlar mis movimientos.

Yo, que por nada del mundo pensaba reprocharle su actitud, pedí a Jenty más vino y le dije:

— Sé que te llamas Petosiris, que estás enfermo y que en esta esquina, esperas, como un centinela, la llegada de la muerte. Has sido toda tu vida un luchador y no deberías rendirte sin librar tu último combate. No permitas que la esperanza abandone tu alma en el pantano de la desesperación. ¿Por qué no visitas a un buen médico? Yo tengo buenas relaciones con la corte y puedo conseguirte al mejor.

Petosiris bajó la mirada, cual barca que se parte y contempla como toca el fondo, y me dijo:

— Muchas gracias, pero todo es inútil. He visto a más de diez médicos y todos escribieron lo mismo: incurable, no tratable.<sup>204</sup>

---

204 Los médicos egipcios, considerados los mejores del mundo, tras revisar a un paciente escribían: Enfermedad curable o incurable. Enfermedad tratable o intratable. En el caso de que el diagnóstico fuera favorable, le recetaban las drogas

Nefer apartó, avergonzada, su copa de sheden, y me miró a los ojos con la ilusión de que hiciera un milagro pues conocía mi estrecha relación con los dioses y las diosas.

— Hay un médico en Atenas— empecé a decir—, que es capaz de emular a Asclepios. Podríamos.....

— No sigas hablando, por favor. Tus palabras me hunden en la depresión. Yo no quiero salvarme. A medida que mi alma va al encuentro de su destino, siento como se expande en mi interior una paz que no había conocido jamás.

Luego, hizo una pausa y continuó:

Yo también he conocido la felicidad. No creáis que siempre fui un despojo humano. Mi padre, Thukentari, era un rico comerciante que exportaba cerveza a Libia y mi madre, Nerrit, una mujer culta que sabía escribir y cantar. Mi infancia y adolescencia las pasé rodeado de lujos y caprichos. Era bello y fuerte. Despertaba la envidia de mucha gente porque conseguía todo lo que quería. Solía ir a cazar con mi padre y siempre regresaba a casa con las mejores piezas. Como arquero no tenía rival. Todo me sonreía hasta que un aciago día mis padres decidieron dar un paseo en barco por El Nilo y, al poner rumbo hacia una isla, se desató una tormenta y un rayo partió la nave. Pronto el lugar se llenó de cocodrilos y, aunque intentaron llegar a la orilla, los vástagos de Sobek no les permitieron continuar su dicha en la Tierra.

Estuve mucho tiempo de luto, con la cabeza y las cejas afeitadas, y me dediqué por entero a cuidar la casa de mis padres y a llevar el negocio que había heredado. Así permanecí varios años, hasta que un día llegó a Mendes una familia de comerciantes de Arabia que se instaló en mi barrio. El jefe

---

para mejorar. En el segundo supuesto, acudían, si era necesario, a la magia. Su alta reputación se debía al profundo conocimiento del cuerpo humano, ya que estaban habituados a la disección de cadáveres — lo que estaba prohibido en otras culturas—, debido a la práctica de la momificación.

de la familia, Yussuf al Hakim, tenía una encantadora esposa, Yamila, y dos hijas, Helua y Leila, esta última de una belleza deslumbrante. Poco a poco me enamoré locamente de ella y mi corazón volvió a latir de nuevo. Cuando descubrí que Yussuf era amante de la caza, aproveché para hacerme íntimo amigo de él y llevarle a los lugares donde estaban los mejores antílopes, gamos, asnos salvajes, ánares, perdices, avutardas, codornices y todo tipo de aves acuáticas. Ambos éramos buenos con el arco, aunque debo reconocer que a veces le dejaba ganar para hinchar su autoestima. Un día, después de haber realizado una excelente cacería, le ví tan contento que pensé que no podía negarme ningún deseo. Aprovechando su estado de ánimo, entablamos, de camino a casa, una animada conversación y, cuando hicimos una pausa para descansar en una taberna, le dije, tras beber varias copas de vino:

— Amadísimo amigo, me duele desde hace mucho tiempo el corazón y una pena inmensa me hace esclavo de la tristeza.

— ¿Qué te pasa Petosiris? Háblame de las penas que te afligen. Eres como un hijo para mí. No es bueno que ocultes tu dolor a tu padre.

— Yussuf— le dije bajando la mirada—, estoy locamente enamorado de tu hija Leila. Si pudiera tomarla por esposa, me harías el hombre más feliz del mundo.

Nada más hablar, sentí como si me hubiera tragado la lengua y el corazón me dio un vuelco tan violento que parecía se me iba a salir del pecho.

— ¡Petosiris! ¡Hijo mío! Nada me haría más dichoso en esta vida que te casaras con mi hija Leila. Ella no me lo ha dicho, pero sé que no deja de pensar en ti. Creía que nunca me pedirías su mano, pues los egipcios nos consideran bár-



baros<sup>205</sup> y muchos no ven con buenos ojos que no vayamos a los templos de sus dioses y que adoremos a Alilat, a Uzza y a Mana.<sup>206</sup>

Casi me desmayé de alegría al escuchar de sus labios que Leila esperaba a que llamara a las puertas de su corazón y, como si Eros me hubiera clavado una flecha, empecé a besar las mejillas de Yussuf hasta que éste enrojeció y dijo:

— Hoy mismo empezamos a preparar vuestra boda.

Dos días antes de nuestro enlace, Yussuf y yo volvimos a ir de caza para cobrar las piezas más sabrosas para el gran banquete. Leila cada día estaba más bella. Aunque solíamos pasear juntos de vez en cuando, ni siquiera nos habíamos dado un beso. Ella me decía que me iba a entregar todo su

---

205 Bárbaro: Extranjero, el que tiene dificultad para hablar una lengua. (En sánscrito, por ejemplo, la raíz “bárbara”, sirve para expresar la idea de tartamudear). J. Pokorny, *Indogermanisches Etymologisches Wörterbuch*, I, Berlin, 1959, págs. 91 y sigs.

206 Alilat, palabra que significa simplemente “La Diosa”, era el nombre que los árabes daban a Afrodita. Uzza, cuyo santuario se encontraba en Najla, era conocida como “La Poderosa”, su equivalente podría ser Atenea. Mana era “La Diosa del Destino”. Como estas tres diosas eran tan populares, Mahoma, para lograr el mayor número de seguidores dijo, en una ocasión, que eran intermediarias entre los hombres y Dios. Un día, cuando meditaba en la Kaaba, le fue revelada la sura 53:

¿Habéis visto a Alilat, Uzza  
y Mana, la tercera?

Estas son las aves excelsas (gharaniq)  
Cuya intervención se espera”.

Las gharaniq eran probablemente grullas numídicas, de las que se creía volaban más alto que ninguna otra ave. Al encontrarse a medio camino entre el Cielo y la Tierra, podrían actuar de mensajeras entre Dios y los hombres, como hacen los ángeles. Mahoma se arrepintió de haber afirmado lo anterior, y más tarde dijo que, cuando reconoció a las diosas, había estado inspirado por el diablo. Ese episodio influyó en “Los Versos Satánicos” de Salman Rushdie, obra que provocó una dura reacción del Ayatolá Khomeini de Irán, quien, el 14 de febrero de 1989, publicó un edicto religioso (fatwa) haciendo un llamamiento a los musulmanes para que mataran al autor británico nacido en India por la publicación de su novela.

amor la noche que ya se acercaba. Bueno — continuó— dos días antes de nuestra boda, su padre y yo nos fuimos de caza. Le llevé a un bosque que me había fascinado de pequeño por la variedad de su flora. No estaba lejos de unos cañaverales y abundaban las acacias, sicomoros, granados y tamarindos. Pues bien, cuando paseábamos por la foresta, vimos un árbol cuya copa estaba poblada por las aves más exquisitas que pueda desear un paladar. Apuntamos con nuestros arcos y, haciéndonos un guiño con los ojos, nos dispusimos a disparar nuestras flechas. No sé lo que pasó, pero la cuerda de mi arco se partió al tiempo que su saeta salió con la fuerza del rayo de Zeus. Como presintiendo la muerte, las aves huyeron en desbandada y, cuando la cresta del árbol quedó desnuda, vimos, sin dar crédito a nuestros ojos, como caía al suelo, con las plumas ensangrentadas, una garza real. Inmediatamente salieron entre unos arbustos varios soldados, preguntaron sin miramientos quién había disparado la fecha y, al ver la cuerda partida de mi arco, se llevaron, como si fuera un animal, a Yussuf. El faraón Neferites I<sup>207</sup> era estricto con quienes mataban a un halcón, una garza real o incluso un gato, y yo esperaba lo peor. Fui corriendo a la casa de Leila y llegué jadeando. Las manos y las piernas me temblaban. Como nadie abría, llamé a puñetazos y, como la puerta seguía cerrada, la derribé a patadas. Cuando entré y no ví a nadie, me dio un ataque de locura y golpeé, diez, cien veces, mi cabeza contra la pared hasta que me salió abundante lava por la herida. Fui corriendo a palacio, con la frente abierta y chorreando sangre y, aunque estaba fuera de mi mismo, escuché las risas de la gente que me señalaba con el dedo, sin reconocerme, y se apartaba de mí como si estuviera loco.

No sé donde, pero me desmayé antes de llegar a palacio. Cuando me desperté ya era de noche y estaba aturdido. Me incorporé y, tambaleándome, llegué hasta una plaza donde

---

207 Neferites I (398—392 a.C). Fundador de la XXIX Dinastía.

los tribunales suelen celebrar juicios rápidos a los criminales y contemplé, con un horror que jamás había sentido en mi vida, los cuerpos decapitados de Yussuf, Yamila, Helua y Leila, colgando de las ramas de un árbol donde varias antorchas iluminaban la sangre que aún goteaba de sus pies.

Lo demás creo que ya lo sabéis. Abandoné los negocios y me dediqué al pugilato deseando morir en cada combate, pero las parcas me despreciaban y siempre ganaba, con golpes que salían de un lugar oscuro, todas las peleas. Luego empecé a beber, a frecuentar los lugares más indeseables y creo que me volví una persona mala. Me odiaba a mi mismo y odiaba al mundo. Incluso deseaba que la peste barriera toda señal de vida en Egipto. Gasté todo el dinero que tenía en prostitutas, en el juego y en las apuestas. Poco a poco me fui convirtiendo en la piltrafa que ahora tenéis enfrente y que ya no quiere ver a ningún médico. Ya han pasado más de veinte años desde que el difunto Neferites I subió al trono y la tempestad de mi corazón se ha calmado. Ahora sólo quiero morir en paz y consumir los días que me quedan entre música y vino.

Las músicas volvieron a tañer sus instrumentos y una melodía alegre, que se convirtió lentamente en la más triste del mundo, destrozó con sus arpegios, que me parecieron garras, mis entrañas. Nefer comenzó a llorar y hacía gestos imposibles con las manos intentando alisarse el pelo. Petosiris empezó a consolarla y me pidió que la llevara a casa.

En el camino, apoyó su cabeza en mi hombro y anduvimos, sin pronunciar una palabra, hasta un recodo donde había un santuario con columnas de piedra que imitaban palmeras. En el cielo vimos una pequeña llama que se encendió y apagó. Estábamos contemplando la muerte de una estrella. Con mis besos, limpié las humedecidas mejillas de Nefer y sentí en los labios un sabor amargo y salado que quemaba el corazón y lo estrujaba como una fresa de sangre.



## VII

Al día siguiente se apagó la vida de Petosiris. El shemu<sup>208</sup> estaba a punto de terminar y ya no habría para él una nueva primavera. Se durmió para siempre con una enigmática expresión de paz en el rostro, como si la muerte le hubiera devuelto las alas que crecieron en su alma cuando estuvo enamorado. Aquella noche dejó escrita una nota para mí en la que me encargaba que fuera enterrado junto a un cocodrilo de madera y con los cuatro huevos de color verdemar que los soldados de Neferites I encontraron en el nido de la garza real que mató por accidente Yussuf. Estos fueron el regalo que le hizo el faraón para que no olvidara jamás que su alegre existencia impidió el nacimiento de cuatro divinidades. En las cáscaras, perfectamente conservadas, había escrito con una indeleble tinta roja los nombres de Yussuf<sup>209</sup>, Yamila,<sup>210</sup> Helua<sup>211</sup> y Leila<sup>212</sup>.

Los empleados de una conocida Casa de Anubis, llamada Despedidas<sup>213</sup>, aparecieron en la morada de Petosiris cuando Jenty, Nefer y yo velábamos su cadáver. Vinieron en carroma-

---

208 Invierno

209 José

210 Bella

211 Dulce

212 Noche

213 El autor alude con “Despedidas” al título de la película del director japonés Yojiro Takita, ganador del Oscar a la Mejor Película de habla no inglesa (2009), quien hace una incursión en el rechazo social a la muerte.

tos tirados por burras en cuyo interior se tambaleaban tres momias de madera con dibujos de cuerpo entero de supuestos finados. Tras explicarnos los tres tipos de embalsamamientos que practicaban: el de los ricos, la gente modesta y los miserables, nos preguntaron cuánto dinero estábamos dispuestos a gastarnos. Yo les pedí que me acompañaran a la calle y en voz baja, ya que la muerte habla silencio, les dí instrucciones para que preparasen el entierro más suntuoso para que el cuerpo de Petosiris viajara con ungüentos perfumados<sup>214</sup> al encuentro de su amada y sus vísceras fueran guardadas en cuatro vasos canopes<sup>215</sup> de hermosas tapaderas con las efigies de los cuatro hijos de Horus.<sup>216</sup> Les ordené, tras mostrarles mi sello de Gran Escriba de la Casa Real, que la cabeza del sarcófago llevara un nemes de lapislázuli<sup>217</sup> y una máscara de oro. El resto del cuerpo debía ser de plata, con relieves de la Luna y las estrellas. En la parte que corresponde al corazón había que esculpir en árabe el nombre de Leila.

El que parecía ser el jefe del grupo me escuchó con atención y, cuando terminé de hablar, respondió, dudando — como es lógico— de mis recursos económicos:

— ¡Altísimo visir! ¿Sabe lo que vale la momificación más cara y un sarcófago de esas características? No es que nos

---

214 En los embalsamamientos más caros, se hacía una incisión longitudinal en un costado y, una vez limpiados los intestinos con vino de palma y sacados los órganos internos, se llenaba la cavidad con sustancias aromáticas como mirra pura molida y canela.

215 En los vasos canopes se guardaban el hígado, los pulmones, el estómago y los intestinos. El corazón y los riñones se dejaban en el interior del cuerpo.

216 Horus tenía cuatro hijos que se identificaban con su alma. Eran dioses solares nacidos de una flor de loto y rescatados de las aguas de Nun por Sobek. Sus nombres son: Amset, que se representaba con cabeza humana. Su diosa protectora era Isis y se relacionaba con el hígado y el Viento Sur; Duamutef: Cabeza de chacal, org. estómago, diosa Neith, Viento Este; Hapy: Cabeza de babuino, org. pulmones, diosa Neftis, Viento Norte; Kebehsenut: Cabeza de halcón; org. intestinos, diosa Selkis, Viento Oeste.

217 Lapislázuli: palabra de origen sánscrito que significa “Rizo de Rey”.

neguemos a cumplir su encargo, pero por lo menos su pedido le costaría diecisiete talentos de alumbre<sup>218</sup>. Le vamos a enseñar otros modelos de bronce y electrón que causarían la envidia hasta del propio Osiris.

— ¡Empieza ya los preparativos!— le dije copiando los gestos autoritarios de los ricos egipcios que andan con sandalias que llevan en las suelas dibujos de sus enemigos.

Sin dejarle tiempo a abrir la boca, enfatiqué:

— Te pagaré diez talentos en moneda ática<sup>219</sup>. Mañana tendrás un adelanto y el resto lo recibirás en sucesivos pagos a medida que avance vuestro trabajo. Yo mismo supervisaré el embalsamamiento<sup>220</sup> y la construcción del sarcófago.

Me incliné al estilo egipcio y les mostré la palma de mi mano derecha apuntando hacia la lejanía para que se marcharan. Como permanecían clavados en el suelo, continué:

— Os espero al amanecer a la entrada de la vivienda de Petosiris. Mañana os acompaño a llevar su cuerpo a la Casa del Abridor de Caminos<sup>221</sup>.

Cuando cargaron las momias de madera en el carromato, volví a entrar a la estancia donde descansaba Petosiris. Tenía las manos colocadas sobre el vientre y los ojos cerrados como dos pequeñas ventanas de papel que se iluminaban a intervalos bajo la tenue luz de las velas. La habitación olía a incienso y mirra y en una pequeña mesita, situada en la cabecera de la cama, Nefer y Jenty habían colocado fruta, pasteles y cerveza con miel. Pronto empezaron a venir antiguos amigos

---

218 Diecisiete talentos de alumbre egipcio equivaldrían, comparándolo con la medida del talento ático, a unos 190 kgs. de plata. Dicho sulfato solía utilizarse en Egipto como mordiente en tintorería para fijar los colores o los panes de oro.

219 Unos 200 kgs. de plata.

220 El cadáver de los nobles, una vez embalsamado, se cubría con natrón durante setenta días, tras lo cual el sarcófago se colocaba en la cámara sepulcral.

221 Anubis

del púgil que, tras invocar a Osiris ante el cadáver, dejaban a sus pies vasos de vino, comida y dinero falso que parecía real para que el muerto no viajara como un paria en la barca solar que le llevaría al Campo de los Juncos.

Como aquel hombre había despreciado toda su vida las costumbres de la época, ignoramos el circo que se monta alrededor de los difuntos y, ni se contrató a plañideras, ni hubo golpes de pecho, ni barro para embadurnarse el cuerpo y el cabello.

Jenty, que no deseaba una despedida tan sobria, me sugirió que llamáramos a las músicas para rendir homenaje a Petosiris y que celebráramos con vino su viaje a Occidente.

Su idea me pareció cabal, y, cuando la tristeza envolvió de azul las llamas de las velas, aparecieron, con Astartet a la cabeza, las músicas cantoras de Las Bacantes y Kamufet, al mando de los empleados de la taberna, con varios pellejos de vino. Mer colocaba las copas, tras limpiarlas con un paño, en el centro de una desvencijada mesa en cuyo tablero se veía el borroso rostro de un dios irreconocible.

Antes de servirnos, se humedeció ligeramente la boca con vino llevando su aroma, con un trémulo beso, a los labios de Petosiris. Cuando el néctar nos hizo libres anulando a los policías de la mente, Astartet, que sentía un extraño amor por el finado, cantó, acompañada por sus amigas, hasta el amanecer. Su melodía era dulce y bella. Aunque de sus ojos de vez en cuando caía una lágrima, no estaba triste. Daba la impresión de que su música entraba en el alma del muerto envolviéndola con un nuevo aliento vital. Bebí tanto aquella noche intentado borrar aquel cuadro, que sólo recuerdo una de sus composiciones elegíacas:



El invierno llegó  
Cuando nació la primavera  
El día esperó  
Hasta que se apagaron las estrellas  
Que  
Fugaces  
Durmieron con el amor  
Que siempre mata

Casi besaste los labios de Leila  
¡Qué dulce hubiera sido su sabor  
Si hubieras abierto su flor  
Antes de caer en la orilla de los vencidos  
Donde siempre llega, evaporada, el agua de El Nilo!

¡Duerme! ¡Querido Petosiris!  
Ahora que has muerto  
Antes de llegar la primavera  
Podrás besar los labios de Leila  
En esos instantes que brillan  
Antes de apagarse las estrellas

Aquella noche transcurrió lenta, lentísimamente, como si la clepsidra se hubiera detenido y no hubiera prisa por llegar a ninguna parte. De vez en cuando contemplaba, a través de un vinoso velo, el sereno rostro de Petosiris, el hombre que

ahora se preparaba para viajar en la barca fúnebre de Egipto, y, de todas las civilizaciones que han perdido de vista un horizonte de luz que se hunde, como La Atlántida, en el inmenso océano de la decepción. La muerte de ese hombre, que apenas conocí, tenía un significado mucho más profundo de lo que parecía. Nada más llegar al Delta me dio la impresión de que estaba asistiendo a un suicidio colectivo amortiguado por las cabriolas de la danza del Carnero de Oro que arranca los ojos de los que miran demasiado los espejos del laberinto. En poco tiempo comprobé que la gente no utilizaba el dinero para comprar comida y vestirse, sino que lo acariciaba con dedos sudorosos y no dormía pensando que podían arrebatárselo. Sí, era como un suicidio colectivo en el que los valores esenciales habían perdido su solidez, como la arena del desierto que se escurre entre los dedos, y las personas torcían el cuello para ver la cara a un dios de metal antes de convertirse en estatuas de sal. A pesar de que el pueblo estaba debilitado, los sacerdotes pedían sacrificios a los ignorantes a cambio de la inmortalidad del alma y los faraones recordaban la gloria de la estirpe egipcia, cuna de la humanidad, prometiendo a nativos y extranjeros un nuevo renacimiento que duraría hasta el final de los tiempos. Pero la rueda ya no se movía en la dirección que había marcado Thot y cada día costaba más levantarse de la cama para poner piedras en las pirámides. Los ricos miraban con horror a los pobres, no por compasión, sino porque tenían miedo a perderlo todo y convertirse en uno de ellos. Y los pobres, que hasta hacía poco tiempo se unían para combatir a los tiranos, se reían de sus miserias con vino adulterado y despreciaban a los que tenían menos que ellos. Estaba germinándose la sociedad de las apariencias y empezaban a proliferar los desgraciados que, para ocultar las cicatrices que dejaba el hambre en sus rostros, se maquillaban dibujando una sonrisa forzada en las comisuras de sus adustas bocas porque les daba vergüenza confesar que vivían peor que los animales. Los pobres ya no querían justicia, deseaban ser ricos y vestir la doble corona del faraón y las pieles moteadas

de pantera de los sacerdotes. No tener nada era sinónimo de castigo y enfermedad, y los miserables empezaban a sustituir los retratos de sus esposas por los de bellas princesas que se vendían por una bolsa de oro a los leprosos de Apis<sup>222</sup>, traficantes de esclavos. Se habían hecho muy populares dos refranes que se repetían hasta la saciedad en todos los mercados y tabernas y que resumían, cual máscaras griegas, la desesperación de los excluidos y la llegada de dioses con pies de barro que levantarían imperios:

Ríe y el mundo reirá contigo;

Llora, y llorarás solo.<sup>223</sup>

El que no tiene un óbolo

No vale un óbolo <sup>224</sup>

El dinero había empezado a sustituir a las divinidades y a los sabios, y la fascinación que había comenzado a despertar entre egipcios, griegos y bárbaros era tal, que los mercaderes árabes lo consideraban algo mágico que incluso podía proporcionar la inmortalidad.

Los sacerdotes, conscientes del poder que daba el dinero, no dudaban en abrir Casas de la Moneda en los templos, in-

---

222 Con Apis el autor hace alusión al emblemático toro de Wall Street

223 Célebre refrán de la poetisa norteamericana Ella Wheeler Wilcox (1850—1919). Ella W. creía en la reencarnación. En un renacimiento en la Tierra u otros planetas. Cuando el autor vivía en El Cairo, a finales de la década de los setenta del siglo pasado, escuchó frecuentemente esa frase en boca de los nativos.

224 El autor cambia la palabra “piastra”, moneda egipcia de ínfimo valor, por “óbolo”, la moneda ática que equivalía a la sexta parte de la dracma, recurriendo de nuevo al anacronismo. Con la sentencia del texto, alude a otro refrán de uso frecuente en el actual Egipto: El que no tiene una piastra, no vale una piastra.

augurando los primeros bancos que se conocen en la historia, ejemplo que fue seguido rápidamente por numerosos particulares que deseaban acrecentar su poder y vivir una vida rodeada de lujo, placeres y cortesanas.<sup>225</sup>

El dinero, como la más grande fuente de felicidad, se estaba convirtiendo en la medida de todas las cosas, materiales e inmateriales, y su uso se extendía de forma imparable entre todos los pueblos bárbaros, incluyendo Tartesos, donde los íberos y los celtas lo consideraban un regalo de los dioses.

Los nuevos ricos no sólo se entregaban a los placeres de la vida, sino que construían mansiones suntuosas, disfrutaban de los mejores vinos, manjares exquisitos y mujeres hermosas, libres o esclavas. Muchos recibían con los brazos abiertos a filósofos, artistas y poetas que entretenían sus tertulias y veladas pues, como es sabido, la brutalidad y el refinamiento son dos hermanos gemelos que se alimentan del mismo cordón umbilical. Se puso de moda invitar a las fiestas de los mercaderes de esclavos, a sacerdotes castrados y sacerdotisas vírgenes, que daban un toque exótico a las extravagancias que el pueblo repudiaba y anhelaba. Las exhibiciones de modelos alzadas en coturnos, que hasta hace poco tiempo eran una costumbre propiamente griega, empezaron a causar furor entre los egipcios que pagaban sumas desorbitadas por ver desfilar en las pasarelas a diosas nacidas y criadas para el mercado de la carne, con el asesoramiento de sus padres y madres que deseaban ver a sus hijas sentadas al lado del fa-

---

225 Una de las primeras actividades de las Casas de la Moneda fue el cambio de divisas. Después se generalizaron los préstamos con un interés del 10% (Rodas y Delos). En Egipto esa tasa alcanzaría el 25%. Delos, uno de los centros bancarios más importantes de la época, se convirtió en un gigantesco mercado de esclavos. Según Estrabón, en sus puertos se recibían y expedían unos 10.000 esclavos al día. En Egipto, las Casas de la Moneda estaban estrechamente vinculadas a los templos de Amon, que disponían de una flota de cientos de embarcaciones dedicada exclusivamente al tráfico humano. No es exagerado decir que el origen de la riqueza fue la esclavitud. Ver el grabado del inglés William Blake (1757—1827), poeta y pintor, “Europa sostenida por África y América”.

raón. La prostitución, despreciada por los filósofos y poetas, era algo que sólo se practicaba en los barrios bajos, con exquisitas excepciones. La promiscuidad de los ricos, incluida la zoofilia, se consideraba un privilegio de los dioses que vivían más allá del bien y del mal. Era un suicidio colectivo en el que la estética y la apariencia, con sendas hachas en la mano, se convertían en verdugos del sentido común y el legado de los sabios de la antigüedad que habían, cual Prometeos, revelado sus conocimientos a la humanidad para que progresase sin esperar recompensa económica alguna.



Cuando intenté echar una cabezada, llamaron a la puerta los empleados de la Casa de Anubis y, con los ojos enrojecidos por el agua de la cepa y la falta de reposo, salí a recibirles, tal y como había prometido la noche anterior.

Nefer y Mer habían tenido tiempo de lavarse y perfumarse, pero yo mostraba un aspecto deplorable. Me costaba andar en línea recta y tropecé contra la esquina de una mesa tirando, sin querer, varias copas de vino al suelo. Jenty, que había bebido con moderación, preparaba el cadáver de Petosiris envolviéndolo con cuidado en una mortaja de lino blanco que desprendía un sinfín de fragancias de flores silvestres y aromas de canela, jazmín y hierba recién cortada.

— ¡Gran visir! Estamos preparados para subir el cadáver del finado al carromato. Como verás hemos traído burras blancas y fuertes que sólo utilizamos en ocasiones especiales— me dijo mi interlocutor mostrándome a las bestias.

— ¡Avanzad con el carromato vacío!— le contesté—, nosotros llevaremos a hombros el cuerpo de Petosiris. Os seguiremos hasta la Casa del Abridor de Caminos.

El hombre me miró con incredulidad y, dudando de que estuviera hablando con una persona de carne y hueso, me dijo:

— ¡Altísimo visir! ¿Ha traído el adelanto?

Yo, ocultando mi enfado porque odiaba que me llamaran visir para adularme, le entregué tres bolsas repletas de monedas de plata y respondí:

— ¿Está lejos la Casa de Anubis?

— ¡Gran visir!— contestó—, para las burras no hay mucha distancia, ya que están acostumbradas a hacer largos recorridos. Pero, para vosotros el viaje puede ser penoso si lleváis el cadáver al hombro. De aquí a la cámara de embalsamamientos, habrá unos 20 jet.<sup>226</sup>

— ¡Espéranos, que ahora salimos!— contesté sin darle tiempo a prodigar más explicaciones.

Tras meter el cadáver en una caja de acacia, lo alzamos al hombro y atravesamos el umbral de la puerta. Kamufet y yo, que ostentábamos los cargos más importantes, llevamos la parte delantera, y Jenty cogió la esquina izquierda de la parte trasera. Nefer y Mer se irían alternado en la esquina derecha, la que correspondía al pie del este, para reponer fuerzas. Primero, la tocó el turno a Nefer, quien explicó a Mer que quería hacer la arrancada al lado de su marido.

Las tres músicas abrieron el camino a pocos codos del carromato de las burras. Cuando empezaron a bailar una danza milenaria que representaba el despedazamiento y resurrección de Osiris al tiempo que tañían unos rarísimos instrumentos fúnebres, nos pusimos en marcha con una solemnidad que parecía que los muertos éramos nosotros.

---

226 Un “Jet” equivalía a 52,3 metros. Veinte serían 1046 metros, algo más que un kilómetro.

Como todavía estaba bajo los efectos del vino, hacía grandes esfuerzos para mantener el equilibrio, lo que conseguí en la primera parte del recorrido. Cuando Nefer dio varios golpes a la caja con la mano que tenía libre para que Mer tomara el relevo, dí un paso en falso, todos se inclinaron, y el féretro cayó al suelo haciendo un ruido espantoso.

Las burras giraron el cuello y rebuznaron extraños sonidos que yo traduje mentalmente —sin poder ocultar mi vergüenza—, como torpe y borracho.

En ese momento me imaginé que el pobre de Petosiris, que tantos puñetazos había recibido en vida, volvía a sufrir nuevos golpes el día de su entierro, ahora que estaba muerto y parecía feliz. ¡Fritz, no mereces vivir! me repetía a mi mismo mientras comprobaba con asombro que la caja seguía intacta y que el cadáver permanecía hierático y complacido.

— Un mal paso— les dije—, y, haciendo una señal a mi adorable esposa, a Mer, Kamufet y Jenty, volvimos a cargar la caja con la expresión grave y sombría que exigían las circunstancias.

Nefer y Mer se relevaron hasta que me dí cuenta de que eran mujeres que no habían desarrollado sus músculos en el gimnasio, y que estaba abusando de su generosidad.

Tras pedirles que se unieran a las tres músicas, yo cargué con la parte delantera todo el recorrido —esta vez firme como un legionario—, mientras Kamufet y Jenty, que querían demostrarme que eran más fuertes que yo, llevaron la parte trasera, sin hacer ninguna pausa, con una entereza que sólo era posible ver en Esparta.

Los jumentos empezaron a trotar cuando vieron la entrada de la callejuela donde se encontraba Despedidas y yo pedí calma a mis amigos, que estaban a punto de seguir, por mimetismo, la carrera final de los solípedos. Aún no estaba recuperado de la borrachera y, por unos instantes, las burras

me parecieron que se transformaban en cebras. Me fijé en Nefer y Mer y las ví desnudas, con el cuerpo pintado de rayas negras y blancas. Empecé a sudar, síntoma inequívoco de depresión alcohólica, y, sacando de las palmas de mis manos alas de lino, deposité, junto a Kamufet y Jenty, el cadáver de Petosiris en un lecho de mármol donde, según me dijo el dueño de la Casa de Anubis, habían sido embalsamados varios miembros de la familia real.

Como el vino seguía ahogando a mis neuronas, nada más ver la gruesa losa de mármol blanco, me acordé de un párrafo del Libro II de Historia de Heródoto, Euterpe, donde se dice que los nobles no llevan a la Casa de Anubis a las hijas bellas y jóvenes —que hayan muerto prematuramente— por lo menos tres días después de su fallecimiento, ya que más de una vez se ha sorprendido a un embalsamador violando a una difunta.

Me arrepiento de haber bebido aquella noche ¡Queridos mortales e inmortales! Fui incapaz de dar la talla de un verdadero hombre. Si Aquiles hubiera hecho lo mismo tras el entierro de Patroclo, no sólo hubiera despreciado a Homero, sino también al mismísimo nieto de Éaco.

Con ese pensamiento, se me hizo un nudo en la garganta. No era un héroe que derramaba amargas lágrimas por la muerte de su amigo, era un robot condenado a beber para ser inmortal.

Nefer, al verme en ese estado, se puso a sollozar y me besó con los labios empapados por el llanto hasta que me acerqué a Petosiris, le pedí perdón, ordené sus cabellos y le dije:

—Tendrás una máscara de oro y un nemes de lapislázuli. Seguro que ahora te estarás riendo de mí en los brazos de Leila, la mujer que nació para ti y que te estuvo esperando hasta hoy.



Hicimos una nueva fiesta en la Casa del Abridor de Caminos —yo no tomé ni una gota de vino— y cantamos y bailamos hasta al anochecer. El dueño de la Casa de Anubis no dejaba de llamarme Gran Visir, y yo, acostumbrado a danzar en las noches heladas de la muerte boreal, giré, como gira la Tierra, alrededor del cadáver de Petosiris, que parecía sentir nuestra presencia.

Cuando todos estaban exhaustos, yo empezaba a sentirme pletórico de energía, lo que no me agradaba en absoluto, ya que me esperaba una nueva noche sin pegar ojo.

Kamufet ordenó a un esclavo de Despedidas que trajera varios carros de caballos del establo de la funeraria y, cuando éstos llegaron, las bailarinas, acompañadas por Nefer y Mer, volvieron a cantar, con voz quebrada, a Petosiris, y nos despedimos del él para que gozara en la intimidad con su amada Leila.

Yo me deshice de mi auriga y ayudé a Nefer a subir al carro. Tomé las riendas enérgicamente para demostrarla mi dominio en la conducción de caballos pero ella estaba tan cansada y dolorida que no paraba de tocarse el hombro derecho que parecía en carne viva. Me di cuenta que lo tenía morado y comprendí lo insensible que había sido con ella y con Mer. Arreé los corceles y, cuando llegamos a casa, la puse, delicadamente, con las yemas de los dedos, una pomada blanca sobre la herida que los egipcios utilizan contra las quemaduras y mordeduras de escorpiones. Milagrosamente se sintió aliviada y empecé a acariciar sus mejillas hasta que me besó las manos. Quise pedirle perdón por haberla animado a cargar con la caja, pero ella me dijo que deseaba hacerlo y que no se arrepentía de nada. Luego me llevó a la cama para que descansara junto a ella y, cuando fui a por más unguento, ya estaba dormida.

Permanecí toda la noche en vela leyendo a Homero— al poeta de todos los poetas, según decía Platón—, intentando

buscar un verso sencillo para mis clases de griego. Lo más fácil era hablar del Caballo de Troya, pues todos los príncipes conocían las palabras caballo y caballo de río, que, como sabéis, tienen la misma raíz. Al final, decidí repasar el alfabeto y enseñarles, siguiendo la infalible táctica de la repetición, los vocablos hombre, mujer, niño, caballo y caballo de río.

Sin desvestirme, dí un beso en la frente a Nefer, que seguía en los brazos de Morfeo, y salí a la calle. Me subí al carro de un salto y me dirigí a palacio con la determinación de continuar con mis clases. Voy a demostrarles lo que es capaz de enseñar un discípulo de Platón, me repetía a mi mismo mientras ascendía la escalinata de la Casa de la Vida.

Nada más entrar en el aula, todos los príncipes se pusieron de pie. Zeus, que estaba en la primera fila, me estudió con una maliciosa mirada que me perturbó el ánimo. O tenía la visión borrosa o la trenza le había crecido varios *dyeba*<sup>227</sup> en un sólo día. No dí demasiada importancia a ese detalle y, tras pasar lista lentamente para relajarme, repetimos el alfabeto hasta que los alumnos lo aprendieron de memoria. Entusiasmado con mi primer éxito académico, me olvidé de mis apuntes y, dejándoles a todos con la boca abierta, empecé a recitar, emocionado, los primeros versos de la Iliada:

Mh'nin a[eide, qeav, Phlhiavdew jAcilh'o"  
oujlomevnhn, h{ muriv j jAcaioi'" a[lge j e[qhke,  
polla;" d j ijfqivmou" yuca;" [Aidi proiayen  
hJrwvwn, aujtou;" de; eJlwvria teu'ce kuvnessin  
oijwnoi'siv te pa'si, Dio;" d j ejteleiveto boulhv,  
ejx ou| dh; ta; prw'ta diasthvthn ejrivsante  
jAtreivdh" te a[nax ajndrw'n kai; di'o" jAcilleuv".

---

227 Un *dyeba* egipcio equivalía a un dedo: 1,86 cm.

Canta, oh diosa, la cólera del Pélida Aquiles;  
cólera funesta que causó infinitos sufrimientos a los aqueos,  
y arrojó al Hades muchas almas valerosas de héroes,  
y los dejó como despojo para todos los perros y aves de rapiña  
— cumplíase así el designio de Zeus—  
desde que por primera vez se apartaron y disputaron el Atrida,  
soberano de hombres, y el divino Aquiles.

Se cree —continué—, que ese rapsoda y marino era normal, como todos nosotros, y que se llamaba Melesígenes, pero un día, un aciago día, empezó a quedarse ciego cuando hizo una escala en Ítaca para intentar averiguar algo acerca de la vida de Odiseo. Estuvo vagando mucho tiempo en ciudades costeras del Peloponeso y llegó a fundar una academia que se hizo célebre. Se dice que el maestro de todos los griegos que, aprendió preguntando, ya tenía la vista naufragada cuando falleció en la ciudad de los. Así me lo explicó en el ágora ateniense— aunque entretejiendo las dudas que atan la incertidumbre—, un inolvidable mentor que tuvo la paciencia de soportar mi insensata rebeldía.<sup>228</sup>

Zeus susurró unas palabras al oído de Leda. Me pareció oír algo así como: “el profesor está más perdido que un cocrilo en una palmera”, y, como sin duda se estaba refiriendo a mí, decidí poner fin a su agresividad. Me abalancé hacia él,

---

228 El autor alude a su profesor de griego Eduardo Obregón Barreda (Santander, Cantabria, 1919—2006). Obregón, intelectual de amplia cultura clásica, fue entre otras cosas, catedrático de Lengua Griega en el Instituto Santa Clara de Santander y Presidente de la Asamblea Regional (Parlamento 1987—1990). El maestro daba la máxima importancia a la ética de los gobernantes, desconfiaba de los gobiernos centralistas y abogaba por un reparto de poder descentralizado, al estilo la polis griega.

le agarré la coleta con furia e intenté levantarlo a varios codos de altura. La trenza, sin embargo, se despegó de su cabeza sin poner la más mínima resistencia, como si ya estuviera cortada previamente. En ese momento, me dí cuenta de que tenía en la mano un mechón postizo que Zeus se había colocado cuidadosamente en la calva con un pegamento hecho a base de agua y harina. El príncipe me la había jugado. Conociendo mis reacciones, se había afeitado su trozo de cabellera la noche anterior y esperaba, con la máxima tranquilidad del mundo, a que se la arrancara para dejarme en ridículo.

Cuando los alumnos me vieron aferrado a la trenza postiza suspendida en el aire, se mordieron los labios para no reírse y, cuando ya no pudieron aguantar más, estallaron en carcajadas. Algunos se retorcían en el suelo y otros se agarraban a la pared para no caerse.

Zeus permaneció firme e incluso se atrevió a declamar en voz alta mientras algunos colegas sufrían auténticos ataques de histeria:

¡Canta, oh diosa, la cólera del temible griego! cólera funesta que dejó a muchos príncipes sin trenzas y arrojó a muchas princesas al Hades, sin saliva para poderse reír al día siguiente.....

No me ofendió que Zeus recitara ese poema para desafiarme y, para demostrarle que era indiferente a sus ataques, le devolví su coleta postiza que él, con una mirada de Gorgona, guardó debajo de su tablilla cual somorgujo que mete la cabeza debajo del agua.

— ¡Basta!— dije dando un fuerte golpe sobre la mesa—. Se acabó la fiesta, ahora vamos a empezar en serio las clases de griego.

Debí dar un manotazo demasiado violento, pues se callaron sin rechistar. Luego, cuando se hizo un silencio absoluto, tomé, sin titubear, las riendas de la clase y saqué pausada-

mente el pequeño pergamino con las notas que había tomado en casa.

— Ahora que sabemos el alfabeto— enfaticé—, vamos a aprender las palabras hombre, mujer, niño, caballo y caballo de río. Mujer se dice “giné”, hombre “andrós”, niño “paidós”, caballo “hipo” y caballo de río “hipopótamo”. ¡Repetid!, —les ordené elevando la voz— y todos salmodiaron al unísono el vocabulario con una atención fuera de lo común.

Les corregí la pronunciación y luego continué:

— Ya podemos hacer frases, por ejemplo: niño ama caballo de río, paidós agapei hipopótamo, mujer ama caballo de río, giné agapei hipópótamo, hombre ama caballo de río, andrós agapei hipopótamo, ¿Veis lo fácil que es?

— ¡Eso ya es otra cosa!— exclamó Leda—, el Canto I de la Ilíada era difícilísimo.

— Bueno— concluí—, con esto tenemos suficiente por hoy, pero antes de terminar la clase quisiera haceros una pregunta, ya que tengo una gran curiosidad por saber qué temas os interesan en la vida: por ejemplo, la política, los asuntos de la polis, etc. En muchas ciudades del mediterráneo los niños y los jóvenes, debo reconocer que también muchos adultos, muestran una gran indiferencia por esas cuestiones. ¿Qué pensáis de los esfuerzos de los conductores de hombres por arreglar todo aquello que está mal?

Los príncipes respondieron rápidamente:

— Eso es aburridísimo, nosotros lo que queremos es jugar a los médicos y enfermeras, espiar a los mayores cuando intentan tener hijos, divertirnos, hacer excursiones al campo e ir a cazar con nuestros padres.

— Esperaba que me dijerais eso— les contesté—. En Grecia, a las personas que no tienen ninguna motivación por la política, les llamamos idiotas, así que ya sabéis otra palabra

más, que define a una gran parte de la población, incluyéndooos vosotros. Así que, aprovechando que estáis inspirados, vais a repetir todos juntos, a coro, como antes: somos idiotas.

Y, mientras recalocaban más de cincuenta veces “somos idiotas”, yo recogí mis cosas y me despedí dejándoles encantados con su nueva perla cultural.

Como todavía era pronto, decidí ir a visitar a Neferites II para ponerle al tanto de mis clases de griego y de los progresos que iban haciendo mis alumnos. Estaba seguro de que, de seguir así, dentro de unas semanas podríamos escribir un sencillo poema dedicado a la diosa Tueris y, con un poco de suerte, colocarlo en algún obelisco.

Aceleré el paso y me dirigí al edificio de la sala del trono donde el faraón solía recibir algunas mañanas a los gobernadores de los nomos y a embajadores extranjeros.

La guardia real me abrió la puerta nada más verme aunque me sugirió con un gesto que no entrara todavía porque Neferites II acababa de recibir a una importante comitiva persa que traía un mensaje de Artajerjes II Mnemon<sup>229</sup>. El jefe de la delegación, el general Megabazo, estaba conminando al faraón a entregar Egipto, sin resistencia, al Rey de Reyes, que estaba preparando —según dijo— un ejército tan numeroso como los granos del desierto de Libia<sup>230</sup> para recuperar su provincia. A cambio, Pir-o-iti podría seguir gobernando el país de El Nilo pagando un tributo que calificó de insignificante el enviado del Aqueménida.

Cuando Neferites II me vio entrar, respiró con alivio y dijo elevando el tono de voz: ¡Abrid paso, acaba de llegar el Gran

---

229 Artajerjes II Mnemon (404—358) gobernó un breve periodo Egipto durante el 404 A.C. Siento el último Rey de la dinastía Aqueménida (523—404). Los persas fueron expulsados por Amirteo, Rey de Sais, con la ayuda de los griegos. Amirteo (404—399) fue el único faraón de la dinastía XXVIII.

230 Con el nombre de Libia, los griegos se referían a toda África.

Visir Fritz, General de los Ejércitos del Norte, Sur, Este y Oeste!

— Los persas me piden que entregue Egipto, parece que no saben que el Imperio Aqueménida ya no es más que una sombra del pasado y que sus días están contados— subrayó el faraón mirándome fijamente a los ojos.

El mensajero de Artajerjes acarició el pomo de su espada y contestó:

— Pir—o—iti, los dioses saben muy bien medir sus palabras, me hace dudar de su sabiduría y de su descendencia de Amon—Ra.

— ¡Megabazo!— dije sin miramientos al heraldo del Rey de Reyes—, ¿Cómo osas hablar así al Hijo de Horus? Ya has dado demasiados pasos en falso. Una palabra más y no tendrás ni la suerte de ser devorado por los buitres en los estercoleros de Susa, Ecbatana o Babilonia. Persia ya ha teñido demasiados mares de sangre y algún día, que yo veré, vuestras torres caerán con Artajerjes y todos sus lacayos decapitados.

Después hice un gesto a la guardia pretoriana de Neferites II y grité:

— ¡Soldados! ¡Apresad a estos hombres!

Cuando los mercenarios griegos y nubios les ataban las manos, me puse enfrente de ellos y, buscando la mirada de Neferites II para obtener su aprobación, continué:

— En mi país se fraguaron ideas hermosas, como la democracia, y aquellas personas que no viven en armonía con los hombres y los dioses, son condenadas al ostracismo. En Persépolis todos os arrodilláis ante el tirano, como ovejas envenenadas. La humillación y la obediencia ciega convierten en esclavos a los que nacieron libres y el lujo del que hacéis ostentación en todo el mundo, denigra a todos los pueblos de la tierra. Toda la violencia que habéis exportado

durante tantos siglos, se volverá contra vosotros y Persia será reducida a cenizas. Así acaban todos los imperios que, en vez de buscar amigos con los que compartir sus conocimientos, siembran el miedo y el terror con sus destructoras máquinas de guerra. Decid a Artajerjes que carece de la grandeza de sus antepasados, que su madre nunca soñó que su orina cubría el orbe<sup>231</sup>, que disfrute de los últimos años de esplendor que le quedan a los aqueménidas y que no vuelva a mirar hacia el país de El Nilo porque, si lo hace, encontrará su tumba en sus desiertos y yo me encargaré de que su cuerpo no sea embalsamado.

Neferites II me escuchaba sin dar créditos a sus oídos. Y, al ver su expresión, continué:

— ¡Megabazo! ¡Deja de temblar! ¡No voy a ordenar tu muerte y la de tus hombres! Pir—o—iti es tan grande que antepone el perdón a la venganza.

Después, miré a los mercenarios, que no sabían muy bien qué órdenes seguir y, agitando mi puño en el aire, imperé, con una autoridad que me causó a mí mismo escalofríos:

— ¡Escoltadles hasta Palestina! ¡Dadles víveres y agua! Y luego, ¡Soltadles cuando diviséis el Monte Tabor!

— ¡Megabazo!— dijo en ese momento Neferites II—, habla de mi magnanimidad a mi hermano Artajerjes y dile que, si viene a Egipto como amigo, regresará rico a Persépolis, pero que si uno de sus elefantes pisa las tierras de El Nilo, yo y mis aliados los griegos, cubriremos el cielo de su imperio de tantos buitres que jamás volverá a ver el rostro de Mitra.<sup>232</sup>

---

231 En Persia, el sueño de una mujer orinando y cubriendo con su lluvia amarilla el mundo, se interpretaba como que iba a dar a luz a un niño que conquistaría la Tierra.

232 Dios persa del Sol.



Cuando los mercenarios desalojaron la sala del trono con los cautivos, Neferites II me abrazó como sintiendo algo parecido al amor y me dijo:

— Desde que te ví sabía que eras un enviado de los dioses. Dentro de unos días, te daré una réplica mía del Cayado del Pastor y el Mayal del Campesino y proclamaré en todo Egipto tu ascensión a Gran Visir y Señor de todos los Ejércitos, egipcios y bárbaros, de mis vastos dominios. Voy a ordenar que construyan estatuas tuyas al lado de la mía y también de tu mujer, Nefer, que, aunque no la he visto todavía, llevará desde ahora el título de princesa imperial.

— Pir-o-iti, me abrumas—, contesté—. No deseo ocupar cargos importantes, era feliz con mi trabajo de profesor de griego. ¿Por qué no muestras hacia mí el amor que has mostrado hacia Megabazo y me dejas partir libre, ligero de equipaje, con mi adorable mujer? Me gustaría marcharme de Mendes, establecerme en un oasis donde viva gente sencilla, tener hijos, cultivar viñedos y dedicarme el resto de mi vida al estudio de los clásicos griegos. Soy un ignorante y tengo sed de conocimiento. Me siento sólo y anhelo fundar un hogar. Odio la más mínima alusión al Ejército y, los que acá y acullá, reciben el nombre de guerreros y son adorados cual Aquiles o Héctor, para mí no son más que bestias ignorantes que siembran la muerte a cambio de un puñado de monedas, unos golpes en la espalda del Rey o los aplausos de la plebe que, atontada por el batir los escudos que Hefesto regala a Ares, camina ciega sin estrella polar.

— ¡Fritz, estoy cansado de los demagogos y diletantes que sólo se escuchan a sí mismos! Eres lo que eres, por la gracia divina, y, aunque no me lo has dicho, sé que los dos somos inmortales. Escogeré el día propicio, tras consultar el oráculo de Amon<sup>233</sup>, y procederé a tu investidura. Que la princesa Ne-

---

233 Del dios carnero, el más importante de Mendes.

fer no falte a la cita. Un día antes de la ceremonia, habrá un banquete en palacio que nunca olvidarás.

Abandoné, con resignación, mis argumentos y, como si mi mente se alejara de la razón, me acerqué a un guardia nubio y le ordené:

— Dí a Zeus que repase la lección de hoy y que no vuelva a cometer una estupidez. Soy capaz, después del poder que me ha otorgado Pir—o—iti, de mandarle a galeras sin contemplaciones.

En ese momento, Neferites II se conmovió, volvió a abrazarme y me dijo:

— ¡Qué pena que no tuve un hijo como tú! Sabes actuar con diplomacia y convencer y no te tiembla la voz cuando te enfrentas a un Rey. No pidas nada, coge lo que necesites y no des explicaciones a nadie.

Al escuchar sus palabras me pareció que estaba hablando con un carnero de rayas negras y blancas y me asusté de lo cerca que vi a Egipto de un aterrador precipicio.

— Para tener una hijo como yo, te tenías que haber acostado con una cabra— le dije a Pir—o—iti—, que se echó a reír contagiando a todos los mercenarios.



## VIII

Cuando los dioses arrojan sus dados de ámbar y deciden encumbrar a un hombre que antes de elevarse en coturnos mamaba y lloraba envuelto en pañales, se produce casi siempre una metamorfosis que sólo podemos comprender observando minuciosamente el comportamiento de los actores en el teatro. Si además, logra que Hefesto le construya un pequeño trono, sus nalgas se convertirán en lapas y ya que no querrá levantarse de él el resto de su vida. El mono sapiens puede hartarse de los manjares más exquisitos y llegar a aborrecerlos. A emborracharse todos los días y conseguir odiar el vino. Pero si el Rey o el gobernante de turno le distinguen con un cargo y le colocan la corona de laurel, podrán quemarle las manos pero nunca querrá soltar el bastón del poder. Los homínidos, una vez que levitan y se acostumbran a gozar de un estatus social privilegiado, con las prebendas que ello conlleva, sienten —si por casualidad les reemplazan— que los olímpicos les han castigado a convivir con sus semejantes, a los que era fácil amar desde arriba, pero imposible soportar cuando se acercan a contar cara a cara sus desgracias. En Grecia he visto a algunos arcontes, gobernadores, embajadores y generales que, tras caer en desgracia, fueron cesados fulminantemente. Muchos de ellos llegaron, incluso, a cometer un suicidio colectivo arrastrando con su locura a toda su familia. Los que ocupan altos puestos padecen de pánico ante sola idea de ser desahuciados. Tener que dejar su mansión y sus jardines, despedirse de los criados y esclavos y los aurigas de

penachos dorados, es un golpe violento que les derriba nada más rozarles la barbilla. Decir adiós a las tertulias con dignatarios, artistas y cortesanas, es como contemplar, como testigo y sujeto pasivo, que una lanza te atraviesa el corazón y te condena a una muerte prematura e injusta. Pero lo peor de todo, es tener que dejar de vivir del erario público y verse obligado a comprar, de la noche a la mañana, cosas que les traía gratis el recadero real y que no nombro por la vergüenza que me produciría el hacerlo y para no ser maleducado con sus esposas. Más duro que lo anterior, es verse obligado a bajar las escaleras que con tanto sudor y esfuerzo se subieron y tener que convivir con la plebe a la que era placentero servir desde la atalaya. Así son y, los conozco demasiado bien ¡Queridos mortales e inmortales! esos hombres que sobresalieron al ponerse los coturnos tras abandonar sus frágiles cuerpecitos de bebés que se agarraban en un mar de lágrimas a los cálidos pechos de sus progenitoras. Que cuando tenían hambre, sólo querían leche, y que lloraban y pateaban, heridos, cuando se orinaban, hasta que llegaba la pomada o los polvos talco, cual ungüentos divinos, en las yemas de los rosados dedos de mamá, la de aladas manos.

¿Me había puesto el faraón coturnos para manejarme como una marioneta y conseguir sus objetivos? ¿Para comprarme tras halagar mi vanidad? ¿Sabía Pir—o—iti que lo peor que le puede ocurrir a un rey es tener que tratar con un ser libre? ¿Por qué estaba tan seguro de que todos los hombres esperan una oportunidad para escalar como cabras entre las rocas y poder gritar, ebrios de poder, como Pan?

Conocí una vez a un individuo en Atenas, de nombre Momo,<sup>234</sup> que tenía tantas ganas de sobresalir y ganar los concursos de teatro que se convocaban anualmente en la polis, que no dejaba de hacer chistes de mal gusto acerca de

---

234 Dios de las burlas, los chistes y las bromas.

Sófocles<sup>235</sup> con el fin de denigrarle porque siempre rechazaban sus obras en las competiciones que se celebraban con ocasión de las fiestas Dionisias. Un día, cuando conversábamos acerca de la rivalidad entre Sófocles y Esquilo, habló con tanta admiración hacia los dos, que me quedé desconcertado. La charla cada vez se hizo más animada y, entre trago y trago, se le fue la lengua.

— Fritz, les odio —me dijo—, porque no puedo ser como ellos. Yo sería capaz hasta de vender todos mis bienes, incluso a mi esposa e hijos, para comprar la victoria. Lo que en realidad deseo fervientemente es dedicarme a la política, sueño con el poder y, la mejor forma de alcanzarlo, es conseguir antes la fama. He probado todos los placeres, ya que nací en una cuna de oro pero, aunque no dejo de hacer regalos a los tiranos y a los jueces de los concursos, por alguna razón me desprecian. ¿Ves algún defecto en mí que me impida realizarme como hombre? Hay personas muy inferiores a mí que —como sabrás soy una persona culta— incluso están en el Areópago.

— Momo— le contesté decepcionado pero sin ganas de mentir. Lo que te ocurre a ti es que no sabes actuar. Eres un mal actor. Se te nota a mil estadios de distancia lo que quieres. Para hacerse con el poder es necesario fingir, ante todo, que nunca te ha interesado, y declarar que jamás tomarás una decisión sin consultar al pueblo. Que ni, aunque te empujen mil elefantes, te instalarás con tu familia en las lujosas residencias de los gobernantes. Hay que jurar además, con la máxima seriedad, que llevarás los asuntos de Estado desde tu propia casa y luego —cuando la gente coma de la palma de tu mano— debes confesar avergonzado, mostrando el mayor disgusto de tu vida, que no tienes más remedio que trasladarte a palacio por cuestiones de seguridad. Eso es lo que hacen todos ¿No te has dado cuenta?

---

235 Sófocles ganó 24 veces los concursos de teatro, frente a las 23 de Esquilo.

— ¡Fritz! ¡Qué torpe he sido! — me dijo—, luego dio un sorbo atragantándose y salió corriendo como una centella.

Maldigo la conversación que tuve con aquel hombre pensando que era un ser frustrado inofensivo. Ahora, Momo — me enteré en Mendes por casualidad— es un arconte venerado en Atenas.

Esos pensamientos ocupaban mi mente cuando llegué a casa de Mer ya entrada la noche. Kamufet me abrió la puerta haciendo una reverencia al estilo persa y me pidió que me sentara en el sitio más cómodo de la sala. Yo rechacé la invitación y me recosté en el triclinio donde estaba Nefer visiblemente preocupada. Lo primero que hice fue darla un beso y preguntarla por la herida de su hombro derecho.

— Está perfecta. Tengo la suerte de haberme casado con Asclepios— me dijo observándome detenidamente para ver si notaba algún cambio radical en mi actitud.

— Amadísima Nefer, no sabes las ganas que tenía de verte. Desde que salí de casa esta mañana no he hecho más que pensar en ti. He tenido un día horrible. Primero, la clase de griego, luego la visita al faraón y, por último, el encuentro desagradable con Megabazo.

— Lo sabemos todo— enfatizó Kamufet—, tengo órdenes estrictas de Neferites II para que te vayas preparando para mudarte con Nefer a tu nuevo domicilio. Quiere que te instales en el palacio de verano de la zona sur de Mendes, residencia de grandes conquistadores. Dentro de dos días, estará lista tu remodelada mansión. Ahora varios artistas están pintando escenas de guerra en las paredes de las habitaciones principales. He visto el borrador de una de esas composiciones y en ella estás tú con Nefer, subidos en un carro de caballos que echan fuego por la boca. Al fondo se ven innumerables enemigos que huyen despavoridos por el desierto.

Noté que Nefer me agarraba de la mano y que su pulso estaba acelerado. Quería decirme algo pero no se atrevía. Era como si de repente me hubiera cogido miedo.

— ¿Pero qué os pasa?— les dije— ¿Pensáis que estoy loco? ¿Qué he venido aquí a ponerme el casco de Ares y el escudo con la horrible Gorgona de Atenea? Yo soy un discípulo de Platón y, antes de coger una espada, dejo de beber vino durante seis meses, me pongo dos monedas en los ojos y prendo fuego a mi propia pira. Es cierto que a veces soy un poco agresivo —y eso lo sabe muy bien Teos— pero de ahí a ir sembrando de muerte los campos y los desiertos, hay un abismo. Vine aquí en busca de sabiduría, convencido de que iba a conocer al pueblo más juicioso de la Tierra, y sólo me he encontrado hasta ahora con supersticiones, temor, intrigas, amenazas, vendedores de esclavos, prostitutas, mendigos y seres depravados. ¿Dónde se ocultan vuestros dioses? ¿Qué ha pasado con los sabios egipcios que causaron la admiración de todo el mundo? ¿Tan nefasto ha sido vuestro contacto con los persas y los griegos? Sólo he visto dos teatros en Mendes y en ellos lo único que se representa es la eterna muerte y resurrección de Osiris. ¡Por Zeus Olímpico! ¡Eso es una aberración! ¿No estáis cansados de repetir siempre la misma historia? Las únicas escuelas que hay en Egipto están en los templos y en los palacios. El pueblo no sabe leer. El único lujo cultural que se permite a la plebe es reunirse en plazoletas para escuchar a los rapsodas narrar historias que se escribieron hace más de mil años.<sup>236</sup> La religión ha sustituido a la filosofía, a la poesía y a la literatura, y de lo único que se habla en los recintos sagrados es de la inmortalidad del alma, de rituales exorcistas, de magia, de alquimia y de los juicios del Más Allá. Vuestra música cada vez es más fúnebre y ya nadie trabaja en el campo con alegría. La gente no sabe que

---

236 En Egipto, los libros se leían en voz alta ante el público, ya que sólo sabían leer los sacerdotes y los escribas.

es una academia y todos buscan el camino más rápido para hacerse ricos. ¿Crees, Kamufet, que yo voy a bailar vuestra danza? Yo amo a mi esposa y lo único que deseo ahora es hacerla feliz.

— ¡Gran Visir! explícate bien— dijo acalorado Kamufet—, ¿Qué quieres decir? ¿Qué te vas a enfrentar al faraón y renunciar a altos cargos que sólo ostentan los Hijos de Horus?

— ¡Exactamente!, ni voy a instalarme en ese palacio, ni voy a ser general, ni voy a permitir que vuelvan a llamarme Gran Visir. Mañana voy a dar mi última clase de griego y a despedirme de mis alumnos para siempre. Estoy cansado de perder el tiempo con idiotas. Después de hablar con ellos me tomaré un día libre para reflexionar y luego le diré al faraón que le cubrí la espalda cuando le ví acorralado por Megabazo, pero que eso es todo. Nací mal, en contra de mi voluntad, y el único tesoro que tengo es mi libertad y eso, querido Kamufet, no se lo voy a entregar ni a los hombres ni a los dioses por mucho poder que tengan en este mundo cruel y despiadado.

— La despedida de Petosiris te ha perturbado el ánimo, Fritz. Si desobedeces al faraón, no sólo tú eres un hombre muerto, sino que Nefer será despedazada. ¿Qué prefieres ver a tu mujer convertida en princesa o que sea descuartizada y arrojada a los chacales y aves de rapiña?

En ese momento, me dio un vuelco el corazón y miré a Nefer. Su expresión era radiante y parecía feliz.

— Ese es el hombre que yo amaba y amo. No le tengo miedo al faraón. Si es necesario y, si tú lo deseas, moriremos juntos— me dijo Nefer tomando el aspecto de una diosa.

— Todavía no ha llegado la hora de entregar el óbolo al barquero para que nos ayude a atravesar la laguna Estigia ¡Queridísima Nefer! Lo mismo que doblegué a Megabazo, haré cambiar de opinión a Neferites II y le demostraré que en



Egipto hay hombres mucho más dotados que yo para ser el músculo y las garras del faraón.

Cuando sentí que había liberado toda la angustia que me oprimía el pecho dije, sin poder ocultar mi alegría:

— ¡Ea, no se hable más! ¡Mer, esto parece un velatorio! ¡Trae vino! ¡Quiero enseñar a Nefer una danza dionisiaca que me la enseñó el propio hijo de Zeus!

Cuando dejamos de hablar de aquellos ominosos asuntos, todo cambió como por arte de magia: el ambiente se hizo cálido y respirable, los gatos parecían relajados y sumisos y las llamas de las velas iluminaban nuestros rostros dándolos una expresión encantadoramente humana. Mer había sacado sus mejores copas de oro, las que llevaban en la cintura el tirso de Dionisio, y el sabor de aquel vino era tan delicioso y embriagador, que pronto dejamos de controlar nuestros movimientos y nuestras palabras. Les conté las aventuras amorosas de los olímpicos y les hablé de las pícaras transformaciones de Zeus en cisne, toro y lluvia amarilla para conquistar a doncellas de deslumbrante belleza a pesar de los enojos de Hera, a quien se le hacía mucho más duro soportar los cuernos desde que perdió en el juicio de Paris.

— ¿Es verdad que Paris pidió a Hera, a Afrodita y a Atenea que se desnudaran para estudiarlas minuciosamente?— me preguntó Kamufet picado por la curiosidad y esperando que le detallara lo que vio el hijo de Príamo.

— Amigo, Kamufet— le dije—, no deseo hablar de esas cosas delante de Nefer y Mer. Y, además, tengo motivos muy profundos, que no puedo ni quiero revelar, para permanecer callado. Lo único que estoy dispuesto a describirte son las maravillosas esculturas de mármol que se han hecho de ellas copiando modelos terrenales.

— Eso ya me interesa mucho menos— respondió Kamufet un poco desanimado.

Luego, cambió su mente rápidamente y, cogiendo energía de nuevo, me preguntó:

— ¿En Grecia todos los dioses son bellos o les hay también feos y contrahechos?

— Bueno, la mayoría es de una perfección que no tiene parangón en la Tierra, pero también los hay que no han tenido la fortuna de parecerse a Apolo o a Dionisio. Y, como ocurre aquí, a veces los que no son agraciados físicamente, son despreciados por sus padres.

— ¿Tan crueles son? Inquirieron Nefer y Mer.

— Si— las contesté—, fijaos lo que ocurrió con el pobre dios Pan:

Resulta que Hermes tomó el aspecto de un macho cabrío para mantener relaciones sexuales con Penélope la espartana y, fruto de esa unión, nació Pan, con cuernos retorcidos y patas peludas con pezuñas. Hermes no sabía que Pan era su hijo, hasta que un día éste, le confesó que así es, porque así se lo contó su madre. Cuando Hermes recordó que se transformó en macho cabrío para pasar desapercibido entre las cabras y violar a Penélope, reconoció a Pan como hijo. Los rapsodas recogieron así su encuentro:

Hermes:

— ¡Por Zeus! Ahora me acuerdo de haber hecho algo parecido. Entonces, ¿va a resultar que yo, que tanto presumo de mi belleza y que encima soy todavía barbilampiño, voy a ser llamado padre y provocar la risa de todos por haber tenido una descendencia tan hermosa?

Pan:

— De todos modos, yo no te voy a deshonar, padre, pues soy músico y toco el caramillo con mucha sonoridad y Dioni-

sio no puede hacer nada sin mi ayuda, además me ha nombrado compañero y miembro de su cofradía y director de sus coros...

Hermes:

— Dime, Pan, porque creo que ése es tu nombre, ¿Te has casado ya?

— No me he casado todavía, padre, pues soy muy enamorado y no me conformaría sólo con una.

Hermes:

— Evidentemente, metes mano a las cabras.

Pan:

— ¡Te estás burlando de mi! Yo hago el amor con Eco, Pitis y todas las Ménades de Dionisio y soy muy solicitado por ellas.

Hermes:

— Hijo mío, ¿sabes cuál es el primer favor que puedes hacerme?

Pan:

— Manda, padre; sepamos de qué se trata.

Hermes:

— Acércate y abrázame, pero procura no llamarme padre cuando alguien lo oiga. <sup>237</sup>

Luego les conté mis aventuras con el Rey Midas, Dionisio y Sileno y les dejé a todos con la boca abierta. Aquella noche olvidamos todas nuestras diferencias y hasta Kamufet, que hasta hacía poco tiempo no podía creer que un hombre

---

237 Diálogo de los Dioses. Luciano de Samósata, nacido en Siria en el siglo II.

despreciara los más altos cargos, tuvo el atrevimiento y la nobleza de reírse de sí mismo y de Neferites II.

Cuando cogí de la mano a Nefer y la dije que la iba a enseñar una danza que nunca olvidaría, Kamufet rodeó con su brazo la delicada cintura de Mer y, tras despedirse con bellas palabras, subió las escaleras sin dejar de besar a su amada.

Por fin, solos después de tanto tiempo, Nefer y yo nos levantamos y, como siguiendo los pasos del único dios que existe, nos detuvimos en el centro de la sala y contemplamos el milagro de cómo se atraían nuestros cuerpos. Noté que su corazón latía y mi sangre ardía. Lenta, lentísimamente, desaté la cinta de su túnica, que se deslizó por su piel mostrando secuencialmente la desnudez de sus pechos primaverales, vientre, pubis y menudos pies. Sentí un estremecimiento, como si Eros clavara miríadas de dardos en mi corazón. Ella también deshizo los nudos de mi túnica y, cuando ya ninguna barrera se interponía entre los dos, empecé a enseñarla una danza de movimientos suaves al tiempo que parecía que nos salían alas que nos llevaban al paraíso. En ese momento, me creí hombre y, profundamente enamorado, la besé en los labios, encontrando un fuego y una dulzura tan maravillosa, que hubiera permanecido así el resto de mi vida. La acaricié y me acarició. Y bailamos mucho, mucho tiempo, hasta que, sin despegarnos, nos tumbamos en el suelo y nos preparamos para consumir nuestro matrimonio.

Cuando ella abrió las piernas como un ángel para recibir mi amor, mi entusiasmado y feliz pez rojo buscó el cálido estanque donde crece la semilla y sus branquias se dilataron para llegar al fondo de la creación.

Ahora yo sólo quería tenerla a ella, y ella a mí. ¡Qué felices éramos en aquel momento de pasión! Nefer, te quiero más que a mi vida— la dije— y, en ese momento, sonaron unos golpes en la puerta que cayeron en nuestros cuerpos como

un jarro de agua helada. ¡Qué pasa, Fritz! ¡Qué pasa! Me decía Nefer cubriéndose apresuradamente con su túnica.

Me vestí con lo esencial y fui a ver lo que ocurría. En la calle se percibía el calor de un inmenso pesebre. Malhumorado, abrí la puerta para despedir a aquella turba y me encontré con un espectáculo abrumador, inverosímil, desquiciante.

Ví a Nectanebo y a Teos arrodillados y detrás de ellos, besando el suelo, a innúmeras tropas griegas y egipcias.

— ¡Gran Visir!— dijo Nectanebo—. Pir—o—iti ha proclamado hoy que, cuando emprenda la travesía oceánica en la barca solar, tú serás su sucesor. Venimos a reconocer tu ascendencia divina. Cuando llegue el día señalado, recibirás el nombre de Neferites III.

Nada más pronunciar esas palabras, todos los guerreros batieron sus espadas contra sus escudos y gritaron con un clamor que se elevó hasta el cielo:

¡Salud al Ojo de Horus! ¡Que Egipto y todos sus habitantes alcancen la inmortalidad con la valentía que mana de Fritz, hijo predilecto de Amon—Ra, cuyo poder descendió hoy al corazón de Mendes!

Levanté el brazo derecho con la palma abierta, que parecía tocaba la luna llena, y se hizo un silencio espectral. Luego dije elevando todo lo que pude el tono de voz:

— La primera orden que os doy es que os vayáis inmediatamente a vuestros cuarteles. Y tú ¡Nectanebo! ¡Encabeza la marcha con el ceremonial que merece la ocasión, pero sin hacer demasiado ruido!

Los dioses

no deben de ser molestados

cuando envuelven el día  
con su manto estrellado.

Nectanebo acató inmediatamente mi mandato y, tras hacer una señal a su hijo, soldados y mercenarios se replegaron con la disciplina que imprime carácter a los vástagos de Ares.



Me levanté con un excelente estado de ánimo y dispuesto a iniciar una nueva etapa en mi vida. La noche anterior había dado a Nefer un suave somnífero y, cuando me marché de casa, dormía profundamente. A veces, cuando las preocupaciones no se van solas, hay que acudir a Asclepios y utilizar un buen fármaco para que la mente descanse. Sé que eso va en contra de la medicina natural pero no siempre —para ser estrictos con ese principio— vamos a acudir al vino antes de tumbarnos a la cama para que el joven Hipnos nos toque la frente con su ramita. Sé —gracias a mi agudo sentido de la observación— que dormir bien por las noches es la clave para alcanzar la longevidad y superar en años al propio Titono.<sup>238</sup>

El cielo estaba azul y las blancas casas de Mendes parecían tan vivas como las palmeras de sus patios de tierra rojiza. Las mujeres sacaban agua de los pozos, los barrenderos recogían la basura, la policía empezaba la ronda diurna tras dar de comer a los guepardos y las burras iban de un lugar a otro rebuznando con sus mercancías a cuestras. Multitud de olores inundaban la nariz, los oídos se abrían ante las pisadas y las voces. La ciudad, otra vez, había despertado para asombro y regocijo de los mortales.

---

238 Titono era el hermano mayor de Príamo. La diosa Aurora, enamorada de él, lo raptó y se casó con él. Luego pidió a Zeus la inmortalidad para su esposo, a lo que éste accedió, pero no la eterna juventud, lo que no hizo por olvido.

Al tiempo que conducía mi carro de caballos, buscaba en mi mente una historia que no sólo fuera entretenida, sino que encerrase también una moraleja que mis alumnos recordasen toda la vida. ¿Qué mejor forma de despedirse que haciendo un alegato sobre la generosidad o la entrega desinteresada de algo que nos sobra y los demás necesitan? Sí, ya estaba decidido. Iba a terminar mi última clase hablando de Afrodita. De la diosa que me puso un nombre y me dio una nacionalidad.

Esa decisión me dio alas y aceleré la carrera hasta llegar a la Casa de la Vida. No os voy a contar cómo me recibió la guardia real a la entrada de palacio porque eso es fácil de imaginar. Yo no soy de las personas que cultivan su vanidad y, por eso, trato de comportarme siempre con la mayor sencillez y cuido mi lenguaje.

Subí alegremente las escaleras, abrí la puerta del aula y, nada más verme, todos los alumnos se arrodillaron y, no se levantaron, hasta que les pedí, mejor dicho les rogué, que se sentaran.

— Esta es mi última clase—, les dije sin alargarme en explicaciones.

Luego, hice una pausa, dejé que el silencio creciera como la noche, y continué:

— No prestéis oídos a todo lo que se diga de mí. La lengua de los seres humanos se mueve con facilidad, es un órgano dulce y peligroso. No confiéis demasiado en las palabras pronunciadas para halagar a los hombres. ¡Escuchad a vuestro corazón y no os hará falta estudiar ni griego ni ningún otro idioma!

Cuando los alumnos me escuchaban ensimismados, les conté la historia de Faón y Afrodita:

*Faón era un viejo, pobre y feo que trabajaba como barquero en la isla de Lesbos. A su edad ya sólo esperaba la llegada de la*

*muerte y no tenía ningún apego por las cosas de este mundo. Sin embargo, al contrario de muchas personas —que se hacen más miserables con el paso de los años— Faón amaba lo que hacía y no se fijaba demasiado en la recompensa que recibía. Un día apareció Afrodita, transformada en una anciana de aspecto deplorable, y le rogó a Faón que le transportara en su barca a cambio de una pequeña conversación, ya que la palabra era lo único de valor que tenía. El viejo se dio cuenta de que aquella mujer era mucho más pobre que él y decidió llevarla sin cobrar ni un solo óbolo de bronce. Sin dudarle dos veces, ayudó a la anciana a subir a la barca y, con un comportamiento propio de un sabio, la trató con la máxima cortesía y ni se le ocurrió hacer mención al peaje. Afrodita, conmovida por su generosidad, le regaló la eterna juventud y le convirtió en el hombre más bello y deseado de la Tierra. Todas las mujeres de la isla se enamoraron profundamente de él, incluida la propia Safo.*

Esa es la verdadera historia de Faón y Afrodita. Hay otra versión que contó Safo, pero que es totalmente falsa. La poetisa escribió en sus versos que Faón era el hombre más hermoso del mundo y que todas las mujeres se enamoraban de él, incluso Afrodita que, tras ser rechazada por ese Apolo, se suicidó lanzándose desde la roca de Léucade<sup>239</sup>. Eso nunca ocurrió porque Afrodita vive. Yo soy testigo de sus apariciones y conozco, incluso, el olor de sus perfumes. Debo aclarar que Safo inventó esa leyenda como metáfora de una decepción amorosa que tuvo con una de sus alumnas. De forma alegórica, Safo se identifica con la diosa que se suicida por el desprecio de Faón, quien no es más que su discípula.

He comprobado ¡queridos alumnos y alumnas! que la generosidad es una de las pocas cosas que eleva al ser humano y es grata a los dioses. El corazón que pesa poco conoce las claves de la eterna belleza y juventud. Y no le tiene miedo ni a

---

239 Desde esa roca de la isla de Léucade se suicidaban, al parecer con cierta frecuencia, los enamorados que eran rechazados por sus amantes.



la vida ni a la muerte. Sed generosos y no olvidéis que todos, incluso los que tienen carne de oro y huesos de plata, algún día necesitarán que un anciano les recoja y les lleve a la otra orilla.

— La clase ha terminado— les dije— hoy necesitaba expresarme en vuestra lengua porque quería que todos me entendierais. Otros profesores de griego vendrán, seguro que mejores que yo, y acabaréis respetando el legado de los antepasados.

Dejé lentamente, con pasos de tortuga, mi cálamo, mi paleta y mis rollos de papiro en las estanterías ordenadas junto al mural de Thot y agregué:

— ¡Podéis marcharos! Ahora mismo voy a informar al faraón de que mi trabajo en la Casa de la Vida ha concluido.

Los príncipes, con Teos a la cabeza, se arrodillaron tocando con la frente el suelo y yo les respondí con una profunda reverencia que convirtió aquella despedida —en contra de mi voluntad— en un ceremonial sagrado.

Salí de la Casa de la Vida, donde reinaba un silencio de ultratumba, y añoré el griterío y travesuras de los pequeños que se reían de mi cuando intentaba utilizar palabras cultas. Ahora se habían quedado huérfanos, al igual que yo, y tendrían que buscar un camino sin puntos de referencia en una época en la que todos los oráculos anunciaban lo peor.

Había cambiado mis planes de la noche a la mañana. Hoy iba a hablar con Neferites II, en vez de hacerlo al día siguiente, y le iba a rogar que me dejara partir con mi mujer para establecerme en un oasis y fundar una familia. Tenía el discurso preparado. Era muy sencillo, imitando a Sócrates iba a intentar convencerle de que formase un gobierno de sabios: Convocando en todos los nomos de Egipto a personas de probada rectitud, jóvenes y ancianos, se crearía una especie de Asamblea que aconsejaría al faraón en los

asuntos de Estado más importantes. Para eso, claro, tendría que hacer una criba en la actual administración, apartar a las sanguijuelas, y poner en su lugar a hombres de rostro sereno y mirada tranquila que supieran separar, con manos que no despiden el tufo de los talentos<sup>240</sup>, la paja del trigo.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me daba cuenta de lo que pasaba a mí alrededor. Si un árbol hubiera caído ante mis narices, no habría hecho nada para evitar el golpe. Totalmente ciego, lo único que quería era presentarme lo antes posible ante el faraón, decirle todo lo que tenía que comunicarle y regresar a casa, despertar a Nefer y llevarla conmigo al oasis.

Subí la escalinata de la Sala del Trono y me encontré con las puertas abiertas de par en par. Dentro había mucha gente visiblemente agitada que se tapaba los ojos. También había grupos de altos dignatarios en las terrazas con la mirada puesta en la lejanía.

— ¿Qué pasa?— le pregunté a una cortesana que inesperadamente se sentó de cuclillas.

Al no recibir ninguna respuesta, me abrí paso en una de las terrazas y, de repente, volví a la realidad. En uno de los estantes se veía una mancha roja y un cuerpo que aún luchaba para no morir. Nectanebo estaba apuñalando a Neferites II y nadie levantaba un dedo para salvarle. Sólo me dio tiempo a ver cómo se ahogaba el faraón y su asesino le dejaba flotando en su propia sangre.

Cuando me disponía a bajar para rescatar el cuerpo de Neferites II, una mano me tocó el hombro y escuché una voz:

---

240 En este caso se cita a la moneda griega.

— ¡Detente! Si quieres salvar tu vida y la de Nefer, huye cuanto antes de Mendes y desaparece para siempre de Egipto.

— ¡Kamufet! — le dije—, dime que eres inocente, que no tienes nada que ver con este magnicidio.

—Ya has escuchado mi consejo. Dentro de muy poco tiempo ya no podré ayudarte. Vete, no hagas más preguntas y protege a Nefer. Esta misma noche Nectanebo<sup>241</sup> va a ser coronado. Lo primero que hará es acabar con todos sus enemigos.

En ese momento me acordé que Nefer se había quedado profundamente dormida a causa de mi somnífero y, presa del pánico, decidí regresar inmediatamente a casa pensando que alguien podría quitarle la vida.

Lancé una mirada de desprecio a Kamufet y salí corriendo —con el mismo horror que debió sentir Petosiris cuando fue al hogar de Leila—, hasta que llegué al carro, arreé con furia los caballos y levanté una espesa nube de polvo atravesando Mendes con la única idea de socorrer a mi amada.

Por el camino tuve un encuentro que me desconcertó. Al doblar una esquina apareció en medio de una cegadora luz la diosa Atenea ofreciéndome una espada en una bandeja de plata.

---

241 Nectanebo I (nombre griego) Najtnebef (nombre egipcio) fue el primer faraón de la dinastía XXX, del periodo tardío. Gobernó durante 17 años (378—361) tras tramar una conspiración para asesinar a Neferites II. Su reino marcó el último periodo de prosperidad de Egipto, debido al fomento del comercio con Grecia y Oriente. A su muerte le sucedió su hijo Teos (361—359 a.C.) Esta dinastía, la última autóctona, termina con Nectanebo II (359—341 a.C). En la dinastía XXXI, también llamada segunda dominación persa, gobernaron Artajerjes III (341—338 a.C). Arsés (338—336 a.C) y Dario III (336—333) quien fue derrotado por Alejandro Magno en la Batalla de Issos.

— ¡Fritz, ha llegado la hora de matar! ¡Coge este regalo de tu padre!— me dijo Atenea, la de glaucos ojos, elevando el arma con las dos manos como si fuera un objeto sagrado.

Agité las riendas, declinando el regalo de la diosa, y continué mi enloquecida carrera hasta llegar a las puertas de la casa de Mer.

Subí las escaleras con alas en los tobillos y me abalancé sobre el lecho de Nefer que todavía seguía tomando la adormidera en la mano del viejo Morfeo. Agité suavemente su cuerpo y poco a poco se despertó saliendo del Eegretos Hypnos<sup>242</sup>:

— ¿Qué ocurre Fritz? ¿Ha pasado algo grave? Te veo ansioso y preocupado. ¡Habla, amor mío!

— ¡Nefer! ¡Vístete rápidamente! Tenemos que marcharnos ahora mismo. Han asesinado al faraón Neferites II y me temo que a estas horas Nectabeno I estará poniendo precio a nuestras cabezas.

Mi mujer dio un salto de la cama y me abrazó. A continuación, se puso una sencilla túnica y me dijo:

— ¡Vamos, no necesito nada más!

Mientras bajábamos los escalones a gran velocidad nos encontramos a Mer, quien, desconcertada, se dirigió a nosotros con estas palabras:

— ¿A dónde vais con esa cara de espanto? ¿Se ha declarado la peste en Mendes?

— ¿No sabes lo que ha ocurrido, Mer?— le pregunté visiblemente confundido.

— ¡Por Amon!— dime que pasa—, inquirió.

---

242 Eegretos hypnos: Sueño profundo.

— ¡Pregúntaselo a Kamufet! —le contesté—. Tu amante tendrá un gran futuro en la corte de Nectanebo I. Y tú una vida larga y dulce, pero nosotros ¡Querida Mer! tenemos que huir antes de que veas como nos arrojan, tras decapitarnos, a los cuervos.

Cogí a Nefer de la mano, la llevé hasta el jardín vigilando a diestro y siniestro y luego, tras asegurarnos que nadie nos seguía, subimos al carro. Mientras iniciamos el camino a trote, le conté mi plan:

— Tenemos que deshacernos del carro y quedarnos sólo con los caballos. Luego vamos a cruzar El Nilo en una embarcación de pescadores y viajar en dirección al sur siguiendo el curso de los canales y las autopistas del desierto. Más tarde tendremos que atravesar el Mar Rojo y arribar a las costas de Arabia. Desde allí nos espera un largo recorrido por tierra hasta llegar a Grecia. Es imposible intentar huir por El Delta, la zona está infectada de mercenarios y policías.



Fue fácil contratar una embarcación. Aún no se había publicado una orden de búsqueda y captura contra nosotros y el barquero, al ver mi moneda de plata, nos trató con gran sumisión y amabilidad. Amarró a su barco una gran balsa con defensas donde se acoplaron los caballos e izó las velas aprovechando un viento favorable.

Poco a poco, Nefer fue tomando la iniciativa y, cuando llegamos al embarcadero de la otra orilla, me dijo que no era conveniente hacer “la ruta de los cuarenta días”<sup>243</sup> a caballo, pues había que pasar muchos tramos de una gran dureza y lo más apropiado era viajar en camello<sup>244</sup> y con un guía.

---

243 Esa ruta se realizaba a través de los oasis del Sáhara.

244 Los persas introdujeron los camellos en el siglo VII a.C.

— ¿Es necesario un guía?— la pregunté temiendo que el azar nos pusiera en manos de un espía del faraón.

— Sí, Fritz— me contestó—. No existen mapas del desierto y sólo las personas que se han aprendido las rutas de memoria conocen los itinerarios y las paradas. Sin ellos, es fácil caer en una emboscada, perderse entre las dunas y morir de sed. Confía en mí, yo sé adonde tenemos que dirigirnos.

Tras montarse en su caballo, Nefer se ató una cinta plateada en la frente que despejó en ella toda sombra de cansancio y, al tiempo que arreaba a la bestia, gritó:

— ¡Fritz, sígueme!

Cabalgamos media unut<sup>245</sup> y llegamos hasta unos establos donde había toda clase de animales. En un poste un babuino comía un plátano y lanzaba miradas circulares por doquier. Varios palmos más allá dos gatitas mamaban de una loba que seguía con lánguida mirada el aleteo de un grupo de patos domesticados. De repente, surgió de una pocilga un hombre de casi doce codos de altura que vestía un simple tarrabos. Acababa de dar de comer a una piara de cerdos y salía al exterior como si nunca hubiera visto el Sol.

— ¡Preciosa Nefer! ¿Qué te ha traído por aquí?— dijo acercándose a mi esposa, quien empezó a abrazarle con la pasión de las personas que han nacido en tierras cálidas.

— ¡Amadísimo Sbiumeker! necesitamos tu ayuda— respondió Nefer jadeando—. El faraón Neferites II ha sido asesinado y su sucesor Nectanebo quiere borrarlos de la faz de la tierra.

— ¿Pero qué habéis hecho? ¿No estaréis implicados en la muerte de Neferites?— inquirió el gigante mientras acariciaba, intentando tranquilizarla, el cabello de mi esposa.

---

245 Unos treinta minutos.

— Nada de eso. Tenemos las manos limpias de sangre— respondió Nefer.

Luego resumió a grandes trazos todo lo que había pasado y el episodio en el que Neferites II anunció que yo ceñiría la doble corona:

— Eso le hizo perder la razón— agregó—. Ahora está loco, su corazón destila odio y busca venganza.

Sbiumeker empezó a mostrar grandes señales de preocupación y, poniéndome una mano encima del hombro, dijo:

—No hay tiempo que perder. Tenéis que marcharos ahora mismo.

Luego miró a su alrededor y gritó:

—¡Reshed, donde estás! ¡Ven rápidamente!

En un abrir y cerrar de ojos apareció un joven de extraordinaria belleza quien se inclinó ligeramente ante Sbiumeker apoyando la mano sobre la rodilla.

— Debes conducir a mi hija adoptiva y a su marido hasta Tebas bordeando la ciudad por los desfiladeros calcinados. Después, una vez que hayáis atravesado el valle de Leucos, déjalos en el puerto de Limen y ayúdalos a encontrar una embarcación para que crucen el Mar Rojo.

El joven hizo un gesto con la mano dibujando un extraño jeroglífico en el aire y se fue a un establo donde mugía una camella a la que acababan de ordeñar.

— Reshed os conducirá hasta Limen— explicó Sbiumeker—. Tiene una memoria prodigiosa y desde niño ha viajado con todo tipo de caravanas. Es valiente y precavido y nunca da un paso en falso. Podéis confiar en él. Ama el desierto y los animales, aunque rehúye el contacto con los humanos desde el día en el que el alcalde de la aldea en la que nació ordenó que le cortasen la lengua tras descubrir que su hija —de ape-

nas doce años— se estaba enamorando de él, pues poseía, además de un atractivo sin igual, el don de la bella y florecida palabra.

Luego miró con ternura a Nefer y me dijo —entremezclando alguna palabra griega para demostrar que no era un hombre común—:

— Cuídala al precio que sea, es el tesoro más hermoso que posee Egipto.

Salió Reshed con tres camellos a los que llevó a beber a un pozo del patio. Mientras los rumiantes acumulaban provisiones<sup>246</sup>, Sbiumeker daba algunos consejos a Nefer e insistía en que hiciera caso, a ciegas, en todo lo que le indicara el guía. Luego, nos pidió que le esperásemos y, tras entrar en su vivienda, salió con dos amuletos de la suerte. Uno era de color azul turquesa y representaba a un escarabajo, el otro parecía una moneda y en su centro se veía el ojo de Horus.

— Este es Khepri, el que arrastra al Sol al amanecer— dijo colocando el collar, con el coleóptero de acusadas mazas, en el cuello de Nefer. Y éste, la luz del Halcón, llévalo siempre, tiene poderes prodigiosos —remató— haciendo lo propio conmigo.

Nos acompañó hasta los camellos. Reshed golpeó suavemente a los cuadrúpedos con una varilla y éstos se arrojaron mostrando su magnífica montura echa con maderas aromáticas. Su guarnición estaba protegida con pieles de cordero a las que llegaba el eco del manantial que fluía en las entrañas de la bestia. Sus riendas se asemejaban a cuerdas de oro, lo que traía el desierto, con sus oasis, a la memoria.

Sbiumeker quiso ayudar a Nefer a subir pero ésta de un salto se montó en la silla del animal. Yo abracé a aquel hombre que ante mis ojos cobraba la altura del coloso de Rodas e

---

246 Los camellos pueden beber de una sola vez hasta ochenta litros de agua.



hice un gesto para comunicarle que le debíamos la vida. Reshed permanecía inmóvil sobre su camello y evitaba mirar a los ojos de su dueño.

En ese instante, Sbiumecker hizo un movimiento que me recordó a los héroes homéricos y, cual reencarnación de Héctor, golpeó sin miedo en la grupa de los camellos que salieron encabritados.



## IX

Vivir con miedo  
con la carcoma picoteando la incertidumbre en la mirada.

Hundir nuestra vulnerabilidad  
en las heces de la locura.

Huir para no morir  
con el estigma del asesino  
que sólo robó un sueño.

Callarse  
cuando la palabra se aparta  
en cestos de lenguas cortadas.

Escapar a la venganza del tirano  
ya lleve forma de cisne o de paloma.

Cantar en los días de fiesta  
para alegrar al patrón que engrasa las galeras.

Disparar cien flechas contra el Sol  
esperando que se apague  
y así poder palpar la noche infinita y estrellada.

Correr, subiendo y bajando montañas  
en busca del astro  
que se aleja después de horadarte el corazón.

Quemarte el alma  
como una hoja de papel  
que todavía huele a árbol.

Huir para vivir  
prestando tus brazos a la noria  
que aplasta a los parias  
que nacieron sin mirada.

Saber que vivimos  
en el mayor mercado de esclavos del universo  
y celebrarlo  
con eternas mascaradas.

Saber que ya no hay manos  
en los campos de trigo  
y que la guadaña se lleva en el bolsillo.

Que el halcón tiene asma  
y que los ciervos ya no huyen  
porque están cansados de volar.

Que las mariposas  
se han hecho submarinas  
transparentes  
invisibles  
y juegan a convertirse en hielo  
en los bosques de estalactitas y estalagmitas.

Vivir, vivir la noche del desierto  
con la esperanza sangrando en un costado.

¿Habéis viajado por la noche en el desierto?  
¿Conocéis la soledad de un cielo sin límites?

¿Habéis vivido el vértigo de sentir, cuando estáis tumbados, que el firmamento está abajo y no arriba?

¿Habéis conocido el abismo de la desnudez total cuando nada tiene sentido y sólo un beso o una gota de agua evita que pierdas la razón?

¿Habéis experimentado el miedo al vacío cuando las estrellas fugaces os atraviesan el corazón como invisibles agujas de hielo?

¿Habéis llorado en las noches sin fin cuando desaparecía la Estrella Polar?

¿Habéis escuchado la voz de Yahvé cuando las dunas se tragan todo signo de vida y las tormentas de arena te ametrallan el cuerpo dejándolo a merced del siroco?



Reshed tocaba la flauta. Su música era pura y todos la entendíamos. Digo todos, porque a veces algún pájaro se posaba en las jorobas de los camellos, se quedaba como dormido y, al despertar, cantaba y emprendía un cadencioso vuelo de arpegios que trazaba resonantes arcoiris.

A varios iterus<sup>247</sup> de Mendes, nos desviamos de los caminos conocidos y nos adentramos en el desierto libio. Al este quedaba la ciudad de Arthribis, que marca la frontera del Delta en la parte sur, donde el paisaje y la vegetación van cambiando gradualmente hasta llegar a los palmerales que separan El Nilo del Sahara. A los dos días de nuestra partida, nos encontrábamos a la altura de El Fayun y, aunque Nefer y yo tuvimos la tentación de acercarnos de noche al Lago Moeris, que no está muy lejos de Cocodrilópolis, Reshed no dio su brazo a torcer y nos condujo por las rutas que ya había marcado Mnemosine.

Me causó una fuerte impresión abandonar el Delta y entrar en el desierto del que nadie regresa si los mapas de la mente arden por un descuido de la memoria. El silencio es algo que se te mete en el cuerpo y te obliga a cerrar la boca, a no ser que tengas que comunicar algo necesario o esencial.

---

247 Iteru: 10,5 kms.

Los ojos, la nariz y el oído cobran dimensiones cósmicas y se pueden percibir hasta los terremotos que se producen en otra parte del mundo. En el Sahara llega un momento en el que todo parece sagrado, incluso las nubes, los escorpiones y los escarabajos. Si valoras en algo tu vida, te dejas llevar por los inteligentísimos y duros camellos, unidores de pueblos y continentes. Esos rumiantes leen los pensamientos de los conductores que aman la piel de la tierra y huelen el agua a distancias asombrosas.

Cuando Reshed me ofreció un pellejo de agua y se lo rechacé, se mostró confundido y me dio la espalda como si le hubiera despreciado. Yo reaccioné inmediatamente para ganarme su amistad, pues no era sensato ocultar mi identidad a un hombre con el que íbamos a compartir tanto tiempo y del que dependía nuestra vida. Cuando iba a revelarle mi secreto, cambié rápidamente de opinión y le dije:

— ¡Amadísimo Reshed! no necesito beber agua porque no soy del todo una persona. En Grecia hay muchos individuos como yo que no nacieron de una pareja humana. No creas que todos los países del mundo son igual que Egipto. En Europa la mayoría de los dioses se transforma en animales para seducir a mujeres hermosas con las que conciben hijos con cualidades sobrenaturales. Luego hice una pausa, apoyé un dedo en la sien y continué:

Pues bien, mi padre celestial, que no se quién es, tomó el aspecto de un camello para copular con una ninfa semidivina que en Samos bailaba la danza del minotauro. Cuando ésta sacaba agua de un río, una ligera brisa le levantó la túnica dejándola las nalgas al descubierto. Mi progenitor, sediento de lujuria, fue corriendo hacia a ella para ultrajarla y, estaba tan ciego, que no se dio cuenta de que la doncella puso en su lugar a una camella. Cuando la camella parió, nací yo con la forma que tengo que, como verás, se parece a la de un hombre, cosa que es del todo falsa. Soy medio dios y medio

animal y, debido a mi origen, las cualidades de los camellos se multiplican por mil en mi persona. Entre otras cosas, puedo estar hasta seis meses sin beber agua.

Reshed debió pensar que era la viva reencarnación de anoia y tryphe<sup>248</sup>, e ignorándome, volvió a tocar la flauta. Nefer, que ya conocía mi historia, se quedó fascinada con mi capacidad de fabulación o, por lo menos, así me lo pareció a mí.

— ¡Fritz! ¿Cuál de las dos versiones es la auténtica?— me dijo con una sonrisa al tiempo que anochecía y nos acercábamos al pequeño oasis de Bahariya, donde había gente que jamás había estado en las ciudades que bordean El Nilo.

Fue maravilloso bajar de los camellos que, en contra de lo que yo pensaba, hicieron caso omiso de un abrevadero donde saciaban la sed un par de burras y se tumbaron en el lugar que Reshed les indicó tras tragarse una docena de moscas.

Nefer me contó que en invierno los camellos pueden estar hasta dos meses sin beber agua debido a su fascinante metabolismo.

— ¿Y en verano?— la pregunté rápidamente.

— En verano sólo pueden aguantar hasta una semana sin beber, cinco días si el clima es sofocante. Si hace mucho calor se deshidratan y sus jorobas se encogen. Esto se debe a que el hidrógeno de sus tejidos se libera para mezclarse con el oxígeno, a través de una fascinante alquimia, con lo que el animal produce agua en su interior. Si repite muchas veces esa operación y sus gibas se reducen demasiado, entonces se mueren. Es fácil ver osamentas de camellos en el desierto.

— ¡Impresionante!— me limité a contestar.

Y, como Reshed no intervino, me creí todo lo que me dijo, aunque en el resto del viaje no pude dejar de comprobar si las

---

248 Anoia: locura. Tryphe: irreflexión.



jorobas de los camellos crecían o menguaban, ya que estaba obligado a asegurar el éxito de nuestra travesía.

Nuestro joven guía nos pidió que nos cambiáramos de atuendo y, aprovechando la oscuridad, nos pusimos, detrás de unas palmeras, una comodísima ropa de lino color arena, sendos nemes de la misma tonalidad y un pañuelo que sólo dejaba los ojos al descubierto.

Después Reshed me solicitó, trazando dibujos en el aire, que les atara las manos y les tratara como si fueran esclavos, pues, a su juicio, esa era la mejor forma de engañar a los habitantes del oasis.

Aprovechando los conocimientos que adquirí en El Pireo, les hice varios nudos marineros en las muñecas e intenté tomar el aspecto de un despiadado traficante de esclavos para lo cual me fue muy útil imitar los ademanes de los sacerdotes del templo de Amon.

Luego el muchacho hizo un gesto con la nariz —que Nefer pareció comprender al instante— y dibujó una flecha con el pie derecho indicando que había llegado la hora de entrar en aquella población.

— Fritz debes alojarte en alguna de las posadas que hay destinadas a los jefes de las caravanas. Reshed y yo dormiremos en un establo cerca de los camellos.

Como es natural me desagradaba la sugerencia de Nefer, pero algo en mi interior me decía que ese no era el momento para hablar de la dignidad humana. Y, con ese pensamiento, entrelacé a los tres camellos y lo mismo hice con Nefer y Reshed.

Así, con la mano izquierda llevaba —agarrando de las riendas del camello que iba a la cabeza— a los rumiantes y, con la derecha, con un cordel de papiro, a mi amada y al joven guía.

Tras caminar unos cinco jet<sup>249</sup> me encontré un riachuelo y un pequeño puente de madera desde el que se veía un conjunto de aldeas. Me dirigí a la que yo consideraba la principal, pues estaba más iluminada que el resto. No se diferenciaba mucho de Ippeknutu, pues su diseño parecía que seguía un patrón de arquitectura común en Egipto.

A la entrada me vinieron a recibir un grupo de personas que se peleaban por ofrecerme el mejor hospedaje.

Escogí a una gruesa mujer que rebosaba optimismo, salud y confianza. Tenía unos senos enormes y un rostro anaranjado que se iluminaba cuando se acercaba a la barbilla la antorcha que llevaba en la mano derecha. Nada más hacerla un gesto, tomó las riendas de los camellos y me preguntó si necesitaba que alguien se hiciera cargo de los esclavos. El resto de los posadores observó la escena con los hombros caídos y se retiró.

—No gracias— la dije—, yo mismo arrastraré a estos malditos hasta las pocilgas donde dormirán con los cerdos.

La mujer me miró un poco asustada y, cogiendo aire, se atrevió a decir:

—¡Por Amon! Tenga un poco de compasión con ellos, hasta las bestias necesitan de una noche de paz y amor.

—¿Cuál es tu nombre y cuánto cobras?— le pregunté.

Ella me observó fijamente, como intentando leer mi mirada, y respondió:

—Puedes llamarme Maat, aunque los amigos me llaman Maaty. Soy una mujer honrada y trato muy bien a mis clientes. El precio de tu habitación, que es una de las mejores del oasis,

---

249 Unos 262 metros. Un jet equivalía a 52,3 metros.

vale algo menos de un *seniu*<sup>250</sup>. Por un *seniu* cubrirás todos los gastos, incluyendo el refugio de los camellos y los esclavos.

—Me parece razonable— contesté—, y luego me fui al establo de la posada donde até a Nefer y a Reshed a un poste que sobresalía entre un suave montículo de paja.

Maat amarró a los camellos en un cobertizo contiguo a cuya entrada jugaban a los dados tres o cuatro campesinos. Éstos, que estaban sentados sobre varias esteras de bambú, bebían cerveza en toscas jarras de barro y comían un fino y redondeado pan blanco en cuyo centro había miel y dátiles. Los amigos doblaban el pan, convirtiéndolo en un rollo, y lo saboreaban con apasionada delectación. Hablaban en voz alta, como si todos los habitantes de la aldea estuvieran sordos, y uno de ellos, que parecía ser el líder del grupo, les dijo:

— Os voy a contar una historia escalofriante ¿Sabíais que el nuevo faraón ha prendido fuego a todas las palmeras<sup>251</sup> de un jardín cercano a la Casa de la Vida? Dicen que en un ataque de locura, ha jurado vengarse de todos sus enemigos y convertir, si es necesario, el propio desierto en un infierno. Cuando terminó de quemar la última palmera gritó: ¡Hay que dar muerte al griego!

— ¡No nos conviene entrar en guerra con los griegos!— exclamó un hombre delgado de nariz prolongada y de sensuales y carnosos labios de cuyo reborde inferior colgaba un llamativo pendiente plateado en forma de media luna. Si no fuera por los mercenarios —agregó— ahora los persas estarían saqueando nuestras casas y violando a nuestras mujeres.

— ¡Qué importa que el faraón sea egipcio, griego o persa! Todos son de la misma calaña—, le respondió el Hermes lo-

---

250 Un *Seniu* equivalía a 9 g. de plata.

251 Quemar una palmera, en un país en el que más del noventa por ciento era arena, se consideraba un gran sacrilegio. Un desafío a los dioses. Una declaración de guerra.

cal, que esa misma tarde acababa de enterarse de lo sucedido a través de una paloma mensajera.

Mientras los congregados seguían hablando acaloradamente sobre el suceso me acerqué al cobertizo y saqué de las alforjas de los camellos frutos secos, queso de cabra, pescado ahumado y agua. Volví a entrar en el establo y, tras aflojar los nudos de los cautivos, besé a mi amada y les deseé que tuvieran un dulce sueño.

En la habitación, repasé con la mente todo lo que me había ocurrido durante los últimos meses y me consideré un ser con baraka. Había logrado escapar con vida, estaba con la mujer más encantadora del mundo y la fortuna nos había puesto a un guía que nos llevaría a las orillas del eternamente soñado mar de la libertad.

¿Cómo recibirá Platón a Nefer? me preguntaba. ¿Se hará amiga de Clítia? ¿Tendrá celos de ella? ¿Qué reformas debo hacer en la Casa Azul para que se sienta más cómoda? ¿Qué pensará Afrodita cuando la vea embarazada? ¿Amará Atenas igual que yo o no podrá dejar de pensar en Egipto? Con estas reflexiones me quedé poco a poco dormido y tuve un sueño rarísimo que no se parecía nada a las experiencias de mi vida real:

*Estaba sentado con los hombres que había visto jugar a los dados y, mientras todos bebían vino y comían aceitunas en un ambiente festivo, yo sentía un hambre como jamás había conocido. En ese momento se acercó un personaje vestido con un traje asiático<sup>252</sup> y, con gran amabilidad, me ofreció unos pepinos<sup>253</sup> para comer. Yo saboreé aquel fruto pulposo*

---

252 En los manuales de interpretación de sueños de los egipcios, la aparición de una persona vestida de asiático indicaba que algo se iba a perder en el futuro.

253 (Idem). Comer un pepino significaba que iban a aparecer dificultades en el camino.

*y rápidamente me entró un horrible dolor de vientre. Luego me calmé, me froté con una mano, haciendo círculos suaves alrededor del ombligo, y mi mente se sosegó. Luego vi a Nefer jugando a la pelota en un jardín. La esfera atravesó el aire sobrevolando un pequeño muro de piedra y ella lo saltó. Cuando iba a recoger la bola, alzó la vista y se encontró frente a frente a un enano<sup>254</sup> al que no pudo dejar de mirar a los ojos.*

En ese momento empecé a sudar y algo —una especie de sabor amargo que me hizo sentir náuseas y ganas de vomitar— me desveló completamente y esperé sentado en la cama, con el pulso acelerado, hasta que salió el sol. ¿Qué me habían querido comunicar los dioses en sueños? ¿Hice mal en desear la mujer del prójimo? ¿Por qué el asiático intentaba matarme dándome una planta prohibida? Otra vez me acordé de la sentencia griega que no se cansaban de repetir los actores en el teatro: Nadie se escapa a la persecución de sí mismo, y una tristeza, que rápidamente identifiqué con Thanatos —con esa criatura escalofriante que siempre acude a nosotros con una tea encendida que se apaga con el tenebroso batir de sus alas— me dejó inmóvil, petrificado, sin aliento.

Tras asearme y pagar generosamente a Maat, recogí a los esclavos y a los camellos y los conduje por el sendero que llevaba al puente de madera. El lugar estaba tranquilo y no se veía a nadie alrededor. Desaté a Nefer y a Reshed y observé una expresión de alivio en sus rostros. Mi amada —de extraordinario olfato para oler la humedad— apartó con las manos unos arbustos y descubrió, exultante, una poza con abundante agua cristalina a la que rápidamente se zambulló, tras despojarse de su vestido, con la gracia de una sirena. Reshed me pidió que vigilara y ambos se dieron un baño que me pareció que duraba mil unuts<sup>255</sup>.

---

254 (Idem). Contemplar en sueños a un enano era un mal presagio. Significa que a la persona que tenga esa visión, le será arrancada la mitad de la vida.

255 Una eternidad.

Emprendimos nuestro camino en dirección al sur y, cada paso que dábamos, notábamos como ascendía, lenta pero implacablemente, la temperatura. Las pestañas de mi se-fjaf<sup>256</sup> tomaban un color rojizo durante las horas en las que el sol abrasaba y la arena ardía cual ascuas volcánicas.

Un golpe de aire caliente me trajo a la mente la imagen de Nectanebo quemando con su antorcha las palmeras de palacio. ¡Oh Venganza! ¿Cuánto odio, asco y menosprecio hay que sentir para reducir a cenizas lo que más ama nuestra tierra? ¡Muerte al griego! ¡Muerte al enemigo! ¡Muerte al judío! ¡Muerte al palestino! ¡Muerte al que se resista a la muerte! Cuando las palmeras arden, elevan la sangre de su llama carmesí hasta el cielo azul y los cuervos vomitan tiburones de sierras coaguladas.

Creófilo, el sabio griego del que ya os hablé, una vez hizo un trabajo de campo en una aldea del Peloponeso —cuyo nombre no merece la pena ser recordado— y comprobó que dos de cada tres hombres habían deseado declarar la guerra a los que odiaban por lo menos cinco veces en su vida. Los más jóvenes, por supuesto, eran los que más se sentían atraídos por las recompensas olímpicas del dios Ares. El mal —recopiló Creófilo— resulta mucho más atractivo que el bien para la mayoría de las personas que no han tenido la oportunidad de recibir de los sabios la educación correcta. Cuando la maquinaria de la guerra se pone en marcha contra pueblos atrasados que no se inclinan ante los Lares y Penates del Imperio, la orgía es total— dice el filósofo—, pues exterminar a seres que se consideran inferiores y, encima han sido marcados como ganado, con el estigma cainista, limpia la conciencia de cualquier guerrero que ha sido sometido a un lavado de cerebro para que crea que pertenece a una civilización superior que defiende valores sagrados. Creófilo fue más lejos y descubrió que los generales que dirigen los ejércitos de la noche y

---

256 Sefjaf: Reloj de sol portátil

que bailan incansablemente en los cuarteles con prostitutas de lujo, sienten una pasión irrefrenable por la caza mayor y, cuando se emborrachan, cortan con sus espadas las trompas de los elefantes y los pechos de las vírgenes que saltan en las hogueras de napalm.

El sabio comprobó que, con escasísimas excepciones, la mayoría de las mujeres odiaba a Ares. Y eso creo que es común en casi todas partes del mundo, aunque a lo mejor me equivoco.

Yo odio la guerra, dijo una tal Lidia a Creófilo, y tengo motivos para pensar así. Mi pequeño hijo Aristides arrojó una piedra a un soldado persa y éste le disparó tres flechas en el corazón. Como el niño tenía el cuerpo muy delgado, dos saetas le atravesaron el pecho y salieron por su espalda destranzándose.<sup>257</sup>

Eso no es más que una anécdota, un episodio aislado, pero debo enfatizar que Lidia amaba al Padre de la Historia, y ha habido pocos hombres en Grecia que tanta repugnancia hayan sentido por las guerras, tanto civiles como continentales, como Heródoto

La temperatura sigue subiendo y nos encontramos ya — haciendo una línea perpendicular— a la altura de Lycópolis.<sup>258</sup> Hoy un halcón ha hecho varios círculos en el cielo, ha descendido en tumba abierta y se ha llevado en su pico a un escarabajo.

Dice Nefer que el sol del Cielo se ha unido al sol de la Tierra.

—¿Eso es bueno o malo?— le pregunté.

— No lo sé— me respondió.

---

257 El autor describe este episodio basándose en un caso real del siglo XXI. Un niño afgano lanzó en 2007 una piedra contra un soldado de la Alianza y éste apuntó y le disparó tres veces en el corazón. (Las imágenes fueron recogidas por varias cadenas de televisión latinoamericanas).

258 La actual ciudad de Asiu (Alto Egipto)





## X

Como es natural, dejamos de viajar de día y continuamos nuestra travesía por la noche. En las horas de máximo calor descansábamos en algún oasis, junto a un pozo o simplemente levantábamos una tienda de tela con varias aberturas cuidadosamente estudiadas para aprovechar las ocasionales corrientes de aire.

Reanudábamos nuestra marcha poco antes de ponerse el sol y volvíamos a acampar dos o tres unuts después de la puesta de la luna. Navegar en el barco del desierto, siempre en tinieblas, te despierta varios sentidos que tenías dormidos desde la época de las cavernas. Llega un momento en que los ojos se acostumbran a contemplar el infinito, un vacío insondable que gira lentamente abriéndose en espirales que reproducen con gélida solemnidad el nacimiento y la muerte del universo.

Desde Lycópolis pusimos rumbo al oasis de Hibis y luego giramos al este en dirección a los Colosos de Memnón. Una noche, en la que se produjo un eclipse lunar, dormimos a menos de tres mil codos de los imponentes gigantes que representan al faraón Amenhotep III <sup>259</sup> mirando hacia Oriente, El Nilo, el sol naciente.

---

259 Segundo faraón de la Dinastía XVIII. Gobernó de 1390 a 1353 a.C. Dichas estatuas que se encontraban a la entrada de un templo más grande que el de Karnak, miden 18 metros de altura.

Las dos estatuas gemelas, erigidas al norte de Tebas, parece que no han sido levantadas por la mano de ningún hombre, si no que han surgido de forma natural entre la masa de arena del desierto. Cuando las observas, te sientes un alienígena, algo raro, un error de la creación. Sin embargo, ellas son perfectas, forman parte del paisaje natural y se funden con él, con las dunas, el desierto, la tenebrosidad. De día, cuando su silueta se recorta en el cielo azul, se apodera de ti una inefable impotencia que te empuja a arrodillarte ante las imágenes al tomar conciencia, tras ser golpeado por un rayo, de lo pequeño e insignificante que eres. Y en la oscuridad, cuando las estrellas fugaces atraviesan su frente, sus ojos se encienden y tu cuerpo experimenta un escalofrío astral, luego notas como la sangre se te congela y deja de fluir. Y eso que Amenhotep III es un dios pequeño. Dicen que en el desierto hay varias divinidades de más de mil jet de altura, pero los sabios egipcios aconsejan no interrumpir su descanso. Advierten de que, una vez que te encuentras con ellos, su visión te mata.

Al amanecer, todos escuchamos el sobrecogedor canto de los colosos<sup>260</sup>, cuya melodía de ultratumba nos puso la carne de gallina y los pelos de punta. Nefer y yo nos abrazamos temiendo que el espíritu del faraón escapara de la prisión de los enormes bloques que lo tenían aprisionado y nos llevara con él. Allí y, en aquel momento, todo era posible, incluso que la tierra se abriera y nos tragara.

En ese instante, reconocí la importancia que tenía Nefer en mi vida y, no sólo ella, sino todas las personas a las que amaba o había amado. ¡No es bueno que el hombre esté sólo!

---

260 Los colosos emitían un sonido al amanecer —objeto de numerosas leyendas—, ya que al pasar del frío de la noche al calor del día, el agua que se había formado en el interior de las estatuas se evaporaba y, al salir por las fisuras de los bloques de cuarcita, se escuchaba “una extraña melodía” que no tardaron en mitificar y exagerar los lugareños.

¡Le buscaré la compañía que necesita!, dijo Yahvé al ver que Adán no era del todo feliz.

— ¿Cómo iba a ser feliz Adán, si la soledad, la soledad afectiva, es lo más insoportable que hay en esta vida?— dije en voz alta creyendo que estaba pensando en estado de duermevela.

— ¡Qué te pasa Fritz!—, exclamó Nefer—, parece que los colosos y el sol te han afectado más de la cuenta.

— ¡Amadísima esposa!— respondí—. Ahora que estamos a punto de iniciar el último tramo del recorrido que acaba, tras atravesar el valle de Limen, a las orillas del Mar Rojo, me he acordado del bueno de Yahvé, que creó a una mujer para que el hombre no estuviera sólo. Esa hembra —para algunos un súcubo culpable de todos los males que azotan el mundo— deambula precisamente por las orillas del Arabicus Sinus, donde izaremos la velas que soplarán los vientos de la libertad.

— No conozco esa historia— dijo—. Aquí en Egipto los sacerdotes sólo hablan de Amon.

Y, cuando Nefer y Reshed empezaron a escucharme con creciente atención, les hablé del Génesis y de la enloquecedora Lilith:

Yahvé creó al hombre a su imagen y semejanza y le colocó en el Jardín del Edén. Allí Adán vivía como el hijo predilecto del Creador, se alimentaba con el néctar de las frutas más exquisitas y gozaba de la compañía de un sinfín de animales mansos y obedientes. Cuando deseaba algo, sólo tenía que mover un dedo para conseguirlo y, era tan fuerte, que no necesitaba descansar para mantenerse despierto y sobrado de energía. Además, era joven, bello e inmortal. Un día, cuando estaba recostado debajo de una higuera, empezó a acariciarse los muslos, con la inocencia de quien echa agua a una rosa,

y sus dedos, siguiendo un impulso natural, se deslizaron lentamente hacia el pubis, donde poco a poco sintió un hormigueo seguido de una desconcertante erección.

Adán enrojeció y miró alrededor para cerciorarse de que estaba sólo y nadie le espiaba. Su mano derecha asió con fuerza su miembro viril, donde sentía los poderosos latidos de su corazón, con la determinación de no soltarlo jamás. Había descubierto en él poderes hasta ahora desconocidos. ¡Qué hago, Yahvé! ¡Qué hago, Yahvé!, se repitió varias veces y luego, confuso, se mordió los labios. Después, cerró los ojos y, cuando los abrió, vio a una cebra pastando tranquilamente junto a un riachuelo y, tras observar, fascinado, sus cuartos traseros, se fue corriendo hacia ella, se puso de puntillas sobre una roca y comenzó a copular con el solípedo hasta que ambos, hombre y animal, llegaron al punto álgido del placer llenando el aire de rebuznos y exclamaciones de alivio. Cada día, Adán repetía la experiencia con un nuevo animal y parecía que su felicidad era completa. Se apareó con leonas, sumisas y encantadoras. Con elegantes gacelas de ojos soñadores y enamoradizos. Con vacas de níveas ubres y paciencia infinita. Con liebres silvestres que de un salto se encajaban, nada más elevar un dedo, en su travieso bálano. Con jirafas, a las que previamente daba de comer rábanos con la palma de la mano. Con cisnes, a los que enseñó a acariciarle su miembro con su alargado y sedoso cuello. En fin, con muchas especies, algunas de ellas marinas. Un día, decidió montar a dos animales que le atraían especialmente: el primero fue el avestruz, al que jugó a perseguir durante casi diez horas, proeza que concluyó con la consumación del acto sobre una colina que ahora tiene forma de huevo. Por la noche, resolvió dar rienda suelta a sus instintos con una mona que tuvo el atrevimiento de pedirle un favor antes de ceder a sus deseos. Algunos griegos, que estudiaron el Génesis, afirman que éste fue su diálogo:

MONA. Adán, yo hasta ahora sólo me acostaba con los monos y otros antropoides. El hombre, digo el hombre porque tú eres el único que he visto en mi vida, nunca me atrajo sexualmente. Deseo obedecerte en todo, pero no quiero hacer el coito contigo. Eso es algo antinatural y, además, me temo que si hay un error, podríamos tener descendencia y eso podría enojar a Yahvé. Así que, por favor, respétame y busca a alguien que se parezca a ti.

Al ser rechazado, Adán se sintió mucho más atraído por ella. Un animal le había dicho que no, justo en el momento en el que estaba en celo, y eso le desquiciaba. Su orgullo no le permitió el fracaso.

ADÁN. Pídeme todo lo que quieras, sin límites, pero déjame yacer contigo. Si cedes a mis deseos, te convertiré en mi esposa y renunciaré a todas las otras hembras del jardín.

En ese instante, la mona sonrió mostrando su robusta y enérgica dentadura, y le preguntó: ¿Harás realidad mi sueño más profundo?

ADÁN. Por supuesto. No hay nada que no pueda hacer.

En esa oportunidad, la acosada aprovechó la debilidad del hombre.

MONA. ¡Pídele a Yahvé que me convierta en mujer! Estoy cansada de ser como soy, quiero tener la piel fina y los pechos blancos y sin pelaje. Deseo tener una larga cabellera, ojos verdes, labios rojos y manos bellas y delicadas, hechas para la música y las caricias.

ADÁN. ¡Qué barbaridad! Eso es imposible. Yahvé ha hecho una Creación perfecta y no puede cambiar la forma de sus hijos por el capricho de una mona.

La homínida se sintió ofendida y se negó a copular con Adán hasta que éste rogase a Yahvé que la convirtiera en mujer.

Al día siguiente, Adán quemó los mejores frutos de su jardín y, a través del humo, elevó sus plegarias y rogó a Yahvé que trasformase al simio en una nueva criatura que se ciñese a los cánones de la belleza del animal.

En ese momento se oyó una voz atronadora que descendía desde el cielo:

YAVHÉ. ¡Adán, Adán! Ignora a esa mona, pues si cedo a sus deseos todos mis planes se vendrán abajo. El diablo, que siempre está atento a que cometa un error, difundirá por la faz de la tierra que el ser humano procede del mono y nadie me tomará en serio. Olvida tus caprichos, es imposible que dé mi brazo a torcer pues ya está decidido desde el comienzo de los tiempos que los profetas escribirán que hice a las personas a mi imagen y semejanza. Ahora que he comprendido que no es bueno que el hombre esté sólo, te daré a una mujer que superará con creces tus expectativas.

Y nada más pronunciar esas palabras, hizo con el aire a Lilith, cuya belleza enloqueció desde el primer momento a Adán. La mona desesperada se ofreció a Adán gratis, pero ya era tarde. Si en algo se excedió Yahvé en la Creación fue en la ardiente y tentadora hermosura de Lilith. Tenía un pelo larquésimo y acaracolado que le llegaba hasta los pies, unos senos de fantasía que terminaban en unos pezones altos y rosados que manaban ambrosía. Su pubis dorado se abría sicalípticamente cuando Adán se acercaba a la higuera y abría el fruto prohibido. Era tan arrebatadoramente divina que parecía superior a Adán e incluso se diría que despreciaba sus imperfecciones y debilidades.

Pero el regalo de Yahvé no funcionó como quería Adán. Éste se había acostumbrado a que le obedecieran todos los animales y a que se cumpliera su voluntad enseguida. Como se sentía un ser sin igual, le gustaba que todos estuvieran debajo de él, poder que utilizaba con especial furor cuando copulaba con las hembras.

Y con esta conversación comenzó el desencuentro entre los dos:

ADÁN. Lilith: ¡Tumbate, que voy a poseerte!

LILITH. ¿Por qué debo estar yo debajo y tú arriba? ¿No sería mejor que nos alternásemos y los dos toquemos la hierba con nuestra espalda? Yo también deseo mirarte desde arriba y cabalgarte en la pradera. ¿No crees que es más justo que seamos iguales en todo?

Al escuchar esos reproches, Adán se enfadó, dijo que debía obedecerle sin abrir la boca y la llamó zorra.

Lilith ni perdió el tiempo en responderle, se deshizo de él de un empujón, se echó a volar y no paró hasta establecer su morada a las orillas del Arabicus Sinus.

Dicen que en la orilla oriental del Mar Rojo, sus adoradores han construido una ciudad llamada "Al Lith", donde ella adopta la forma de un súcubo y se entrega con frenesí a los demonios lascivos. Con ellos ha tenido miles de bebés—diablos, los Lilim, que, según algunos textos prohibidos, han participado más de una vez en las fiestas dionisiacas.

— ¿Y qué pasó cuando se marchó Lilith?— me preguntó Nefer.

— No estoy muy seguro— contesté—. Creo que al final logró copular con la mona, que ésta quedó embarazada y tuvo una camada de bebés difícil de clasificar entre las especies conocidas. Alguna de esas criaturas se parecía tanto a los seres humanos que causó un enorme disgusto a Yahvé.

YAHVÉ ¡Adán! Adaaan! ¡Adaaan! Esta vez te daré a la mujer que necesitas, se llamará Eva. Intenta que te obedezca siempre y no la pierdas de vista. Sobre todo, manténla alejada del manzano prohibido, del Árbol del Bien y del Mal. ¡Tampoco permitas que caiga en las tentaciones del diablo, que siempre se presenta en forma de serpiente en el

momento más inoportuno, porque entonces iré al encuentro de Lilith y todo estará perdido.

Y, cuando Adán dormía, Yahvé hizo a Eva de una de sus costillas y descansó en paz. Por fin Adán se sentía feliz y, como era inmortal, soñaba con tener a Eva eternamente debajo de él, pues él era el cielo y ella la tierra.

— ¿Vamos a pasar cerca de Lilith?— me preguntó Nefer—, que parecía más preocupada por nuestra salvación que por el destino de la humanidad.

— Nefer, lo que te he contado no son más que leyendas. El único diablo que nos persigue es Nectanebo y si hay algún Lilim en las costas del Mar Rojo, seguro que es su hijo Teos.

Reshed abrió la nariz y empezó a catar el aire.

Trazó varios signos y Nefer, tras asentir varias veces con la cabeza, me dijo:

— Reshed está seguro de que, si no ocurre ningún imprevisto, llegaremos dentro de dos días al Oasis Rojo y, desde allí al puerto sólo nos queda el tramo más fácil del viaje, un auténtico paseo.

¿Por qué tuve miedo cuando me anunció que se iniciaba la etapa más fácil de la travesía? ¿Por qué sentía una fuerte angustia en el corazón cada vez que los camellos daban un paso hacia el oasis? ¿Por qué el color rojo empezó a parecerme una amenaza? ¿Por qué intentaba besar a Nefer más que otros días? ¿Por qué la luna empezó a parecerme de hielo?

Cuando estaba sumido en esas reflexiones, apareció en el desierto otro gigante de casi un jet de altura que parecía marcar la frontera entre dos mundos. Esta vez me entró una gran curiosidad y me acerqué a la estatua para ver de cerca el nombre de aquel faraón que, al contrario de los gemelos, estaba de pie, con la pierna derecha un poco más levantada que la izquierda, en actitud guerrera. Reshed, que ya había



visto aquel coloso muchas veces, me esperaba con paciencia, sin inmutarse, al lado de Nefer. Cuando empecé a apartar el polvo con la mano para poder leer los jeroglíficos, comprobé que alguien había borrado, posiblemente esta misma mañana, el nombre de Ramsés II y había puesto en su lugar el de Najnebef? <sup>261</sup>



---

261 Nombre egipcio de Nectabeno I.



## XI

Al cabo de dos días, llegamos al Oasis Rojo y nos alojamos en una posada cuyos dueños conocían a Reshed desde hacía varios renpet.<sup>262</sup> El recibimiento de los lugareños fue amable y caluroso, pero se notaba que sus movimientos eran artificiales. Daba la impresión de que la aldea estaba bajo el ojo del faraón y que acabábamos de entrar en una trampa mortal.

— Nefer —dije en voz baja—, ¿No te parece rara la expresión de la gente?

— Desde que hemos entrado en la aldea, siento escalofríos en el pecho. Tengo un mal presentimiento— me contestó.

Ví como Reshed introducía unos bultos de nuestro equipaje en las habitaciones y cómo nos sonreía forzosamente cada vez que nos cruzábamos las miradas. Sin duda, quería decirnos algo y estaba esperando el momento oportuno para comunicarse con nosotros.

— Nefer, ayuda a Reshed a descargar los camellos y averigua lo que pasa— dije a mi esposa—. O este poblado acaba de sufrir la peste o alguien lo ha echado una maldición. He visto flotar alguna alga roja en los pozos, me imagino que

---

262 Renpet: Año.

eso es normal, ya que estamos cerca del Arabicus Sinus. No creo que nadie las haya arrojado para asustarnos.

Mi esposa se dirigió hacia Reshed convencida de que el guía tenía algo importante que decir. Mientras se alejaba, contemplé su larga y brillante cabellera que caía en cascada sobre su divina espalda que resplandecía como si hubiera sido tocada por las manos de Afrodita.

¡Ah, la eterna juventud!— exclamé—, y en ese momento me di cuenta de que jamás había copulado, por un motivo u otro, con Nefer. Nunca en mi vida había deseado tanto a una mujer y creo — lo vi muchas veces en su mirada— que ella compartía ese sentimiento conmigo.

Varias veces estuvimos, claro, a punto de consumir nuestro matrimonio, pero siempre, por una razón u otra, alguien nos interrumpía, incluyendo el magnicida de Nectanebo. También es cierto que no parábamos de viajar de un lado a otro y que, cuando llegábamos al lecho, caíamos rendidos y nos dormíamos abrazados, así la hiedra envuelve, sigilosamente, a la planta de sus sueños. Debo reconocer, asimismo, que mis excesivas obligaciones, cuando ocupaba varios cargos, me impedían sacar fuera al apasionado amante que llevo dentro, pues cuando llegaba tarde a casa, Hypnos ya había acariciado la frente de Nefer y vertido en sus ojos el néctar que cierra los párpados de los ángeles. ¡Ah, se me olvidaba! Mi enorme curiosidad por los libros y las novedades —que en un país como Egipto no dejan de darte sorpresas— me robaban con frecuencia un tiempo precioso que más me hubiera valido dedicarlo al amor, pues aquel que cuida la llama sagrada que éste alberga, puede sentarse, sin miedo, en la mesa de los dioses.

Con estos pensamientos deambulaba por el oasis al tiempo que repasaba con la mente todos los pasos que había dado en Egipto desde que un día invernal abandoné el puerto de El Pireo, donde me imagino seguirá abierta la taberna

Odiseus. ¿Qué será de Antínoo? ¿Oteará de vez en cuando el puerto para ver si aparezco en una embarcación cargada de tesoros de esta irrepetible y fascinante civilización? ¿Se habrá olvidado ya de mí? No se por qué, pero hoy me siento casi hombre, capaz de tomar decisiones y llevarlas a la práctica. ¡Abajo los miedos! ¡Abajo la debilidad! Hoy, aunque Yahvé se enfade y se arrepienta de la Creación, seguiré mi camino. Aunque Yahvé ordené con el bastón de Moisés que se abran los cielos y deje caer sobre la tierra cataratas oceánicas de fuego, desnudaré a Nefer, la besaré y la haré mía. Me entregaré a ella en cuerpo y alma y defenderé nuestro amor como lo haría el mismo Zeus. Si los soldados del faraón vienen a arrancármela, ¡que se preparen! ¡Cuidado —les diré— estáis frente a un dios! ¡Y si alguno osa tocarla un sólo un pelo, juro que no dejaré cabeza sobre hombro! Y si me obligan a utilizar la fuerza, dejaré de huir, regresaré a Mendes y degollaré con mis propias manos al faraón.

¡Ya está bien, Fritz, deja de ocultarte!— me decía a mi mismo mientras notaba que la sangre me ardía en la cabeza.

Observé a los aldeanos y me di cuenta de que querían advertirme de algo, pero no se atrevían a hablar. Estaba a punto de atardecer y un color rojizo se extendía poco a poco por todo el oasis. Las palmeras parecían de oro carmesí, sin duda eran diosas hechizadas que en un tiempo que se escapa a la memoria fueron amantes de los hombres del desierto. Lentamente inicié mi regreso a la posada y mi caminar me recordó, por las pisadas que iba dejando, a los primeros pasos que di cuando mi padre me puso sobre la tierra para comprobar si funcionaba.

De repente, una mujer mayor se plantó en medio de mi camino y me dio una flor silvestre.

— Es la forma de mostrar mi hospitalidad y la de los lugareños del oasis— me dijo entre susurros acercando sus labios a mis oídos.

— ¿Ocurre algo? ¿Te veo preocupada?— le pregunté.

La anciana, que a su edad parecía no tener miedo a nada, continuó alzando imperceptiblemente su tono de voz:

— ¡Huye! ¡Están aquí! ¡Los soldados del faraón están aquí!

A continuación, salió corriendo como si no me hubiera visto, y, en ese momento, me di cuenta de que había dejado solos demasiado tiempo a Nefer y a Reshed.

Como un robot, sí como un robot, accioné todos mis mecanismos al máximo y me dirigí, cual Aquiles, a la posada donde me esperaban mi esposa y el bueno y valiente de Reshed. No podía creer que mis sueños estuvieran a punto de derrumbarse, como un castillo de arena, y que la vida y la muerte estuvieran tan cerca, como dos amantes siameses de labios de fuego y hielo que nadie, ni el pico monumental de Hefesto, pueden despegar.

Me encontré abiertas de par en par las puertas del hospedaje. La sala baja estaba vacía. Alcé la vista y en el rellano de la segunda planta reconocí a Senet. Llevaba un nemes de rayas rojas y blancas. El pecho al descubierto con un medallón de oro colgando del cuello. Me miraba fijamente con una sonrisa de chacal y me invitaba, haciendo un gancho con el índice, a subir arriba. En sus flancos, había varios soldados que permanecían erguidos, como los guardianes de las tumbas, y que parecían dispuestos a todo, incluso a arrasar el oasis.

Noté que mi corazón se hinchaba y bombeaba a mi cerebro un río de fuego. Erguí la cabeza, como sacándola del interior de un volcán, y subí las escaleras dando saltos de felino. Al instante, me reencontré con mis instintos más primarios y olvidé mi condición de autómatas.

Llegué hasta el descansillo. Senet sonrió y, tras abrir la palma de la mano derecha, me indicó la habitación donde se

encontraba mi esposa. La mirada serena de aquel hombre me llenó de confusión y por unos instantes pensé que estaba drogado en el laberinto.

Los soldados seguían firmes, como hechos por un escultor cansado de su trabajo. Daba la impresión de que habían nacido inmóviles y que les pagaban para vaciar su mente de rebeldía e inteligencia.

Me armé de valor y entré en la estancia. El silencio era total, pero el aposento estaba iluminado: había más de treinta velas encendidas. Tras sentir que un rayo me partía la frente, ví a mi amante desnuda yaciendo sobre el lecho. Me acerqué temblando hacia ella y la aparté delicadamente el cabello. Pronto descubrí la horrible mordedura de una cobra en la parte más vulnerable de su cuello, allí donde fluye la sangre más pura. Parecía una niña a la que habían sorprendido maquillándose con fresas y cerezas. La abracé y apoyé su espalda contra la pared intentando reanimarla, devolverla a la vida, pero su tibia mano ya había empezado a acariciar las flores y el rocío del Campo de los Juncos. Noté que varias cobras de color amarillo, grisáceo y rojas se arrastraban por el suelo dilatando su cabeza. Intentaban enroscarse en mis piernas, ascender por mi cuerpo como si fuera un árbol y clavarme sus colmillos con su letal veneno. No lejos del tálamo de Nefer, había, cerca de una ventana, un charco de sangre, y allí se hundía el pobre Reshed agarrado a un bastón.

—¡Matad al griego! ¡Matad al griego! ¡Que no escape! —gritó Senet.

En ese momento me incliné ligeramente, fuí cogiendo, una a una, las cobras, y me las até, a modo de diadema, en la frente.

Entraron cinco o seis soldados dispuestos a acabar con mi vida y terminar con la leyenda del hombre que pudo haber sido faraón. Pero, cuando me vieron con las cobras

moviéndose en mi frente, cual gorgonas del Hades, y mis ojos, que parecían haber sido arrancados y puestos de nuevo por Fobos, sintieron un miedo atroz y más de uno empezó a dar unos gritos espantosos arrojándose por la ventana.

Sólo dos guerreros, que debían pensar que todo era un truco de magia, intentaron clavarme sus lanzas, cada uno por un costado, haciendo movimientos que sólo había visto en la arena espartana.

Cuando descargaron su lanzada más terrible contra mi costado derecho y el corazón, noté que la punta de su arma rebotaba ligeramente en mi piel sin poder penetrar más allá de la epidermis. Agarré con fuerza ambas varas y noté como el metal se ponía al rojo vivo al tiempo que mis ojos comenzaban a echar humo.

Los soldados dieron un aullido aterrador, soltaron inmediatamente las lanzas con las manos abrasadas con profundas quemaduras y huyeron despavoridos. Quise perseguirles y darles muerte, pero el cuerpo inerte de mi amada me heló el alma y, como si de repente hubiera recuperado la razón, me quité de la frente las malditas cobras y las estrellé contra la pared.

Me arrodillé junto al lecho de Nefer, hablé con ella pensando que podía mantener una conversación conmigo, y, como sus labios no se movían, la besé y me puse a llorar. Ahora mis ojos ya no arrojaban fuego. De ellos brotaban agua y amor mezclados con un sentimiento de compasión y amargura sin límites.

En ese momento alcé la vista y —como si de repente mi pecho dejara de destilar odio y quisiera reconciliarme con la humanidad— dije en un tono conmovedor:

—¡Padre, perdónales porque no saben lo que hacen!



Se hizo un silencio infinito y, cuando pensaba que no iba a tener respuesta, se oyó su voz:

— ¡Fritz! No tengo nada que perdonarles, yo mismo les he dicho que maten a Nefer. A tu madre no le agradaba que empezaras a comportarte como un hombre. El juguete comenzaba a aburrirla.

A escuchar sus palabras, me convertí en el ser más sumiso de la Tierra y, con los ojos anegados, continué:

— ¡Mamá! ¡Mamá! Tú que eres tan amada y deseada por Papá, intercede ante El y pídele que rescite a Nefer, es una niña que no merece morir. Ha perdido la vida cuando estaba a punto de nacer. ¡No sabes cuánto la quiero!

Volvió a hablar mi progenitor:

—¡Fritz! ¡No molestes a tu madre! Ahora está masturbando a Atum. Se acaba de convertir en Nebethetepet <sup>263</sup>¿Te crees que eres el único muñeco que hemos creado? ¿Te imaginas que eres alguien especial?

— Esperaba que ibas a responder así, pero quería intentarlo para comprobar que no estaba equivocado. Yo no soy un cobarde y te voy a decir lo que pienso: Tú, el demiurgo genocida; el que entrega niñas a los ancianos con la excusa de que son tus profetas; el de la justicia ciega que no deja de exterminar a los pueblos que no se arrodillan; tú, el inventor del miedo y del castigo eterno; tú, el tirano que ahoga al que busca la verdad; tú, el que no te conmueves con la pobreza y la esclavitud dejarás de existir cuando el hombre parta la Esfinge y te arranque la máscara que oculta tu verdadero rostro.

— ¡Pero Fritz! ¡Eres más ingenuo de lo que pensaba!— me dijo dejando una ausencia que se ampliaba en el gélido infinito sin fronteras.

---

263 Nebethetepet era la Diosa de la Satisfacción que se representaba como la mano divina de Atum.

Ahora sí estaba sólo, verdaderamente sólo. Bueno no era del todo cierto, tenía a Nefer. Estaba muerta, pero la quería tanto que jamás se separaría de mí.

Me enjugué las lágrimas para volver a contemplar su rostro y escuché unas carcajadas que me enloquecieron. Era Senet, acababa de atravesar el umbral de la puerta y sonreía con una frialdad asesina.

— No fue difícil acabar con ella. Estaba tan cansada que se quedó dormida al poco tiempo de entrar en la habitación. Yo mismo coloqué las cobras debajo de su reposacabezas y observé con la máxima curiosidad como una de ellas, la más repugnante, clavaba sus colmillos en su yugular. Se despertó por unos instantes y pidió ayuda, y yo la dije que nadie iba a venir a salvarle porque los soldados del faraón ya te habían matado. ¡Fritz! ¡estaba bellísima! Mientras suplicaba un antídoto y me disponía a reanudar la vida conyugal con ella, me avisaron de que habías llegado a la posada y, aunque me dolió, dejé que se la llevara el diablo.

No podía creer lo que estaba oyendo. Senet me escrutaba con arrogancia y arrojaba miradas de desprecio a la vida y a la muerte. Decidí estrangularle en ese momento y acabar con aquella cosa que no era más que un símbolo patético de la putrefacción de Egipto.

Cuando la marea del odio y la venganza me anegó el corazón, Senet empezó a caminar tranquilamente por el cuarto, se detuvo junto al cadáver de Reshed, tocó con el índice el charco de sangre, se chupó el dedo y dijo:

— Éste podía haber vivido treinta años más si no hubiera acompañado por el desierto a la zorra que me robaste. ¿Ves lo poco inteligente que has sido Fritz?

En ese momento, me abalancé sobre él y le agarré el cuello con las dos manos. Empecé a apretar con fuerza y palpé que estaban a punto de salirse los ojos de sus cuencas. Tenía el

rostro congestionado, al igual que un ahorcado que prolonga la vida rozando el suelo con un dedo del pie, y, cuando estaba a punto de asfixiarle, empezó a hablar como un asmático que se hunde en un pantano y dijo, con una expresión de creciente alivio:

— ¡Mátame, cobarde! ¡Mátame, hijo de nadie! ¡Lo único que haces bien es huir y llorar!

Deseaba degollarle, pero no podía, mis manos, no se por qué, no querían mancharse de sangre. Mi corazón se negaba también a ser vengativo. ¿Por qué? ¿No estaba ejecutando un acto de justicia? ¿Estaban influyendo en mí las enseñanzas de Platón? O, por el contrario ¿No era tan bueno y tenía la seguridad de que iba a sufrir más vivo que muerto?

Senet lanzó una mirada desafiante y espetó:

— No te tengo miedo, no eres más que un desgraciado. Aquel que no es capaz de matar a su enemigo, merece todo lo que te ha ocurrido y mucho más. Si acabas con mi vida — continuó— podrás salir libremente de Egipto, pues el faraón nunca publicó una orden de búsqueda y captura contra ti y Nefer. A él vuestra vida le era indiferente. Fui yo quien quise despojarte de tu ramera y darte caza. A las alimañas como tú hay que dejarlas correr antes de disparar el arco, así se disfruta más cuando se cobran las piezas.

Volví a atenazarle el cuello, esta vez decidido a acabar con él sin contemplaciones y, cuando empezó a salir sangre por su nariz, le solté, retrocedí y le dije:

— ¡Vete! ¡Vete, que ya te he matado!

Senet se levantó tambaleándose y con dificultades para andar y respirar. Al llegar al umbral de la puerta, volvió a sonreír, escupió en el suelo y repitió dos o tres veces:

— A Egipto viniste sin nada y de Egipto te marcharás sin nada.

Luego noté como bajaba las escaleras y otros pasos de gente que subía: eran los dueños de la posada, un tal Nepri y su esposa Kipa.

Tras verme en un estado tan desolador, me dijeron con palabras entrecortadas:

— Sabemos lo que pasó y sabíamos lo que iba a pasar. La aldea estaba tomada desde hacía dos días. Nosotros nos encargaremos de enterrar como es debido a Reshed, era como uno más de nuestra familia. Imaginamos que tu querrás dar una digna sepultura a tu esposa ¿No es así? Ordena lo que necesites.

Les pedí que trajeran el vestido más bello de lino blanco que hubiese en la aldea, incienso, ungüentos perfumados, todas las flores que encontraran y abundantes ramas secas que debían cargar sobre los camellos.

Alcabo de un rato llegaron con todo lo que había encargado y preparé el cuerpo de mi esposa para acompañarla en su postrero viaje. Tras lavarla y frotarle con los más delicados perfumes, la vestí y, cogiéndola en brazos, me dirigí hacia los rumiantes que Nepri ató con un cordel a mi cintura. Caminé mucho tiempo y sin rumbo por el desierto hasta que hallé un lugar que me pareció idóneo. Creo que no me encontraba lejos del coloso, aunque no lo puedo afirmar a ciencia cierta.

Con las manos hice un lecho de arena con una hermosa y ondulada cabecera que cubrí con varias esteras aromatizadas de juncos y papiros, sobre los cuales extendí un fragante tálamo de rosas blancas y rojas.

Encendí cuatro antorchas y las puse en los cuatro puntos cardinales para que el alma de Nefer pudiera orientarse en el Más Allá. Luego esparcí numerosas ramas secas en la pira, coloqué con cuidado su cuerpo y cubrí sus ojos con dos

monedas de plata. La besé en los labios por última vez y alcé una tea al cielo antes de prender fuego a la que tanto amaba.

Cuando las primeras ramitas empezaron a arder, me entró un ataque de locura. Me acordé de que jamás había hecho el amor con ella y que sentíamos una pasión mutua tan grande desde el primer momento en que nos conocimos, que no era posible despedirla de esa manera.

¿Y si todavía está viva?— me pregunté—. ¿Quién conoce realmente cuando comienza la vida y cuando termina? ¿Me estará viendo y deseará quemarse con la llama sagrada que un destino nefasto apagó?

Y, con esos pensamientos, me desnudé, me senté sobre la pira y empecé a acariciar su cabello. Las llamas todavía eran débiles y apenas habían tocado su cuerpo. La volví a besar y me parecía que regresaba a la vida y, de forma natural, nuestros cuerpos se unieron y se amaron, más allá del bien y del mal, más allá de los límites y las fronteras, más allá de la carne y la sangre. Ahora éramos dos dioses inmortales que nada tenían que ver con este mundo.

Al cabo de un rato Nefer empezó a arder y yo también. Nuestros cuerpos eran dos llamas con forma humana que se fundían incesantemente en una que ascendía hacia el cielo tiñéndolo de rojo. Rápidamente, el fuego alcanzó al resto de las ramas que bordeaban la pira y pronto noté que mi cuerpo era ingrávido, que mis manos de fuego sólo tocaban fuego y que se había consumido totalmente el cuerpo de mi amada.

El fuego duró hasta el amanecer y, cuando se extinguió, no quedaba ningún rastro de Nefer, sólo unas pocas cenizas y dos monedas de plata.

Ví como las llamas de mi organismo se apagaban y que poco a poco recuperaba mi aspecto de siempre. Además en mi piel no se notaba ninguna quemadura. Era como si el acto

sagrado que acababa de realizar no hubiese dejado huella. Me hubiera gustado morir con ella, sí, carbonizarme en el infierno abrazado a su cuerpo y a su alma.

Empezó a amanecer y un viento ligero se llevó las pocas cenizas de Nefer enterrándolas en la arena.

Me arrodillé cuando el Sol derramaba su cabellera entre las dunas y unas lágrimas amargas y saladas como las del Mar Muerto me arrastraron hasta un estado de desesperación tal, que en ese momento me hubiera arrojado por un acantilado donde las olas gigantes emergen, como bombas de neutrones, del vientre de la Atlántida.



En poco tiempo atravesé Egipto de sur a norte y, al llegar al Delta, descansé una noche en la posada del “Cocodrilo Encantado”. Tras beber unas copas de vino, pude ver en mi habitación que, aunque ya estábamos en primavera, caían copos de nieve a través de las ventanas. Las temperaturas descendieron muchísimo y tuve que bajar a la taberna a tomar varias cimbias de Lilith para no morir de frío.

A la mañana siguiente volví a montar en mi caballo — regalo de Sbiumeker— y me fui galopando hasta la costa en busca de una nave que me llevara a El Pireo.

En el puerto, las embarcaciones estaban sepultadas bajo la nieve y las gaviotas, inmóviles, parecían estatuas de hielo. Ese día nadie quiso llevarme a Grecia.

Fin del Segundo Libro

# ÍNDICE

Prólogo .....	13
I.....	17
II.....	53
III.....	85
IV .....	113
V .....	117
VI .....	165
VII .....	197
VIII .....	219
IX .....	243
X .....	257
XI .....	267







